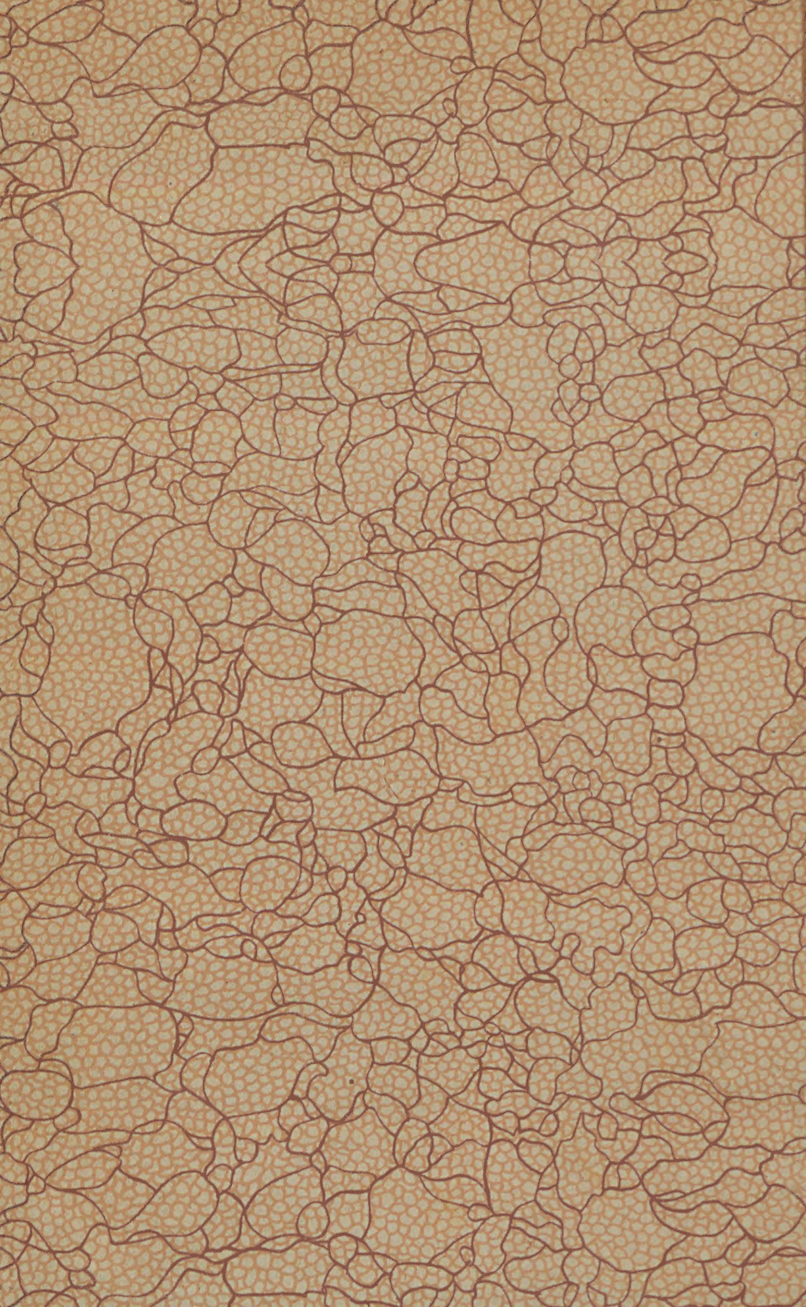
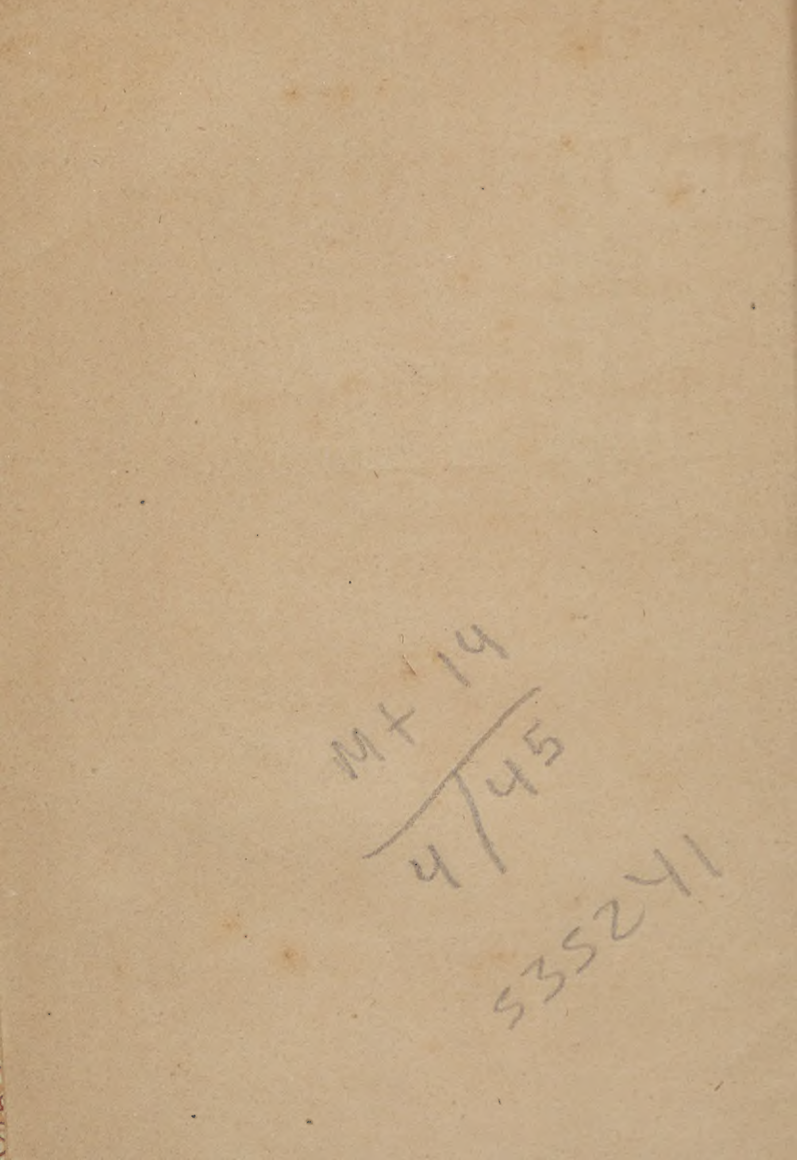






FISIOLOGÍA DEL MATRIMONIO.


Mt 14
4/45
535241

FISIOLOGÍA
DEL
MATRIMONIO
ó
MEDITACIONES DE FILOSOFÍA ECLÉCTICA
SOBRE
LA FELICIDAD Y LA DESGRACIA CONYUGALES

POR

M. H. BALZAC

TRADUCCION CON LIGERAS NOTAS DE

F. H. IGLESIAS

La felicidad es el fin que deben
proponerse todas las sociedades.
El Autor.

MADRID

LIBRERÍA DE LEOCADIO LOPEZ, EDITOR
13 — CALLE DEL CÁRMEN — 13

1879



MADRID.—IMPRENTA DE FORTANET, LIBERTAD, 29.

La mujer que, al fijarse en el título de este libro desee abrirlo, puede evitarse esta molestia; lo ha leido ya sin advertirlo. Un hombre, por malicioso que sea, nunca dirá de las mujeres tanto bien ni tanto mal como el que piensan ellas mismas.

Si á pesar de esta advertencia alguna mujer persiste en leer la obra, su delicadeza le impone el deber de no murmurar del autor; puesto que él, al privarse de las aprobaciones que más lisonjean á los artistas, ha esculpido sobre el frontispicio de su libro la prudente inscripcion que se pone á la puerta de algunos establecimientos: *No se permite la entrada á las señoras.*

INTRODUCCION.

« El matrimonio no se deriva de la naturale-
» za. —La familia oriental se diferencia por com-
» pleto de la occidental.—El hombre es el ministro
» de la naturaleza, y la sociedad la modifica. —
» Las leyes se han hecho para las costumbres, y
» las costumbres varían.

» El matrimonio puede, por lo tanto, sufrir el
» perfeccionamiento gradual á que parecen some-
» tidas todas las cosas humanas.»

Estas palabras, pronunciadas ante el Consejo de Estado por Napoleon, en la discusion del Código civil, causaron gran admiracion al autor de este libro.

Sin advertirlo él mismo, tal vez, le inspiraron la obra que hoy presenta al público. En efecto, cuando más jóven estudió el Derecho francés, la palabra *adulterio* le impresionó de una manera singular. De inmensa trascendencia en el Código, jamás aparecia esta palabra á su imaginacion sin arrastrar en pos un lúgubre cortejo. Las lágrimas, la vergüenza, el odio, el terror, crímenes

secretos, guerras sangrientas, familias sin jefe, la desgracia, se personificaban á su vista y se alzaban súbito ante sus ojos cuando leia la palabra sacramental:—¡ADULTERIO!

Llevado, más tarde, á las playas mejor cultivadas de la sociedad, el autor observó que la severidad de las leyes conyugales estaba allí, con bastante generalidad, relajada por el adulterio. Halló el número de los matrimonios desgraciados muy superior al de los felices; y creyó notar, ántes que nadie, que de todos los conocimientos humanos, el del matrimonio es el que ha progresado ménos.

Pero esta fué una observacion de jóven, y en él, como en tantos otros, semejante á una piedra lanzada al fondo de un lago, se perdió en el abismo de sus tumultuosos pensamientos.

Entre tanto, el autor observó, á pesar suyo, y formó lentamente en su imagniacion un enjambre de ideas más ó ménos justas sobre la naturaleza de las cosas conyugales. Quizá las obras se forman en las almas, tan misteriosamente como brotan las criadillas en las perfumadas llanuras del Perigord (1).

Del primitivo y santo pavor que le causó el adulterio, y de la observacion que atolondradamente habia hecho, nació en una mañana el más insignificante de los pensamientos. Era una sátira del matrimonio. Amábanse dos esposos por vez primera despues de veintisiete años de matrimonio.

---

(1) En los departamentos del Bordoña y del Lot-y-Garoma (Francia).

Se divirtió con este folletito conyugal, y pasó deliciosamente una semana agrupando alrededor de tan inocente epigrama la multitud de ideas que habia adquirido sin saberlo, y que se admiraba de encontrar en su cabeza.

Pero esta broma cesó ante una observacion magistral; y dócil á los consejos, el autor volvió á sumirse en la indiferencia de sus hábitos de pereza.

Entónces este ligero principio de ciencia y de burla se perfeccionó por completo en los campos del pensamiento: cada frase de la obra condenada echó raíces en ellos, y se fortaleció, quedando como una ramita de árbol que, dejada sobre la arena en una tarde de invierno, se halla cubierta á la mañana siguiente con aquellas blancas y raras cristalizaciones que forman las caprichosas heladas de la noche. Así vivió el bosquejo y fué el punto de partida de una multitud de ramificaciones morales. Fué como un pólipo engendrado por sí mismo.

Las sensaciones de su juventud, las observaciones á que un poder importuno le obligaba, hallaron puntos de apoyo en los menores acontecimientos. Más aún: este conjunto de ideas se armonizó, se animó, se personificó casi, y voló por las regiones fantásticas en que el alma gusta de hacer vagamundear sus locas concepciones.

A través de las preocupaciones del mundo y de la vida, siempre una voz hacía al autor las más satíricas revelaciones, en el mismo momento en que examinaba con más placer á una mujer bailando, sonriendo ó charlando. Como Mefistófeles mostraba con el dedo á Fausto semblantes si-

niestros en la asamblea espantosa del Broken, el autor sentia un demonio que, en medio de un baile, le tocaba familiarmente en el hombro y le decia:

—¿Ves esa sonrisa hechicera? es una sonrisa de odio...

Ya el demonio se pavoneaba como un capitan de las comedias de Hardy (1). Sacudia la púrpura de un manto bordado, y se esforzaba en reponer los viejos oropeles y las apariencias de gloria.

Ya sonreia cual Rabelais (2), prolongada y francamente, y trazaba sobre la pared de una calle una palabra misteriosa.

Frecuentemente este Trilby literario aparecia sentado sobre montones de libros, y con sus retorcidos dedos indicaba maliciosamente dos tomos amarillos cuyo título saltaba á los ojos. Despues, cuando notaba al autor atento, deletreaba con voz tan provocativa como los sonidos de un armonium:—*Fisiología del matrimonio.*

Casi siempre aparecia por la noche, á la hora de los sueños. Cariñoso como una hada, procuraba familiarizar con dulces palabras al alma que habia sometido. Tan burlon como seductor, tan dócil como una mujer, tan cruel como un tigre, su amistad era más temible que su odio; no sabía hacer una caricia sin arañar.

Una noche, entre otras, puso á prueba el poder de todos sus sortilegios, y los coronó con un esfuerzo supremo. Llegó, se sentó al borde de la

---

(1) Escritor dramático francés (1560-1631.)

(2) Escritor satírico, filósofo escéptico y médico francés. (1483-1553.)

cama, y como una enamorada jóven que al principio se calla, pero cuyos ojos brillan, y concluye por revelar su secreto, dijo:

—Hé aquí el prospecto de un aparato con el cual podrá pasearse sobre el Sena á pié enjuto. Este otro tomo es el informe del Instituto acerca de una vestidura apropiada para atravesar las llamas sin quemarnos. ¿No propondrás algo que pueda preservar al matrimonio de las desgracias del frio y del calor? ¡Pero escucha!... Hé aquí EL ARTE DE CONSERVAR LAS SUSTANCIAS ALIMENTICIAS; EL ARTE DE IMPEDIR QUE DEN HUMO LAS CHIMENEAS; EL ARTE DE HACER BUENOS MORTEROS; EL ARTE DE PONERSE LA CORBATA; EL ARTE DE TRINCHAR.—(Nombró en un minuto tan prodigioso número de libros, que el autor estuvo á punto de desmayarse.)—Estos millares de libros han sido devorados, decia él, y sin embargo, ¡no todo el mundo edifica ni come, no todo el mundo tiene corbata ni se calienta, miéntras que todo el mundo se casa un poco!... ¡Pero mira, ve!...

Entónces su mano pareció señalar á lo léjos un Océano en que todos los libros del siglo se agitaban como impelidos por las olas. Los en 18.° rebotaban; los en 8.° producian un sonido grave, iban al fondo y no volvian á subir sino con mucho trabajo, retenidos por unos en 12.° y otros en 32.°, que se propagaban y resolvian en espuma ligera. Las olas estaban cargadas de periodistas, de regentes de imprenta, de almacenistas de papel, de aprendices, de dependientes, de impresores; y no se les veia más que las cabezas, confundidas con los libros. Millares de voces se oian como las de los estudiantes en el baño. Iban y venian en

botes algunos hombres ocupados en pescar los libros y llevarlos á la ribera, delante de un hombre alto, desdeñoso, vestido de negro, seco y frio: eran los libreros y el público. El demonio mostró con el dedo un esquife nuevamente empavesado, navegando á toda vela y llevando un cartel á modo de pabellon: prorumpiendo despues en una carcajada sardónica, leyó con voz penetrante:—FISIOLOGÍA DEL MATRIMONIO.

*
* *

El autor quedó enamorado y el diablo le dejó tranquilo, pues hubiera tenido que habérselas con adversario demasiado fuerte, si hubiese vuelto á casa habitada por mujer.

Pasaron algunos años sin otros tormentos que los del amor, y el autor pudo creerse curado de un achaque con otro.

Pero una noche se encontró en un salon de París, y uno de los hombres que estaban en el círculo formado delante de la chimenea por algunas personas, tomó la palabra y dijo con voz sepulcral:

—«Hallándome en Gante presencié una escena muy curiosa. Una señora, acometida de enfermedad mortal, que llevaba diez años de viudez, yacia en cama. Tres herederos colaterales esperaban su último suspiro, y no la dejaban, temerosos de que hiciese testamento en favor del Beaterio de la ciudad. La enferma, silenciosa, aparentaba estar adormecida, y la muerte parecia apoderarse lentamente de su rostro mustio y amoratado.

«Figuraos á los tres parientes silenciosos, sentados delante de la cama, en una noche de invierno. Una enfermera vieja les acompaña, meneando la cabeza. El médico, viendo con ansiedad que la enfermedad llega á su último trance, tiene el sombrero en una mano y con la otra hace una señal á los parientes como para decirles: — Ya no tengo que hacer más visitas.

» Un silencio solemne permitia oir los silbidos sordos de la helada lluvia que azotaba las ventanas. Temerosos de que los ojos de la moribunda fuesen heridos por la luz, el más jóven de los herederos habia puesto una pantalla delante de la bujía colocada cerca de la cama, de modo que el círculo luminoso de la bujía llegaba apénas á la almohada fúnebre, sobre la cual la cara amarillenta de la enferma sobresalia como un Cristo mal dorado sobre una cruz de plata empañada. Sólo los ondulantes resplandores de las llamas azules del hogar alumbraban aquel aposento sombrío, donde iba á termimarse un drama.

»En efecto; un tizon cayó de repente del hogar sobre el entarimado, como para anunciar un acontecimiento.

»A este ruido la enferma se incorporó bruscamente y abrió dos ojos tan brillantes como los de un gato. Todo el mundo admirado la contempló. Ella ve rodar el tizon, y ántes de que nadie hubiese pensado en oponerse á su inesperado movimiento producido por una especie de delirio, salta fuera de la cama, coge las tenazas y arroja el tizon en el hogar. La enfermera, el médico, los parientes, se precipitaron sobre ella y la cogieron en brazos. Volviéronla á acostar, puso la

cabeza sobre la almohada, y algunos minutos despues murió, conservando á pesar de su muerte, la mirada fija en la hoja del entarimado que el tizon habia tocado.

»Apénas hubo espirado la condesa de Van-Ostroem, los tres coherederos se dirigieron una mirada de desconfianza, y no pensando más en su tia, se fijaron en el entarimado misterioso. Como eran holandeses, el cálculo fué en ellos tan rápido como las miradas. Convinieron con tres palabras pronunciadas en voz baja, que ninguno abandonaria el gabinete. El lacayo fué á buscar á un obrero, y las almas colaterales palpitaron vivamente, cuando reunidos alrededor de este rico entarimado, los tres belgas oyeron el primer golpe de la piqueta. ¡La tabla quedó hecha pedazos!...

—»¡Mi tia hizo un gesto...! dijo el más jóven de los herederos.

—»No, era un efecto de las ondulaciones de la luz... contestó el de mayor edad, que miraba á la par al tesoro y á la difunta.

»En el mismo sitio en que habia caido el tizon, aparceió una masa envuelta artísticamente con una capa de yeso.

—»¡Proseguid!... gritaron los herederos.

»La piqueta del obrero hizo saltar una cabeza humana, y no sé por qué vestigio de vestidura, los parientes reconocieron en el cádaver, al conde, á quien toda la ciudad creia muerto en Java, y cuya pérdida habia sido en extremo llorada por su esposa.»

El narrador era un hombre de alta estatura, seco, de ojos de color leonado, de cabellos negros... El autor creyó notar semejanzas indefinibles entre él y el demonio que en otro tiempo le habia atormentado tanto. Pero el extranjero no tenía la pata hendida. De repente, la voz *Adulterio* resonó de nuevo en los oidos del autor, y esta especie de campana despertó en su imaginacion las figuras más lúgubres de la comitiva que, poco há, desfilaba en pos de aquelllas extrañas sílabas.

A contar desde aquella noche, las persecuciones fantasmagóricas de una obra que no existia volvieron á reproducirse; y en ninguna época de su vida fué asaltado el autor por tantas ideas falsas acerca de la fatal materia de este libro. Pero resistió animosamente al espíritu, aunque éste ligaba los menores acontecimientos de la vida con la obra desconocida, y semejante á un dependiente de la aduana, lo precintaba todo con su sello.

Algunos dias despues se halló el autor en compañía de dos señoras. Habia sido la primera una de las mujeres más afables y más vivaces de la corte de Napoleon. Llegada en otro tiempo á una alta posicion social, la Restauracion la sorprendió en ella, y la derribó de tanta altura. Entónces se habia alejado del mundo.

La segunda, jóven y bella, hacía en París y en aquel momento el papel de una mujer á la moda.

Eran amigas, porque teniendo la una cuarenta años y veintidos la otra, rara vez sus pretensiones comprometian su vanidad sobre el mismo terreno. No siendo el autor sospechoso para una de las dos señoras, y habiéndolo adivinado la otra, prosiguieron en su presencia una conver-

sacion bastante franca, ya principiada, sobre el oficio de mujer.

—¿Habeis reparado, querida mia, en que las mujeres no aman por lo general más que á los tontos?

—¿Qué quereis decir con esto, duquesa? ¿De qué modo armonizais esta observacion con la aversion que todas sienten hácia sus maridos?

—¡Pero esto es una tiranía! dijo el autor para sí. Hé aquí el diablo en paños menores...

—No, querida, no me chanceo, repuso la duquesa; y hay por qué estremecerse al observar un poco más friamente á las personas que he conocido en otro tiempo. El talento tiene siempre un brillo que nos hiere, y el hombre de mucho talento nos atemoriza. Si es altanero, no será celoso, y entónces tampoco sabrá agradarnos. En fin, queremos más, tal vez, elevar á un hombre hasta nosotras, que levantarnos hasta él... El talento tiene muchos triunfos de que hacernos partícipes, pero el necio da placeres, y preferimos siempre oir: ¡Hé aquí un buen mozo!—á ver que nuestro amante va al Instituto.

—¡Basta, duquesa! Me habeis atemorizado.

Y poniéndose la presumida á hacer los retratos de los hombres á quienes amaban todas las mujeres, sus conocidas, no halló un solo hombre de talento.

—Valen más sus maridos... dijo.

—¡Ya, pero son maridos! contestó la duquesa con gravedad.

—Pero—pregunta el autor—¿es inevitable el infortunio de que un marido está amenazado en Francia?

—Sí, respondió la duquesa riendo. Y el encar-

nizamiento de ciertas mujeres con las que tienen la dichosa desgracia de alimentar una pasion, prueba cuán pesada las es la castidad. Si no fuera por miedo al diablo, una sería Laís (1); otra debe su virtud á la aridez de su corazon; aquélla á la torpeza con que se ha conducido su primer amante; ésta...

El autor detuvo el torrente de estas revelaciones, dando cuenta á las dos señoras del proyecto de obra que le perseguia. Sonriéronse entrambas de la empresa, y prometieron muchos consejos. La más jóven suministró alegremente uno de los primeros capitales de la empresa, diciendo que se encargaba de probar matemáticamente que las mujeres absolutamente virtuosas son seres racionales.

Al volver á su casa, dijo el autor á su demonio: —¿Vienes? Estoy dispuesto.—¡Firmemos el contrato!

El demonio no volvió más. Si el autor escribe aquí la biografía de su libro, no es por inspiraciones de fatuidad. Refiere hechos que podrán servir á la historia del pensamiento humano, y que explicarán sin duda esta obra.

No es indiferente tal vez á ciertos anatómicos del pensamiento saber que el alma es mujer. Así, miéntras que se privaba el autor de pensar en el libro que debia escribir, el libro se mostraba escrito en todas partes. Hallaba una página sobre el lecho de un enfermo, otra sobre el sofá de un ga-

(1) Célebre cortesana nacida en Siracusa y llevada por los atenientes á Corinto, donde á su muerte la erigieron un magnífico mausoleo.

binete. Las miradas de las mujeres, cuando giraban en los voluptuosos movimientos de un wals, le suministraban pensamientos; un gesto, una palabra, fertilizaban su cerebro desdeñoso.

Llegó un dia en que dijo: —Esta obra que me asedia se hará... todo ha concluido; y, como los tres holandeses, encontró un esqueleto allí donde pensaba encontrar un tesoro.

Un sér de aspecto dulce y pálido sucedió al demonio tentador. Tenía atractivos é ingenuidad. Sus expresiones carecian de los pinchos de la crítica. Prodigaba más palabras que ideas, y parecia tener miedo al ruido.

Era tal vez el genio familiar de los diputados que tienen su asiento en el centro de la Cámara.

—¿No vale más, decia, dejar las cosas como están?

¿Tan mal van por ventura?

Es necesario creer en el matrimonio como en la inmortalidad del alma; no hagas un libro para insultar la felicidad conyugal.

Por otra parte, juzgarás sin duda por un millar de familias parisienses, que no son más que excepciones. Quizá hallarás maridos dispuestos á abandonarte sus mujeres; pero no encontrarás ningun hijo que te entregue su madre...

Algunas personas heridas por las opiniones que emitas, sospecharán de tus costumbres; calumniarán tus intenciones.

En fin, para curar las llagas sociales es necesario ser rey, ó cuando ménos primer cónsul.

Aunque apareciese bajo la forma que más podia agradar al autor, la Razon no fué escuchada, pues á lo léjos la Locura agitaba la muñeca de

Panurgo (1), y el autor queria cogerla. Cuando lo intentó, la halló tan pesada como la clava de Hércules. Por otra parte, el cura de Meudon (2) la habia guarnecido de tal modo, que un jóven que se preciara ménos de hacer bien un libro que de estar bien vestido, no podia llegar á ella.

—¿Está acabada nuestra obra? preguntó una mañana la más jóven de las dos femeninas cómplices del autor.

—¡Ay, señora! Temo que premieis mi trabajo con todo el odio que un libro puede atraer sobre mi persona.

Mi amiga hizo un gesto, y el autor respondió á su indecision con una expresion de indiferencia.

—¡Cómo! ¿dudais? Publicadla, no tengais miedo. En el dia apreciamos un libro como un traje, mucho más por la hechura, que por la clase de la tela.

Aunque el autor no quiera pasar aquí más que por el humilde secretario de dos señoras, al coordinar sus observaciones, ha llevado á cabo más de una tarea. Una sola, tal vez, habia quedado por hacer en punto al matrimonio: la de recoger las cosas que todo el mundo piensa y que nadie expresa; pero hacer un libro con el espíritu de todo el mundo, ¿no es exponerse á no agradar á nadie?

El eclecticismo de ese libro puede que le salve. Al mismo tiempo que satiriza, el antor ha procurado popularizar algunas ideas consoladoras. Ha intentado casi siempre despertar en el alma mó-

---

(1) Personaje del *Pantagruel* de Rabelais, y en que éste se retrató y, consigo, á varios personajes contemporáneos.

(2) Rabelais.

viles desconocidos. Tomando la defensa de los intereses más materiales, juzgándolos ó condenándolos, quizá habrá hecho reparar en más de un goce intelectual.

No tiene el autor la necia pretension de haber acertado siempre diciendo chistes de buen gusto; ha contado tan sólo con la diversidad de los entendimientos para aceptar tantos vituperios como alabanzas. Era tan grave la materia, que ha procurado constantemente traducirla en anécdotas, supuesto que en el dia las anécdotas son el pasaporte de toda moral y el antinarcótico de todos los libros.

En éste, donde todo es análisis y observacion, la fatiga del lector y el *Yo* del autor eran inevitables. Esta es una de las desgracias más grandes que pueden suceder á una obra, y no se le ha ocultado al autor. Por ello ha procurado exponer los rudimentos de su libro proporcionando algun descanso al lector. Este sistema ha sido consagrado por un escritor que ha hecho sobre el gusto un trabajo muy semejante al que trata del *Matrimonio*. Permítaseme pedir prestada al primero, algunas palabras, para expresar un pensamiento que es comun á los dos (1):

«Cuando escribo y hablo de mí en singular, »esto supone una confabulacion con el lector, »puede examinar, discutir, dudar y áun reir; pero »cuando me armo del temible *Nos*, entónces or»deno y mando: es necesario someterse.»

15 de Diciembre de 1829.

H. B.....C.

---

(1) *Brillat-Savarin*, prólogo de la *Fisiología del Gusto*.

PRIMERA PARTE.

Consideraciones generales.

Hablaremos contra las malas leyes hasta que sean reformadas, y entre tanto nos someteremos á ellas ciegamente.

(DIDEROT.—*Suplemento al Viaje de Bougainville.)*

MEDITACION PRIMERA.

EL OBJETO.

FISIOLOGÍA. ¿Qué me quieres?

¿Intentas demostrar que el matrimonio une, por toda la vida, á dos seres que no se conocen?

¿Qué la vida se halla en la pasion y que ninguna pasion resiste al matrimonio?

¿Qué el matrimonio es una institucion necesaria al mantenimiento de las sociedades, pero opuesta á las leyes de la naturaleza?

¿Que el divorcio, ese admirable paliativo de los males del matrimonio, será unánimemente reclamado?

¿Que, á pesar de todos sus inconvenientes, el matrimonio es el principal orígen de la propiedad?

¿Que ofrece incalculables garantías de seguridad á los gobiernos?

¿Que hay algo de patético en la asociacion de dos seres que se unen para soportar las penas de la vida?

¿Que hay algo de ridículo en querer que un mismo pensamiento dirija dos voluntades?

¿Que la mujer es tratada como esclava?

¿Que no hay matrimonios completamente dichosos?

¿Que el matrimonio está preñado de crímenes, y que los asesinatos conocidos no son los peores?

¿Que la fidelidad es imposible, al ménos en el hombre?

¿Que si pudiera hacerse una informacion, probaria que hay más disturbios que seguridad en la trasmision patrimonial de las propiedades?

¿Que ocasiona más males el adulterio, que bienes procura el matrimonio?

¿Que la infidelidad de la mujer se remonta á los primeros tiempos de la sociedad, y que el matrimonio ha resistido á esta perpetuidad de fraudes?

¿Que las leyes del amor ligan tan fuertemente á dos seres, que ninguna ley humana puede separarlos?

¿Que si hay matrimonios inscritos en los libros del registro civil, los hay tambien formados por los votos de la naturaleza, por una dulce conformidad ó por una entera semejanza en el pensamiento y casi en la forma corporal; en lo que el cielo y la tierra se contrarían sin cesar?

¿Que hay maridos de elevada estatura y superior entendimiento, cuyas mujeres tienen amantes muy feos, ó muy estúpidos?.... Todas estas preguntas darian ocasion á otros tantos libros en caso necesario; pero estos libros están escritos y las preguntas contestadas.

Fisiología, ¿qué me quieres?

¿Revelas principios nuevos? ¿pretendes que es necesario hacer comunes las mujeres? Licurgo (1) y otros lo intentaron.

¿Será necesario encerrarlas? Los otomanos lo hicieron antiguamente, y en el dia les restituyen la libertad.

¿Será necesario casar á las doncellas sin dote, y excluirlas del derecho de suceder?... Algunos autores ingleses y ciertos moralistas han querido probar que éste era, con el divorcio, el medio más seguro de hacer dichosos los matrimonios.

¿Será necesaria una Agar (2) en cada familia? Para eso no se necesitan leyes. El artículo del Código que prescribe penas contra la mujer adúltera, donde quiera que sea cometido el delito, y el que no castiga al marido sino cuando tiene á su manceba bajo el techo conyugal, admiten implícitamente queridas en las ciudades.

Sanchez (3) ha disertado sobre todos los casos penitenciales del matrimonio; ha argumentado sobre la legitimidad y sobre la oportunidad de cada placer; ha trazado todos los deberes morales,

---

(1) El célebre legislador de los lacedemonios.

(2) La esclava de Sara, y, al par que ella, mujer de Abraham y madre de Ismael.

(3) Tomás Sanchez, célebre jesuita y casuista, natural de Córdoba. 1550-1610.

religiosos y corporales de los esposos; en resúmen, sus obras formarian doce tomos en 8.° si volviese á imprimirse aquel grueso in-folio titulado *Del Matrimonio* (1).

Muchos jurisconsultos han publicado innumerables tratados sobre las dificultades legales que nacen del matrimonio. Existen tambien obras sobre la sociedad legal.

Legiones de médicos han dado á luz millares de libros sobre el matrimonio en sus relaciones con la cirugía y la medicina.

En el siglo diez y nueve, FISIOLOGÍA DEL MATRIMONIO será una muy insignificante compilacion: la obra de un necio, escrita para otros necios; viejos sacerdotes han tomado sus balanzas de oro y pesado el asunto hasta por escrúpulos; viejos leguleyos se han calaco los anteojos para distinguir las especies; viejos médicos han tomado el escalpelo y descubierto todas las llagas; viejos jueces han subido sobre su sitial y juzgado todas las acciones restitutorias; generaciones enteras han pasado lanzando gritos de alegría ó de dolor; cada siglo ha echado su voto en la urna; el Espíritu Santo, los poetas, los escritores han registrado todo, desde Eva hasta la guerra de Troya; desde Elena (2) hasta madama de Maintenon (3); desde la esposa de Luis XIV hasta la mujer contemporánea.

Fisiología, ¿qué pretendes de mí?

---

(1) *Disputationes de Sancto Matrimonii Sacramento.*

(2) Mujer de Menelao y cuyo rapto por Páris ocasionó la guerra citada. (Tiempos heróicos.)

(3) Viuda sucesivamente del poeta Scarron y de Luis XIV. 1635-1719.

¿Querrás acaso presentarnos cuadros mejor ó peor pintados para convencernos de que el hombre se casa:

Por Ambicion... esto es bien sabido;

Por Bondad, para libertar á una hija de la tiranía de su madre;

Por Odio, para desheredar á unos parientes colaterales;

Por Desdén de una querida infiel;

Por Fastidio de la deliciosa vida de soltero;

Por Locura, aunque el matrimonio es siempre una de ellas;

Por Apuesta, y éste es el caso más raro;

Por Honor, como Jorge Dandin;

Por Interés, siempre;

Por Juventud, al salir del colegio cual un atolondrado;

Por Fealdad, temiendo carecer algun dia de mujer;

Por Maquiavelismo, para heredar pronto á una vieja;

Por Necesidad, para legitimar á su hijo;

Por Obligacion, cuando la señorita ha tenido un desliz:

Por Pasion, para curarse más seguramente de ella;

Por Querella, para acabar un pleito;

Por Reconocimiento, que es dar más de lo que se ha recibido;

Por Sabiduría, lo que acontece aún á los doctrinarios;

Por Testamento, cuando un tio, ya difunto, os gravó su herencia con una hija que habeis de tomar por esposa;

Por Vejez, para hacer un negocio;
Por Costumbre, á imitacion de sus antepasados;
Por Escrúpulos, como el duque de Saint-Aignan, que no queria pecar.

Pero estos accidentes han servido de argumento á treinta mil comedias y á cien mil novelas.

Fisiología, por tercera y última vez, ¿qué me quieres?

Aquí todo es comun, como los empedrados de una calle, vulgar como una encrucijada.

El matrimonio es más conocido que el Barrabás (1) de la Pasion; todas las ideas rancias que despierta, abundan en la literatura desde que el mundo existe, y no hay opinion útil ni proyecto descabellado que no encontraran un autor, un impresor, un librero y un lector.

Permitidme deciros como Rabelais, nuestro comun maestro: — «Buenas gentes, Dios os salve »y guarde! ¿En dónde estais? no puedo veros. »Esperad que me ponga los anteojos. ¡Ah! ¡ah! »ya os veo. Vosotros, vuestras mujeres é hijos, »¿gozais de la salud deseada?» — Me alegro mucho.

Pero no escribo para vosotros. Puesto que teneis hijos mayores de edad, todo está dicho.

«¡Ah! sois vosotros, ilustres bebedores, vos»otros, carísimos gotosos, y vosotros, sarnosos in»fatigables, cucos picantes que *pantagrueli»zais* (2) todo el dia, que teneis urracas domesti-

---

(1) Asesino cuyo indulto prefirieron los judios al de Jesús, consultados por Pilatos.

(2) El célebre *Pantagruel*, de Rabelais, es una sátira cómica muy licenciosa, pero llena de bellezas y que pinta con vivos colores las costumbres de su época (siglo XVI).

»cadas y parlanchinas, y que vais á tercia, á »sexta, á nona, como á vísperas y á completas, »que ireis siempre en verdad.»

No se dirige á vosotros la FISIOLOGÍA DEL MATRIMONIO, puesto que no sois casados. ¡Sea siempre así!

«Vosotros, tropel de sibaritas, santurrones, »monjes con pingües rentas, peregrinos que vais »á Roma, camanduleros, frailes licenciosos, hi»pócritas, y otras gentes semejantes que os ha»beis disfrazado para engañar al mundo, ¡atrás, »malsines, fuera de la palestra! ¡fuera de ahí, »cerebros vacíos!... ¡Vive Dios, aún estais »aquí...!»

Ahora ya no me quedan más que buenas almas que quieran reir. No de esos gimoteadores que se anegan en llanto, con estudio, en verso y en prosa; que se fingen enfermos en odas, sonetos y meditaciones; no de estos melancólicos de toda especie; sino algunos de los antiguos *pantagruelistas*, que no se asustan cuando se trata de banquetes y de chocarrerías, que hallan algo bueno en el libro *de los guisantes con tocino, cum commento*, de Rabelais, en el *de la dignidad de las Braguetas*, y que aprecian estos hermosos libros de mucha grasa, débiles en persecucion y valientes en la lucha.

Apénas podemos reirnos del gobierno, amigos mios, desde que ha hallado el medio de levantar mil quinientos millones de contribucion. Los papas y los obispos, los frailes y las monjas no son bastante ricos aún para que puedan darnos de beber; pero llega San Miguel, que lanzó del cielo al diablo, y ¡acaso veamos volver los buenos tiem-

pos! Por esto hoy no hay en Francia más asunto de risa que el matrimonio.

Discípulos de Panurgo, sólo á vosotros quiero por lectores. Vosotros sabeis coger ó dejar un libro cuando es necesario, cosa muy cómoda, comprender á media palabra, y sacar alimento de un hueso.

Esas gentes de microscopio, que sólo ven un punto, los censores, ¿han dicho, y pasado revista á todo?: han fallado sin apelacion que es tan imposible escribir un libro sobre el matrimonio, como volver nuevo un cántaro roto. Sí, locos de atar. Mirad el matrimonio como querais: nunca encontrareis en él más que halago para los solteros y enfado para los maridos. Tal es su ley eterna. Un millon de páginas impresas no dirian más en resúmen.

Pero hé aquí, sin embargo, mi primera proposicion:

El matrimonio es un combate sin tregua, ántes del cual los dos esposos piden al cielo su bendicion, porque amarse siempre es la más temeraria de las empresas. No tarda el principio del combate, y la victoria, es decir, la libertad, queda por el más hábil.

Corriente. ¿Dónde está la nueva concepcion?

¡Pues bien! me dirijo á los casados de ayer y de hoy, á los que al salir de la iglesia ó de la municipalidad, conciben la esperanza de guardar á sus mujeres para sí solos; á aquellos á quienes no sé qué egoismo ó qué sentimiento indefinible hace decir al saber las desgracias ajenas:—¡Eso no me sucederá á mí!

Me dirijo á aquellos marineros que, despues de

haber visto zozobrar algunas naves, se embarcan; á aquellos solteros que, despues de haber causado el naufragio de más de una virtud conyugal, se atreven á casarse.

Y hé aquí el objeto:

Un jóven, un anciano quizá, enamorado ó nó, acaba de adquirir por medio de una escritura bien y debidamente registrada, á una jóven de largos cabellos negros, de ojos negros y húmedos, de piés diminutos, de dedos lindos y afilados, de boca de granate, de dientes de marfil, bien formada, vivaracha, apetecible y arrogante, blanca como una azucena, favorecida de todos los tesoros de la belleza: sus pestañas bajas parecen los dardos de la corona de hierro; su piel, tan fresca como la corola de una camelia blanca, matizada con la púrpura de las encarnadas; su tez virginal, la flor del almendro, y su vello imperceptible, el de un albérchigo maduro; del azul de sus venas parece brotar un suave calor á través de su delicado cútis; pide y da vida; toda es alegría y amor, toda es donaire é ingenuidad. Ama á su esposo, ó al ménos cree amarlo.

El marido enamorado ha dicho en lo íntimo de su corazon: «Esos ojos no verán á nadie más que á mí, esa boca no se estremecerá de amor sino por mí, esa suave mano derramará sus deleitosos tesoros sólo sobre mí, ese pecho no palpitará sino á mi voz, esa alma adormecida no se despertará sino cuando yo la llame; yo sólo acariciaré esas trenzas brillantes, pasando mis dedos por entre sus flotantes hebras. Haré que la muerte vele á mi cabecera para defender contra el raptor el lecho nupcial; este trono del amor nadará en la

sangre de los imprudentes ó en la mia. Reposo, honor, felicidad, lazos paternales, fortuna de mis hijos, todo está allí; quiero defenderlo todo como una leona á sus cachorros. ¡Desgraciado del que ponga el pié en mi caverna!

Pues bien, atleta animoso, celebro tu determinacion. Hasta ahora ningun geómetra se ha atrevido á trazar líneas de longitud y de latitud sobre el mar conyugal: los maridos han tenido rubor en indicar los bancos de arena, los arrecifes, los escollos, las costas y las corrientes que han destruido sus embarcaciones, por la mucha vergüenza que les causaban sus naufragios. Faltaba un piloto, una brújula á los peregrinos casados... Esta obra es la destinada á servirles de todo ello.

Aun sin hablar de los especieros y de los traperos, existen tantas gentes que están demasiado ocupadas para perder tiempo en buscar los motivos secretos que determinan la conducta de las mujeres, que es una obra de caridad clasificarles por títulos y por capítulos todas las situaciones secretas del matrimonio. Un buen índice de materias les permitirá poner el dedo sobre el corazon de sus mujeres, como la tabla de Pitágoras (1) les enseñaria el producto de una multiplicacion.

Ahora bien. ¿Qué os parece de mi plan? ¿No es una empresa nueva y á que ha renunciado todo filósofo, la de demostrar de qué modo se puede impedir á una mujer que engañe á su marido? ¿No es esta la comedia de las comedias? ¿No es otro

---

(1) No es de este célebre filósofo y matemático griego la tabla que lleva su nombre, aunque sea cierto que inventó, ó por lo ménos enseñó á los occidentales el sistema decimal de numeracion atribuido equivocadamente á los árabes.

speculum vitæ humanæ? No se trata ya de aquellas cuestiones ociosas á que hemos hecho justicia en esta Meditacion. En el dia, en moral como en ciencias exactas, el siglo exige hechos y observaciones.

Empecemos, pues, por examinar la situacion real de las cosas, por analizar las fuerzas de cada parte. Antes de armar á nuestro campeon imaginario, calculemos el número de sus enemigos, contemos los bárbaros que quieren invadir su patria.

Embárquese con nosotros quien quiera, ria el que pueda. Levad el áncora, izad las velas. Sabeis de qué punto partís. Es una gran ventaja que tenemos sobre muchos libros.

Por lo que hace á nuestra facultad de reir llorando y de llorar riendo, como el divino Rabelais bebia comiendo y comia bebiendo; por lo que toca á nuestra manía de poner á Heráclito y á Demócrito (1) en la misma página, de no tener ni estilo ni rebuscada frase... si de ello murmura alguno de la tripulacion... ¡Fuera de cubierta los viejos cerebros con chichonera, los clásicos en mantillas, los románticos en mortaja, y vogue la nave!

Toda esta gente acaso nos vitupere por parecernos á los que dicen con aire jocoso: «Voy á contaros una historia que os hará reir!...»

¿Cómo es posible chancearse cuando se habla del matrimonio? ¿No adivinais que le consideramos como una enfermedad á que estamos todos expuestos, y que este libro es una monografía?

---

(1) Filósofos griegos, prototipos del llanto y de la risa, como efectos del estudio de las cosas humanas.

Pero vosotros, vuestra nave ó vuestra obra, teneis el aire de aquellos postillones que, al salir del parador, hacen chasquear el látigo porque conducen á unos ingleses. Apénas habreis corrido á galope tendido media legua, ya os bajareis para componer un tirante ó para dejar resollar á los caballos. ¿Para qué tocar la trompeta ántes de la victoria?

¡Ay! hoy basta tener pretensiones de éxito para lograrlo; y, como en resumidas cuentas, las grandes obras no son más que ideas pequeñas bien desarrolladas, yo no veo por qué no he de recoger laureles, aunque no sea más que para coronar las magras que nos ayudarán á saborear el vino.

Un instante, ¡piloto! No partamos sin hacer una pequeña reflexion.

Lectores, si encontrais en este libro, de vez en cuando, como en el mundo, las palabras *virtud* ó *mujeres virtuosas*, convengamos en que la virtud será esa penosa facilidad con que una esposa reserva su corazon á su marido; á no ser que la palabra sea empleada en un sentido general, distincion que dejo á la sagacidad natural de cada uno.

MEDITACION II.

ESTADÍSTICA CONYUGAL.

De veinte años acá la Administracion se ha ocupado, entre otras cosas, de indagar cuántas hectáreas de bosques, de prados, de viñas, de barbechos encierra el suelo de Francia. No se ha con-

tentado con esto, y ha querido conocer el número y la naturaleza de los animales. Los sabios han ido más allá: han contado los haces de leña, los kilógramos de vaca, los litros de vino, las manzanas y los huevos consumidos en París. Pero nadie ha imaginado todavía, ni en nombre del honor marital, ni en interés de las personas casaderas, ni en utilidad de la moral y de la perfectibilidad de las instituciones humanas, examinar el número de las mujeres honradas. ¡Qué! Interrogado el Ministerio francés podrá contestar que hay tantos hombres sobre las armas, tantos espías, tantos empleados, tantos estudiantes; y en cuanto á mujeres virtuosas... nada. Si un rey de Francia tuviera el capricho de buscar su augusta compañera entre sus súbditas, la Administracion no podria indicarle al número de ovejas blancas entre las que pudiera escoger; se veria obligado á valerse de alguna institucion de premios á la virtud, lo cual se prestaria á la risa.

¿Serian los antiguos, nuestros maestros en instituciones políticas, como en moral? La historia nos enseña que Asuero (1), queriendo tomar mujer entre las doncellas de Persia, eligió á Esther (2), la más virtuosa y la más bella. Sus ministros habian hallado, sin duda, un modo de escoger la poblacion. Por desgracia, la Biblia, tan clara en punto á todas las cuestiones matrimoniales, ha omitido darnos esta ley de eleccion conyugal.

Procuremos suplir este silencio de la Adminis-

(1) Rey de Persia.
(2) Judia, sobrina de Mardoqueo.

tracion, estableciendo el sistema de exclusion respecto del sexo femenino, en Francia. Reclamamos en este pasaje la atencion de todos los amigos de la moral pública, y los nombramos jueces de nuestro proceder. Procuraremos ser bastante generosos en nuestros cálculos, bastante exactos en nuestros razonamientos, para lograr que todo el mundo acepte el resultado de este análisis.

Cuéntanse generalmente treinta millones de habitantes en Francia.

Algunos naturalistas piensan que el número de las mujeres sobrepuja al de los hombres; pero, como muchos estadistas son de opinion contraria, tomaremos el cálculo más verosímil, admitiendo quince millones de mujeres.

Principiaremos por rebajar de esta suma total nueve millones poco más ó ménos de criaturas que, al primer aspecto, parecen tener bastante semejanza con la mujer, pero que un profundo exámen nos ha obligado á desechar del sexo femenino.

Expliquémonos.

Los naturalistas no consideran en el hombre más que un género único de aquel órden de bimanos, establecido por Dumeril en su *Zoología analítica*, página 16, y al cual Bory-Saint-Vincent ha creido que debe añadirse el género orangutan, bajo pretexto de completarlo.

Si estos zoologistas no ven en nosotros más que un *mamífero* con treinta y dos vértebras, con un hueso hioides, y con más celdillas, que cualquiera otro animal, en la region del cerebro; si para ellos no existen en este órden otras diferencias que las introducidas por la influencia de los cli-

mas, que han suministrado la nomenclatûra de quince especies cuyos nombres científicos es inútil citar; el fisiólogo debe reservarse el derecho de establecer géneros y sub-géneros, segun ciertos grados de inteligencia y ciertas condiciones de existencia moral y pecuniaria.

Así, pues, los nueve millones de seres de que se trata aquí presentan al primer aspecto todos los caractéres atribuidos á la especie humana: tienen el hueso hioides, el pico caracoides, el acromion y la bóveda zigomática; permítase, pues, á los señores del jardin bótanico clasificarlos en el género de los hombres; ¡pero en el de las mujeres...! Hé aquí lo que nuestra fisiología no admitirá jamás.

Para nosotros, y para aquellos á quienes este libro está destinado, una mujer es una variedad rara en el género humano, y cuyos caractéres fisiológicos principales son los siguientes:

Esta especie es debida á las diligencias particulares que los hombres han podido hacer para lograr su cultura, gracias al poder del oro y al calor moral de la civilizacion.

Se reconoce generalmente en la blancura, en la finura, en la suavidad de su piel. Su inclinacion la incita á una limpieza excesiva. Sus dedos se horripilan de encontrar otra cosa que objetos suaves, jugosos, perfumados. Como el armiño, muere algunas veces de dolor al ver manchada su blanca túnica. Gusta de atusar sus cabellos, de hacerlos exhalar olores enervantes, de limpiar sus rosadas uñas, de cortarlas en forma de almendra, de bañar frecuentemente sus delicados miembros. No está bien durante la noche, sino

sobre el plumon más suave; durante el dia, sobre divanes de crin; la posicion horizontal es la que adopta con más placer. Su voz es de una dulzura penetrante, y sus movimientos graciosos. Habla con una facilidad asombrosa. No se dedica á ningun trabajo penoso, y, no obstante, á pesar de su debilidad aparente, hay cargas que sabe llevar y remover con una facilidad milagrosa. Huye el resplandor del sol, y se preserva de él por medios ingeniosos. Andar es un trabajo para ella; ¿come? esto es un misterio; ¿participa de las necesidades de las otras especies? es un problema. Curiosa con exceso, se deja engañar fácilmente por el que sabe ocultarle la cosa más pequeña, pues su espíritu la inclina á buscar incesantemente lo desconocido. Su religion es amar: sólo piensa en agradar al que ama. Ser amada es el objeto de todas sus acciones; excitar deseos, el de todos sus gestos. Por esto sólo piensa en los medios de brillar: no se mueve sino en el centro de una esfera de gracia y de elegancia; para ella ha hilado la jóven indiana el pelo flexible de las cabras del Thivet; Tarara (1) teje sus velos de espuma; Bruselas hace correr sus lanzaderas cargadas con el lino más puro y delgado; Visapour disputa á las entrañas de la tierra sus relucientes guijarros, y Sevres (2) dora su blanca greda. Medita dia y noche nuevos aderezos, emplea su vida en almidonar sus batas, en rizar pañoletas.

---

(1) Ciudad francesa del departamento del Ródano, á seis leguas de Lyon, y muy rica en fábricas de muselina.

(2) En el departamento del Sena y Oise (Francia), y célebre por su manufactura de porcelana.

Va mostrándose brillante y fresca á desconocidos cuyos homenajes la lisonjean, y cuyos deseos la encantan, aunque le sean indiferentes. Las horas robadas al tocador y al deleite las emplea en cantar las más duces melodías; para ella la Francia y la Italia inventan sus conciertos deliciosos, y Nápoles da á las cuerdas un alma armoniosa. Esta especie, es en fin, la reina del mundo y la esclava del deseo.

Teme el matrimonio, porque acaba por echarle á perder el talle, pero se entrega á él, porque le promete la felicidad. Si tiene hijos es por pura casualidad. Cuando son grandes, los oculta.

Estos rasgos, tomados á la ventura entre otros mil, ¿se hallan en aquellas criaturas cuyas manos son negras como las de los micos, y su piel curtida como los pergaminos de un *olim;* cuyo rostro está quemado por el sol, y su cuello arrugado como el de los pavos; cuyo cuerpo está cubierto de andrajos; cuya voz es ronca, nula la inteligencia, insoportable el olor; que no piensan más que en el arca del pan, que están sin cesar encorvadas hácia la tierra, que cavan, que rastrillan, que revuelven la yerba, que espigan, siegan, amasan el pan, agraman el cañámo; que confundidas con ganados, niños y hombres, habitan agujeros cubiertos con paja; á quienes, en fin, importa poco de dónde llueven las criaturas? producir muchas para entregarlas á la miseria y al trabajo es toda su tarea, y si su amor no es un trabajo como el de los campos, al ménos es una especulacion.

¡Ay! si existen en el mundo tenderas que pasan todo el dia entre aceite, jabon y velas, arrendatarias que ordeñan las vacas, desgraciadas de

quienes nos servimos como de acémilas en las fábricas, ó que llevan la banasta, el azadon y el azafate; si existen, por desgracia, muchas criaturas vulgares para quienes la vida del alma, los beneficios de la educacion, los deliciosos arranques del corazon son un paraiso inaccesible, y si ha querido la naturaleza que tuviesen un pico coracoides, un hueso hioides y treinta y dos vértebras, permanezcan para el fisiólogo en el género orangutan. Aquí sólo tratamos de los ociosos, de aquellos que están en condiciones de amar, de los ricos que han comprado la propiedad de las pasiones, de las inteligencias que han conquistado el monopolio de las quimeras. ¡Maldicion sobre todo el que no vive del pensamiento! Canalla y chusma quien no es ardiente, jóven, bello, y apasionado. Esta es la expresion pública del sentimiento seçreto de los filántropos que saben leer ó que pueden subir en un coche. En nuestros nueve millones de proscritas, el recaudador, el magistrado, el legislador, el sacerdote, ven almas, administrados, justiciables, contribuyentes; pero el hombre de sentimiento, el filósofo de gabinete, al comer el panecillo de trigo sembrado y recolectado por esas criaturas, las desecharán, como nosotros, del género femenino. Para ellos no existe otra mujer que la que puede inspirar amor, la criatura investida del sacerdocio del pensamiento por una educacion privilegiada, y en quien la ociosidad ha desarrollado la potencia de la imaginacion; en una palabra, no hay otro sér que aquél cuya alma sueña, amando, tantos goces intelectuales como placeres físicos.

Haremos observar, no obstante, que estos nueve

millones de parias femeninas producen acá y allá millares de aldeanas que, por circunstancias caprichosas, son bonitas como ellas solas. Llegan á París ó á las grandes ciudades, y acaban por elevarse al rango de las mujeres aceptables; pero entre estas dos ó tres mil criaturas privilegiadas, hay cien mil que permanecen siendo criadas de servicio, ó que se entregan á excesos lamentables. Contaremos, sin embargo, en la poblacion femenina estas *Pompadoures* (1) de aldea.

Este primer cálculo está fundado en el descubrimiento estadístico de que en Francia hay diez y ocho millones de pobres, diez millones de gentes acomodadas, y dos millones de ricos.

Luego no existen en Francia más que seis millones de mujeres, de las cuales se ocupan, se han ocupado ó se ocuparán, los hombres de gusto.

Sometamos esta depuracion social á un exámen filosófico. Pensamos, sin temor de ser desmentidos, que los esposos que llevan veinte años de matrimonio deben dormir tranquilamente sin temer la invasion del amor ni el escándalo de un proceso por conversacion criminal.

Así, pues, de nuestros seis millones será necesario rebajar, sobre poco más ó ménos, dos millones de mujeres sumamente amables, porque á los cuarenta años cumplidos conocen el mundo; pero como no conocen el corazon de nadie, están fuera de la cuestion de que se trata. Si tienen la desgracia de no ser solicitadas por su amabilidad, las mata el hastío; se dedican á la devocion, á los

---

(1) La célebre marquesa de Pompadour fué querida de Luis XV, rey de Francia (1720-1764).

gatos, á los perritos, y á otras manías, que no ofenden más que á Dios.

Los cálculos oficiales sobre la poblacion, nos autorizan á descontar todavía dos millones de muchachas bonitas como un sol: se encuentran en el A, B, C, de la vida, y retozan inocentemente con otros muchachos, sin sospechar que estos diablillos que entónces las hacen reir, las harán llorar algun dia.

Ahora bien; de los dos millones de mujeres sobrantes, ¿qué hombre razonable no nos concederá cien mil pobres doncellas corcovadas, feas, rijosas, raquíticas, enfermas, ciegas, heridas, pobres, aunque bien criadas, pero solteras todas, y que en nada ofenden con ello á las sagradas leyes del matrimonio?

¿Se nos negará que puede haber otras cien mil doncellas hermanas de Santa Camila, hermanas de la Caridad, religiosas, institutrices, señoritas de colegio, etc.? Incluyamos en esta santa cifra el número bastante difícil de calcular, de las jóvenes, demasiado grandes para retozar con los muchachos, y demasiado jóvenes aún para esparcir sus coronas de flores de azahar.

En fin, del millon y medio de individualidades que se hallan en el fondo de nuestro crisol, descontaremos aún otras quinientas mil unidades por las hijas de Baal (1) que agradan á las gentes poco delicadas. Comprenderemos tambien en ellas, sin temor de que se echen á perder juntas, las entretenidas, las modistas, las criadas de

---

(1) Dios de la antigüedad celebrado con prácticas vergonzosas y con sangre humana.

tienda, las mercaderas, las actrices, las cantantes, las coristas, las figurantas, las amas de cria. las doncellas, etc. La mayor parte de estas criaturas excitan muchas pasiones, pero creen indecente eso de dar aviso á un notario, á un alcalde, á un cura y á una multitud de zumbones, del dia y del momento en que se entregan á un amante. Su sistema, vituperado con razon por una sociedad curiosa, tiene la ventaja de no obligarlas á nada para con los hombres, para con el Alcalde, para con la justicia. No ofendiendo, pues, á ningun juramento público, estas mujeres no pertenecen en nada á una obra consagrada exclusivamente á los matrimonios legítimos.

Se dirá que es pedir muy poco para este artículo, pero formará compensacion con los que algunos aficionados pudieran hallar demasiado excesivos. Si alguien, por amor á una rica viuda, quiere incluirla en el millon sobrante, la tomará del capítulo de las hermanas de la Caridad, de las coristas de la ópera ó de las jorobadas. En fin, no hemos tomado más que quinientas mil cabezas para formar esta última categoría, aunque acontece muchas veces, como se ha visto más arriba, que los nueve millones de aldeanas le aumentan en gran número. Hemos despreciado la clase obrera y el bajo comercio, por el mismo motivo: las mujeres de estas dos secciones sociales son producto de los esfuerzos que hacen los nueve millones de bimanos femeninos para levantarse hácia las altas regiones de la civilizacion.

Sin esta exactitud escrupulosa, muchas personas considerarian esta meditacion de estadística conyugal como una burla.

Habíamos pensado organizar una clase pequeña de cien mil individuos para formar una caja de amortizacion de la especie, y para servir de asilo á mujeres del estado medio, las viudas, verbi-gracia; pero hemos preferido contar con largueza.

Es fácil probar la precision de nuestro análisis; basta una sola reflexion.

Divídese la vida de la mujer en tres épocas muy distintas: la primera principia en la cuna y termina en la edad núbil; la segunda comprende el tiempo en que la mujer pertenece al matrimonio; la tercera comienza en la edad crítica, notificacion asaz brutal que hace la naturaleza á las pasiones, de que tienen que cesar. Estas tres esferas de existencia, siendo, poco más ó ménos, iguales en duracion, deben dividir en partes iguales una cantidad convenida de mujeres. Por consiguiente, en una masa de seis millones, se hallan, salvo las fracciones que á los sabios es lícito buscar, dos millones próximamente de doncellas de entre un año y diez y ocho, dos millones de mujeres de diez y ocho años al ménos, hasta cuarenta á lo más, y dos millones de viejas. Los caprichos del estado social han distribuido, pues, los dos millones de mujeres núbiles en tres grandes categorías: las que permanecen doncellas por los motivos que hemos expuesto: aquellas cuya virtud importa poco á los maridos, y el millon de mujeres legítimas de que tenemos que ocuparnos.

Por medio de este resúmen, bastante exacto, de la poblacion femenina, se ve que apénas hay en Francia un rebaño de millon de ovejas blan-

cas, redil privilegiado en que todos los lobos quieren entrar.

Hagamos pasar además por otro tamiz á este millon de mujeres ya escogidas en el arnero.

Para llegar á una apreciacion más real del grado de confianza que debe tener un hombre en su mujer, supongamos por un momento que todas estas esposas han de engañar á sus maridos.

En esta hipótesis, convendrá descontar una vigésima parte poco más ó ménos de las jóvenes que casadas la víspera, serán fieles á sus juramentos durante cierto tiempo al ménos.

Otra vigésima parte estará enferma. Esto es otorgar una parte bien reducida á los dolores humanos.

Ciertas pasiones que, segun se dice, destruyen el imperio del hombre sobre el corazon de la mujer; la fealdad, las pesadumbres, los embarazos, reclaman aún una vigésima parte.

No se infiltra el adulterio en el corazon de una mujer casada lo mismo que se dispara una pistola. Aun cuando la simpatía despertase sentimientos al primer golpe de vista, siempre hay un combate cuya duracion forma cierto valor-nulo en la suma total de las infidelidades conyugales. Casi es insultar al pudor en Francia no representar la duracion de estos combates en un país tan naturalmente guerrero, más por una vigésima parte de las mujeres; pero supondremos en tal caso, que ciertas mujeres enfermas incluyen á sus adoradores en el número de las pociones calmantes, y que hay mujeres cuyo estado interesante hace sonreir á algun soltero disimulado. Salvaremos tambien el pudor de las que combaten por la virtud.

Por el mismo motivo, no nos atreveremos á creer que una mujer abandonada por su amante halle otro *hic et nunc;* pero este valor-nulo, siendo necesariamente más débil que el anterior le estimaremos en una cuadragésima parte.

Estas rebajas reducirán nuestra masa á ochocientas mil mujeres, cuando se trate de determinar el número de las que ofenden la fe conyugal.

En este momento, ¿quién no quisiera persuadirse de que son virtuosas estas mujeres? ¿No son la flor del país? ¿No son todas jovencitas, hechiceras, asombros de belleza, de juventud, de vida y amor? Creer en su virtud es una especie de religion social, pues son el ornamento del mundo y constituyen la gloria de Francia.

Tenemos, pues, que buscar en el seno de este millon:

El número de las mujeres decentes:

El número de las mujeres virtuosas.

Tal investigacion y tales dos categorías exigen Meditaciones enteras, que servirán de apéndice á ésta.

MEDITACION III.

LA MUJER DECENTE.

La Meditacion anterior ha demostrado que poseemos en Francia una masa flotante de un millon de mujeres que explotan el privilegio de inspirar esas pasiones, que un hombre galante confiesa sin rubor, ú oculta con placer.

Es necesario pasear nuestra linterna diogéni-

ca (1) sobre este millon de mujeres, para encontrar las mujeres decentes del país.

Esta pesquisa nos obliga á algunas digresiones.

Dos jóvenes bien vestidos, cuyo cuerpo esbelto, y cuyos brazos redondos se parecen á los de la señorita de un empedrador, y cuyas botas están perfectamente hechas, se encuentran una mañana en el bulevar á la salida del pasaje de los *Panoramas*.

—¡Cómo, eres tú!

—Sí, querido; me parezco, ¿no es verdad?

Y rien más ó ménos graciosamente, segun la naturaleza de la chanza que abre la conversacion.

Cuando se han examinado con la curiosidad disimulada de un gendarme que procura reconocer alguna seña; cuando se hallan bien enterados de la frescura respectiva de sus guantes, de sus chalecos, y de la gracia con que están anudadas sus corbatas; cuando están seguros de que ninguno de ellos ha caido en la desgracia, se cogen del brazo, y si parten del teatro de Variedades, no llegarán á la altura de Frascaty sin haberse dirigido una pregunta algo alegre, cuya traduccion libre es ésta:

¿Con quién *casamos* por el momento?

Regla general: es siempre con una mujer encantadora.

¿Cuál es el paseante por París en cuyo oido no han caido, como balas en un dia de batalla, millares de palabras pronunciadas por los transeuntes, y que no ha cogido una de esas palabras innumerables, heladas en el aire, de que habla Ra-

(1) Diógenes, filósofo cínico, natural de Sipope (Asia Menor).

belais? Pero... no, la mayor parte de los hombres se pasean en París, como comen, como viven, es decir, sin pensarlo.

Existen pocos músicos hábiles, pocos fisonomistas ejercitados que sepan reconocer con qué clave están marcadas estas notas esparcidas, de qué pasion proceden.

¡Oh! ¡vagar por París! ¡adorable y deliciosa existencia!

Callejear es una ciencia: es la gastronomía de los ojos. Pasearse, es vegetar; callejear es vivir. La mujer jóven y bonita contemplada largo tiempo por ojos ardientes, pudiera pedir un salario, con más derecho que el pastelero pedia veinte sueldos al Lemosino (1), cuya nariz hinchada á todo trapo aspiraba perfumes alimenticios. Callejear es gozar; es recoger rasgos de gracia; es admirar cuadros sublimes de desgracia, de amor, de alegría, retratos graciosos ó grotescos, es sumergir sus miradas en el fondo de mil existencias; jóven, se desea todo, se posee todo; anciano, se vive con la vida de los jóvenes, se identifica con sus pasiones.

¿Cuántas respuestas no ha oido un badulaque artista á la pregunta categórica en que estamos detenidos?

—¡Tiene treinta y cinco años, pero no le darias veinte! dice un jóven fogoso, de ojos vivos, y que, libre del colegio, quisiera como Querubin abrazarlo todo.

—¡Cómo! pero yo tengo peinadores de batista y

---

(1) Natural de Limojes ó del Lemosin, antigua, provincia de Francia. (Alto Vienne y Coreze.)

anillos negros con diamantes... dice un pasante de notario.

—¡Tiene coche y un palco en la Comedia francesa! dice un militar.

—¡A mí, exclama otro de corta edad y aparentando contestar á un ataque, eso no me cuesta un céntimo! ¡Cuando un hombre es bien formado como yo!... ¿Es eso todo lo que tú has logrado, respetable amigo mio?

Y el paseante da un golpe con la mano abierta sobre el vientre de su amigo.

—¡Oh! ¡Me ama! dice otro; ¡no es posible formarse una idea de ello, pero tiene un marido más tonto!... ¡Ah!... Buffon (1) ha descrito admirablemente á los animales, pero el bípedo llamado marido...

Qué agradable es oir cuando se está casado...

—¡Oh, amigo mio, cómo un ángel!... ésta es la respuesta á una pregunta hecha discretamente al oido.—¿Puedes decirme su nombre ó enseñármela?...—¡Oh, no, es una *mujer decente!*

Cuando un estudiante es querido por una cafetera, la nombra con orgullo y lleva sus amigos á almorzar con ella.

Si el jóven ama á una mujer cuyo marido es comerciante de artículos de primera necesidad, contestará sonrojándose:

—Es una lencera, es mujer de un papelero, de un gorrero, de un mercader de paños, de un dependiente, etc.

Pero esta confesion de un amor subalterno que

---

(1) Naturalista y literato francés, director del Jardin Botánico de Paris, é individuo de la Academia francesa (1707—1788).

nace y crece en medio de los fardos, de los pilones de azúcar, ó de los chalecos de franela, va siempre acompañada de un elogio pomposo de la fortuna de la señora. Sólo el marido interviene en el comercio, es rico, tiene muebles hermosos; por lo demás, ella va á la casa del querido, tiene un chal de cachemira, y posee casa de campo, etc.

En resúmen: un jóven nunca carece de excelentes razones para probar que su querida va á hacerse muy en breve mujer decente, si no lo es ya. Esta distincion producida por la elegancia de nuestras costumbres, es ya tan indefinible como la línea en que principia el buen tono.

¿Qué se entiende, pues, por *mujer decente?*

La materia pertenece demasiado á la vanidad de las mujeres, á la de sus amantes, y áun á la del marido, para que no establezcamos aquí reglas generales, resultado de larga observacion.

Nuestro millon de cabezas privilegiadas representa una masa de elegibles al glorioso título de mujer decente; pero no todas son elegidas. Los principios de esta eleccion se hallan en los axiomas siguientes:

AFORISMOS.

I.

La mujer decente es de necesidad casada.

II.

La mujer decente tiene ménos de cuarenta años.

III.

La mujer casada cuyos favores se compran, no es mujer decente.

IV.

La mujer casada que tiene coche propio, es una mujer decente.

V.

La mujer que dirige la cocina de su casa no es mujer decente.

VI.

Cuando un hombre ha ganado veinte mil libras de renta, su mujer es *una mujer decente*, sea cual fuere la clase de comercio á que ha debido su fortuna.

VII.

Una mujer que dice *arrecogido* por recogido, *trujon* por trajeron, *procáz* por precoz, nunca será una mujer *decente* por mucha fortuna que tenga.

VIII.

La mujer decente ha de tener tanto dinero, que permita á su amante esperar que nunca le será molesta.

IX.

La mujer que vive en un cuarto tercero (exceptuando las calles de Rívoli y de Castiglione), no es una mujer decente.

X.

La mujer de un banquero es siempre una mujer decente; peró una mujer sentada delante de un mostrador no puede ser decente sino cuando su marido comercia al por mayor y no habita el entresuelo de la tienda.

XI.

La sobrina soltera de un obispo, cuando vive con él, puede pasar por mujer decente, porque si tiene una intriga, está obligada á engañar á su tio.

XII.

Mujer decente es la que teme comprometerse.

XIII.

La mujer de un artista es siempre una mujer decente.

———

Al aplicar estos principios, un hombre del Ar-

deche (1) puede resolver todas las dificultades que se presenten en la materia.

Para que una mujer no entre en la cocina, reciba una educacion brillante, tenga el sentimiento de la coquetería, y el derecho de pasar horas enteras en un tocador, ó recostada sobre un sofá; para que viva la vida del alma, necesita al ménos una renta de mil escudos en provincias ó de seis mil francos en París. Estos dos términos de fortuna van á indicarnos el número probable de mujeres decentes que entran en el millon, producto bruto de nuestra estadística.

Trescientos mil rentistas, á mil y quinientos francos cada uno, representan la suma total de las pensiones, de los intereses eventuales y perpétuos, pagados por la tesorería, y de las rentas hipotecarias.

Trescientos mil propietarios, con tres mil y quinientos francos de renta cada uno, representan toda la fortuna territorial.

Doscientos mil partícipes, á mil y quinientos francos, representan la partida del *presupuesto* del Estado y la de los presupuestos municipales ó departamentales, hecho el descuento de la deuda de los fondos del clero, del salario de los héroes de cinco sueldos diarios, y de las partidas presupuestadas para su ropa blanca, armamento, víveres, acuartelamiento, etc.

Doscientas mil fortunas mercantiles á razon de veinte mil francos de capital, representan absolutamente todos los establecimientos industriales de Francia.

---

(1) Departamento francés.

Hé aquí un millon de maridos.

Pero ¿cuántos rentistas contaremos de á diez, cincuenta, ciento, y dos, tres, cuatro, cinco y seiscientos francos solamente de renta inscrita en el gran libro y en otras partes?

¿Cuántos propietarios hay que no pagan más que cien sueldos, veinte francos, ciento, doscientos y doscientos ochenta francos de contribucion?

¿Cuántos pobres caga-tintas presupuestívoros supondremos que no tienen más que seiscientos francos de sueldo?

¿Cuántos comerciantes admitiremos que no tienen más que caudales ficticios, ricos en crédito, pero sin un sueldo efectivo, y que se parecen á esos arneros por donde pasa el Pactolo? (1) y ¿cuántos comerciantes que no tienen más que un caudal positivo de mil ó dos mil francos? ¡Oh industria!

Hagamos más dichosos de los que existen tal vez, y partamos este millon en dos mitades: quinientos mil matrimonios tendrán de ciento á tres mil francos de renta, y quinientas mil mujeres cumplirán con las condiciones exigidas para ser decentes.

En virtud de las observaciones que terminan nuestra Meditacion de estadística, estamos autorizados para descontar de este número cien mil unidades: por tanto, puede considerarse como una proposicion matemáticamente probada, que no existen en Francia más que cuatrocientas mil mujeres cuya posesion pueda procurar á los hom-

---

(1) Dios-rio que tenía la propiedad de convertirlo todo en oro.

bres delicados los exquisitos y distinguidos goces que buscan en el amor.

En efecto, este es el lugar de advertir á los adeptos, para quienes escribimos, que el amor no se compone de algunas conversaciones tiernas, de pocas noches de deleite, de una caricia más ó ménos inteligente y de una chispa de susceptibilidad bautizada con el nombre de celos. Nuestras cuatrocientas mil mujeres no son de aquellas de quienes puede decirse: la doncella más bella del mundo no da más de lo que tiene: se hallan ricamente dotadas con los tesoros que piden prestados á nuestras ardientes imaginaciones, y saben vender muy caro lo que no tienen, para compensar la vulgaridad de lo que dan.

Besando el guante de una griseta, ¿experimentareis más placer que agotando aquel deleite de cinco minutos que os ofrecen todas las mujeres?

En la conversacion de una mercachifle, ¿hallais acaso goces infinitos?

Entre vosotros y una mujer inferior á vosotros, las delicias del amor propio son siempre para ella. No estais nunca en el secreto de la felicidad que dais.

Entre vosotros y una mujer superior á vosotros, por su fortuna ó su posicion social, los placeres de la vanidad son inmensos, y os tocan á partes iguales. Nunca ha podido un hombre levantar hasta sí á su querida; pero una mujer coloca siempre á su amante tan alto como ella. La frase: *Yo puedo hacer príncipes y vos no hareis nunca más que bastardos*, es una respuesta resplandeciente de verdad.

Si el amor es la primera de las pasiones, consiste en que las halaga á todas á un tiempo. Se ama en proporcion del número de fibras de nuestro corazon heridas por los dedos de la mujer amada.

Byron (1), hijo de un platero, subiendo al lecho de la duquesa de Curlandia, y ayudándola á firmarle la promesa de ser proclamado soberano del país, como lo era de la jóven y linda soberana, es el símbolo de la felicidad que deben proporcionar á sus amantes nuestras cuatrocientas mil mujeres.

Para tener el derecho de formar una alfombra con todas las cabezas que se agitan en un salon, es necesario ser amante de una de las mujeres escogidas. Así es que todos gustamos de vernos entronizados alguna vez.

Hé aquí explicado por qué contra esta brillante parte de la nacion se dirigen todos los ataques de los hombres á quienes la educacion, el talento ó el ingenio ha dado el derecho de ser contados entre los que forman el orgullo de los pueblos: en esta clase de mujeres es donde se halla tan sólo aquella cuyo corazon está defendido heróicamente por *nuestro* marido.

¿Qué importa que las consideraciones á que da lugar nuestra aristocracia femenina se apliquen ó no á las demás clases sociales? Lo que sea peculiar de esas mujeres tan perfeccionadas en sus modales, en su lenguaje y en sus pensamientos; en quienes una educacion preocupada ha desar-

(1) Uno de los más célebres poetas modernos. Nació en Dover (1788-1824).

rollado el gusto de las artes; la facultad de sentir, de comparar, de reflexionar; que tienen tan elevado sentimiento de las conveniencias y de la urbanidad, y que imperan en las costumbres de la Francia, debe ser aplicable á las mujeres de todas las naciones y de todas las especies. El hombre superior, á quien está dedicado este libro, posee indudablemente cierta óptica de pensamiento, que le permite seguir las degradaciones de la luz en cada clase, y adivinar en qué estado de civilizacion es exacta cada una de estas observaciones.

Y ahora, ¿habrá quien dude de que es de grande interés para la moral la investigacion del número de mujeres virtuosas que puede haber entre aquellas amables criaturas? ¿No existe aquí una cuestion marito-nacional?

MEDITACION IV.

LA MUJER VIRTUOSA.

La gravedad del caso no estriba tanto en saber cuántas mujeres virtuosas hay, como en averiguar si una mujer decente puede ser virtuosa.

Para mejor aclarar asunto tan importante, echemos una rápida ojeada sobre la poblacion masculina.

De nuestros quince millones de hombres, descontemos ante todo los nueve millones de bimanos con treinta y dos vértebras, y no admitamos en este análisis más que seis millones de indivi-

duos. Los Murat, los Merceau, los Lefebvre, los Marmontel, los Diderot, los Rollin (1), suelen germinar á veces de esta hez social en fermentacion; pero aquí vamos á cometer de intento algunas inexactitudes. Estos errores de cálculo recaerán por su peso en la conclusion, y confirmarán los terribles resultados que va á descubrirnos el mecanismo de las pasiones públicas.

De los seis millones de hombres privilegiados, descontaremos tres millones de ancianos y de niños.

Esta sustraccion, se nos dirá, estaba representada por cuatro millones cuando calculábamos la poblacion femenina.

Parecerá extraña esta diferencia, á primera vista, pero es fácilmente justificable.

La edad media á que se casan las mujeres es la de veinte años, y á los cuarenta dejan de pertenecer al amor.

Un muchacho de diez y siete años ya da rudos golpes de cortaplumas en los pergaminos de los contratos, y especialmente en los antiguos, segun dicen las crónicas escandalosas.

Un hombre de cincuenta y dos años es más terrible en esta edad que en otra cualquiera. En esta bella época de la vida es cuando usa de una experiencia caramente adquirida y de toda la fortuna que debe tener. Las pasiones á cuyo impulso se agita son las últimas, y es desapiadado y duro como el náufrago arrastrado por la corriente, que coge una rama de sáuce verde y flexible, tierno renuevo del año.

---

(1) Ilustres generales y escritores franceses.

AFORISMO.

El hombre, físicamente considerado, es más tiempo hombre, que la mujer, mujer.

La diferencia que existe entre la duracion de la vida del amor en el hombre y en la mujer, por lo que respecta al matrimonio, es de quince años. Esta cifra equivale á las tres cuartas partes del tiempo, en que las infidelidades de una mujer pueden ocasionar la desgracia del marido. Pero el resultado de la sustraccion en nuestra masa de hombres sólo presenta una diferencia de la sexta parte, de más, comparado con el de la sustraccion femenina.

Grande es la modestia de nuestros cálculos. Los motivos son de una evidencia tan vulgar, que sólo los hemos expuesto por exactitud y para precavernos de la crítica.

Queda, pues, probado á todo filosófo, aunque sea poco calculador, que existe en Francia una masa flotante de tres millones de hombres de diez y siete años á lo ménos, de cincuenta y dos á lo más, robustos y de fuerte dentadura, muy dispuestos á morder, mordedores, y constantemente deseosos de marchar fuerte y firme por los senderos del Paraiso.

Estas observaciones nos autorizan para separar de la masa á un millon de maridos. Supongamos por un momento que, satisfechos y siempre felices como nuestro marido modelo, se contenten con el amor conyugal.

Nuestros dos millones de celibatorios no necesitan cinco sueldos de renta para hacer el amor.

Basta á un hombre tener buen pié y buen ojo, para desprender el retrato del marido;

Ni siquiera es necesario que el hombre sea guapo ni buen mozo;

Con tal de que un hombre tenga talento, aire distinguido, y trato agradable, las mujeres no le preguntan de dónde viene, sino á donde quiere ir;

Un vestido debido á Stanb, unos guantes tomados en casa de Walker, unas botas elegantes que Evret entregó temblando, y una corbata bien puesta, bastan á un hombre para ser el rey de un salon;

Los militares, en fin, aunque haya decaido la aficion á los entorchados, ¿no forman por sí solos una legion formidable de solteros? Sin recordar á Eginardo (1), que era un secretario particular, ¿no nos ha dicho un periódico, hace poco, que una princesa de Alemania habia legado su fortuna á un simple teniente de coraceros de la guardia imperial?

El notario de aldea que vive en el fondo de Gascuña (2), y que sólo autoriza treinta y seis actos por año, envia á su hijo á estudiar Derecho en París; el sombrerero quiere que su hijo sea notario; el procurador destina el suyo á la magis-

---

(1) Secretario é historiador de Carlo-Magno, y encargado despues de la muerte de éste, de la educacion de Lotario.

(2) Antigua provincia francesa, que forma hoy los departamentos de las Landas, de Gers y de los altos Pirineos, el S. O. del Alto-Garona y el O. del Ariage.

tratura; el magistrado quiere ser ministro para dotar á sus hijos con la Senaduría. En ninguna época del mundo ha habido una sed tan ardiente de instruccion; hoy no es ya el ingenio, sino el talento, el que anda por las calles. En todas las grietas de nuestro estado social brotan brillantes flores, como brotan en la primavera sobre los muros en ruinas; en los subterráneos mismos, aparecen mazorcas medio coloreadas que verdecerán á poco que el sol de la instruccion penetre en ellos. Desde el advenimiento de este inmenso desarrollo del pensamiento, de esta igual y fecunda dispersion de luz, no tenemos ya superioridades, porque cada hombre representa la masa de instruccion de su siglo. Estamos rodeados de enciclopedias vivientes, que andan, piensan, obran y quieren eternizarse. Hé aquí la causa de esos sacudimientos espantosos de ambiciones ascendentes y pasiones delirantes: necesitamos otros mundos, necesitamos colmenas dispuestas á recibir todos estos enjambres, y sobre todo necesitamos muchas mujeres bonitas.

Las enfermedades del hombre no amenguan en modo alguno sus pasiones. ¡Doloroso es decirlo, pero nunca nos quiere tanto una mujer como cuando sufrimos!...

Ante esta idea, todos los epigramas dirigidos al *sexo pequeño* (es muy viejo llamarle sexo bello), debieran despojarse de sus aguzadas puntas y convertirse en madrigales. Todos los hombres deberian pensar en que sólo debe amarse la virtud de la mujer; que todas las mujeres son extraordinariamente virtuosas, y cerrar aquí el libro y la Meditacion.

¡Ah! ¿os acordais de aquel momento triste y lúgubre en que solos y padeciendo, censurando á los hombres, en especial á vuestros amigos; débiles, desanimados y pensando en la muerte; la cabeza apoyada sobre una almohada friamente caliente, y acostados sobre una sábana cuyo blanco tejido de lino se imprimia dolorosamente en la piel, paseábais la triste mirada por el papel verde de las paredes de vuestro silencioso cuarto?... ¿Os acordais de haberla visto entreabrir la puerta sin ruido, enseñar su jóven, su rubia cabeza, sumergida en rizos de oro y en un sombrero nuevo, aparecer como una estrella en una noche borrascosa, sonreir y semi-apesadumbrada, semi-dichosa, precipitarse en vuestros brazos?

—¿Qué has hecho? ¿qué le has dicho á tu marido?

¡¡Un marido!! Hénos aquí de nuevo en nuestro asunto.

AFORISMO.

Moralmente, el hombre es hombre con más frecuencia, y durante más tiempo, que la mujer, mujer.

En nuestros dos millones de célibes hay muchos desgraciados, en quienes el sentimiento profundo de su miseria y un trabajo obstinado, apagan el amor.

No todos han estado en el colegio; hay muchos

artesanos, muchos lacayos (1), muchos tenderos de ropas hechas, muchos empresarios, muchos industriales que no piensan más que en el dinero, muchos horteras;

Hay muchos hombres más bestias y más malos que Dios lo hizo;

Hay hombres cuyo carácter es como una cáscara de nuez;

El clero, en general, es casto;

Hay muchos hombres que nunca pueden entrar en la esfera brillante en que se agitan las mujeres decentes; ya porque les falta un traje, ya por timidez, ya porque no tienen un amigo que los conduzca y guie.

Pero dejemos á cada cual aumentar el número de las excepciones, segun su propia experiencia (porque, ante todo, el fin de un libro es hacer pensar), y suprimamos de un golpe una mitad de la masa total. No admitamos más que un millon de corazones dignos de ofrecer sus homenajes á las mujeres decentes; este es, sobre poco más ó ménos, el número de nuestras eminencias intelectuales; y que las mujeres sólo amen á las personas de talento; pero, vuelvo á decirlo, demos un buen dia á la virtud.

Ahora bien; si escuchamos á nuestros amables célibes, veremos que cada cual refiere una multitud de aventuras que siempre comprometen gravemente á las mujeres decentes. Hay mucha modestia y mucho comedimiento en no calcular más

---

(1) El duque de Gesvres era muy feo y muy pequeño. Paseándose un dia por el bosque de Versalles, vió á unos lacayos de gran estatura, y dijo á los amigos que le acompañaban: —¡Ved cómo hacemos á esos perillanes, y cómo nos hacen ellos á nosotros!

que tres aventuras por soltero; pero si algunos cuentan por decenas, hay tantos que se han contentado con dos ó tres pasiones, y áun con una sola en la vida, que hemos adoptado, como en estadística, el sistema de un reparto por cabeza. Pues si se multiplica el número de los solteros por el número de las *buenas suertes*, se conseguirán tres millones de aventuras, y para hacer frente á ellas no tenemos más que cuatrocientas mil mujeres decentes!

Si el Dios de bondad y de indulgencia que gobierna el mundo, no hace una segunda colada del género humano, es sin duda por el poco éxito de la primera.

¡Hé aquí lo que es un pueblo! ¡Hé aquí una sociedad cernida, y hé aquí el resultado que ofrece!

AFORISMOS.

I.

Las costumbres son la hipocresía de las naciones, y la hipocresía está más ó ménos perfeccionada.

II.

La virtud es la urbanidad del alma.

El amor físico es una necesidad semejante al hambre, con la diferencia de que el hombre come

siempre; pero su apetito, en amor, no es ni tan sostenido, ni tan regular.

Un pedazo de pan moreno y un cántaro de agua, satisfacen el hambre de todos los hombres; y á pesar de esto, la civilizacion ha creado la gastronomía.

El amor tiene su pedazo de pan, pero tiene igualmente aquel arte de amar que se llama la *coqueteria*, palabra encantadora que sólo existe en Francia, donde esta ciencia ha nacido.

Ahora bien; ¿no se estremecerán los maridos si llegan á pensar que el hombre está poseido de tal modo de la necesidad innata de variar sus manjares, que en tal ó cual país salvaje, donde han aportado extranjeros, han encontrado bebidas espirituosas y guisados?

Pues el hambre no es tan violenta como el amor; los caprichos del alma son mucho más numerosos, más incitantes, más solicitados en su furia que los caprichos de la gastronomía; todo lo que nos han descubierto los poetas y los acontecimientos acerca del amor humano, arma á nuestros célibes soldados de un poder terrible; son los leones del Evangelio, que buscan presas que devorar.

Interrogue cada cual á su conciencia, invoque sus recuerdos, y pregúntese si ha encontrado jamás á ningun hombre que se haya contentado con el amor de una sola mujer.

¡Ah! ¿cómo podremos resolver, para vindicar el honor de todos los pueblos, el problema que resulta de tres millones de pasiones ardientes que no hallan para pasto más que cuatrocientas mil mujeres? ¿Se quiere distribuir cuatro solteros por

mujer, y reconocer que las mujeres decentes pudieran muy bien haber establecido, por instinto, y sin saberlo ellas mismas, una especie de relevo entre ellas y los célibes, como el que han inventado los presidentes de los Tribunales reales para hacer pasar á sus consejeros por cada Sala, unos despues de otros, al cabo de cierto número de años? ¡Triste modo de salvar tamaña dificultad!

¿Querrá álguien sospechar que ciertas mujeres decentes obran en el reparto de los solteros como el leon de la fábula? ¿Una mitad, por lo ménos, de nuestros altares, serán sepulcros blanqueados?

¿Se quiere suponer, para vindicar el honor de las señoras francesas, que en tiempo de paz, los demás países, principalmente Inglaterra, Alemania y Rusia, nos importan cierta cantidad de sus mujeres decentes? Pero las naciones extranjeras pretenden restablecer la balanza, probando que Francia exporta regular cantidad de mujeres bonitas.

La moral y la religion sufren tanto con semejantes cálculos, que un hombre honrado, en su deseo de absolver á las mujeres casadas, encontraria no poca satisfaccion creyendo que las viudas ricas y las doncellas comparten por mitad esta corrupcion general, ó hablando más claro, que los solteros mienten.

¿Pero qué calculamos? Pensemos en los maridos, que con mengua de las públicas costumbres se portan como si fueran solteros, y se glorían *in pectore* de sus aventurillas secretas.

¡Oh! Entónces creamos que todo hombre casado, si quiere un poco á su mujer, en lo que toca

al honor, como decia Corneille, puede buscar una soga y un alero, *fœnum habet in cornu.*

Y á pesar de todo, es preciso meterse entre estas cuatrocientas mil mujeres decentes, y, linterna en mano, ir buscando el número de las virtuosas de Francia. Es preciso, porque en nuestra estadística conyugal no hemos rebajado más que ciertas criaturas, de quienes la sociedad no se ocupa gran cosa, y es bien sabido que en Francia las gentes decentes componen escasamente un total de tres millones, á saber: nuestro millon de solteros, quinientas mil mujeres decentes, quinientos mil maridos, y un millon de viudas ricas, doncellas y niños.

¿Existen, no obstante, mujeres virtuosas?

Sí, las que nunca han sido solicitadas, y las que mueren en el primer parto, supuesto que sus maridos las tomaron vírgenes.

Sí, las que son feas, como la Kaifakatadary de *Las Mil y Una noches.*

Las que Mirabeau llamaba *Hadas pepinos*, y que están formadas de átomos semejantes á los de las raíces del fresal y de la ninfea; y áun de éstas no hay que fiarse mucho.

Convengamos, y esto es preciso confesarlo en alabanza del siglo, que desde la restauracion de la religion y de la moral, y en los tiempos que corren, se encuentran *algunas* mujeres tan morales, tan religiosas, tan esclavas de sus deberes, tan rectas, tan recatadas, tan graves, tan *virtuosas*,... sí, que el Diablo no se atreve á mirarlas; están pertrechadas de rosarios, de rezos, de directores... ¡Chiton!

No intentaremos contar las mujeres que son

virtuosas por tontería; sabido es que en amor no hay mujeres tontas.

Y por último, no sería difícil que hubiese en algun rinconcito mujeres jóvenes, bonitas y virtuosas, de las que el mundo no sospecha.

Pero no deis nunca el nombre de mujer virtuosa á la que, combatiendo una pasion involuntaria, nada ha concedido al amante á quien adora desesperadamente. Esto sería la injuria más cruel que pudiera hacerse á un marido enamorado. ¿Qué le queda de su mujer en tal caso? Una cosa sin nombre; un cadáver animado. Aquella mujer está en el seno de los placeres conyugales, como el convidado advertido por Borgia (1) de que los manjares estaban envenenados, ya no tiene hambre; come de dientes afuera, ó aparenta comer. Echa de ménos la comida que dejó para aceptar la del terrible cardenal, y suspira por el momento en que, terminada la fiesta, pueda levantarse de la mesa.

¿Cuál es el resultado de estas reflexiones sobre la virtud femenina? El siguiente, cuyas dos últimas máximas nos han sido suministradas por un filósofo ecléptico del siglo XVIII.

AFORISMOS.

I.

La mujer *virtuosa* tiene en el corazon una fibra

---

(1) César, hijo natural del pontífice Alejandro VI, y célebre por sus perfidias, por sus crueldades y por su desarreglo. (Siglo XV.)

más, ó una fibra ménos, que las demás mujeres. Es estúpida ó sublime.

II.

La virtud de las mujeres es tal vez cuestion de temperamento.

III.

La mujer más virtuosa tiene en sí alguna cosa que jamás es casta.

IV.

«Que un hombre de talento dude de su querida... se concibe; pero de su mujer... es necesario ser muy bestia.»

V.

«Los hombres serian muy desdichados si cuando están cerca de las mujeres se acordaran de lo mínimo que saben de memoria.»

El número de las mujeres raras, que, semejantes á las vírgenes de la parábola, han sabido conservar encendida la lámpara, parecerá siempre muy reducido á los defensores de la virtud y de los buenos sentimientos; pero aún será preciso descontarle de la suma total de las mujeres decentes, y esta sustraccion consoladora hace todavía mayor el peligro de los maridos, más espantoso

el escándalo, y contagia mucho más al resto de las esposas legítimas.

¿Qué marido podrá dormir tranquilo al lado de su mujer, jóven y bonita, sabiendo que hay, cuando ménos, tres célibes en acecho, que si todavía no han hecho estrago en su pequeña propiedad, consideran á la mujer casada como una presa que se les debe, que tarde ó temprano les tocará por astucia, por fuerza, por conquista, ó de buena voluntad? y es imposible que no salgan victoriosos algun dia en esta lucha. ¡Espantosa conclusion!...

Los *puristas* en moral, los golillas, en fin, nos acusarán porque presentamos cálculos tan dolorosos, y querrán tomar la defensa de las mujeres decentes ó de los célibes; pero les hemos reservado una última observacion.

Aumentad á voluntad el número de las mujeres decentes, y disminuid el de los célibes; siempre hallareis en definitiva más *aventuras* galantes que mujeres decentes; siempre hallareis una masa enorme de solteros, reducidos, por el estado de nuestras costumbres, á cometer tres géneros de crímenes.

Si son castos, su salud se alterará entre las más dolorosas irritaciones, harán inútiles las tendencias sublimes de la naturaleza, irán á morir del pecho bebiendo leche en las montañas de la Suiza.

Si sucumben á sus legítimas tentaciones, ó comprometerán á mujeres decentes, y entónces volvemos al objeto de este libro, ó se degradarán en el vil comercio de las quinientas mil mujeres de que hemos hablado en la última categoría de la

primera Meditacion, y en este último caso, ¡cuántas probabilidades de ir tambien á beber leche y morir en Suiza!...

¿Nunca os ha llamado la atencion como á nosotros, un vicio de organizacion del órden social, cuya observacion va á servirnos de prueba moral para nuestros últimos cálculos?

El término medio de la edad á que el hombre se casa, son los treinta años; el de la edad en que sus pasiones, sus más violentos deseos de goces generatrices se desarrollan, son los veinte. Ahora bien; durante los diez mejores años de su vida, durante la verde estacion en que su belleza, su juventud y su ingenio le hacen más temible á los maridos, que en cualquiera otra época de su existencia, vive sin medios para satisfacer *legalmente* la irresistible necesidad de amar que abrasa todo su sér. Representando este período la sexta parte de la vida humana, debemos admitir que una sexta parte, cuando ménos, de nuestra masa de hombres, y la más vigorosa, permanece perpétuamente en una actitud tan fatigante para los que la componen, como peligrosa para la sociedad.

—¿Por qué no se casan? dirá alguna lectora beata.

—¿Pero qué padre juicioso querrá casar á su hijo á los veinte años?

¿Quién ignora el peligro de estos enlaces prematuros? Parece que el matrimonio será un estado muy contrario á los hábitos naturales, cuando exige una madurez de juicio particular. En fin, todo el mundo sabe que Rousseau ha dicho: «Siempre será necesaria una época de libertinaje, sea

en un estado ó en otro. Es un gérmen fatal que fermenta más tarde ó más temprano.»

¿Qué madre de familia expondrá la felicidad de su hija á los azares de esta fermentacion, cuando aún no se haya verificado?

Y por otra parte, ¿será necesario justificar un hecho, bajo cuyo imperio existen todas las sociedades? ¿No hay en todos los países, como hemos expuesto, inmensa cantidad de hombres que viven decentemente fuera del celibato y del matrimonio?

—¿No pueden estos hombres, dirá una devota, vivir continentes, como los curas?

Conformes.

Pero observaremos que el voto de castidad es una de las más graves excepciones del estado natural, exigidas por la sociedad; que la continencia es el grave punto de la profesion del sacerdote; que éste debe ser casto, como el médico es insensible á los dolores físicos, como el abogado y el escribano lo son á la miseria que les descubre sus horrores, como el militar lo es á la muerte que le rodea en el campo de batalla. De que las necesidades de la civilizacion petrifiquen ciertas fibras del corazon y formen callos sobre ciertas membranas que debieran resonar, no puede deducirse que todos los hombres sean capaces de arrostrar esas muertes parciales y excepcionales del alma. Esto sería lo mismo que arrastrar á un execrable suicidio moral á todo el género humano.

Supongamos que en el seno de la reunion más jansenista que pueda existir se presenta un jóven de veintiocho años, que haya guardado religiomente la túnica de la inocencia, y que esté tan vírgen como los gallos silvestres con que los go-

losos se regalan, ¿no veis en seguida á la mujer virtuosa más austera, dirigirle algunas *bromitas* amargas sobre su valor, al más grave magistrado bajar la cabeza sonriendo, y á todas las mujeres ocultarse para no dejarle ver sus risas? Y en cuanto la heróica é imperturbable víctima se retira del salon, ¡qué diluvio de burlas llueven sobre su inocente cabeza!... ¡Qué de insultos! ¿Hay nada más vergonzoso en Francia que la impotencia, la frialdad, la carencia de pasiones, y la simpleza? El único rey de Francia que no se hubiera ahogado con la risa, hubiera sido tal vez Luis XIII; pero su galanteador padre acaso desterrara á tal señorito acusándole de no ser francés, ó creyéndole un peligroso ejemplo.

¡Extraña contradiccion! Un jóven es igualmente censurado si pasa su vida en *tierra santa* (1) para servirnos de una frase de la vida del pilluelo. ¿Será acaso que los prefectos de policía y los alcaldes, en todos tiempos, hayan mandado que las *pasiones públicas* comiencen al anochecer y concluyan á las once de la noche, en bien de las mujeres decentes?

¿Dónde quereis, en fin, que nuestra masa de solteros eche su mal humor? ¿Y quién se engaña aquí? como pregunta Fígaro (2). ¿Los gobernantes ó los gobernados? ¿Es acaso el órden social como esos niños pequeños que se tapan los oidos en el teatro cuando hay tiros? ¿Tiene miedo de

---

(1) Si anda en malos pasos ó vive una vida licenciosa.

(2) Personaje de una comedia de Beaumarchais titulada *El matrimonio de Fígaro*, que hizo gran ruido en Francia, donde esta palabra se ha generalizado como tipo del hombre entrometido, intrigante y revoltoso.

sondar la llaga? ¿Dónde y cómo se pudo reconocer que este mal es irremediable, y que no hay más que dejar que las cosas marchen?

En todo esto existe una cuestion de legislacion, porque no es posible escapar al dilema social y material que resulta de este balance de la virtud pública respecto al matrimonio.

No nos toca resolver esta dificultad; pero supongamos, por un momento, que para preservar á tantas familias, á tantas mujeres, á tantas niñas decentes, la sociedad se viera obligada á conceder á los corazones inscritos, el derecho de satisfacer á los celibatos, ¿no deberian en tal caso nuestras leyes erigir en gremio á esa especie de Decios (1) femeninos, que se sacrifican por la república, y hacen con sus cuerpos un antemural de las mujeres honradas? Los legisladores han cometido una torpeza desdeñando hasta aquí la reglamentacion de las cortesanas. Las cortesanas son una institucion, si son una necesidad.

Esta cuestion está tan erizada de prós y de contras, que la legamos á nuestros descendientes; es necesario dejarles algo por resolver. Por otra parte, es puramente accidental en esta obra; nunca ha estado tan desarrollada la sensibilidad como en nuestros dias; en ninguna otra época ha habido tan buenas costumbres, porque nunca se ha comprendido tan bien, que el placer parte del corazon. Pues ¿quién es el hombre de sentimientos delicados, el célibe que, á la vista de cuatrocien-

---

(1) Publio Decio, cónsul romano, que 338 años ántes de J. C. se sacrificó á los dioses infernales, para asegurar la victoria de los suyos.

tas mil mujeres jóvenes y bonitas, adornadas con los esplendores de la fortuna y de la gracia del alma, ricas con los tesoros de la coquetería, y pródigas de felicidad, querrá ir?... ¡Vaya!

Pongamos para nuestros futuros legisladores, en fórmulas claras y breves, el resultado de estos últimos años.

AFORISMOS.

I.

En el órden social, los abusos inevitables son leyes de la naturaleza, segun las cuales el hombre debe concebir sus leyes civiles y políticas.

II.

El adulterio es una quiebra, con la diferencia, dice Champfort, de que la víctima de la bancarota es el deshonrado. En Francia las leyes sobre el adulterio y sobre las quiebras, necesitan grandes modificaciones. ¿Son acaso demasiado dulces? ¿Son defectuosas en sus principios?

Así, pues, valeroso atleta, tú que has tomado por tu cuenta el pequeño apóstrofe que nuestra primera Meditacion dirige á los encargados de una mujer, ¿qué dices ahora?

¡Debemos esperar que esta mirada arrojada sobre la cuestion no te hace temblar, y que no eres

uno de esos hombres cuya espina dorsal se resiente, y cuyo flúido nervioso se hiela en presencia de un precipicio ó de una boa *constrictor!* ¡Ay amigo! quien tiene tierra, tiene guerra. Los hombres que desean tu dinero, son mucho más numerosos que los que desean á tu mujer.

Despues de todo, los maridos quedan en libertad de tomar estas bagatelas, por cálculos, ó estos cálculos por bagatelas, porque lo más bello de la vida son sus ilusiones, y lo más respetable, nuestras más fútiles creencias. ¿No existen muchas gentes, cuyos principios no son más que prevenciones, y que no teniendo las fuerzas suficientes para concebir la felicidad y la virtud por ellas mismas, aceptan una virtud y una felicidad, obra de los legisladores?

Tambien nos dirigimos á todos esos *Manfredos* que por haber levantado muchas faldas, quieren descorrer todos los velos en los momentos en que una especie de esplin moral les atormenta.

Para ellos la cuestion está debidamente planteada, y nosotros somos los primeros en conocer la extension del mal. Nos resta examinar los cambios generales que pueden encontrarse en cada matrimonio, amenguando las fuerzas del hombre en el combate de que nuestro héroe debe salir vencedor.

MEDITACION V.

DE LOS PREDESTINADOS.

Predestinado significa destinado con anticipacion á la dicha ó á la desgracia. La teología se ha

apoderado de esta palabra, y la emplea constantemente para designar á los bienaventurados: Nosotros la damos aquí una acepcion completamente fatal á nuestros elegidos, de quienes puede decirse lo contrario de los del Evangelio: «Muchos son los llamados, y muchos los elegidos.»

La experiencia ha demostrado que habia cierta clase de hombres más sujetos que los otros á ciertas desgracias: así como los gascones son exagerados, y los parisienses vanidosos, como la apoplejía ataca á las personas de cuello corto, el *carbunclo* (especie de peste) se lanza con preferencia sobre los carniceros, la gota sobre los ricos, la salud sobre los pobres, la sordera sobre los reyes, la parálisis sobre los administradores, se ha observado que cierta clase de maridos eran más particularmente víctimas de las pasiones ilegítimas. Estos maridos y sus mujeres acaparan á los célibes: es una aristocracia de otro género.

Si alguno de nuestros lectores estuviese comprendido en una de esas clases aristocráticas, esperamos que tendrá bastante valor él ó su esposa, para recordar el axioma favorito de la gramática latina de Lhomond (1): «No hay regla sin excepcion.» Un amigo de la casa puede hacer más aún, puede citar aquel verso que dice:

Siempre exceptuarse debe á los presentes.

En tal caso, todos tendrán *in petto* el derecho

(1) Cárlos Francisco, Profesor de gramática en la Universidad de París. Dejó muchas obras elementales, que han sido por largo tiempo clásicas. (1727—1794.)

de considerarse como una excepcion. Pero nuestro deber, el interés que nos inspiran los maridos, y el deseo que tenemos de preservar á tantas mujeres jóvenes y bonitas de los caprichos y desgracias que un amante trae consigo, nos obligan á indicar por órden los maridos que deben vivir sobre sí más particularmente.

En esta lista aparecerán los primeros todos los maridos á quienes negocios, empleos ó funciones obligan á salir de casa á ciertas horas y durante cierto tiempo. Estos llevarán el pendon de la cofradía.

Distinguiremos entre ellos á los magistrados, tanto amovibles como inamovibles, que tienen que estar en el Tribunal una gran parte del dia; los demás funcionarios encuentran alguna vez medios de salir de sus oficinas; pero un juez ó un fiscal, sentados en sus sillones, deben, por decirlo así, morir en su puesto durante la audiencia. Allí está su campo de batalla.

Lo mismo acontece á los diputados y senadores que discuten las leyes, á los ministros que trabajan con el rey, á los directores que trabajan con el ministro, á los militares en campaña, y por último, al jefe de una patrulla, segun lo prueba la carta de Lafleur en el *Viaje sentimental.*

Despues de los que están obligados á ausentarse del hogar doméstico á horas determinadas, vienen aquellos que por sus muchas y serias ocupaciones no tienen un minuto libre para ser amables. Sus frentes están siempre arrugadas: su entrecejo rara vez se ve alegre.

Al frente de estas masas *incorni-fistibuladas,* colocaremos á esos banqueros que trabajan en

cambiar de domicilio á los millones, y cuyas cabezas se hallan tan atestadas de cálculos, que las cifras acaban por agujerearles el occipucio, y elevarse en columnas aditivas por encima de sus frentes.

Estos millonarios olvidan, en la mayor parte del tiempo, las sagradas leyes del matrimonio, y los cuidados que reclama la tierna flor que debian cultivar: nunca se acuerdan de regarla, ni de preservarla del frio y del calor. Casi olvidan que se les ha confiado la felicidad de una esposa, y si alguna vez lo recuerdan, es en la mesa, viendo delante á una mujer ricamente prendida; ó cuando la coqueta, temerosa de su brutal apetito, viene adornada con las gracias de una Vénus, á sacar dinero de la caja... ¡Oh! Entónces, llegada la noche, recuerdan algunas veces con demasiada viveza los derechos consignados en el artículo 213 del Código civil, y sus mujeres los reconocen; pero á la manera de lo que acontece con los fuertes impuestos que las leyes establecen sobre las mercancías extranjeras, lo sufren y lo aceptan en virtud de este axioma: «No hay placer sin un poco de dolor.»

Son tambien predestinados los sabios, que se pasan meses enteros en roer el esqueleto de un animal antidiluviano, en calcular las leyes de la naturaleza, ó en espiar sus secretos; los griegos y los latinos que comen con un pensamiento de Tácito, cenan con una frase de Tucídides, y viven limpiando el polvo de las bibliotecas á caza de una nota ó de un papiro. Nada de lo que sucede á su alrededor les conmueve: ¡tan grande en su absorcion, su éxtasis; y aunque su desgracia se

consumara á la luz del medio dia, con dificultad la verian. ¡Felices! ¡mil veces felices! Ejemplo: monsieur Beauzée, que volviendo á casa despues de una sesion de la Academia, sorprendió á su mujer con un aleman:

—Cuando os decia, señora, que era preciso que me fuera, dice el extranjero.

—¡Ah! señor, decid que yo me vaya, replicó el académico.

Vienen en seguida, lira en mano, algunos poetas, cuyas fuerzas animales abandonan el entresuelo para subir al piso alto. Saben montar en el Pegaso (1) mejor que en el asno del tio Pedro; rara vez se casan, porque están acostumbrados á desfogar por intervalos su furor, en Cloris (2) vagabundas ó imaginarias.

Pero los hombres cuya nariz está atestada de rapé;

Los que desgraciadamente han nacido con eterna pituita;

Los marinos que fuman ó mascan tabaco;

Las gentes que parecen, por su carácter seco y bilioso, haber comido una manzana ágria;

Los hombres que en la vida privada tienen costumbres cínicas ó prácticas ridículas, que ofrecen, á pesar de todo, un aspecto súcio;

Los maridos que adquieren el deshonroso nombre de calentadores del lecho conyugal;

Los viejos, en fin, que se casan con muchachas;

Todos esos son predestinados por excelencia.

---

(1) Corcel alado de las Musas, nacido de la sangre de Medusa.

(2) Diosa de las flores, mujer de Céfiro.

Existe una última clase de predestinados cuyo infortunio es tambien casi seguro. Nos referimos á los hombres inquietos y chismosos, batalladores y tiránicos, que tienen ciertas ideas extravagantes de dominacion doméstica, que piensan abiertamente mal de las mujeres, y que comprenden la vida, ni más ni ménos que los insectos conocen la historia natural. Cuando esos hombres se casan, sus mujeres se parecen á esas avispas, á que los estudiantes arrancan la cabeza, y que revolotean acá y allá sobre una vidriera. Para tal clase de predestinados, este libro es letra muerta. Tampoco escribimos para esas imbéciles estátuas ambulantes, que parecen esculturas de catedral; para esas antiguas máquinas de Marly (1), que no pueden surtir de agua á los bosquecillos de Versalles sin verse amenazadas de súbita ruina.

Rara vez observaré en los salones las particularidades matrimoniales en que abundan, sin recordar un espectáculo de que gocé siendo jóven.

Habitaba yo, en 1819, una cabaña situada en el centro del delicioso valle de la isla Adan. Mi ermita estaba próxima al parque de Cassan, retiro ameno, voluptuoso á la vista, lindísimo para el paseante, fresco en el verano más que cuantos han creado el lujo y el arte. Esta verde cartuja habia sido construida por un tal Begneret, colono general de los buenos tiempos antiguos, hombre célebre por su originalidad, y que, entre otras *heliogabaladas* (2) tenía las de ir á la Opera con

(1) Ciudad de Francia, que tiene un gran acueducto con una máquina hidráulica que eleva las aguas del Sena para Versalles.

(2) Heliogábalo, emperador romano, celebrado por su loco lujo.

los cabellos empolvados de oro, é iluminar para sí sólo su parque obsequiándose á sí mismo con una suntuosa fiesta. Este vulgar Sardanápalo (1) habia vuelto de Italia tan apasionado por los sitios de aquel bello país, que, en un acceso de fanatismo, se gastó cuatro ó cinco millones copiando en su parque las vistas que tenía en cartera.

Los más deliciosos contrastes de follaje, los árboles más raros, los largos valles, los puntos de vista más pintorescos, las islas Borromeas (2) flotantes en claras y caprichosas aguas, son otros tantos rayos que hacen converger sus tesoros ópticos en un solo centro, en una *isola bella*, donde la vista encantada percibe á su sabor todos los detalles, en una isla en cuyo centro hay una casita oculta bajo los penachos de algunos sáuces seculares, en una isla bordada de arbolillos, de cañaverales y de flores, y que parece una esmeralda ricamente engarzada.

¡Es cosa de correr mil leguas! El más enfermizo, el más triste, el más seco de nuestros hombres de genio, que no disfrute de buena salud, reventaria allí de gordo y satisfecho á los quince dias, abrumado por las suculentas riquezas de la vida vegetativa.

El propietario demasiado indolente de este Eden, habia puesto todas sus afecciones en un gran mono, á falta de hijo ó de mujer. Amado el mono en otro tiempo, segun se decia, por una em-

---

(1) Príncipe asirio que vivió en la molicie.
(2) Grupo de islas de Cerdeña en el lago Mayor, muy ricas en naranjas y otras frutas delicadísimas.

peratriz, acaso tenía mucho de la especie humana. Una elegante linterna de madera, sostenida por una columna esculpida servía de vivienda al malicioso animal, que atado con una cadena y acariciado rara vez por su antojadizo amo (más frecuentemente en París que en su posesion), habia adquirido muy mala reputacion. Recuerdo haberle visto delante de unas señoras hacerse casi tan insolente como un hombre. Su dueño se vió precisado á matarlo; tanto iba creciendo su malicia.

Una mañana, estando yo sentado bajo un tulipero (1) en flor, ocupado en no hacer nada, pero aspirando los deliciosos perfumes encerrados en aquel hermoso recinto por elevados álamos; deleitándome con el silencio de los bosques, escuchando el murmurio de las aguas y el ruido de las hojas; admirando las azuladas ráfagas que mil nubecillas de nácar y de oro dibujaban sobre mi cabeza; vagando quizá por mi futura vida, oí á un torpe aprendiz de violin, llegado de París el dia anterior, rascar las cuerdas del instrumento con el súbito furor propio de un desocupado. Jamás desearé, ni á mi más mortal enemigo, que experimente tan terrible contraste con la sublime armonía de la naturaleza. Si los lejanos ecos del cuerno de Rolando hubiesen animado el viento, quizá... ¡pero una estridente prima de violin con pretensiones de expresar ideas y frases humanas!...

Este Anfion (2) que se paseaba de arriba abajo

(1) Arbol grande del Canadá.
(2) Hijo de Júpiter. Tocando la lira que Mercurio le regaló, movia las piedras.

en el comedor, concluyó por sentarse en el alfeizar de una ventana, precisamente frente al mono. Quizá buscaba un público.

De pronto veo al animal bajar suavemente de su torrecilla, ponerse en dos piés, inclinar la cabeza como un nadador, y cruzar los brazos sobre el pecho, como hubiera podido hacerlo Espartaco encadenado (1) ó Catilina (2) escuchando á Ciceron.

Llamado el banquero por una dulce voz, cuyo timbre argentino despertó los ecos de una habitacioncita por mí conocida, dejó el violin en la ventana, y echó á correr como una golondrina que vuelve á reunirse á su compañera con vuelo horizontal y rápido.

El gran mono, cuya cadena era larga, llegó hasta la ventana y tomó con seriedad cómica el violin. No sé si habreis tenido, como yo, lectores mios, el gusto de ver á un mono tratando de aprender música; pero en este momento, aunque no rio tanto como en aquellos dias de pocos cuidados, no puedo ménos de sonreirme cuando recuerdo á mi mono. El semi-hombre empuñó el instrumento con toda la mano y comenzó á olfatearle como si se hubiera tratado de gustar una manzana. Su aspiracion nasal produjo casualmente una sorda armonía en la sonora caja del instrumento, y entónces el orangutan meneó la cabeza, volvió y revolvió, levantó y bajó el violin,

---

(1) Célebre tracio, jefe de la segunda guerra de los esclavos en Italia, que estuvo prisionero y como gladiador en el circo de Cápua.

(2) Patricio romano, jefe de una conjuracion contra el Senado y denunciado por Ciceron.

lo puso derecho, lo agitó y llevó al oido, lo dejó y lo volvió á tomar con tan rápidos movimientos, como sólo pueden hacerlos estos animales.

Interrogaba á la muda madera con una sagacidad sin objeto, que tenía no sé qué de maravillosa é incompleta. Trató, por último, en la forma más grotesca, de colocarse el violin bajo la barba, teniendo el mástil con una mano; pero, á la manera de los chicos mal educados se cansó pronto de un estudio que requeria habilidad demasiado larga de adquirir, y punteó las cuerdas, sin poder obtener más que sonidos desacordes. Se incomodó, puso el violin sobre el marco de la ventana, y cogiendo el arco comenzó á rascar con él las cuerdas del instrumento, cual un cantero que aserrara piedra. No habiendo tenido esta nueva tentativa otro éxito que fatigar más y más sus delicados oidos, cogió el arco con ambas manos, y se puso á dar fuertes golpes sobre el inocente instrumento, rico de placer y de armonía. Parecióme ver á un colegial que, puesto de rodillas sobre su compañero derribado por tierra, descarga sobre él una lluvia de puñetazos, para castigarle por alguna falta.

Juzgado y condenado el violin, sentóse el mono sobre los pedazos, y siguió divirtiéndose con estúpida alegría en arrancar la blonda cabellera del arco roto.

Desde aquel dia, nunca he visto casa de predestinados, sin comparar á la mayor parte de los maridos con el orangutan que queria tocar el violin.

El amor es la más melodiosa de todas las armo-

nías. Tenemos de él un sentimiento innato. La mujer es un delicioso instrumento de placer; pero es preciso tener un conocimiento exacto de sus delicadas cuerdas, estudiar la postura, la tímida clave, el caprichoso y mudable deseo.

¡Cuántos orangu... quiero decir, hombres, se casan sin saber lo que es una mujer! ¡Cuántos predestinados han hecho con ellas lo que el mono de Cassan con el violin! Han roto el corazon que no comprendian, como han tirado y despreciado la joya cuyo secreto les era desconocido. Siempre niños, dejan la vida con las manos vacías, habiendo vegetado, y habiendo hablado de amor y de placer, de libertinaje y de virtud, como los esclavos hablan de libertad.

Casi todos se han desposado en la más crasa ignorancia de lo que son el amor y la mujer. Han comenzado por cerrar la puerta de una casa extraña, y han querido ser bien recibidos en el salon.

Pero el artista más vulgar sabe que existe entre él y su instrumento, su instrumento, que es de madera ó de marfil, una especie de amistad indefinible. Sabe por experiencia que han tenido que trascurrir muchos años para que pueda establecerse esa relacion misteriosa entre él y una materia inerte. Al principio, ni siquiera adivinaba los recursos y los caprichos, los defectos y las virtudes que en él habia. Su instrumento no llega á ser para él un alma y un manantial de melodías, hasta despues de largos estudios. No llegan á reconocerse como amigos hasta que se hacen mútuamente las más peregrinas preguntas.

¿Puede un hombre conocer á la mujer y desci-

frar el admirable enigma que encierra, permaneciendo retirado en el mundo como lo está en su celda un seminarista? Si se trata de los que han tomado por oficio pensar por los demás, juzgarlos, gobernarlos ó robarles el dinero, darles de comer, curarlos ó herirlos; si se trata de nuestros predestinados, en fin, ¿cómo pueden emplear el tiempo estudiando la mujer?

Venden su mismo tiempo; ¿cómo lo han de dar á su felicidad? El dinero es su Dios. Nadie puede servir á un tiempo á dos amos.

Por eso está lleno el mundo de jóvenes pálidas y débiles, enfermizas y dolientes. Unas son presa de inflamaciones más ó ménos graves, otras están bajo el cruel dominio de ataques nerviosos más ó ménos violentos. Todos los maridos de estas mujeres son ignorantes y predestinados. Han producido su desgracia, con el mismo cuidado que un marido artista hubiese puesto en hacer que se abrieran las tardías y deliciosas flores del placer. El tiempo que un ignorante invierte en consumar su ruina, es precisamente el que un hombre hábil sabe emplear en la educacion de su felicidad.

En las Meditaciones que preceden hemos acusado la extension del mal con aquella audacia irrespetuosa que los cirujanos emplean para levantar los engañosos tejidos que esconden una herida vergonzosa. Traida la virtud pública á la mesa de nuestro anfiteatro, no ha dejado ni cadáver siquiera bajo el escalpelo. Amantes ó maridos, ¿habeis sonreido ó temblado ante el mal? Pues bien; echemos ese pesado fardo social, con maliciosa alegría, sobre la conciencia de los pre-

destinados. Arlequin (1), probando si podia acostumbrar á su caballo á no comer, no aparece más ridículo que los hombres que quieren hallar la felicidad doméstica sin cultivarla con todos los cuidados necesarios. Las faltas de las mujeres son otras tantas acusaciones contra el egoismo, la dejadez y la nulidad de sus maridos.

Ahora te toca á tí, lector, á tí, que con frecuencia has condenado tu crímen en otro, tener la balanza. Uno de los platillos está muy cargado: ¡mira lo que pones en el otro! Calcula el número de predestinados que puede haber en la suma total de los casados, y pesa: de este modo sabrás dónde está el mal.

Tratemos de penetrar mejor las causas de esta enfermedad conyugal.

La palabra *amar*, aplicada á la reproduccion de la especie, es la blasfemia más odiosa que las costumbres modernas han podido proferir. La naturaleza, en el mero hecho de elevarnos sobre las bestias por el divino dón de la inteligencia, ha puesto en nosotros la aptitud de experimentar sensaciones y sentimientos, necesidades y pasiones. Esta doble naturaleza produce en el hombre el animal y el amante. Esta distincion va á esclarecer el problema social que hemos planteado.

El matrimonio puede ser considerado política, civil y moralmente, como ley, como contrato y como institucion: ley, es la reproduccion de la especie; contrato, es la trasmision de la propiedad; institucion, es una garantía cuyas obligaciones

(1) Personaje de la antigua comedia italiana, que en los intermedios divertia al público con sus chistes.

interesan á todos los hombres; puesto que tienen un padre y una madre, tendrán hijos. El matrimonio debe ser objeto del respeto general.

La sociedad sólo ha podido considerar los puntos culminantes que, en su concepto, dominan la cuestion conyugal.

La mayor parte de los hombres no piensan, cuando tratan de casarse, más que en la reproduccion, la propiedad ó el hijo; pero ni la reproduccion, ni la propiedad, ni el hijo constituyen la felicidad. El *crescite et multiplicamini* no implica el amor. ¡Pedir á una jóven á quien se ha visto catorce veces en quince dias, amor de parte de ley, del rey y de la justicia, es un absurdo digno de la mayor parte de los predestinados!

El amor es el consorcio de la necesidad y del sentimiento; la felicidad conyugal es el resultado de una perfecta inteligencia entre las almas de los esposos. Síguese de aquí, que para ser feliz debe el hombre atenerse á ciertas reglas de honor y delicadeza. Despues que haya usado de los beneficios inherentes á la ley social que consagra la necesidad, debe obedecer las misteriosas leyes de la naturaleza, bajo las cuales nacen y se desarrollan los sentimientos. Si el sér amado lo considera como límite de su felicidad, preciso es que ame sinceramente; nada hay que resista á una pasion verdadera.

Pero estar apasionado es abrigar un eterno deseo: ¿es posible desear constantemente á la mujer propia!

Sí.

Tan absurdo es defender la imposibilidad de amar siempre á una misma mujer, como afirmar

que un artista célebre necesita muchos violines para ejecutar un trozo de música ó crear una encantadora melodía.

El amor es la poesía de los sentidos. Sucédele como á todo lo grande que en el hombre existe ó que depende de su inteligencia. O es sublime, ó no existe. Cuando existe, existe siempre, y va creciendo siempre. Este es el amor que los antiguos hacian hijo del Cielo y de la Tierra.

La literatura estriba en siete situaciones; la música lo expresa todo con siete notas; la pintura no tiene más que siete colores: el amor, á semejanza de estas tres artes, está quizá basado en siete principios, cuya investigacion dejamos al siguiente siglo.

Si la poesía, la música y la pintura tienen infinitas expresiones, los placeres del amor deben ofrecer más aún; porque en las tres artes que nos ayudan á buscar, quizá infructuosamente, la verdad por analogía, el hombre se encuentra sólo con su imaginacion, miéntras que el amor es la reunion de dos cuerpos y de dos almas. Si los tres principales modos que sirven para expresar el pensamiento exigen estudios preliminares, á aquellos que la naturaleza ha hecho poetas, músicos y pintores, ¿no es evidentísimo que hay necesidad de estar iniciados en los secretos del placer, para ser felices? Todos los hombres sienten la necesidad de la reproduccion, como todos tienen sed y hambre; pero no todos están llamados á ser amantes y gastrónomos. Nuestra actual civilizacion ha demostrado que el gusto es una ciencia, y que sólo ciertos seres privilegiados saben comer y beber. Considerado el placer como

arte, espera su fisiólogo. En cuanto á nosotros, bástanos haber demostrado que sólo la ignorancia de los principios constitutivos de la felicidad puede producir el infortunio que espera á los predestinados.

Con grandísimo temor nos atreveremos á publicar algunos aforismos que podrán servir de base á este nuevo arte, como los pedruscos han sido el gérmen de la geología. Los entregamos á las meditaciones de los filósofos, de los jóvenes casaderos y de los predestinados.

CATECISMO CONYUGAL.

I.

El matrimonio es una ciencia.

II.

Ningun hombre debe casarse sin haber estudiado anatomía y hecho la diseccion de una mujer, cuando ménos.

III.

El marido que se da á conocer á su mujer con una violacion, es un hombre perdido. Jamás será amado.

IV.

La mujer, privada de su libre albedrío, jamás

puede tener el mérito de hacer un sacrificio.

V.

En amor, haciendo abstraccion del alma, la mujer es como una lira, que no muestra sus armoniosos secretos sino al que sabe pulsar bien sus cuerdas.

VI.

Independientemente de un movimiento repulsivo, existe en el alma de toda mujer un sentimiento que tiende á proscribir, tarde ó temprano, los placeres destituidos de pasion.

VII.

El interés de un marido le prescribe, tanto como el honor cuando ménos, no permitirse nunca un placer que no haya tenido el talento de hacerlo desear á su esposa.

VIII.

Como el placer reconoce por causa la alianza ó consorcio de las sensaciones y de un sentimiento, podemos afirmar, aunque sea algo atrevido, que los placeres son una especie de ideas materiales.

IX.

Las ideas se combinan hasta lo infinito: lo propio debe suceder con los placeres.

X.

Así como no hay dos hojas iguales en un mismo árbol, tampoco se hallan en la vida del hombre dos momentos de placer semejantes.

XI.

Si existen diferencias entre un momento y otro de placer, el hombre puede ser siempre feliz con la misma mujer.

XII.

Aprovechar hábilmente los matices del placer, desarrollarlos y darles nuevo estilo y expresion original, constituye el genio de un marido.

XIII.

Entre dos seres que no se aman, preside el genio del libertinaje; pero nunca son lascivas las caricias en que preside el amor.

XIV.

La mujer casada más casta puede ser tambien la más voluptuosa.

XV.

La mujer más virtuosa puede ser indecente sin saberlo.

XVI.

Cuando dos seres están unidos por el placer, todas las convenciones sociales duermen. Esta situacion oculta un escollo en el que han sido destrozadas muchas embarcaciones. Un marido está perdido si olvida una sola vez que existe un pudor independiente de los velos. El amor conyugal no debe ponerse ni quitarse la venda sino á propósito.

XVII.

El poder no consiste en dar fuerte ni mucho, sino á tiempo.

XVIII.

Hacer que nazca un deseo, alimentarlo, desarrollarlo, agrandarlo, irritarlo y satisfacerlo, es un poema completo.

XIX.

El órden de los placeres es del dístico á la cuarteta, de la cuarteta al soneto, del soneto á la balada, de la balada á la oda, de la oda á la cantata, de la cantata al ditirambo.

XX.

El marido que comienza por el ditirambo, es un necio.

XXI.

Cada noche debe tener su manjar.

XXII.

El matrimonio debe combatir incesantemente un mónstruo que lo devora todo: el hábito.

XXIII.

Si un hombre no sabe distinguir la diferencia de los placeres de dos noches consecutivas, se ha casado demasiado pronto.

XIV.

Es más difícil ser amante que marido, porque

es más difícil mostrar ingenio todos los dias que decir cosas buenas de cuando en cuando.

XXV.

Un marido jamás debe ser el primero en dormirse, ni el último en despertarse.

XXVI.

El hombre que entra en el tocador de su mujer es un filósofo ó un imbécil.

XXVII.

El marido que no deja nada que desear, es hombre perdido.

XXVIII.

La mujer casada es un esclavo, á quien hay que saber poner sobre un trono.

XXIX.

Ningun hombre puede vanagloriarse de conocer á su mujer, ni de hacerla dichosa, sino cuando la ve con frecuencia á sus piés.

A toda la tropa ignorante de nuestros predes-

tinados, á nuestras legiones de catarrosos, fumadores, aficionados al rapé, viejos impertinentes, etcétera, es á quien dirigia Sterne (1) la carta escrita en el *Tristam Shandy* (2), por Gauthier Shandy á su hermano Tobías, cuando este último trataba de casarse con la viuda de Wadman.

Las célebres instrucciones, que el más original de los escritores ingleses ha consignado en esta carta pueden completar, con ligeras excepciones, nuestras observaciones sobre la manera de conducirse con las mujeres: las ofrecemos textualmente á las reflexiones de los predestinados.

Carta de Mr. Shandy al capitan Tobías Shandy.

«Mi querido hermano Tobías:

»Lo que voy á decirte, se refiere á la naturaleza de las mujeres, y al modo de hacerlas el amor. Y quizá es para tí una felicidad (aunque para mí no lo sea tanto) que se presente ocasion, y que yo me encuentre apto para escribirte algunas instrucciones en este asunto.

»Si el que distribuye nuestras leyes hubiera dispuesto concederte más conocimientos que á mí, estaria yo contentísimo de que hubieras ocupado mi lugar, y tuvieras esta pluma en la mano; pero puesto que me toca instruirte, y madama Shandy está aquí, muy cerca de mí, y disponiéndose á meterse en la cama, voy á arrojar en globo y desordenadamente sobre el papel ideas y preceptos relativos al matrimonio, segun vayan ocurriéndoseme, y segun crea que pueden serte provechosos, queriendo darte en esto una prueba

(1) Célebre publicista y escritor inglés (1713-1768).
(2) *Vida y opiniones de Tristam Shandy.*

de amistad, y no dudando, mi querido Tobías, del agradecimiento con que la recibirás.

»En primer lugar, y con respecto á lo que concierne en este asunto á la religion (aunque el calor que siento en el rostro me hace reparar que me sonrojo al hablarte de esta materia; y aunque sepa, á pesar de tu modestia que nos lo oculta, que no olvidas ninguna de sus piadosas prácticas), existe una que desearia recomendarte más particularmente, á fin de que no la olvidaras, cuando ménos en el tiempo que duren tus amores. Esta práctica, hermano Tobías, consiste en nunca presentarte en la casa de la que sea objeto de tus planes amorosos, sin haberte encomendado ántes á la proteccion de Dios Todopoderoso, á fin de que te preserve de todo mal.

»Deberás afeitarte la cabeza y lavártela cada cuatro ó cinco dias, y áun con mayor frecuencia si te es posible, no sea que al quitarte la peluca en un momento de distraccion, tu amada llegue á distinguir cuántos cabellos te se han caido á manos del tiempo y cuántos á las de Trim (1).

»Es preciso que alejes en cuanto puedas, de su imaginacion, toda idea de calvicie.

»Aprende bien, Tobías, y sigue como segura esta máxima:

»*Todas las mujeres son tímidas*. Y es una felicidad que lo sean, porque de otro modo, ¿quién querria tratar con ellas?

»No lleves los pantalones demasiado estrechos ni demasiado largos, ni parecidos á aquellos tan grandes que usaban nuestros abuelos.

---

(1) Célebre peluquero de Lóndres en tiempo de Sterne.

»Un justo *medio* evita los comentarios.

»Si tienes algo que decir, hables mucho ó poco, modera siempre el sonido de la voz. El silencio, y cuanto á él se aproxima, graba en la memoria los misterios de la noche. Por esto, si puedes evitarlo, nunca dejes caer el badil ni las tenazas.

»Evita en tus conversaciones con ella las bromas y las burlas; y en cuanto puedas, no la dejes leer ninguna obra satírica. Hay algunos devocionarios que puedes permitirle (aunque quisiera mejor que no los leyera), pero no consientas que lea á Rabelais, á Scarron (1) ni á D. Quijote.

»Todos estos libros provocan la risa; y bien sabes, Tobías, que nada hay más serio que los fines del matrimonio.

»Ponte un alfiler en la pechera ántes de entrar en su casa.

»Si ella te permite sentarte en el mismo sofá, y te facilita poner tu mano entre las suyas, resístete á la tentacion. No bien le hubieras cogido la mano, adivinaria por la temperatura de la tuya, lo que pasaba en tu interior. Déjala siempre en la incertidumbre sobre este punto y sobre muchos otros. Haciéndolo así, conseguirás por lo ménos excitar su curiosidad; y si tu beldad no te se muestra sometida todavía, y tu *asno* continúa rebelándose (2) (lo cual es más que probable), harás que te saquen unas cuantas onzas de sangre debajo de las orejas, segun practicaban los antiguos

(1) Poeta burlesco francés, autor cómico y hombre de costumbres depravadas (1610-1660).

(2) «Et que ton *ane* continue á regimber,» dice el original. Frase característica francesa.

scitas, que curaban de este modo los más desordenados apetitos de nuestros sentidos.

»Avicena (1) opina por el frotamiento con extracto de eléboro (2), despues de las evacuaciones y purgaciones convenientes, y yo pienso como él. Pero sobre todo, come poco, absteniéndote completamente de las carnes de macho cabrío y de ciervo, y tambien, y con igual cuidado, esto es, en cuanto te sea posible, de la carne de pavo real, grulla, somormujo y zarceta.

»En cuanto á la bebida, no necesito decirte que debes servirte de una infusion de verbena y hanea, que, segun Elien, produce efectos sorprendentes. Pero si te se resintiera el estómago, suspende su uso, y aliméntate de cohombros, melones, verdolagas y lechugas.

»No se me ocurre, por ahora, más qué decirte.

»A ménos que llegara á declararse la guerra...

»Así, mi querido Tobías, deseo que todo te salga á medida del deseo. Tu afectísimo hermano

»Gauthier Shandy.»

En las circunstancias actuales, el mismo Sterne hubiera suprimido en su carta el párrafo sobre la alteracion del *asno:* y léjos de aconsejar á un predestinado que se hiciera sangrar, cambiaria el régimen alimenticio de los cohombros y las lechugas por otro eminentemente sustancial. Recomendaria entónces la economía para llegar á una mágica profusion en el momento de la guerra,

---

(1) Abu-Ali Hussin-Abdallah Aben-Sina, célebre filósofo, médico y matemático árabe (980-1037).

(2) Ajenjos terapéuticos.

imitando al admirable gobierno inglés, que en tiempos de paz tiene doscientos buques, pero cuyos arsenales pueden suministrar el doble, cuando se trate de cubrir los mares y apoderarse de una flota.

Si el hombre pertenece al corto número de aquellos á quienes una generosa educacion ha hecho dueños de su inteligencia, debió ántes de casarse consultar sus fuerzas físicas y morales. Para luchar ventajosamente contra las tempestades que hacen surgir en el corazon de la mujer tantas seducciones, el marido debe poseer, además de la ciencia del placer, y de una fortuna que le permita no estar comprendido en ninguna de las clases de predestinados, una salud robusta, un tacto exquisito, mucho ingenio, bastante buen sentido para no enseñar su superioridad sino en circunstancias oportunas, y por último, una delicadeza extraordinaria de oido y de vista.

Si tuviera buena figura, lindo talle y aire varonil, y no satisficiera todo lo que prometen estas cualidades, entraria en el gremio de los predestinados. Por el contrario, un marido feo, pero cuyo semblante sea expresivo, se hallará en la mejor situacion para combatir el genio del mal, si su mujer ha olvidado una vez siquiera su fealdad.

Procurará con todo cuidado, y esta es una advertencia olvidada en la carta de Sterne, ser siempre inodoro, para no dar motivo de disgusto. Hará, por consiguiente, poco uso de los perfumes, que suelen exponer á las beldades á injuriosas sospechas.

Deberá estudiar su conducta y meditar sus dis-

cursos como si hiciera la corte á la más inconstante de las mujeres. Por él ha dicho un filósofo:

«Mujer ha habido que se ha hecho desgraciada »por toda su vida, se ha perdido, se ha deshon»rado para un hombre, le ha dejado de amar, »porque le ha visto quitarse con poca gracia la »levita, cortarse mal una uña, darla el brazo del »revés, ó abrocharse torpemente un boton.»

Uno de sus más importantes deberes consistirá en ocultar á su mujer la verdadera situacion de su fortuna, con el objeto de poder satisfacer los antojos y caprichos que pueda tener, como lo hacen muchos solteros generosos.

Y por último, cosa difícil, cosa para la cual es preciso un valor sobrehumano, debe ejercer el poder más absoluto sobre el *asno* de que habla Sterne. Este *asno* habrá de ser tan sumiso como lo era un siervo del siglo XIII á su señor: obedecer y callar, andar y pararse á la más leve órden.

Aun con todas estas ventajas, casi no podrá un marido entrar en batalla con esperanzas de buen éxito; y áun corre, como los otros, riesgo de ser para su esposa una especie de editor responsable.

¡Y qué! me dirán algunas gentecillas, que no ven más allá de sus narices; ¿ha de ser preciso tomarse tanto trabajo para hacerse amar? y para ser dichoso dentro del hogar doméstico, ¿habrá de necesitarse ir á la escuela? ¿Fundará el Gobierno para nosotros una cátedra de amor, como estableció poco hace otra de derecho público?

Oid la respuesta:

Estas multiplicadas reglas, tan difíciles de deducir, estas observaciones tan minuciosas, estas nociones tan variables segun los temperamentos,

preexisten, por decirlo así, en el corazon de los que han nacido para el amor; como el sentimiento del gusto y no sé qué facilidad de combinar las ideas se encuentran en el alma del poeta, del pintor ó del músico. Los hombres á quienes parezca trabajoso poner en práctica los consejos de esta Meditacion, son naturalmente predestinados; como el que no sabe percibir las relaciones que existen entre dos ideas diferentes, es un imbécil. Con efecto, el amor tiene sus grandes hombres desconocidos, como la guerra sus Napoleones, la poesía sus Byrons, y la filosofía sus Descartes (1).

Esta última observacion encierra el gérmen de una respuesta á la pregunta que todos los hombres se hacen de mucho tiempo atrás: ¿Por qué son tan raros los matrimonios felices?

Este fenómeno del mundo moral rara vez se verifica, en razon á que son muy pocas las gentes de genio. Una pasion duradera es un drama sublime representado por dos actores iguales en talento; un drama en que los sentimientos son catástrofes y los deseos acontecimientos, y en que el pensamiento más trivial hace que cambie la escena. Ahora bien: ¿cómo encontrar con frecuencia en este rebaño de bimanos á que se da el nombre de nacion un hombre y una mujer que posean en el mismo grado el genio del amor, cuando las gentes de talento son tan raras en las demás ciencias, para cuya aprovechada cultura no há menester el artista sino entenderse consigo mismo?

Hasta ahora nos hemos contentado con presen-

(1) Renato Descartes, filósofo, matemático y físico francés, el gran demoledor de la Escolástica (1596-1650).

tir las dificultades, en cierto modo físicas, que dos esposos tienen que vencer para ser felices; pero ¿qué aconteceria si fuera preciso desarrollar el asombroso cuadro de las obligaciones morales que nacen de la diferencia de caractéres?... ¡Detengámonos! El que sea bastante hábil para dominar el temperamento, será realmente dueño del alma.

Supongamos que nuestro marido-modelo llena estas primeras condiciones necesarias para defender á su esposa de los sitiadores. Admitamos que no se halle en ninguna de las numerosas clases de predestinados que hemos mencionado. Convengamos, por último, en que está imbuido en nuestras máximas; en que posee esa admirable ciencia de que hemos revelado algunos preceptos; en que se ha casado muy bien; en que conoce á su esposa, de quien es amado; y prosigamos la enumeracion de todas las causas generales que pueden empeorar la crítica situacion á que le llevaremos para enseñanza del género humano.

MEDITACION VI.

DE LOS COLEGIOS.

Si os habeis casado con jóven educada en colegio, hay en contra de vuestra felicidad treinta probabilidades más sobre las enumeradas ántes, y os asemejareis al hombre que hubiese metido la mano en un avispero.

Debeis, en tal caso, inmediatamente despues de la bendicion nupcial, y sin dejaros llevar de la

inocente ignorancia, de las gracias sencillas, ni de la pudorosa compostura de vuestra mujer, meditar y seguir los axiomas y preceptos que explicaremos en la segunda parte del presente libro. Más aún: practicareis todo el rigor de la tercera parte, ejerciendo desde el primer momento una activa vigilancia, y desplegando á todas horas una solicitud paternal, porque al dia siguiente y áun en la misma víspera de vuestro casamiento, hay *peligro en casa.*

Recordad, si nó, algo de la secreta y profunda instruccion que los colegiales adquieren *de natura rerum*, de la naturaleza de las cosas. Lapeyrouse, Cook, ni el capitan Parry, ¿mostraron jamás tanto ardor por navegar hácia los polos, como los colegiales hácia los prohibidos parajes del océano de los placeres?

Y siendo las niñas más astutas, más ingeniosas y más curiosas que los muchachos, sus reuniones clandestinas y sus conversaciones, que todo el arte de las superioras no puede evitar, han de ser necesariamente dirigidas por un genio mil veces más satánico que el de los colegiales. ¿Qué hombre ha oido jamás las reflexiones morales, y los malignos cálculos de estas jovencitas? Sólo ellas conocen esos juegos en que se pierde el honor anticipadamente, ensayos del placer, tanteos de voluptuosidad, simulacros de dicha, que pueden compararse á los robos que hacen algunos chicos demasiado golosos, en un huerto cercado. Una jóven puede salir vírgen del colegio, casta, no. Más de una vez habrá discutido en secretas reuniones, acerca de la importante cuestion de los amantes, y, por necesidad, la corrupcion habrá

entrado en su corazon ó en su cabeza, dicho sea sin antítesis.

Admitamos, sin embargo, que vuestra esposa no haya participado de estos apetitos virginales, de estas diablurillas prematuras. Porque no haya tenido voz deliberativa en los consejos secretos de las *mayores*, ¿podrá deducirse que será mejor? Nó.

Allí habrá contraido amistad con otras señoritas, y nos quedamos cortos suponiendo que sólo tenga dos ó tres amigas íntimas. ¿Estareis seguros de que, una vez fuera del colegio vuestra esposa, sus amiguitas no hayan sido admitidas á los conciliábulos en que se trata de conocer anticipadamente, y al ménos por analogía, los juegos de las palomas? Al fin, sus amigas se casarán: entónces tendreis que vigilar en vez de una, cuatro mujeres, y que adivinar cuatro caractéres, y estareis á merced de cuatro maridos y de una docena de célibes, cuya vida, principios y costumbres ignorais por completo, y nuestras Meditaciones os harán ver la necesidad de ocuparos de las personas á quienes, al propio tiempo que á vuestra esposa, y sin apercibiros, habeis tomado en matrimonio.

¡Sólo Satanás ha podido imaginar un colegio de señoritas en medio de una ciudad populosa!... Al ménos Madama Campan (1) fundó su famoso establecimiento en Ecouen. Tan sábia precaucion prueba que no era una mujer vulgar.

Allí sus educandas no veian el museo de las

---

(2) Célebre aya y camarista de María Antonieta de Francia (1752-1822).

calles, compuesto de grandes y grotescas imágenes y de palabras obscenas del lápiz del espíritu maligno. No tenian constantemente á la vista las enfermedades humanas que se ostentan por toda la Francia, ni ciertos pérfidos gabinetes literarios vomitaban secretamente, y en su daño, el veneno de sus libros incendiarios. Verdad es que esta sábia maestra no podia conservar más que en Ecouen á una jóven intacta y pura, si tal cosa es posible.

¿Creeis impedir fácilmente que vuestra esposa vea á sus amigas de colegio? ¡Locura! Las encontrará en el baile, en los paseos, en los teatros, en las reuniones; y ¡cuántos servicios pueden prestarse mútuamente dos mujeres!... Ya meditaremos en su tiempo y lugar sobre este nuevo motivo de terror.

No pára todo aquí: si vuestra suegra ha puesto á su hija en el colegio, ¿creeis que ha sido en interés de la jóven? Una señorita de doce á quince años es un Argos terrible (1); y si la madre no quisiera tener Argos en casa, sospecho que vuestra suegra pertenece sin duda al más dudoso grupo de nuestras mujeres decentes. Siempre será para su hija un ejemplo fatal, ó un peligroso consejero. Detengámonos... la suegra exige toda una Meditacion. Así, pues, por donde quiera que mireis el lecho conyugal es, en este caso, igualmente espinoso.

Antes de la revolucion algunas familias aristocráticas enviaban sus hijas á un convento. Se-

(1) Príncipe asjivo, llamado *Panoptes* ó *todo ojos* porque los tenía en todo el cuerpo, y sólo los cerraba sucesivamente.

guian este ejemplo muchas otras gentes que se imaginaban que llevando sus hijas adonde iban las de los grandes señores, tomarian su porte y modales. Este error del orgullo era fatal para la felicidad doméstica; pues los conventos tenian todos los inconvenientes de los colegios. Reina allí la más terrible ociosidad. Las rejas del cláustro inflaman la imaginacion. La soledad es una de las provincias predilectas del diablo, y no es posible idear los estragos que los más ordinarios fenómenos vitales pueden producir en el alma de estas jóvenes melancólicas, ignorantes y desocupadas.

Las unas, á fuerza de haber acariciado en su imaginacion ciertas quimeras, dan lugar á *quid pro quos* más ó ménos extravagantes. Otras, que habian exagerado la felicidad conyugal, dícense interiormente, así que pertenecen á un marido: ¿Qué? ¡no es más que esto! De todos modos, la instruccion incompleta que pueden adquirir en comunidad las jóvenes educandas, tiene todos los males de la ignorancia, y todos los inconvenientes de la ciencia.

La jóven educada en su casa por su madre ó por una anciana tia, siquiera sean éstas virtuosas, gazmoñas, amables ó de carácter áspero; la jóven que nunca haya traspasado los umbrales del hogar doméstico sin ir rodeada de dueñas, cuya laboriosa infancia han fatigado con trabajos hasta inútiles, y á quien, por último, todo es desconocido, áun el teatrito de Serafin; es uno de esos tesoros que se encuentran acá y allá en el mundo, como esas flores de los campos ocultas entre tanta maleza, que nunca las alcanza la vista de los mor-

tales. Aquél que, dueño de una flor tan suave y tan pura, la deja cultivar por otros, es mil veces merecedor de su desgracia. Es un mónstruo ó un necio.

Aquí estaríamos á punto de examinar si existe algun modo de casarse bien, y retrasar en tal concepto indefinidamente las precauciones cuyo conjunto presentaremos en las Partes segunda y tercera; pero ¿no está bien demostrado que es más fácil leer *La escuela de las mujeres* en la soledad de un gabinete, que poder conocer el carácter, las costumbres y el alma de una señorita casadera?

¿No se casan la mayor parte de los hombres cual si compraran papel de la Deuda en la Bolsa? Y si en la Meditacion precedente hemos logrado demostrar que el mayor número de los hombres manifiesta gran incuria por su propia dicha en el matrimonio, ¿es razonable esperar que se encuentren muchas gentes bastante ricas, avisadas y observadoras para perder, como Mr. Burchel en el *Vicario de Wakefiel*, uno ó dos años adivinando, espiando á las jóvenes de que han de hacer sus esposas, cuando tan poco se ocupan de ellas despues de tenerlas como maridos, durante ese espacio de tiempo á que los ingleses (1) llaman *Luna de Miel* y cuya influencia no tardaremos en discutir?

Sin embargo, como hemos reflexionado profundamente acerca de esta importante materia, observaremos que hay algunos medios de escoger mejor ó peor, áun escogiendo con prontitud.

(1) Y tambien los españoles.

Está, por ejemplo, fuera de duda, que tendreis muchísimas probabilidades á vuestro favor:

1.° Si escogeis una señorita de temperamento semejante al de las mujeres de la Luisiana ó de la Carolina (1).

Para asegurarse del temperamento de una jóven, es preciso practicar con las doncellas el sistema de que habla Gil Blas, empleado por un hombre de Estado para enterarse de las conspiraciones ó saber cómo habian pasado la noche los ministros.

2.° Si escogeis una señorita que, sin ser fea, no esté comprendida entre las mujeres bonitas.

Consideramos como regla fija que una gran dulzura de alma unida á una fealdad soportable en la mujer, son dos recursos infalibles para que el matrimonio sea todo lo ménos desgraciado posible.

Pero ¿quereis saber la verdad? Abrid á Rousseau, porque su talento no ha dejado cuestion de moral pública sin exámen. Leed:

«En los pueblos donde hay costumbres, las jó»venes son fáciles; las mujeres, severas; lo con»trario sucede donde no hay costumbres.»

De adoptarse el principio consagrado por esta profunda y verdadera observacion, resultaria que si los hombres se casaran con sus queridas, no existirian tantos matrimonios desgraciados. Entónces tendria que experimentar en Francia grandes modificaciones la educacion de las jóvenes. Hasta ahora, entre prevenir un delito ó un crímen, las leyes y las costumbres francesas se han incli-

---

(1) América Septentrional.

nado á favor del crímen. La falta de una jóven apénas es un delito, si la comparais á la cometida por una mujer casada. ¿No hay, pues, incomparablemente ménos peligro en dar libertad á aquélla, que en otorgársela á ésta? Más serán los hombres graves á quienes haga pensar la idea de tomar á una jóven para probarla, que los aturdidos que se rian de ella. Las costumbres de Alemania, Suiza, Inglaterra y Estados-Unidos conceden á las señoritas derechos que en Francia parecerian la destruccion de toda la moral; y á pesar de ello, es positivo que en estos países los matrimonios son ménos desgraciados que en Francia:

«Cuando una mujer se entrega por completo á »un amante, debe haber conocido bien al hombre »que el amor le ofrecia. El dón de su aprecio y su »confianza han precedido necesariamente al de »su corazon.»

Estas líneas en que resplandece la verdad, iluminaron tal vez el calabozo donde las escribió Mirabeau (1), y la fecunda observacion que encierran, aunque nacida de la más fogosa pasion del grande hombre, domina en toda su extension el problema social de que nos ocupamos. En efecto, un matrimonio cimentado en el religioso exámen que supone el amor, y en el desencanto que sigue á la posesion, debe ser la union más indisoluble.

La mujer no puede reprochar entónces á su marido el derecho legal porque le pertenece. No puede hallar en esta sumision forzosa, razon bas-

---

(1) *Cartas á Sofía*. Gabriel Roquetti, conde de Mirabeau, célebre orador de la Asamblea Constituyente francesa (1749-1791).

tante para entregarse á un amante, cuando, pasado algun tiempo, vea en su corazon un cómplice cuyos sofismas la seduzcan preguntándole veinte veces en cada hora por qué si se ha entregado contra su voluntad á un hombre á quien no amaba, no habria de entregarse voluntariamente á otro á quien ama. En tal caso, no es permitido á una mujer quejarse de estos defectos inherentes á la naturaleza humana, y cuya tiranía y cuyos caprichos ha probado.

¡Muchas jóvenes serán engañadas en las esperanzas de su amor!... Pero ¿no sería extraordinariamente ventajoso para ellas no ser compañeras de hombres á quienes tendrian derecho á despreciar?

Algunos alarmistas dirán que semejante cambio de costumbres autorizaria una espantosa disolucion pública; que las leyes, ó los usos que dominan á las leyes, no pueden, despues de todo, consagrar el escándalo y la inmoralidad; y que si existen males inevitables, la sociedad, cuando ménos, no debe santificarlos.

Fácil es contestar, ante todo, que el sistema propuesto tiende á prevenir estos males, mirados hasta ahora como inevitables; nuestros cálculos estadísticos, aunque no sean muy exactos, siempre han denunciado una inmensa llaga social, y nuestros moralistas preferirian el mal mayor al menor, la violacion del principio en que está la sociedad basada, á una dudosa licencia en las jóvenes; la disolucion de las madres de familia, que corrompe los manantiales de la pública educacion y produce la desgracia de cuatro personas por lo ménos, á la disolucion de una jóven, que

sólo á ella misma compromete, y todo lo más á un hijo. ¡Perezca la virtud de diez vírgenes ántes que la santidad de costumbres, esta corona del honor que debe acompañar siempre á una madre de familia! Hay en el cuadro que ofrece, una jóven abandonada por su seductor cierto no sé qué de imponente y sagrado: juramentos olvidados, santas confianzas burladas, y flotando sobre las ruinas de las virtudes más fáciles, la inocencia deshecha en llanto, que duda de todo, al dudar del amor de un padre á su hijo. Si la infortunada es inocente, aún puede llegar á ser fiel esposa y tierna madre; y si el pasado fué tormentoso, el porvenir es azul puro como el del cielo. ¿Hallaremos estos dulces colores en los sombríos cuadros de los amores ilegítimos? La mujer es en aquél, víctima; en éstos, criminal. ¿Dónde está la esperanza de la mujer adúltera? Si Dios le perdona sus faltas, en la tierra no puede, por más ejemplar que sea su vida, borrar los frutos vivos que ha dado. Si Jacobo I es hijo de Rizzio (1), el crímen de María Stuart ha durado tanto como su deplorable y real casa, y la caida de los Estuardos es justa.

Pero hablemos de buena fe: ¿encierra tantos males la emancipacion de las jóvenes?

Fácil es acusar á una jóven de haberse ilusionado por el deseo de salir á toda costa del estado de hija de familia; pero esto sólo es cierto en el actual estado de nuestras costumbres. Hoy las jóvenes no conocen la seduccion ni sus asechan-

---

(1) David Rizzio, secretario y favorito de María Stuart. Murió asesinado en la misma cámara de la reina (1566).

zas: se fian únicamente de su debilidad, y al explicarse las cómodas máximas de la buena sociedad, su imaginacion engañosa, gobernada por deseos que todo viene á fortalecer, es un guia tanto más ciego, cuanto que *por rara casualidad una jóven confia á otra* los secretos pensamientos de su primer amor...

A ser ella libre, una educacion exenta de preocupaciones le daria armas contra el amor del primer advenedizo. Sería, como á todo el mundo sucede, mucho más fuerte contra los peligros conocidos, que contra los ocultos. Además, por el hecho de ser dueña de sí misma, ¿estará una jóven fuera de la vigilante mirada de su madre? ¿Se olvidarán el pudor y los temores poderosísimos que la naturaleza ha puesto en el alma de las jóvenes, para preservarlas de la desgracia de entregarse á un hombre que no las ame? Y por último, ¿cuál es la jóven tan poco calculadora que no adivina que el hombre más inmoral desea hallar ciertos principios grabados en el corazon de la mujer á quien obsequia, así como los amos quieren que sus criados sean perfectos, y que en tal supuesto, la virtud es para ella el más rico y fecundo de todos los comercios?

Despues de todo, ¿de qué se trata aquí? ¿Por quién creeis que hemos hecho las anteriores consideraciones? Cuando más por cinco ó seiscientas mil vírgenes que tienen por armas su repugnancia á ciertos hechos y el alto precio en que se estiman: lo mismo saben ellas defenderse que venderse. Los diez y ocho millones de seres que hemos colocado fuera de la cuestion, casi todos se casan por el sistema que tratamos de implantar

en nuestras costumbres; y por lo que hace á las clases medias, que separan á nuestros pobres bimanos de los hombres privilegiados que marchan al frente de una nacion, el número de niños expósitos que entregan á la desgracia, parece ir en aumento desde la paz, si hemos de creer á M. Benoistan de Chateaneuf, uno de los sabios más perseverantes y enérgicos que se han dedicado á las áridas y útiles investigaciones estadísticas. Por otra parte, ¡á qué terrible plaga no ponemos remedio, fijándonos en el gran número de bastardos que nos denuncia la estadística, y en los infortunados que nuestros cálculos nos hacen sospechar en la alta sociedad! Difícil es señalar aquí todas las ventajas que resultarian de la emancipacion de las jóvenes. Cuando lleguemos á observar las circunstancias que acompañan al matrimonio, tal como lo han establecido nuestras costumbres, podrán las inteligencias calculadoras apreciar todo el valor del sistema de educacion y de libertad que pedimos para las jóvenes, en nombre de la razon y de la naturaleza. La preocupacion que tenemos en Francia respecto á la virginidad de los novios, es la más necia de cuantas nos quedan. Los orientales toman á sus mujeres sin inquietarse por el pasado, y las encierran para estar más seguros del porvenir; los franceses encierran á las jóvenes en una especie de serrallos guardados por las madres, por las preocupaciones y por las ideas religiosas, y conceden á las esposas la más ámplia libertad, mostrando de esta manera cuidarse más del pasado que del porvenir. Se trata tan sólo de invertir nuestras costumbres; con lo cual daríamos á la fidelidad conyugal todo

el sabor y el incentivo que las mujeres encuentran hoy en las infidelidades.

Esta discusion nos llevaría demasiado léjos de nuestro asunto, si tuviéramos que examinar detalladamente la extraordinaria mejora moral que sin duda reclama la Francia del siglo XX; las costumbres se reforman lentamente. ¿No ha sido preciso, para una ligera modificacion, que la idea más atrevida del siglo pasado haya llegado á ser la más trivial del presente? Verdad es que sólo por pasatiempo hemos tocado esta cuestion, para demostrar que no se nos ha pasado por alto, y para legar una obra más á nuestros descendientes; hé aquí á buena cuenta la tercera; la primera se refiere á las cortesanas, la segunda á la fisiología del placer.

«Cuando á diez lleguemos
una cruz haremos.»

En el estado actual de nuestras costumbres é imperfecta civilizacion, existe un problema insoluble por el momento, y que hace supérflua toda disertacion respecto al arte de elegir esposa; dejámoslo, como todos los demás, á la meditacion de los filósofos.

PROBLEMA.

Todavía no ha podido decidirse si la mujer se inclina á ser infiel más bien á consecuencia de la imposibilidad en que se halla de ser lo contrario,

que por la libertad en que se la deje en este punto.

Como en esta obra consideramos al hombre en el primer momento de casarlo, manifestaremos que si ha encontrado una mujer de temperamento sanguíneo, de imaginacion viva, de constitucion nerviosa ó de carácter indolente, su situacion será mucho más grave.

En situacion más crítica y en mayor peligro se encontraba el que se hubiese casado con una mujer que sólo bebiese agua (Véase la Meditacion titulada: *Higiene conyugal*); pero si tuviera algun talento para el canto, ó si se constipase fácilmente, habria motivo para temblar diariamente, porque está demostrado que las cantantes son tan apasionadas, por lo ménos, como las mujeres cuyo sistema mucoso sea en extremo delicado.

Por último, el peligro creceria más aún si vuestra esposa tuviera ménos de diez y siete años, ó color pálido mate; porque casi todas estas mujeres son artificiosas.

No queremos anticiparnos señalando los disgustos que causarán á los maridos todos los diagnósticos que de su desgracia notaran en el carácter de sus esposas. Esta digresion nos ha alejado mucho de los colegios donde tantos infortunios se preparan, de los que salen tantas jóvenes incapaces de apreciar los penosos sacrificios que ha costado llegar á la opulencia á los hombres, que las honran casándose con ellas; jóvenes impacientes por los placeres del lujo, ignorantes de nuestras leyes y costumbres, afanosas por empuñar el

cetro de la belleza, y prontas á abandonar los verdaderos acentos del alma por los zumbidos de la adulacion.

Deje esta Meditacion en la memoria de los que la lean por casualidad ó por distraccion, una aversion profunda á las señoritas educadas en colegio, y se habrán prestado grandes servicios á la cosa pública.

MEDITACION VII.

DE LA LUNA DE MIEL.

Si nuestras primeras Meditaciones prueban que es casi imposible en Francia que una mujer casada conserve su virtud, la enumeracion de los célibes y de los predestinados, nuestras observaciones sobre la educacion de las jóvenes, y el rápido exámen de las dificultades que presenta la eleccion de esposa, explican hasta cierto punto esta fragilidad nacional. Ya que declaramos con toda franqueza la sorda enfermedad que trabaja el estado social, busquemos las causas que la producen en la imperfeccion de las leyes, en la inconsecuencia de las costumbres, en la incapacidad personal y en las contradicciones de nuestros hábitos. Réstanos observar un hecho: la invasion del mal.

Llegamos á este primer principio, abordando las importantes cuestiones de la Luna de Miel; y así como encontraremos en ella el punto de partida de todos los fenómenos conyugales, nos ofrecerá el brillante eslabon que encadene nuestras

observaciones, nuestros axiomas y nuestros problemas: anillos puestos acá y allá, entre las sábias locuras de nuestras parleras Meditaciones. La Luna de Miel será, por decirlo así, el apogeo del análisis que vamos á hacer ántes de poner á nuestros imaginarios campeones uno enfrente del otro.

Esta expresion, *Luna de Miel*, es un anglicismo (1) que pasará á todas las lenguas, por la gracia con que pinta una época tan fugitiva del matrimonio, en que se vive tan dulcemente y con tantos encantos: prevalecerá, como prevalecen los errores y las ilusiones, porque es la más odiosa de todas las mentiras. Si se presenta como una ninfa, coronada de frescas flores, y acariciando como una sirena, es porque lleva en su seno la desgracia; y la desgracia llega, casi siempre, con las bromas y las locuras.

Los esposos destinados á amarse durante toda la vida, no conciben la Luna de Miel; para ellos no existe, ó mejor dicho, existe siempre: son como esos seres inmortales que no comprenden la muerte. Pero esta felicidad está fuera de nuestro libro; y para nuestros lectores, el matrimonio está bajo la influencia de dos lunas: la Luna de Miel y la Luna de Hiel. Esta última termina por una revolucion que la trasforma en creciente; y cuando luce en una casa es para siempre.

¿Cómo ha de iluminar la Luna de Miel á dos seres que no se aman?

¿Cómo se oculta cuando ha llegado á salir?...

---

(1) Y españolismo tambien.

¿Tienen todos los matrimonios su Luna de Miel?

Procedamos con órden en la resolucion de estos problemas.

La admirable educacion que damos á las jóvenes, y los prudentes usos bajo cuya ley se casan los hombres, van á ofrecer aquí todos sus frutos. Examinemos las circunstancias que preceden y acompañan á los matrimonios ménos desgraciados.

Nuestras costumbres desarrollan en la jóven con quien os casais una curiosidad naturalmente excesiva; pero como las madres de familia francesas tienen la presuncion de poner todos los dias al fuego á sus hijas, sin permitirlas quemarse, esta curiosidad no tiene límites.

Una completa ignorancia de los misterios del matrimonio, oculta sus peligros á esta criatura, tan cándida como astuta; y como se lo presentan sin cesar cual una época de tiranía y de libertad, de goces y de predominio, sus deseos crecen con todo el interés de lo que se espera satisfacer en breve tiempo: para ella el casarse es ni más ni ménos que pasar de la nada á la vida.

Si tiene en su alma el sentimiento de la felicidad; la religion, la moral, las leyes y su madre le han dicho y repetido mil veces que sólo de su marido puede venirle esta felicidad.

La obediencia es una necesidad suya, supuesto que no sea una virtud, porque todo lo espera de su esposo. Las sociedades consagran la esclavitud de la mujer; pero ella no desea romper sus cadenas, porque se siente débil, tímida é ignorante.

A ménos que no haya algun error debido á la

casualidad, ó una repugnancia, que fuera imperdonable no haber sido adivinada por el esposo, la jóven trata de agradarle, puesto que no le conoce.

Por último, para facilitar vuestro gran triunfo debeis tomarla en el instante en que la naturaleza solicita, frecuentemente con energía, los placeres que habreis de concederla. Como San Pedro, teneis la llave del Paraiso.

Ahora pregunto á esta criatura razonable: ¿reuniria algun demonio alrededor de un ángel, cuya perdicion hubiera jurado, los elementos de su desgracia, con tanta solicitud como las buenas costumbres ponen para conspirar por la desgracia de un marido? ¿No sois semejante á un rey rodeado de aduladores?

Entregada esta jóven, con toda su ignorancia y sus deseos, á un hombre que, suponiendo que está enamorado, no puede ni debe conocer sus secretas y delicadas costumbres, ¿no se mostrará vergonzosamente pasiva, sometida y complaciente durante todo el tiempo que su infantil imaginacion se persuada que debe esperar el placer ó la felicidad hasta un dia que nunca llega?

En esta extraña situacion en que las leyes sociales y naturales se contradicen, una jóven obedece, se abandona, sufre y calla por interés propio. Su obediencia es una especulacion; su complacencia, una esperanza; su adhesion, una especie de vocacion de que os aprovechais; su silencio, en fin, generosidad. Será víctima de vuestros caprichos miéntras no los comprenda; sufrirá con vuestro carácter hasta que le haya estudiado; se sacrificará sin amar, porque cree en la apariencia de pasion que en vos aparece durante los

primeros momentos de poseerla, y no callará el dia en que haya conocido la inutilidad de sus sacrificios.

Entónces, llega una mañana en que todos los contrasentidos que han presidido á esta union se levantan como las ramas de un árbol que han estado momentáneamente inclinadas bajo algun peso. Habeis tomado como amor la existencia negativa de una jóven que esperaba la felicidad, que volaba delante de vuestros deseos en la esperanza de veros ir delante de los suyos, y que no se atrevia á quejarse de las secretas desgracias de que era la primera en acusarse. ¿Qué hombre no se veria engañado con una decepcion preparada de tanto tiempo ántes, y en la que su jóven esposa es inocente, cómplice y víctima? Preciso sería convertirse en un Dios para escapar á la fascinacion de que rodean al marido la naturaleza y la sociedad. ¿No existen infinidad de asechanzas en él y á su alrededor? ¿Por qué para ser felices, no habreis de necesitar defenderos de los impetuosos deseos de vuestros sentidos? ¿Dónde está para contenerlos esa poderosa barrera que levanta la ligera mano de una mujer á quien se desea agradar, porque todavía no se la posee?... En verdad, que habeis hecho revistar y desfilar vuestras tropas cuando no habia gente en las ventanas; habeis quemado fuegos artificiales de los que sólo habian quedado las cañas cuando se presentó á verlos vuestro convidado. Vuestra jóven esposa estaba ante los placeres del matrimonio como un mohicano en la Opera: el maestro se fastidia cuando el salvaje comienza á comprender. Tan rápido como un relámpago es en el matrimonio el instante en que

pueden entenderse dos corazones: una vez pasado, no vuelve á presentarse más. Este primer ensayo de vida comun, en el que animan á la mujer la esperanza de felicidad, el sentimiento vírgen aún de sus nuevos deberes, el deseo de agradar, la virtud tan persuasiva en el momento en que acuerda el amor con el deber, se llama la Luna de Miel. ¿Cómo ha de durar mucho entre dos seres que se unen para toda la vida sin conocerse bien? Si algo puede admirarse, es que los deplorables absurdos acumulados por nuestras costumbres alrededor del lecho nupcial, creen tan pocos odios...

Pero que la existencia del sabio sea un apacible arroyuelo, y la del pródigo un torrente; que el niño cuyas imprudentes manos han desflorado rosas por el camino, no encuentre más que espinas alrededor; que el hombre cuya loca juventud ha devorado un millon, no pueda gozar ya, durante su vida, de las crecidas rentas que este millon le hubiera proporcionado, son verdades triviales si se refieren á la moral, pero nuevas si se aplican á la conducta de la mayor parte de los hombres. Hé ahí las verdaderas imágenes de todas las Lunas de Miel; esta es su historia, este es el hecho, y no la causa.

Pero que hombres dotados de cierta potencia intelectual, adquirida por una educacion esmerada, habituados á profundas combinaciones para brillar en política, en literatura, en artes, en comercio, ó en la vida privada, se casen con intencion de ser felices, de gobernar á una mujer por medio del amor ó de la fuerza, y caigan en el mismo lazo, se conviertan en necios despues de

haber gozado de cierta felicidad durante algun tiempo, es un problema cuya solucion está más bien en las desconocidas profundidades del alma humana, que en la especie de verdades físicas con que hemos tratado de explicar algunos de estos fenómenos. La peligrosa investigacion de las leyes secretas que casi todos los hombres violan en este caso, sin apercibirse de ello, ofrece bastante gloria áun para el que fracase en esta empresa, y por esto la intentamos. Probemos.

A pesar de cuanto digan los necios sobre la dificultad que encuentran para explicar el amor, hay en él principios tan infalibles como en la geometría; pero modificándolos cada carácter á su gusto, le acusamos por los caprichos creados por nuestras variadísimas organizaciones. Si nos fuera permitido no ver más que los efectos tan varios de la luz, sin apercibirnos de su principio, muchas personas no creerian en el sol ni en su unidad. Tambien los ciegos pueden gritar á su placer; yo me vanaglorio, como Sócrates, sin ser tan sabio, de no conocer otra cosa que el amor; y voy á deducir alguno de sus preceptos, para evitar á los que se han casado, ó traten de casarse, el trabajo de romperse la cabeza: pronto tocarán al fondo.

Ahora bien; todas nuestras precedentes observaciones se resuelven en una proposicion, que puede considerarse como el último término ó como el primero, si se quiere, de esta secreta teoría del amor, que acabaria por fastidiaros si no la concluyéramos brevemente. Este principio está contenido en la fórmula siguiente:

AXIOMA.

Entre dos seres susceptibles de amor, la duracion de la pasion está en razon directa de la resistencia primitiva de la mujer.

Si no se os deja desear más que un dia, vuestro amor no durará quizás tres noches. ¿Dónde habrá que buscar las causas de esta ley? No lo sé. Si miramos en derredor, notaremos que abundan las pruebas de esta regla: en el sistema vegetal, las plantas que necesitan más tiempo para crecer son las que gozan de existencia más larga; en el órden moral, las obras hechas de ayer mueren mañana; en el órden físico, el seno que viola las leyes de la gestacion produce un fruto muerto. En todo y por todo una obra de duracion, necesita tambien tiempo para que se produzca. Un extenso porvenir exige un extenso pasado. Si el amor es niño, la pasion es hombre. Esta ley general que rige en la naturaleza, en los seres y en los sentimientos, es precisamente la que infringen todos los matrimonios, segun hemos demostrado. Este principio ha creado las fábulas amorosas de nuestra Edad-media: los Amadises, los Lancelotos, los Tristanes de los romances, cuya constancia amorosa parece con razon imaginaria, son las alegorías de esta mitología nacional que nuestra imitacion de la literatura griega ha matado en flor. Tan graciosas figuras dibujadas por la fantasía de los trovadores, consagraban esta verdad: que el hombre se adhiere de un modo más ó

ménos duradero á las cosas, segun los cuidados, trabajos ó deseos que le han costado conseguirlas.

Cuanto nuestras Meditaciones nos han revelado acerca de las causas de esta ley primordial de los amores, se reduce al axioma siguiente, que es principio y consecuencia de dicha ley:

AFORISMO.

En todo y por todo, no se recibe más que en razon directa de lo que se da.

Este último principio es tan evidente, que no nos ocuparemos en demostrarlo; sólo añadiremos una observacion que no carece de importancia. Aquél que dijo: *Todo es verdadero y todo falso*, proclamó un hecho que el espíritu humano, naturalmente sofista, interpreta á su modo; porque parece realmente que las cosas humanas tienen tantas facetas como espíritus hay que las examinen.

Veamos en qué consiste.

Ninguna ley existe en la creacion que no esté contrapesada por otra ley contraria: en todo y por todo, la vida se resume en el equilibrio de dos fuerzas naturalmente opuestas. Así que en el objeto que nos ocupa, esto es, en amor, hay que tener por seguro que si se da demasiado, no se recibe lo bastante. La madre que muestra á sus hijos toda su ternura, hace nacer en ellos la ingratitud, que quizás proviene de la imposibilidad de corresponder á tanto cariño. La mujer que

ama más de lo que es amada, se verá necesariamente sometida á la tiranía. El amor duradero es el que mantiene siempre las fuerzas de dos seres en equilibrio. Ahora bien: este equilibrio puede establecerse siempre: el que ame más debe permanecer en la esfera del que ménos ame. Y despues de todo, ¿acomodarse á esta desigualdad, no es el sacrificio más dulce que puede hacer un alma amante?

¡Qué sentimiento de admiracion nace en el alma del filósofo al descubrir que quizá sólo hay un principio que rija al mundo, así como sólo hay un Dios, y que nuestras ideas y nuestros sentimientos están sometidos á las mismas leyes que hacen mover al sol, nacer las flores y vivir al universo!...

Tal vez sea preciso buscar en esta metafísica del amor las razones de la proposicion siguiente, que ilumina mucho la cuestion de las Lunas de Miel y de Hiel.

El hombre pasa de la aversion al amor; pero cuando ha comenzado por amar y llega al odio, jamás vuelve al amor.

Los sentimientos son incompletos en determinadas organizaciones humanas, como puede serlo el pensamiento en algunas imaginaciones estériles. De igual modo que las potencias intelectuales están dotadas de facilidad para apreciar las relaciones que existen entre las cosas sin desprender conclusion alguna, de la facultad de apreciar cada relacion separadamente, de la fuerza de ver, comparar y expresar; así las almas pueden concebir los sentimientos de una manera imperfecta. El talento, en amor como en otro arte, consiste en

la reunion de las potencias de concebir y de ejecutar. El mundo está lleno de gentes que entonan canciones sin *ritornello*, que tienen sólo porciones de idea y de sentimiento, y que no coordinan los movimientos de sus afectos más que los de sus ideas; que son, en una palabra, seres imperfectos. Reunid una inteligencia clara á otra pobre, y preparais la desgracia; porque en todo es preciso el equilibrio.

Dejamos á los filósofos de guardilla y á los sabios de trastienda el gusto de buscar cómo los temperamentos, los entendimientos, las posiciones sociales y la fortuna, rompen de mil modos el equilibrio, y examinemos la última causa de la postura de las Lunas de Miel y de la salida de las de Hiel.

Existe en la vida un principio más poderoso que la misma vida. Es un movimiento cuya rapidez procede de un impulso desconocido. El hombre sabe el misterio de este movimiento, como la tierra las causas de su rotacion. Ese no sé qué, que llamaremos corriente vital, arrebata nuestros más caros pensamientos, dispone de la voluntad del mayor número, y nos arrastra á nuestro pesar. Así es que un hombre de buen sentido, que satisfará sus pagarés si es comerciante, habiendo podido evitar la muerte, ó cosa más cruel quizás, una enfermedad, observando una práctica fácil, pero cotidiana, está clavado entre cuatro tablas, diciéndose todas las noches: «¡Oh! ¡mañana no me olvidaré de las pastillas!»

¿Cómo explicar esta rara fascinacion que domina en todas las cosas de la vida? ¿Es falta de energía? Puesto que los hombres de voluntad más

poderosa se han visto sometidos á ella, ¿consiste en falta de memoria? Pero tambien los que poseen esta facultad en el grado más alto están sujetos á ella.

Este hecho que todos han notado en el prójimo, es una de las causas que privan de la Luna de Miel á la mayor parte de los maridos. El hombre más sabio, aquél que haya salido ileso de todos los escollos que ya hemos señalado, no evita algunas veces los lazos que él mismo se ha tendido.

He llegado á notar que el hombre obra en el matrimonio poco más ó ménos como con las pelucas; y quizás las siguientes fases del pensamiento acerca de la peluca, da la fórmula de la vida humana.

Primera época.—¿Tendré yo algun dia el cabello blanco?

Segunda época.—Y aunque así sea, jamás usaré peluca: ¡Dios mio! ¡Qué fea es la peluca!

Una mañana oís á una voz juvenil que el amor ha hecho vibrar muchas veces, y aún no ha apagado:—¡Cómo! ¡Tienes ya una cana!...

Tercera época.—¿Por qué no he de ponerme una peluca bien hecha, tan bien, que engañe por completo? Hay indudablemente cierto mérito en pegársela á todo el mundo; y además, la peluca da calor, impide coger catarros, etc.

Cuarta época.—Llevais la peluca tan bien colocada, que engañais á todos los que no os conocen.

La peluca os preocupa, y el amor propio os convierte todas las mañanas en rival de los peluqueros más hábiles.

Quinta época.—La peluca descuidada. ¡Dios mio! ¡Qué fastidioso es descubrirse todas las noches, y peinarla por las mañanas como si fuera un perrillo faldero!

Sexta época.—La peluca deja ver algunos cabellos blancos; muévese, y el observador percibe en vuestra nuca una línea blanca que contrasta con los matices más oscuros de la peluca, circularmente arremangada por el cuello de la levita.

Sétima época.—La peluca parece hecha de grama, y permitidme que os lo diga, ¡llegais á burlaros de ella!...

—Caballero, me dijo una de las poderosas inteligencias femeninas que se han dignado iluminarme en algunos de los más oscuros pasajes de mi libro, ¿qué entendeis por peluca?

—Señora, contesté yo, cuando un hombre llega á ser indiferente respecto de la peluca, es... es... lo que probablemente no es vuestro marido.

—Mi marido no es... (la dama titubeó como buscando la palabra.) No es... amable; no es... complaciente; no es... de carácter igual; no es...

—Entónces, señora, ¿podrá ser indiferente á la peluca?

Nos miramos; ella con una dignidad bien aparentada, y yo con una sonrisa imperceptible.

—Veo, la dije, que es necesario respetar mucho los oidos del sexo débil, porque es lo único que tiene de casto.

Tomé la actitud de quien tuviese algo importante que revelar, y la hermosa dama bajó los ojos como si creyera tener que ruborizarse durante mi discurso.

«Hoy, señora, no se ahorcaria á un ministro

por un *sí* ó un *nó*, ni Chateaubriand torturaria á Francisco de Foix, y no llevamos al costado largas espadas prontas á vengar las injurias. Ahora bien: en un siglo en que la civilizacion ha progresado tanto, en que se nos enseña cualquier ciencia en veinticuatro lecciones, todo ha experimentado ese impulso hácia la perfeccion. Ya no podemos hablar la vigorosa, ruda y tosca lengua de nuestros antepasados. La época en que se fabrican tan finos y brillantes tejidos, muebles tan elegantes, porcelanas tan ricas, debia ser época de perífrasis y circunloquios. Preciso es inventar algun vocablo nuevo que reemplace á la cómica expresion usada por Molière; puesto que, segun ha dicho un autor contemporáneo, el lenguaje de este grande hombre es demasiado libre para las damas, quienes, por otra parte, opinan que la gasa es una tela demasiado tupida para sus trajes.

»Entre tanto las gentes de mundo, como los sabios, no ignoran el gusto innato de los griegos por los misterios. Esta poética nacion supo imprimir un colorido fabuloso á sus antiguas tradiciones históricas. A la voz de sus rapsodas, poetas y trovadores, se convertian los reyes en dioses, y sus aventuras amorosas en inmortales alegorías.

»Segun M. Chompré, licenciado en derecho y autor clásico del *Diccionario de Mitología*, el laberinto era «un recinto cubierto de bosques y ornado de edificios dispuestos de tal manera, que cuando llegaba á entrar un jóven no podia encontrar la salida.» Acá y allá se veian floridos sotos, pero en medio de una multitud de paseos que se

cruzaban en todos sentidos y siempre presentaban á la vista un camino uniforme. Entre los jarales, las rocas y los espinos, el paciente tenía que combatir á un animal llamado el minotauro.

»Ahora bien, señora, si me haceis el obsequio de recordar que el minotauro era de todos los animales cornudos, aquél que la Mitología consideraba como más peligroso; que para librarse de sus horrores, los atenienses se comprometieron á entregarle, un año con otro, cincuenta vírgenes, no participareis del error de ese bueno de M. Chompré, que no encuentra en esto más que un jardin inglés, y vereis en esa ingeniosa fábula una delicada alegoría, ó mejor dicho, una fiel y terrible imágen de los peligros del matrimonio.

»Las pinturas recientemente descubiertas en Herculano (1) han confirmado por completo esta opinion.

»En efecto, los sabios habian creido por espacio de mucho tiempo, segun algunos autores, que el minotauro era un animal medio hombre, medio toro; pero la quinta plancha de las antiguas pinturas de Herculano representa al mónstruo alegórico con el cuerpo de hombre, ménos la cabeza, que es de toro, y para que no quede ninguna duda, yace vencido á los piés de Theseo (2).

»Pues bien, señora; ¿por qué no habíamos de pedir á la Mitología que viniese en apoyo de la

---

(1) Ciudad de la Campania, sepultada por la lava del Vesubio el año 79, y empezada á descubrir en 1713 por un campesino de Pórtici que estaba abriendo un pozo.

(2) Héroe mitológico ateniense, fruto de una union clandestina, é infeliz en el seno de su familia.

hipocresía que nos domina, impidiendo que riamos como reian nuestros abuelos?

»Así, cuando una jóven no ha sabido bien extender ante el mundo el velo con que toda mujer honrada cubre su conducta, nuestros antepasados lo hubieran explicado todo con rudeza, pero con sola una palabra; miéntras que vos, como una porcion de hermosas damas, amigas de reticencias, os contentais con decir:

—«¡Ah! sí, ella es muy amable, pero...

—¿Pero qué?...

—Pero suele ser *inconsecuente...*»

«Largo tiempo he buscado, señora, el sentido de esta última palabra, y sobre todo la figura retórica por medio de la cual le hacian expresar lo contrario de lo que significa; pero mis meditaciones han sido inútiles. Vert-Vert (1) ha sido el último que ha pronunciado la palabra de nuestros antepasados, y por desgracia, dirigiéndose á inocentes religiosas, cuyas infidelidades en nada afectaban al honor de los hombres.

»Cuando una mujer es inconsencuente. el marido, segun mi opinion, está *minotaurizado*.

»Si el *minotaurizado* es un hombre galante, si goza de cierta estimacion, y muchos maridos merecen realmente condolerse de ello, hablando de él, decís con voz dulce y reposada: «M. A... es un hombre muy estimable, su mujer es muy linda, pero se dice que no es completamente feliz en su interior.»

«De este modo, señora, el hombre que tiene

---

(1) Poema jocoso del poeta francés Gresset, cuyo héroe es un loco, y que pasa por obra excelente en su clase.

una esposa inconsecuente, ó el marido *minotaurizado*, son ni más ni ménos que los maridos de Molière.

»Pues bien, diosa del gusto moderno, ¿os parecen esas expresiones de una trasparencia bastante casta?

»¡Dios mio! dijo mi amiga sonriéndose; si la cosa no varía, ¿qué importa que se exprese con dos ó con cien sílabas?»

Saludándome entónces ligera é irónicamente, desapareció, yendo sin duda á reunirse con esas condesas de prefacio, y con todas esas criaturas metafóricas que tan frecuentemente emplean los novelistas para restaurar ó componer antiguos manuscritos.

En cuanto á vosotros, seres ménos numerosos y más positivistas que me leeis, si hay entre vosotros quienes hagan causa comun con mi campeon conyugal, os advierto que no llegareis de un golpe á ser infelices en vuestro interior. El hombre llega gradual é insensiblemente á esta temperatura conyugal. Y áun muchos maridos han sido desgraciados toda la vida, sin saberlo. Esta revolucion doméstica se verifica siempre segun reglas fijas; porque las revoluciones de la Luna de Miel son tan seguras como las fases de la luna celeste, y se aplican á todos los matrimonios. ¿No hemos demostrado ya que la naturaleza moral tiene sus leyes como la naturaleza física?

Vuestra esposa nunca aceptará un amante, segun hemos dicho, sin reflexionar mucho: cuando decrece la Luna de Miel, habeis desarrollado en ella el sentimiento de placer, que no habeis satisfecho. Le habeis abierto el libro de la vida. Ella

concibe admirablemente por la prosa de vuestro fácil amor, la poesía que debe resultar del acuerdo de las almas y de los impulsos voluptuosos. Como un tímido pajarillo, espantado con el ruido de un tiroteo que cesó; saca la cabeza del nido, mira á su derredor, contempla el mundo, y habiendo adivinado la solucion de la charada que la habeis propuesto, siente languidecer instintivamente la vida de vuestra pasion. Adivina que sólo con un amante podrá reconquistar el delicioso uso de su libre albedrío en punto á amores. Habeis secado madera verde para un fuego futuro.

En la situacion en que os encontrais ambos, no hay mujer, por virtuosa que sea, que no se haya sentido digna de una gran pasion, que no la haya soñado, y que no se crea muy inflamable; porque siempre hay amor propio en exagerar las fuerzas de un enemigo vencido.

—Si el oficio de mujer decente no fuera más que peligroso, pase... me decia una anciana; pero fastidia, y no he conocido mujer virtuosa que no pensara en hacer alguna traicion.

Entónces, y ántes de presentarse ningun amante, la mujer discute, por decirlo así, la legalidad del asunto, sufre un combate que dan en su alma los deberes, las leyes, la religion y los secretos deseos de una naturaleza que no admite más freno que aquél que se la impone: allí comienza para vosotros un órden de cosas completamente nuevo; allí se halla la primera advertencia que da la naturaleza, indulgente y bondadosa madre, á todas las criaturas que han de correr algun riesgo; ella ha puesto un cascabel en el cuello del minotauro, como en la cola de esa terrible serpiente, horror

del viajero. Entónces se declaran en vuestra mujer lo que llamaremos *primeros síntomas;* y ¡desgraciado de aquel que no ha sabido combatirlos! Los que, al leer este libro, recuerden haberlos visto manifestarse en otro tiempo en su casa, pueden pasar á la conclusion de nuestra obra, donde encontrarán consuelos.

Esta situacion, en que permanece un matrimonio por más ó ménos tiempo, será el punto de partida de nuestra obra, así como es el término de nuestras observaciones generales. Un hombre de talento ha de saber notar los misteriosos indicios, los signos imperceptibles y las involuntarias revelaciones que una mujer deja escapar entónces; porque la siguiente Meditacion, cuando más, enterará de los rasgos más salientes á los neófitos de la sublime ciencia del matrimonio.

MEDITACION VIII.

DE LOS PRIMEROS SÍNTOMAS.

Colocada la mujer en la crísis en que la hemos dejado, entrais á ser presa de una dulce y completa seguridad. Habeis visto tantas veces el sol, que ya creeis que puede lucir para todo el mundo. No prestais á las menores acciones de vuestra esposa aquella atencion que os infundia el primitivo fuego del temperamento.

Esta indolencia impide á muchos maridos conocer los síntomas con que sus mujeres anuncian la primera tormenta; y tal disposicion del ánimo ha *minotaurizado* á más maridos, que la ocasion,

los coches de plaza, los canapés y los cuartos amueblados. Esta indiferencia por el peligro, es producida en cierto modo por la misma calma de que os hallais rodeados. La conspiracion fraguada contra vosotros por nuestro millon de solteros hambrientos, parece ser unánime en su marcha. Aunque todos aquellos señoritos se odien ó no se conozcan, una especie de instinto les comunica la señal de ataque.

Cásanse dos personas: los seides del minotauro, jóvenes y viejos, todos tienen ordinariamente el buen tino de dejar á los recien casados entregados á sí mismos; consideran al marido como á un operario encargado de desbastar, tallar, pulir y montar el diamante que ha de pasar un dia de mano en mano para ser admirado en todos los círculos. Así, pues, el aspecto de un matrimonio jóven y apasionado alegra siempre á aquellos solteros á quienes se ha dado en llamar los calaveras, y éstos se guardan muy bien de interrumpir un trabajo del cual debe aprovecharse la sociedad. Saben tambien que las grandes lluvias duran poco, y se mantienen á la espectativa, haciendo la rueda, espiando con una delicadeza increible el momento en que los dos esposos comiencen á descender del sétimo cielo.

Este tacto con que los solteros descubren el momento en que el vientecillo Norte llega á soplar en un matrimonio, sólo es comparable al descuido de que se dejan apoderar los maridos, para quienes aparece la Luna de Hiel. Hay, además, en la galantería, una sazon que es preciso saber esperar. El grande hombre es el que comprende todo lo que las circunstancias pueden dar

de sí. Esas personas de cincuenta y dos años, que en otra ocasion hemos señalado como peligrosas, comprenden muy bien, por ejemplo, que el hombre que se ofrece por amante de una mujer y es echado noramala por ella, será recibido con los brazos abiertos á la vuelta de tres meses. Verdad es que en general las personas casadas despliegan la misma inocencia en hacer traicion á su frialdad, que en denunciar su amor, cuando sienten cualquiera de ambas cosas.

En esa época en que recorreis con vuestra mujer los floridos campos del sétimo cielo, donde. segun los caractéres, se permanece más ó ménos tiempo, como lo prueba la Meditacion anterior, apénas os presentais en el mundo: felices en el interior de vuestro hogar, sólo salís de él, á la manera de los amantes, para una gira campestre, para el estreno de un drama, ó cosa parecida. En el momento en que reapareceis en sociedad, juntos ó solos; en que se os vé acudir con asiduidad á los bailes, á las fiestas, á las reuniones, á todas esas frívolas distracciones creadas para llenar el vacío del corazon, los solteros adivinan que vuestras mujeres van allí á distraerse: su casa y su marido las fastidian.

Observado esto, el soltero sabe que tiene andada la mitad del camino. Llegadas á tal punto las cosas, estais á punto de ser *minotaurizados:* vuestra mujer tiende á la inconsecuencia, ó lo que es lo mismo, será en adelante muy consecuente en su conducta; la razonará con un talento y una profundidad admirables, y no vereis más que pasion y cariño. Desde aquel momento no faltarán en la apariencia al más pequeño de sus de-

beres; al contrario, buscarán tanto más los colores de la virtud por lo mismo que la tendrán en ménos. ¡Ah! exclamaba Crebillon:

¿Se ha de heredar á quienes se ha asesinado?

Nunca la vereis más deseosa de complaceros. Procurará á toda costa curaros de la secreta lesion que piensa hacer en vuestra felicidad conyugal, con pequeñas caricias os harán creer en la perpetuidad de su amor. De ahí el proverbio francés *Dichoso como un tonto.* Las mujeres, segun sus caractéres, ó desprecian á sus maridos, por lo mismo que los engañan con buen éxito, ó los odian, si son contrariadas por ellos, ó se súmen, al par que ellos, en una indiferencia peor cien veces que el odio.

En este caso, el primer diagnóstico de la mujer es una excentricidad extraordinaria: desea olvidarse de sí misma, aturdirse, pero sin esa avidez de los esposos completamente desgraciados: se viste con sumo cuidado, á fin, dirá ella, de herir el amor propio de su marido atrayendo las miradas de todos los hombres en las fiestas y espectáculos.

Vuelta al seno de sus penates, se la ve ya sombría y pensativa, ya risueña y decidora, como si tratara de aturdirse, ya adoptando el aire de un aleman que va á entrar en combate. Tan frecuentes variaciones siempre anuncian la incertidumbre que hemos indicado.

Hay mujeres que leen novelas para mantener viva la ilusion de la imágen, hábilmente presentada y siempre diferente, de un amor contrariado que triunfa de los obstáculos, ó para habituarse con el pensamiento á los peligros de una intriga.

Os estimará mucho; os dirá que os ama como se ama á un hermano; que esta amistad razonable es la única positiva, y que el matrimonio no tiene más objeto que establecerla entre los esposos.

Distinguirá perfectamente que ella no tiene otra mision que cumplir deberes, y que puede pretender ejercer derechos.

Ve con una frialdad que sólo vosotros podeis calcular todos los detalles de la dicha conyugal: tal vez esta dicha nunca la ha satisfecho gran cosa, y además, la tiene siempre á su alcance, la conoce, la ha analizado; y ¡cuántas pruebas pequeñas, pero terribles, vienen en tal caso á probar á un marido perspicaz, que aquel sér frágil argumenta y razona en lugar de dejarse llevar fácilmente por la pasion!

AFORISMO.

Cuanto más se calcula se ama ménos.

De ahí brotan aquellas ocurrencias que celebrais los primeros, y aquellas reflexiones que os sorprenden por profundas. De ahí aquellos cambios inesperados, y aquellos caprichos de una imaginacion indecisa. Ora hace alarde de una ternura extrema, cual si se arrepintiera de sus ideas y proyectos pasados; ora está fastidiosa é indescifrable; en una palabra, cúmplese en ella el *varium et mutabile femina* que hasta aquí hemos

atribuido á su constitucion física. Diderot (1), deseando explicar estas variaciones casi atmosféricas, las atribuye á lo que llama *la bestia feroz;* pero nunca observareis estas frecuentes anomalías en una mujer dichosa.

Estos síntomas, ligeros como la gasa, se parecen á esas nubes que apénas manchan el azul del cielo y que llamamos ráfagas de viento. Sus colores adquieren pronto tintas mucho más oscuras.

En medio de esta solemne Meditacion, que tiende, segun la expresion de Mad. Stael (2), á dar más poesía á la vida, algunas mujeres en quienes sus madres, virtuosas por cálculo, por deber, por sentimiento ó por hipocresía, han inculcado severos principios, toman por sugestiones del demonio las devoradoras ideas de que se sienten asaltadas; y se las ve solícitas acudir á misa, á los oficios, y áun á vísperas y completas. Esta falsa devocion principia con preciosos libros de oraciones encuadernados de todo lujo, y con los cuales estas apreciables pecadoras se esfuerzan en vano por llenar los deberes impuestos por la religion, y olvidados por los placeres del matrimonio.

Sentemos aquí un principio, y grabadlo con letras de fuego en vuestra memoria.

Cuando una jóven vuelve de pronto á prácticas religiosas en otro tiempo abandonadas, su nueva vida oculta un motivo de alta importancia para

---

(1) Filósofo y autor dramático del siglo anterior, y uno de los principales colaboradores de la célebre *Enciclopedia.*
(2) Célebre literata francesa hija de Necker (1766-1817).

la felicidad del marido. De cada cien mujeres, en setenta y nueve, esta vuelta á Dios prueba que han sido inconsecuentes ó van á serlo pronto.

Pero un síntoma más claro y más decisivo, que todo marido conoce, á no ser un estúpido, es éste.

Cuando os entregábais á las engañosas delicias de la Luna de Miel, vuestra mujer, amante verdadera, hacía vuestra voluntad constantemente. Dichosa con probaros un buen deseo que ambos tomábais por amor, hubiera querido que la mandarais pasear por las canales del tejado, y acto contínuo, ágil como una ardilla, hubiera andado un par de horas sin romper una teja. Entónces encontraba un placer inefable en sacrificaros todo lo que la trasformaba en un sér diferente de vosotros. Se habia identificado á vuestra naturaleza obedeciendo á esta voz del corazon: *una caro.*

Estas bellísimas disposiciones de un dia, han desaparecido insensiblemente. Herida al ver humillada su voluntad, procurará reconquistarla por un sistema desarrollado gradualmente y de dia en dia, con creciente energía.

Tal es el sistema de la *dignidad de la mujer casada*. El primer efecto de este sistema es adoptar, en vuestros placeres, una reserva y una especial tibieza que sólo vosotros podreis juzgar.

Segun la mayor ó menor fuerza de vuestra pasion sensual, acaso habreis adivinado en la Luna de Miel algunas de las veintidos *voluptuosidades* creadas en la antigua Grecia por veintidos especies de cortesanas dedicadas preferentemente á la perfeccion de estos delicados ramos de un mismo arte. Ignorante y sencilla, curiosa y llena de es-

peranza, ella habrá aprendido algunas lecciones de esta ciencia tan vária como desconocida, y que recomendamos eficazmente al futuro autor de *La fisiología del placer*.

Entónces con una mañana de invierno, y semejante á esas bandas de pájaros que temen el frio del Occidente, vuelan juntas de un mismo vuelo, la Felatriz, deidad fecunda en coqueterías que engañan el deseo para prolongar sus ardientes ímpetus: la Tractatriz, que vino del perfumado Oriente, donde se honran los placeres que extasían: la Subagitatriz, hija de la gran Grecia; la Lemona, de dulces y zalameras voluptuosidades; la Corinthiana, que podia en caso necesario reemplazarlas á todas, y por último, la Ficidisosa, de devoradores y astutos dientes, cuyo esmalte parece dotado de inteligencia. Quizás os quede alguna, pero llega un dia en que esta brillante y fogosa Propetida despliega las alas y huye bajando la cabeza y mostrándoos por última vez, como el ángel que desaparece ante Abrahan, en el cuadro de Rambrandt, los deliciosos tesoros que ella misma ignoraba, y que sólo presentaba á vuestros ojos lisonjeado con poder acariciarlos.

Privado de estos matices del placer, de todos estos caprichos del alma y de estas flechas del Amor, quedais reducidos al más vulgar de los modos de amar, á ese primitivo é inocente sistema del himeneo, pacífico homenaje que el sencillo Adan rendia á nuestra madre comun, y que sin duda sugirió á la serpiente la idea de engañarlos.

Pero un síntoma tan completo no es frecuente. La mayor parte de los cónyuges son demasiado buenos cristianos para seguir los usos de la Gre-

cia pagana. Por esto hemos colocado entre los *últimos síntomas* la aparicion bajo el pacífico lecho nupcial, de esas atrevidas voluptuosidades que en la mayor parte de los casos nacen de una pasion ilegítima. En tiempo y lugar oportuno trataremos con más amplitud de este encantador diagnóstico: aquí se reduce tal vez á una negligencia y áun repugnancia conyugal, que sólo el marido puede apreciar.

Al propio tiempo que ennoblece así con su dignidad los fines del matrimonio, pretende vuestra esposa tener su opinion, como vos la vuestra. «La mujer al casarse, dirá ella, no hace voto de abdicar su razon. ¿Ha de ser, por ventura, esclava? Las leyes humanas han podido encadenar el cuerpo; pero el pensamiento... ¡Ah! Dios lo ha puesto demasiado cerca de sí, para que los tiranos puedan atentar contra él.»

Estas ideas proceden necesariamente de que le habeis dejado adquirir una instruccion demasiado libre, ó de que le habeis permitido reflexionar. Acerca de esto hemos escrito una Meditacion entera.

Inmediatamente despues, dice vuestra esposa: «Mi habitacion, mi lecho, mi casa.» A muchas de vuestras preguntas contestará: «Pero, amigo mio, esto no te corresponde.» O bien: «Los hombres tienen su parte en la direccion de las casas, y las mujeres la suya.» O ridiculizando á los hombres que se mezclan en los asuntos interiores de la casa, pretenderá que los hombres no entienden de ciertas cosas. El número de cosas de que no entendeis, será cada dia mayor.

Llegará un dia en que veais en la capilla de

vuestra casa dos altares, en vez del único que teníais. El altar de vuestra esposa será distinto del vuestro, y esta distincion irá creciendo, en virtud siempre del sistema de la dignidad femenil.

Vendrán luégo las siguientes ideas, que se os inculcarán, á pesar vuestro, en virtud de una *fuerza viva*, muy antigua y casi desconocida. La fuerza del vapor, la de los caballos, la de los hombres ó la del agua, son buenas invenciones; pero la naturaleza ha provisto á la mujer de una fuerza moral incomparable con aquéllas: la llamaremos *fuerza de matraca*. Consiste en un sonido perpétuo, en una repeticion tan exacta de las mismas palabras, en una rotacion tan completa de las mismas ideas, que, á fuerza de oirlas, las admitireis para libraros de la discusion. Así, la fuerza de matraca os probará:

Que sois muy feliz poseyendo una mujer de tanto mérito;

Que os ha honrado otorgándoos su mano;

Que muchas veces las mujeres conocen las cosas mejor que los hombres;

Que en todo debeis aconsejaros de vuestra esposa, y casi siempre seguir sus indicaciones;

Que debeis *respetar* á la madre de vuestros hijos, honrarla y tener confianza en ella;

Que el mejor modo de no ser engañado, es confiar y entregarse á la delicadeza de la mujer, porque, segun ciertas añejas ideas que hemos tenido la debilidad de permitir que se acrediten verdaderas, un hombre no puede impedir que su esposa le *minotaurice;*

Que la mujer legítima es la mejor amiga del hombre;

Que toda mujer es dueña de su casa, y reina en los salones, etc.

Los que á estas conquistas de la dignidad de la mujer sobre el poder del hombre, quieren oponer firme resistencia, quedan comprendidos en la categoría de los predestinados.

Al principio surgen cuestiones que dan al hombre, á los ojos de su mujer, cierto aire tiránico. La tiranía de un marido es siempre una terrible disculpa de la inconsecuencia de una mujer. Además de que en estas ligeras discusiones, ellas tienen el arte de probar á sus familias, á las nuestras, á todo el mundo, áun á nosotros mismos, que nosotros no tenemos razon. Si para obtener la paz, ó por amor, reconoceis los supuestos derechos de la mujer, concedeis á la vuestra una ventaja de que se aprovechará eternamente. Los maridos, como los gobiernos, jamás deben confesar sus faltas. De otra suerte, vuestro poder quedaria vencido por el sistema oculto de la dignidad femenina; lo habríais perdido todo, y desde ese momento ella avanzaria de concesion en concesion hasta arrojaros de *su* lecho.

Siendo la mujer, fina, espiritual y maliciosa; teniendo todo el tiempo por suyo para pensar una frase irónica, os ridiculizará admirablemente en cuanto vuestra divergencia de opiniones produzca una discusion acalorada. Aquel dia es el último de vuestra felicidad. Vuestro poder espirará.—La mujer que se ha reido alguna vez de su marido, no puede amarle.—El hombre debe ser para la mujer á quien ama, un sér lleno de fuerza, de grandeza y de influencia siempre dominante.—Una familia no podria vivir sin el despotismo.

La difícil conducta que un hombre debe observar á vista de tan graves acontecimientos, esta *alta política* del matrimonio es precisamente el objeto de las partes segunda y tercera de nuestro libro. Este breviario del maquiavelismo conyugal os enseñará la manera de engrandeceros sobre aquel carácter ligero, sobre aquella alma de blonda, como decia Napoleon el grande; y sabreis cómo un hombre puede mostrar alma de acero, aceptar la guerra doméstica, y nunca ceder el imperio de la voluntad, sin comprometer su dicha. Si abdicais, vuestra mujer os despreciará, por la sencilla razon de que verá vuestro vigor perdido; su marido no será ya á sus ojos un *hombre*.

Aún no hemos llegado al momento de desarrollar las teorías y principios con que puede conciliar la elegancia de sus maneras con la dureza de sus medidas; bástenos por ahora adivinar la importancia del porvenir, y prosigamos.

En esta época fatal la observareis una tendencia constante á establecer el derecho de salir sola.

Antes erais su Dios, su ídolo; ahora ha llegado á ese grado de devocion que permite ver los agujeros que hay en los vestidos de los santos.

—¡Oh! Dios mio, amigo mio,—decia Mad. de la Valière á su marido,—qué mal ceñís la espada! Mr. de Richelieu la lleva de un modo que os debia servir de modelo, porque es de mejor gusto. ¡Ay, amiga mia!—respondió el duque—no se puede decir de un modo más delicioso, que hace cinco meses que nos hemos casado! La respuesta del duque se hizo célebre en la corte de Luis XV.

Estudiará vuestro carácter para buscar armas con que combatiros. Este estudio, en odio al

amor, quedará descubierto por los mil lazos casi imperceptibles que os tenderá intencionadamente, á fin de que la riñais y la maltrateis; porque cuando una mujer no halla excusas para *minotaurizar* á su marido, trata á toda costa de crearlas.

Tal vez se siente á la mesa sin esperaros.

Si atraviesa en carruaje una poblacion, os indicará ciertos objetos que no acertareis á ver; cantará sin miedo en presencia vuestra; os interrumpirá la conversacion; no os contestará algunas veces, y os probará de veinte diferentes modos, que goza delante de su marido de toda la plenitud de sus facultades y buen juicio.

Tratará de abolir por completo vuestra influencia en la administracion de la casa; y tentará los medios de llegar á ser dueña absoluta de vuestros intereses. Esta lucha servirá al principio de distraccion á su alma vacía ó en gran manera alterada; luégo, encontrará en vuestra conversacion un motivo más de ridículo. Usará de las expresiones y frases de costumbre, y ¡cedemos los franceses tan pronto á la sonrisa irónica que observamos en boca de otro!

De cuando en cuando aparecerán las jaquecas y los ataques de nervios; pero estos síntomas darán lugar á una meditacion.

En sociedad os hablará sin ruborizarse, mirándoos con rostro firme.

Comenzará á criticar vuestros actos por insignificantes que sean, porque contradecirán sus ideas ó sus intenciones secretas.

No se cuidará tanto como ántes de lo que os concierna ó afecte, ni áun sabrá si teneis lo que

necesitais. Ya no la servireis de término de comparacion juzgando á otros.

A imitacion de Luis XIV, que llevaba á sus queridas los ramos de azahar que el primer jardinero de Versalles le ponia diariamente sobre la mesa, Mr. de Vinonne ofrecia casi todos los dias flores raras á su mujer, durante los primeros tiempos de su matrimonio. Una noche encontró el ramo sobre la consola en vez de hallarlo como de costumbre en un vaso de agua. «¡Oh, oh! dijo; si ya no soy un necio, poco tardaré en serlo.»

Salís de viaje por ocho dias, y no recibís carta, ó la recibís con tres caras en blanco... Síntoma.

Llegais á vuestra casa jinete en buen caballo, al que manifestais cariño, y, entre dos besos, vuestra esposa muestra cuidado por el caballo y por el pienso... Síntoma.

A estos indicios podeis agregar otros. En este libro siempre pintaremos al fresco, dejándoos las miniaturas. Segun los caractéres, estos rasgos, ocultos bajo los accidentes de la vida comun, varian hasta lo infinito. Tal descubrirá un síntoma al verla cómo se pone un adorno, y tal otro necesitará recibir un capirotazo en el *asno* para adivinar la indiferencia de su esposa.

En una hermosa mañana de primavera, al dia siguiente de un baile, ó á la víspera de una gira campestre, esta situacion llega al último período. Vuestra esposa se fastidia, y la felicidad que se la concede, no ofrece atractivos á su alma. Sus sentidos, su imaginacion, quizá el capricho de la naturaleza, piden un amante. Sin embargo, no se atreve todavía á meterse en una intriga cuyas consecuencias y detalles la hacen temblar. Toda-

vía significais algo para ella; pesáis en la balanza, pero poco, muy poco. El amante, por su parte, se presenta adornado con todas las gracias de la novedad, con todos los encantos del misterio. El combate que habia comenzado en el corazon de vuestra esposa llega á ser, ante el enemigo, más real y más peligroso que nunca. Pronto sucede que miéntras más peligros y riesgos hay que correr, más se empeña en precipitarse en ese delicioso abismo de temores, goces, ánsias y voluptuosidades. Arde y chispea su imaginacion. Colórase de románticas y misteriosas tintas su vida futura. Cree su alma que su existencia ha recibido ya determinado impulso en esta solemne discusion femenina. Todo en ella se agita, todo se altera, todo se conmueve. Vive tres veces más que ántes, y juzga del porvenir por el presente. Las pocas voluptuosidades que le habeis prodigado abogan en contra vuestra; porque no le irritan tanto los placeres que ha gozado, como los que tiene que gozar. ¿No le ofrece su imaginacion una felicidad más viva con ese amante que las leyes le prohiben, que con su esposo? Por último, experimenta goces en sus miedos, y miedos en sus goces. Además de que ama ese inminente peligro, esa espada de Damocles suspendida por vos mismo sobre su cabeza (1), y prefiere las delirantes agonías de una pasion, á esa tranquilidad conyugal peor que la muerte, á esa indiferencia, que es, más bien que un sentimiento, la ausencia de todo sentimiento.

---

(1) Cual la que Dionisio el Antiguo puso suspendida de un hilo sobre la cabeza de su adulador cortesano Damocles, cuando le permitió ocupar el trono.

Vos, que quizás teneis que ir á expedientear en el ministerio de Hacienda, á hacer facturas en el Banco, negociaciones en la Bolsa, ó discursos en el Parlamento; vos, jóven é inexperto, que tantas veces habreis repetido, al leer nuestra primera Meditacion, el ardiente juramento de defender vuestra felicidad, defendiendo á vuestra esposa, ¿qué podreis oponer á los deseos tan naturales que en ella nacen?... Porque para esas criaturas de fuego, vivir es sentir; desde el instante en que nada experimentan, mueren. La ley en cuya virtud andais, produce en ellas este involuntario *minotaurismo*.—«Es, decia d'Alember (1), una consecuencia de las leyes del movimiento!» Pues bien: ¿dónde están nuestros medios de defensa?... ¿dónde?

¡Ah! Si vuestra mujer no ha cogido aún la manzana de Satán, Satán está delante; vos dormís, nosotros os despertaremos: nuestro libro comienza.

Sin examinar cuántos maridos, de entre los quinientos mil á quienes afecta esta obra, han quedado en el número de los predestinados, cuántos se han casado mal, cuántos habrán comenzado mal con sus esposas; y sin querer investigar si en esa numerosa falange hay muchos que satisfagan las condiciones deseadas para luchar ventajosamente contra el peligro que se aproxima, desarrollaremos en la segunda y tercera Partes de esta obra los medios de combatir al minotauro y conservar intacta la virtud de las mujeres. Pero

(1) Célebre matemático del siglo anterior, y el colaborador más activo de la *Enciclopedia*.

si la fatalidad, el diablo, el celibato ó la ocasion, desean vuestra pérdida, quizá os consoleis al conocer el hilo de todas las intrigas, al asistir á todos los combates que se empeñan en los matrimonios. Muchas gentes tienen un carácter tan feliz, que enseñándoles el lugar, explicándoles el por qué y el cómo, se rascan la frente, se frotan las manos, dan golpecitos en el suelo con el pié, y se creen satisfechos.

MEDITACION IX.

EPÍLOGO.

Fieles á nuestra promesa, hemos expuesto en esta Primera Parte las causas generales que llevan á todos los matrimonios á la crísis que acabamos de describir; y al tratar estos prolegómonos conyugales, hemos indicado el medio de librarse de la DESGRACIA, demostrando cuáles son las causas que la producen.

Estas consideraciones primitivas ¿no serian incompletas si, despues de haber arrojado alguna luz sobre la inconsecuencia de nuestras ideas, de nuestras costumbres y de nuestras leyes en una cuestion que abraza la vida de casi todos los seres, olvidáramos de estudiar las causas políticas de esta enfermedad social?—Despues de haber mostrado los vicios secretos de la institucion, ¿no es necesario intentar un exámen filosófico, para saber cómo y por qué la han viciado nuestras costumbres?

El sistema de leyes y de costumbres que hoy

rige á las mujeres y el matrimonio en Francia, es fruto de antiguas creencias y de tradiciones que ya no están en relacion con los eternos principios de razon y de justicia desarrollados por la gran Revolucion de 1789.

Tres grandes conmociones han agitado á Francia: la conquista romana, el cristianismo y la invasion de los francos. Cada uno de estos acontecimientos ha dejado honda huella en el suelo, en las leyes, en las costumbres y en el espíritu de la nacion.

Grecia, con un pié en Europa y el otro en Asia, imprimió la influencia de su clima apasionado en sus instituciones conyugales; recibiólas del Oriente, adonde habian acudido sus filósofos, sus legisladores y sus poetas para estudiar las antigüedades ocultas del Egipto y de Caldea. La absoluta reclusion de las mujeres, ordenada por la accion del sol abrasador del Asia, dominó en las leyes de Grecia y de la Jonia. La mujer permaneció confiada á los mármoles de los Gimnaceos. Reducida la patria á una ciudad, á un territorio poco vasto, las cortesanas, ligadas á las artes y á la religion por tantos lazos, pudieron bastar á las pasiones primeras de una juventud escasa en número, cuyas fuerzas estaban, por otra parte, absorbidas en los violentos ejercicios gimnásticos exigidos por el arte militar de aquellos tiempos.

Al comenzar su real carrera, y habiendo tomado Roma de Grecia los principios de una legislacion que podia dar provechosos frutos bajo el cielo de Italia, imprimió en la frente de la mujer casada el sello de una completa servidumbre. El Senado comprendió la importancia de la virtud

en una república, y obtuvo la severidad de costumbres con un desarrollo excesivo del poder marital y paterno. En todo y por todo, quedó consignada la dependencia de la mujer. La reclusion oriental llegó á convertirse en deber, en obligacion, en virtud. De aquí los templos consagrados al Pudor y á la Santidad del matrimonio; de aquí los censores, la institucion dotal, las leyes suntuarias, el respeto á las matronas, y todas las demás disposiciones del derecho romano. Tres violaciones perpetradas ó intentadas, fueron tres revoluciones; y la aparicion de las mujeres en la escena política, fué un gran acontecimiento, solemnizado por decretos. Estas ilustres romanas, condenadas á no ser más que esposas y madres, pasaron la vida retiradas de la sociedad, y dedicadas á educar señores del mundo. Roma no tuvo cortesanas, porque su juventud estuvo empleada en guerras eternas. Si más tarde se presentó la disolucion, fué con el despotismo de los emperadores; y áun así tenian tanto valor las preocupaciones nacidas de las antiguas costumbres, que Roma nunca vió mujeres en el teatro. No pasarán desapercibidos estos hechos en la presente rápida ojeada de la historia del matrimonio en Francia.

Conquistadas las Galias, los romanos impusieron sus leyes á los vencidos; pero fueron impotentes para destruir el profundo respeto de los galos á las mujeres, y aquellas antiguas supersticiones que las miraban como órganos inmediatos de la Divinidad. Mas las leyes romanas acabaron por reinar exclusivamente sobre todas las demás en estos países llamados en otro tiempo *de derecho escrito;* que representaban la *Gallia togata*, y sus

principios conyugales penetraron más ó ménos en los países de *costumbres*.

Durante este combate de las leyes con las costumbres, los Francos invadieron las Galias, y las pusieron el dulce nombre de Francia. Estos guerreros, salidos del Norte, importaron el sistema de galantería nacido en las regiones occidentales, donde las relaciones de ambos sexos no exigen, bajo aquellos glaciales climas, la pluralidad de mujeres ni las celosas precauciones del Oriente. Léjos de ello, aquellas criaturas casi divinizadas daban calor á la vida privada, con la elocuencia del sentimiento. Los dormidos sentidos pedian esa variedad de medios enérgicos y delicados, esa diversidad de accion, esa irritacion del pensamiento, y esas barreras quiméricas creadas por la coquetería, sistema de que hemos desarrollado algunos principios en esta Primera Parte, y que conviene admirablemente al templado suelo de Francia.

En Oriente, pues, se hallan la pasion y su delirio, los largos y sedosos cabellos negros y los harenes, las divinidades amorosas, la pompa, la poesía y los monumentos. En Occidente, la libertad femenina, la soberanía de las rubias cabelleras, la galantería, las hadas, las magas, los profundos éxtasis del alma, las dulces emociones de la melancolía y los amores duraderos.

Estos dos sistemas, que partian de puntos opuestos del globo, lucharon en Francia, donde una parte del suelo, la lengua de Oc (1) podia recrearse con las creencias orientales, miéntras que

---

(1) Languedoc.

la otra, la lengua de Oil, era patria de esas tradiciones que atribuyen un poder mágico á la mujer. En la lengua de Oil, el amor desea el misterio; en la lengua de Oc, ver es amar.

En lo más empeñado de esta lucha, vino á triunfar el cristianismo en Francia, y vino predicado por mujeres, y vino consagrando la divinidad de una mujer que en los bosques de la Bretaña, la Vendée y las Ardennes ocupó, bajo el nombre de Nuestra Señora, el lugar de más de un ídolo en los huecos troncos de las seculares encinas druídicas.

Si la religion de Cristo, que más que otra cosa es un código de moral y de política, concedia alma á todos los seres, proclamaba su igualdad ante Dios, y fortificaba con sus principios las doctrinas caballerescas del Norte, esta ventaja estaba bien compensadà con la residencia del soberano pontífice en Roma, de la que se instituia heredero; con la universalidad de la lengua latina, que era el idioma de toda la Europa en la Edad-media; y con el poderoso interés que manifestaron los monjes, los escribas y los legisladores para hacer triunfar los códigos hallados por un soldado en el saqueo de Amalfi (1).

Los dos principios de la esclavitud y de la soberanía de la mujer permanecieron uno enfrente de otro, y abundantemente provistos de nuevas armas.

La ley sálica, error legal, hizo triunfar la es-

---

(1) Se refiere al manuscrito de las *Pandectas* conocido con el nombre de tablas de Amalfi, por haber sido hallado en esta antigua ciudad del golfo de Salerno en 1137.

clavitud civil y política sin humillar el poder que las costumbres deben á las mujeres, porque el entusiasmo que se apoderó de Europa por la caballería, sostuvo el partido de las costumbres contra las leyes.

Este fué el orígen del extraño fenómeno que presentaron desde entónces nuestra legislacion y nuestro carácter nacional; porque desde estas épocas que parecen ser la víspera de la revolucion, cuando un criterio filosófico juzgue la historia, Francia ha sido presa de innumerables convulsiones: el Feudalismo, las Cruzadas, la Reforma, la lucha entre el trono y la nobleza, el despotismo y el clero, la han estrechado tan fuertemente entre sus brazos, que la mujer ha sido el blanco de todas las contradicciones producidas por el conflicto de los tres acontecimientos principales que acabamos de observar. ¿Podia ocuparse la mujer de su educacion política y del matrimonio, cuando el feudalismo amenazaba al trono, cuando la reforma les amenazaba á los dos, y cuando el pueblo estaba olvidado, entre el sacerdocio y el imperio? Segun una expresion de Mad. Necker, las mujeres fueron, durante aquellos grandes acontecimientos, una cosa parecida á esos papelitos recortados con que se embalan los cajones de porcelana: No se hace caso de ellos, y sin ellos todo se romperia.

La mujer casada ofreció entónces en Francia el aspecto de una reina vigilada; de una esclava á la vez libre y prisionera. Las contradicciones hijas de la lucha de los dos principios, estallaron dentro del órden social, marcando en él las extravagancias á millares, siendo la mujer poco cono-

cida en su parte física, lo que en ella era enfermedad, se consideró como prodigio, como hechicería, ó como el colmo de la malevolencia. Consideradas por las leyes como hijos pródigos, y puestas bajo tutela, eran deificadas por las costumbres. Semejantes á los libertos de los Césares, disponian con una sola mirada de las coronas, de las batallas, de las fortunas, de los golpes de Estado, de los crímenes y de las virtudes, y á pesar de esto nada poseian; ni siquiera se pertenecian á sí mismas. Igualmente felices y desgraciadas, armadas con su debilidad y fuertes con su instinto, se lanzaron fuera de la esfera en que las leyes debian colocarlas, mostrándose omnipotentes para el mal, impotentes para el bien, sin mérito en sus forzosas virtudes, sin excusa en sus vicios, acusadas de ignorancia y privadas de educacion, ni madres ni esposas del todo.—Como tenian todo el tiempo necesario para sentir pasiones y desarrollarlas, obedecian á la coquetería de los Francos, miéntras debian permanecer, como las romanas, en el fondo de sus castillos educando á los guerreros.—No estando convenientemente desarrollado en la legislacion ningun sistema, las imaginaciones siguieron su inclinacion y se vieron por aquel entónces tantas Marions Delormes (1) como Cornelias (2), tantas virtudes como vicios.—Las criaturas eran tan incompletas como las leyes que las regian.—Consideradas por unos como seres intermediarios entre el hombre y los animales, bes-

---

(1) Cortesana francesa, amiga de Nino de Lenclos (1611-1650).

(2) Hubo varias damas romanas de este nombre, y entre ellas fué la más célebre la hija del primer Escipion el Africano, madre de Tiberio y de Cayo Graco.

tias malignas no bastante sujetas por las leyes, y á quienes la naturaleza habia destinado, como á tantas otras, para placer del hombre; consideradas por otros como ángeles desterrados, manantial de felicidad y de amor, como las únicas criaturas que respondian á los sentimientos del hombre, y cuyas imperfecciones se debian vengar con una ciega idolatría... ¿era posible que la unidad que faltaba en las instituciones pudiera existir en las costumbres?

La mujer fué lo que las circunstancias y los hombres quisieron, en vez de ser lo que el clima y las instituciones la hicieran: vendida, á su pesar, casada por el poder paterno de los romanos, al par que caia bajo el despotismo marital que deseaba su reclusion, se veia solicitada por las únicas represalias que le fueran permitidas. Se hizo disoluta, cuando los hombres cesaron de estar muy ocupados por guerras intestinas; por lo mismo que fué virtuosa en medio de las conmociones civiles. Todo hombre instruido puede dar colorido á este cuadro; nosotros pedimos á los acontecimientos su leccion, y no su poesía. La revolucion estaba muy ocupada en derribar y en edificar, tenía muchos enemigos, ó se vió tal vez demasiado próxima á los deplorables tiempos de la Regencia y de Luis XV, para que pudiese examinar la posicion de la mujer en el órden social.

Los hombres eminentes que elevaron el monumento inmortal de nuestros códigos, eran casi todos antiguos legistas impregnados en las leyes romanas, y no fundaban instituciones políticas; hijos de la revolucion, creyeron, como ésta, que la ley del divorcio, sábiamente restringida, y la

facultad de las sumisiones respetuosas, eran mejoras suficientes.—Ante los recuerdos del antiguo órden de cosas, estas nuevas instituciones parecieron inmensas:

Hoy, la cuestion del triunfo de los dos principios, asaz debilitados por tantos acontecimientos y por el progreso de las luces, está todavía por resolver entre los sabios legisladores. El pasado encierra lecciones que deben producir su fruto en el porvenir. ¿No nos dice nada la elocuencia de los hechos?

El desarrollo de los principios del Oriente ha exigido eunucos y serrallos; las costumbres bastardas de la Francia han traido las plagas de las cortesanas y de nuestros matrimonios, más profundas que aquélla; así, pues, para servirnos de la frase de un contemporáneo, el Oriente sacrifica á la paternidad hombres y justicia; la Francia, mujeres y pudor.—Ni el Oriente ni la Francia han conseguido el objeto que esas instituciones debian proponerse, esto es, la felicidad. Un hombre no tiene más seguridad de ser amado por las mujeres de un harem, que un marido de ser el padre de sus hijos; en resúmen, el matrimonio no vale lo que cuesta. Tiempo es ya de no sacrificar nada á esa institucion, y de acomodar nuestras costumbres y nuestras instituciones á nuestro clima.

El gobierno constitucional, graciosa mezcla de dos sistemas políticos opuestos (el despotismo y la democracia), indica la necesidad de confundir los dos principios conyugales que en Francia se han evocado hasta la fecha. La libertad que hemos pedido atrevidamente para la juventud, remedia la multitud de males cuyo orígen está in-

dicado, exponiendo los contrasentidos producidos por la esclavitud de las mujeres.—Volvamos á la juventud las pasiones, las coqueterías, el amor y sus terrores, el amor y sus dulzuras, y el seductor cortejo de los Francos. En esta primavera de la vida, ninguna falta es irreparable; el himeneo saldrá del seno de las pruebas, armado de confianza, desarmado de odios, y el amor será justificado por útiles comparaciones.

En tal cambio de costumbres perecerá por sí misma la vergonzosa plaga de las mujeres públicas. Nunca es más indiferente para la felicidad del hombre hallar verdaderas y grandes pasiones que combatir, que en el candor y la timidez de la adolescencia. El alma se goza en sus propios afanes, cualesquiera que sean; y miéntras el alma se agita, se mueve, no le importa ejercer su poder contra sí misma. En esta observacion, que todo el mundo ha podido hacer, existe un secreto de legislacion, de tranquilidad y de dicha. Hoy el estudio ha adquirido tal desarrollo, que el más fogoso de los Mirabeaus venideros puede amenguar su energía en una pasion ó en la ciencia. ¡Cuántas jóvenes no se han salvado de la vergüenza. por trabajos obstinados unidos á los renacientes obstáculos de un primero y puro amor! porque ¿cuál será la jóven que no desee prolongar la deliciosa infancia del sentimiento, que no se sienta orgullosa de ser conocida en el mundo, y que no pueda oponer los embriagadores escrúpulos de su timidez, el pudor de sus transacciones íntimas, á los deseos de un amante inexperto como ella? La galantería de los Francos y sus placeres serán la rica herencia de la juventud, y entónces se resta-

blecerán naturalmente esas relaciones de alma, de espíritu, de carácter, de costumbres, de temperamento y de fortuna, que llevan consigo el dichoso equilibrio deseado de un matrimonio dichoso.

Este sistema quedaria asentado sobre bases más sólidas y francas, si las jóvenes estuvieran sometidas á una desheredacion sábiamente calculada, ó si para obligar á los hombres á no elegir mujer sino buscando á las que les ofrecieran mayores seguridades de dicha, por sus virtudes, por su carácter ó por su talento, se casaran, como en los Estados-Unidos, sin dote.

El sistema adoptado por los romanos podrá, sin inconveniente, aplicarse á las mujeres casadas que hayan sido libres cuando solteras. Encargadas exclusivamente de la educacion de los hijos (la más importante tarea de una madre), ocupadas en despertar y mantener esta felicidad de todos los instantes, tan admirablemente pintada en el cuarto libro de *Julia*, serán en sus hogares, como las antiguas romanas, una imágen viva de la Providencia, que está en todas partes y en ninguna se la vé. Entónces, sí, que las leyes sobre la infidelidad de la mujer deberán ser grandemente severas, y prodigar más penas infamantes, que aflictivas ó coercitivas. La Francia ha visto pasear á las mujeres sobre asnos por supuestos crímenes de hechicería, y más de una inocente ha muerto de vergüenza. Ahí está el secreto de la futura legislacion del matrimonio. Las doncellas de Millet se salvaban del matrimonio por la muerte; el Senado condenó á las suicidas á ser arrastradas desnudas, y las vírgenes se condenaron á vivir.—Las muje-

res y el matrimonio no serán respetadas en Francia sino por el cambio radical que pedimos en nuestras costumbres. Este profundo pensamiento es el inspirador de las dos mejores obras de un genio inmortal.—El *Emilio* y *La nueva Eloisa* (1) no son más que dos elocuentes acentos en pró de este sistema. Estos acentos resonarán de siglo en siglo, porque han adivinado los verdaderos móviles de las leyes y de las costumbres de los siglos futuros. Adhiriendo á los niños al seno de sus madres, Rousseau prestaba ya un inmenco servicio á la virtud; pero su siglo estaba demasiado corrompido para que comprendiera las altas lecciones que encerraban aquellos dos poemas.—No debe olvidarse que el filósofo fué vencido por el poeta, y que al dejar en el corazon de *Julia* casada, vestigios de su primer amor, el poeta se dejó seducir por una situacion bellísima, más conmovedora que la verdad que pretendia demostrar, pero ménos útil.

A pesar de todo, si el matrimonio en Francia es un inmenso contrato por el cual los hombres se entienden todos tácitamente para dar más sabor á sus pasiones, más curiosidad, más misterio al amor; si una mujer es más bien un adorno de los salones, un maniquí de la moda, un guardaropa; que un sér cuyas funciones en el órden político pueden ir en armonía con la prosperidad del país, con la gloria de la patria; si la mujer es todo aquello, y no es una criatura cuyos cuidados pueden competir en utilidad con los de los hombres... confieso que toda esta teoría, que estas largas con-

(1) Notables escritos del filósofo de Ginebra.

sideraciones desaparecerian ante tan importantes destinos. Pero... hemos estrechado demasiado el círculo de los acontecimientos para poder sacar de ellos alguna filosofía; hemos sacrificado lo suficiente á la pasion dominante de la época actual en pró de la historia. Volvamos sobre nuestros pasos, y miremos de nuevo sobre lo presente. Calémonos otra vez el gorro de cascabeles y la varita de que Rabelais hizo un cetro en su tiempo, y prosigamos nuestro análisis sin dar á una bobería más gravedad de la que en sí tiene.

PARTE SEGUNDA.

De los medios de defensa en el interior y exterior.

To be or not be...
Ser ó no ser; esta es la cuestion.
SHAKESPEARE, *Hamlet.*

MEDITACION X.

TRATADO DE POLÍTICA MARITAL.

Cuando un hombre llega á la situacion en que la Primera Parte de este libro le coloca, suponemos que la sospecha de que su mujer pertenece á otro aún puede agitar su corazon, y que su pasion volverá á encenderse por amor propio, por egoismo, ó por interés; porque si no continuase queriendo algo á su mujer, sería el último de los hombres y merecedor de su suerte.

Es muy difícil que un marido no cometa faltas en esta larga crísis, porque los más no conocen el arte de gobernar á sus mujeres, mejor que el de elegirlas. La política marital consiste en la

constante aplicacion de los tres principios siguientes: 1.°, nunca creer lo que dice la mujer; 2.°, buscar, sin detenerse á juzgarlas, el móvil de sus acciones, y 3.°, jamás olvidar que una mujer nunca es tan habladora como cuando calla, y que nunca se mueve tanto como cuando está parada.

Desde este momento el marido es jinete sobre un caballo con el cual hay que estar en constante alerta para no caer.

Pero el arte consiste ménos en el conocimiento de estos principios que en la manera de aplicarlos: revelárselos á un ignorante, es como dejar una navaja de afeitar en manos de un mono. El principal deber del marido y al que casi todos faltan, es el disimulo.

Al apercibirse de un síntoma *minotáurico* algo marcado en sus mujeres, la mayoría de los hombres lo denuncian con insultantes desconfianzas. Sus caractéres adquieren una acrimonia que se percibe en sus palabras y en sus acciones: el miedo está en su alma como una lengua de fuego bajo un cristal, alumbra tanto su fisonomía, que explica su conducta.

La mujer, que tiene sobre vosotros doce horas del dia para reflexionar y estudiaros, descubre sus recelos escritos sobre la frente, en el instante mismo en que aparecen. Jamás perdona esta injuria gratuita. Ya no hay remedio; la visible sospecha del marido la empuja hácia el lugar que ocupan las mujeres inconsecuentes.

Debeis afectar con vuestras esposas esa ilimitada confianza que teníais poco ántes. Si quereis entretenerlas en el error con dulces palabras, os habeis perdido; no os creerán, porque ellas, como

vosotros, tienen su política especial. Así, pues, es necesaria tanta finura como honradez en vuestras acciones, para inculcarlas, sin que lo conozcan, ese sentimiento de confianza y seguridad que las hace obrar sin rebozo, dándoos á conocer cuándo debeis usar el freno y cuándo la espuela.

Pero ¿cómo atreverse á comparar con un caballo á la más cándida de todas las criaturas, á un sér á quien lo expansivo de su pensamiento y las afecciones de sus órganos, hacen por momentos más prudente que el servita fra Paolo, el más terrible consultor de los Diez de Venecia (1), más disimulado que un rey, más diestro que Luis XI, más profundo que Maquiavelo (2), tan sofista como Hobbes (3), tan *fino* como Voltaire (4), más fácil que la Prometida de Mamolin, y que en el mundo entero no desconfia más que de su marido?

A ese disimulo, que hará los resortes de vuestra conducta tan invisibles como los que mueven al universo, es preciso unir un dominio absoluto sobre vosotros mismos. La imperturbabilidad diplomática tan celebrada de Talleyrand (5) debe ser la más insignificante de vuestras cualidades; su exquisito tacto y la gracia de sus modales han de notarse en todos vuestros discursos. El profesor

---

(1) Fra Paolo Sarpi, historiador veneciano, procurador general del órden de los servitas, y defensor de la República de Venecia contra la influencia de Paulo V (1552-1623).

(2) Publicista florentino (1469-1527).

(3) Filósofo inglés muy paradógico (1588-1680).

(4) El satírico más cáustico del siglo anterior.

(5) Diplomático francés, ministro sucesivamente del Directorio, del Consulado, del Imperio, de Luis XVIII y de Luis Felipe (1754-1838).

os prohibe el uso del látigo, si habeis de manejar á vuestra gentil andaluza. Si un hombre pega á su querida... la hiere. Pero si maltrata á su mujer... se suicida.

¿Cómo se concibe un gobierno sin fuerza, un poder desarmado? Hé aquí el problema que tratamos de resolver en nuestras futuras Meditaciones. Hay todavía dos observaciones preliminares que debeis escuchar. Van á demostrar dos teorías que entrarán en la aplicacion de todos los medios mecánicos, cuyo empleo vamos á proponer. Pero un ejemplo práctico amenizará á estas áridas y secas disertaciones: ¿no será más conveniente dejar el libro para operar sobre el terreno?

En una hermosa mañana de Enero de 1822 yo subia los *bulevares* de París, desde el pacífico Marais hasta las elegantes regiones de la Chaussée d'Antin, observando por vez primera, no sin sentir una alegría *filosófica*, esas extrañas degradaciones de las fisonomías y esa diversidad de trajes que desde la calle del Pas-de-la-Mule hasta la Magdalena, hacen de cada trozo del bulevar un mundo distinto, y de toda esta zona parisiense una larga escala de costumbres.

No teniendo entónces idea de lo que esta vida es, ni creyendo que llegaria un tiempo en que me convirtiera en legislador del matrimonio, iba á almorzar con uno de mis amigos de colegio que estaba, en buen hora acaso, afligido por una mujer y dos hijos. Mi antiguo profesor de matemáticas vivia cerca de mi amigo, y habia prometido visitar á este digno matemático ántes de entregar mi estómago á todas las golosinas de la amistad.

Entré fácilmente en su gabinete, cuyos muebles empolvados atestiguaban las honrosas distracciones del sabio. Pero me estaba reservada una sorpresa: ví á una hermosa jóven sentada sobre el brazo de un sofá, como pudiera estarlo sobre un caballo inglés. Me saludó haciendo uno de esos movimientos convencionales que las señoras de casa reservan para las personas desconocidas. Esto no fué bastante para borrar de su rostro la expresion de mal humor que á mi entrada en el gabinete la advertí, y para no comprender la inoportunidad de mi presencia.

Mi profesor, ocupado sin duda con alguna ecuacion, aún no habia levantado la cabeza. Al verle extendí mi mano derecha hácia la jóven, como un pez que levanta una aleta, y fuí á retirarme de puntillas, sin hacer ruido, sonriendo de una manera que podia traducirse por: «no seré yo ciertamente quien os obligue á hacer una infidelidad á Polimnia (1).» La jóven hizo uno de esos graciosos movimientos de cabeza, que no pueden tener explicacion.

—No se vaya V., amigo mio, exclamó el geómetra. ¡Esta es mi esposa!

Al oir esto la saludé de nuevo. ¡Oh, Coulon! ¡Dónde estás para aplaudir al único de tus alumnos que comprendió entónces tu expresion *anacreóntica*, aplicada á una reverencia!

El efecto debió ser soberbio, porque la señora de M..... se ruborizó y levantó precipitadamente para marcharse, haciendo un ligero saludo que parecia querer decir:—¡Adorable!...

---

(1) Musa de la poesía lírica.

Su marido la detuvo, diciendo:

—Quédate, hija mia; éste es uno de mis discípulos.

La jóven adelantó su cabeza hácia el sabio como un pájaro que, colocado sobre una rama, extiende el cuello para coger un grano.

—Esto no es posible, dijo el marido lanzando un suspiro, y voy á probártelo por A más B.

—¡Ah, señor! dijo ella, dejemos eso, yo os lo ruego! y le guiñó expresivamente un ojo, señalándome. Si este guiño hubiera sido álgebra, mi maestro lo hubiera comprendido; pero como para él era chino, continuó diciendo:

—Hija mia, ves, te hago juez; tenemos diez mil francos de renta...

A estas palabras me retiré hácia la puerta, como si me hubieran sorprendido unas acuarelas que me puse á examinar. Mi discrecion fué recompensada por una elocuente mirada. ¡Ay! no sabía ella que yo hubiera podido cantar en *Fortunio* el papel de *Fine-Oreille*, aquél que oia nacer la yerba.

—Los principios de economía general, decia mi profesor, exigen que no se gaste en casa y criados más de las dos décimas partes de la renta; ambas cosas nos cuestan cien luises. Te doy mil doscientos francos para tu tocador. Estas palabras las pronunció con marcado acento.—La cocina, continuó, consume cuatro mil francos; nuestros niños exigen veinticinco luises, y no quedan para mí más que ochocientos francos. El lavado, la lumbre y la luz, suben á mil francos próximamente; por tanto, como ves, sólo quedan seiscientos francos, que nunca han bastado para los gastos

imprevistos. Para comprar la cruz de diamantes sería necesario pedir prestados mil escudos; y una vez tomado este camino, tendríamos bien pronto que dejar á París, que tanto te gusta, para restablecer en cualquier provincia nuestra comprometida fortuna. Los niños y los gastos crecen á la par. Vamos, sé juiciosa.

—Sí lo seré, repuso ella, pero tú serás el único marido que no haya dado aguinaldos á su mujer. Y se escapó como un muchacho que acaba de cumplir una penitencia impuesta por el maestro.

El mio movió la cabeza en señal de alegría. Cuando vió cerrada la puerta, se frotó las manos; hablamos de la guerra de España, y luégo me fuí por la calle de Provenza, no pensando en que acababa de recibir la primera parte de una gran leccion conyugal, más que en la conquista de Constantinopla por el general Diebitsch (1). Llegué á casa de mi anfitrion cuando los dos esposos se sentaban á la mesa, despues de haberme esperado media hora, segun la disciplina ecuménica de la gastronomía.

Partiendo un pastel de hígado graso, creo que fué como mi linda huéspeda dijo á su marido con aire deliberado:

—Alejandro, si eres muy amable, me regalarás el collar que hemos visto en casa de Fossin.

—¡Cásese Vd. para esto! exclamó alegremente mi amigo, sacando de su cartera tres billetes de mil francos que lució ante los vivos ojos de su mujer. Ménos puedo resistir yo al gusto de ofre-

---

(1) Federico Diebitsch-Zabalskanki, general ruso que se distinguió en 1828 en la guerra contra los turcos.

cértelos, dijo él, que tú al de aceptarlos, dijo. Hoy es el aniversario del dia en que te ví por primera vez. ¡Los diamantes te lo harán recordar acaso!

—¡Bribon! exclamó ella sonriendo de un modo encantador. Y arrancándose del pecho un ramo de violetas que llevaba prendido, lo arrojó á la cara de mi amigo con un movimiento lleno de gracia.

Alejandro le dió el precio del collar, diciendo: Ya habia yo visto las flores...

Jamás olvidaré el gesto de viveza, la alegre avidez con que la esposa de mi amigo cogió, como el gato al raton, los tres billetes de Banco. Los tomó enrojeciendo de placer, y púsolos en el sitio de las violetas que momentos ántes perfumaban su pecho.

Entónces no pude ménos de recordar á mi profesor de matemáticas. Entre éste y mi amigo no ví más diferencia que la que existe entre el hombre económico y el pródigo, convenciéndome de que aquél que mejor calculaba en la apariencia, calculaba peor.

El almuerzo acabó alegremente. Instalados despues en un saloncito recientemente decorado, sentado delante de un fuego que halagaba dulcemente las fibras y las hacía abrirse como la primavera, me creí obligado á enviar á esta pareja amorosa, una frase de convidado, sobre el mueblaje de este pequeño oratorio.

—¡Lástima que cueste tanto!... exclamó mi amigo: pero es preciso que el nido sea digno del pájaro. ¿Quién diablos, añadió, te ha inspirado la idea de cumplimentarme por tapicerías aún no pagadas? Me obligas á recordar, durante la di-

gestion, que aún debo dos mil francos á un judío tapicero.

A estas palabras la esposa de mi amigo inventarió con los ojos todos los objetos que encerraba el saloncito, y su semblante, poco ántes brillante, se tornó pensativo. Alejandro me cogió por una mano y me llevó al alfeizar de una ventana.

—¿Tendrias por casualidad, me preguntó en voz baja, mil escudos? No tengo más que de diez á doce mil libras de renta, y este año...

—¡Alejandro! exclamó la querida criatura interrumpiéndole, acercándosenos y presentando los tres billetes; Alejandro... veo que es una locura...

—¿Por qué te mezclas tú?... respondió él. Guarda tu dinero.

—¡Pero, amor mio, yo te arruino! Me amas demasiado para que yo me permita confiarte mis deseos.

—Guárdalo, querida mia, va á estar bien empleado. ¡Bah! jugaré en este invierno, y ganaré esto...

¡Jugar! exclamó ella aterrorizada. Alejandro, toma estos billetes, vamos, señor, yo lo quiero.

—No, no, repuso mi amigo, rechazando aquella mano blanca y delicada; ¿no vas el jueves al baile de la señora de...?

—Pensaré en lo que me pides, dije á mi compañero, y marché saludando á su esposa, comprendiendo bien que en la escena que se preparaba allí, no harian mucho efecto mis reverencias *anacreónticas*.

—Es necesario estar loco, decia yo marchándome, para pedirle mil escudos á un estudiante de derecho.

Cinco dias despues me hallaba á media noche en casa de Mad..., cuyos bailes estaban en moda por aquel tiempo. En medio del más brillante rigodon ví á la mujer de mi amigo y á la del matemático. Madama Alejandro tenía un gracioso tocado, en que algunas flores y blancas muselinas hacian el gasto; lucia sobre el pecho una crucecita pendiente de una cinta de terciopelo negro que resaltaba más sobre la blancura de su perfumado cútis, y largas gajas deshiladas de oro adornaban sus orejas.

Sobre el cuello de Madama M..., brillaba una soberbia cruz de brillantes.

—Observa esta gracia, dije á un personaje que nunca habia leido en el gran libro del mundo ni descifrado el corazon de ninguna mujer. Ese personaje era yo mismo, y si en aquel momento sentí el deseo de bailar con aquellas dos mujeres, fué porque deseaba descubrir un secreto que excitaba mi curiosidad.

—¿Al fin tuvo V. la cruz? dije á la esposa del matemático.

—Bastante trabajo me costó, contestó sonriendo de un modo indefinible.

—¡Cómo! dije á la mujer de mi amigo; ¡no tiene usted el collar!

—¡Ah! dijo ella, bastante lo disfruté durante un almuerzo... Pero, ya lo veis, concluí por convencer á Alejandro.

—Se habrá dejado seducir fácilmente.

Ella me miró con aire de triunfo.

Ocho años despues, esta escena, hasta entónces muda para mí, renació de repente en mi memoria, y á la luz de las bujías y al fuego de los

aderezos, he leido claramente su moralidad.

¡Sí!... la mujer tiene horror á la conviccion; cuando se la persuade, sufre una seduccion y desempeña el papel que la naturaleza le ha señalado; se halaga más su deseo. Para ella, dejarse vencer es concederle una gracia. Los razonamientos exactos la irritan y la matan. Para dirigirla, es necesario saber servirse del arma que ella usa á menudo: la sensibilidad. En su mujer y no en sí mismo, hallará todo esposo los elementos de despotismo, así como para herir al diamante es necesario otro diamante. Saber ofrecerla collares para hacérselos dejar, es un secreto que se aplica á los menores detalles de la vida.

Pasemos ahora á la segunda observacion.

Quien sabe administrar un toman (1), *sabe administrar cien mil*, dice un proverbio indio, y yo amplifico la sabiduría asiática, diciendo: Quien puede gobernar á una mujer, puede gobernar una nacion. Existe, en efecto, mucha analogía entre estos dos gobiernos. La política de los maridos, ¿no debe ser sobre poco más ó ménos la de los reyes? ¿No vemos á éstos entretener al pueblo, para privarle de la libertad; arrojándole comestibles durante un dia, para que olvide la miseria de un año; prohibiéndole robar miéntras se le roba, y diciéndole: «Creo que si yo fuera pueblo, sería virtuoso?

Inglaterra es quien va á facilitarnos el método que los maridos deben establecer en su hogar doméstico. Todos los que tienen ojos han debido ver que desde el momento en que la *gubernamen-*

(1) Moneda imaginaria de Persia: su valor 181 rs.

tabilidad se perfeccionó en aquel país, los *whigs* han subido raras veces al poder. Un largo ministerio *tory* ha sucedido siempre á otro liberal de efímera existencia. Los oradores del partido nacional se parecen á los ratones que ocupan sus dientes en roer la madera podrida de una gatera cuando huelen las nueces y el tocino encerrados en el armario real. La mujer es el whig de vuestro gobierno. En la situacion en que la hemos dejado, debe naturalmente aspirar á la conquista de más de un privilegio. Cerrad los ojos á sus artes; permitidle gastar su fuerza en subir la mitad de la escalera de vuestro trono, y cuando ya crea tocar el cetro, obligadla á bajar muy dulcemente y con mucha gracia, aplaudiéndola para que espere su triunfo próximo. Las malicias de este sistema deberán daros á comprender las armas que debeis escoger en nuestro arsenal para dominar á la mujer.

Tales son los principios generales que debe practicar un marido, si no quiere cometer alguna falta en su reducido reino.

Ahora, á pesar de la minoría del Concilio de Macon (1), distinguiremos en la mujer un alma y un cuerpo, empezando por examinar los medios de dominar la parte moral. La accion del pensamiento es, dígase lo que se quiera, más noble que la del cuerpo, y siempre preferiremos la ciencia á la cocina, la instruccion á la higiene.

---

(1) Capital del departamento francés del Saona y Loira. Se celebraron en ella muchos concilios, siendo el más célebre el de 585.

Montesquieu, que habia adivinado tal vez el régimen constitucional, ha dicho no sé dónde, que en las asambleas, el buen sentido, la razon, están siempre de parte de las minorías.

MEDITACION XI.

DE LA INSTRUCCION DOMÉSTICA.

Instruir ó nó á las mujeres, hé aquí la gran cuestion. De todas las que hemos tratado, es la única que ofrece extremos sin presentar término medio. La ciencia y la ignorancia, hé aquí los dos puntos irreconciliables de este problema. Entre estos dos abismos nos parece ver á Luis XVIII calcular las felicidades del siglo XIII y las desgracias del XIX. Colocado en el centro de la báscula que él sabía inclinar con su peso, ve en uno de los extremos la fanática ignorancia de un lego, la apatía de un siervo, la armadura brillante de los caballos de un porta-estandarte, y cree oir: ¡Francia y Mont-joie-Saint-Denis! Pero se vuelve y sonrie al ver la seriedad de un manufacturero, capitan de la guardia nacional, el elegante cupé de un agente de cambio, la sencillez de costumbres de un Par de Francia convertido en periodista y enviando á su hijo á la Escuela Politécnica; despues las telas preciosas, las máquinas de vapor, y toma, en fin, su café en una taza de Sevres, en cuyo fondo brilla aún la N. coronada.

¡Atrás la civilizacion! ¡Atrás el pensamiento! Hé aquí vuestro grito. Debeis mirar con horror la instruccion de vuestras mujeres, por esta razon, tan conocida en España: es más fácil gobernar á un pueblo de idiotas, que á otro de sabios. Una nacion embrutecida es feliz; si no tiene el

sentimiento de la libertad, no sufre inquietudes ni borrascas; vive como los pólipos, como ellos puede dividirse en dos ó tres pedazos, cada pedazo será siempre una nacion completa y vegetante, á propósito para ser gobernada por el primer ciego armado con báculo pastoral. ¿Qué produce esta maravilla humana? La ignorancia; sólo con ella se mantiene el despotismo, que necesita tinieblas y silencio. Pues la felicidad doméstica es, lo mismo que la política, una felicidad negativa. El cariño de los pueblos hácia un rey absoluto es ménos, contra naturaleza, acaso, que la fidelidad de una mujer hácia su marido cuando entre ambos no existe amor: yo sé que el amor pone en este momento un pié sobre el dintel de la ventana en vuestra casa. Preciso es, pues, practicar los saludables rigores con que prolongó M. Metternich su *statu quo;* pero aconsejaremos aplicar su rigor con más amenidad y finura, porque vuestra esposa es más astuta que todos los alemanes juntos, y tan voluptuosa como los italianos.

Por eso debeis retrasar todo lo posible el momento fatal en que vuestra mujer os pida un libro. Y esto es muy fácil. Pronunciad al principio, con desdén, el nombre de *media azul*, y sobre este tema hacedlas comprender desde luégo lo ridículo que es entre nuestros vecinos una mujer pedante.

Despues la direis á cada momento que las mujeres más amables y de más talento están en París, donde nunca leen;

Que éstas, como las gentes de gran mundo segun Mascarille, saben de todo sin estudiar nada;

Que una mujer, bailando ó jugando, sin demostrar que escucha, puede coger al vuelo esas frases de los hombres notables, con las cuales los necios demuestran en París su talento;

Que en este país los juicios decisivos sobre las cosas pasan de mano en mano, y que el tonecillo cortante con que una mujer critica al autor de una obra, ó desprecia un cuadro, tiene más poder que un decreto;

Que las mujeres son hermosos espejos que reflejan naturalmente las más brillantes ideas;

Que el talento natural es todo, y que se aprende más en el mundo que en los libros;

Que la lectura, en fin, cansa la vista, etc., etc.

Dejar á una mujer que lea los libros elegidos por ella, es introducir una chispa en la Santa Bárbara, es peor que esto, es enseñarla á prescindir de vosotros, á vivir en un mundo imaginario, en un paraiso. ¿Qué leen las mujeres? Escritos apasionados, las *Confesiones de Juan Jacobo*, novelas, obras, en fin, que pueden excitar su sensibilidad. A ellas no las gusta la razon, los frutos maduros. ¿Y habeis pensado alguna vez en los fenómenos producidos por esa poética lectura?

Las novelas y casi todos esos libros pintan los sentimientos y las cosas con colores muy brillantes y distintos de la realidad. Esta especie de fascinacion que ejercen tales libros, proviene ménos del deseo que tiene cada autor de afectar ideas delicadas y rebuscadas, que de un trabajo indefinible de nuestras inteligencias. Está en el destino del hombre, purificar todo lo que encierra en el tesoro de sus pensamientos. ¿Qué figuras ó qué

monumentos no son embellecidos por el pintor? El alma del lector ayuda además por su parte á esta conspiracion contra la verdad, sea por el silencio profundo de que goza, ó por el fuego de la concepcion, ó por la pureza con que las imágenes se reflejan en su entendimiento.

¿Quién, leyendo las *Confesiones de Juan Jacobo*, no ha visto á Madama de Warens más hermosa que lo era en realidad? Se diria que nuestra alma carece de las formas que en otro tiempo habia entrevisto bajo más hermosos cielos; que sólo admite las creaciones de otra, como si fueran alas para remontarse en el espacio; perfecciona y se apropia el rasgo más delicado, y poetiza la expresion más poética. Leer es acaso crear entre dos. Estos misterios de la trasustanciacion de las ideas, son el instinto de una cosa más alta que todo lo que nos rodea. ¿Es acaso la tradicion de otra vida que pasó? ¡Qué hermosa debia ser si el resto de ella ofrece tanta delicia!...

Leyendo dramas ó novelas, la mujer, más susceptible que nosotros á la exaltacion, experimentará embriagadores éxtasis. Se crea una existencia ideal, ante la cual palidece la más brillante, y no tarda en procurar la realizacion de esa vida voluptuosa; en ensayar el trasporte de su mágia á la vida propia. Involuntariamente pasa del espíritu á la letra, del alma á los sentidos.

¿Sereis tan inocentes que creais que las maneras y sentimientos de un hombre que casi siempre se viste y se desnuda delante de su mujer, lucharán ventajosamente contra las ideas de esos libros en que se pinta á los amantes sin defectos

físicos? ¡Pobres tontos! Ya es demasiado tarde. ¡Por su desgracia y la vuestra, la esposa comprenderá, mirándoos, que los héroes de la poesía son tan poco comunes como los Apolos de la escultura!...

Muchos maridos no sabrán cómo impedir que lean sus mujeres, y muchos otros dirán que al ménos cuando leen sus mujeres, saben lo que ellas hacen, lo cual es una ventaja. Ya vereis, sin embargo, en la Meditacion siguiente, cómo la vida sedentaria agita más á la mujer. Además, ¿no habeis encontrado nunca seres antipoéticos que logran petrificar á sus pobres compañeros reduciendo la vida á su parte mecánica? Pues estudiad á esos grandes hombres en sus palabras. Fijáos en los admirables razonamientos con que condenan la poesía y todos los placeres de la imaginacion.

Pero si á pesar de todos vuestros esfuerzos, vuestra mujer persistiera en el deseo de leer... poned á su disposicion todos los libros posibles, desde el Abecedario de su hija, hasta *René*, libro más peligroso en sus manos para vosotros, que *Teresa la filósofa*. Podeis hacerla aborrecer la lectura dándole libros fastidiosos, hundirla en el idiotismo con *María Alacoque*, el *Cepillo de penitencia* ó las canciones de moda en tiempo de Luis XV; pero más tarde hallareis en este libro medios de entretener tanto á vuestra esposa, que la impidan toda la lectura.

Y desde luégo ved los inmensos recursos que os proporciona la educacion que se da á las mujeres, para que aparteis á la vuestra de su pasajera aficion por la ciencia. Examinad con qué admirable estupidez las jóvenes se han prestado á

los resultados de la enseñanza que en Francia se les da.

Las entregamos á niñeras, á doncellas, á ayas que tienen veinte mentiras de coquetería y de falso pudor que enseñarles, por una idea noble y verdadera que inculcarles.

Crecen entre esclavos, y llegan á creer que han nacido para imitar á sus abuelas, empollar canarios, formar herbarios, regar rosalitos de Bengala, bordar tapicerías ó armar cuellos. Por eso á los diez años, aunque una niña haya tenido más ingenio que un muchacho de veinte, será tímida, torpe, tendrá miedo de una araña, dirá tonterías, pensará en trapos, hablará de modas y no tendrá el valor de ser madre ni casta esposa.

Hé aquí la marcha que se ha seguido. Se les ha enseñado á pintar flores, á bordar fichús para ganar ocho *sueldos* diarios. Habrán aprendido la historia de Francia en Le Ragois, la cronología en las Tablas del ciudadano Chantreau, y se habrá dejado á su jóven imaginacion desencadenarse por la geografia, con objeto de no darles nada que pudiera ser pernicioso á su corazon; pero al mismo tiempo sus madres y sus maestras les habrán dicho sin cesar, que toda la ciencia de una mujer consiste en saber colocarse la hoja de higuera con que se tapó Eva. No habrán oido durante quince años otra cosa, decia Diderot, que: Hija mia, tu hoja de higuera va mal; hija mia, tu hoja de higuera va bien; hija mia, ¿no estaria mejor así?

Conservad, pues, á vuestra esposa en esta bella y noble esfera de conocimientos. Si por casualidad deseara tener una biblioteca, compradla á

Florian, Malte-Brun, El Gabinete de las hadas, Las Mil y una noches, Las Rosas, por Redonté, Las Costumbres de la China, Los Pichones, de Madame Krip, la gran obra sobre Egipto, etc. En fin, poned en práctica la gran idea de aquella princesa, que al oir el relato de un motin ocurrido por la carestía del pan, decia: «*¡Que coman bollos!...*»

Acaso vuestra esposa os echará en cara alguna noche vuestra aspereza y vuestro silencio; tal vez os dirá que sois gracioso cuando digais un equívoco; pero estos son ligerísimos inconvenientes de nuestro sistema, y además, ¿qué puede importaros que la educacion de la mujer sea en Francia un absurdo, y que vuestro oscurantismo marital coloque una muñeca en vuestros brazos? Cuando no teneis valor suficiente para emprender otra tarea mejor, ¿no es más conveniente conducir á vuestra esposa por el carril ordinario del matrimonio, que hacerla ascender por los peligrosos precipicios del amor? Ella querrá ser madre, y vosotros no habeis de tener precisamente Gracos por hijos; pero debeis ser realmente *pater quem nuptiæ demonstrant*. Ahora bien; para ayudaros á llegar al término deseado, debemos convertir este libro en un arsenal donde cada uno, segun el carácter de su mujer ó el propio, pueda elegir el arma más conveniente para combatir al terrible genio del mal, siempre dispuesto á despertarse en el alma de una esposa; y como bien considerado todos los ignorantes son los enemigos más crueles de la instruccion de la mujer, esta Meditacion será un breviario para la mayoría de los maridos.

La mujer que ha recibido una educacion varo-

nil, posee verdaderamente las más brillantes facultades para hacer su felicidad y la de su marido; pero esta mujer es tan difícil de encontrar como la felicidad misma. Debeis, pues, si no teneis una esposa semejante, sostener á la vuestra en nombre de vuestra comun felicidad, en la region ideal en que ha nacido; porque es preciso que sepais, que un momento de orgullo en ella puede perderos, así como elevado al trono un esclavo, desde luégo estará tentado á abusar de su poder.

Despues de todo, siguiendo el sistema prescrito en esta Meditacion, un hombre eminente rebajaria sus más bellos pensamientos cuando quisiera ser comprendido por su mujer, suponiendo que hubiese cometido la locura de enlazarse con una de tantas pobres criaturas como existen, en vez de efectuarlo con una de quien hubiese experimentado ántes, y por largo tiempo, el alma y el corazon.

No se crea por esta observacion, que nuestro objeto es prescribir á todos los hombres eminentes, que busquen por compañeras á mujeres de su misma esfera; no queremos que cada cual explique nuestros principios como lo hizo Mad. de Stael, que intentó groseramente unirse á Napoleon. Estos dos seres hubiesen sido muy desgraciados en tal union, y Josefina era una esposa mucho más á propósito para el héroe, que aquel Marimacho del siglo XIX.

En efecto, cuando ensalzamos á esas mujeres inconcebibles elevadas felizmente por la casualidad, tan bien dotadas por la naturaleza, y cuya delicada alma resiste el duro contacto de eso que

llamamos *un hombre;* hablamos de esas nobles y raras criaturas de quienes Gœthe nos ha dado un modelo en la Clara del Conde de Egmont; pensamos en las mujeres que no buscan otra gloria que la de ejecutar bien su papel, doblegándose con una admirable sencillez á la voluntad de aquellos á quienes la naturaleza les ha dado por dueños, elevándose sucesivamente en la inmensa esfera de su pensamiento, y rebajándose á la sola tarea de divertirlos como á niños, comprendiendo, ya la grandeza de esas almas tan atormentadas, ya sus palabras más insignificantes ó sus más sencillas miradas; felices en el silencio, felices entre el bullicio, adivinando, en fin, que los placeres, las ideas y la moralidad de un lord Byron, no deben compararse nunca con las de un sombrerero. Pero detengámonos; este cuadro nos conduciria demasiado léjos de nuestro objeto: se trata del matrimonio y no del amor.

¡Qué puedan estos lisonjeros renglones compensar las duras verdades con que tantas mujerzuelas se sentirán heridas!

MEDITACION XII.

HIGIENE DEL MATRIMONIO.

Esta Meditacion tiene por objeto someter á vuestra atencion un nuevo método de defensa por el cual subyugareis de un modo invencible la voluntad de vuestra mujer. Se trata de la reaccion producida en la parte moral por las vicisitudes

físicas y por las sábias privaciones de una dieta hábilmente dirigida.

Esta grande y filosófica cuestion de medicina conyugal hará sonreir indudablemente á todos esos gotosos, esos impotentes, esos acatarrados, y á esa legion de viejos, cuya apatía hemos despertado en el artículo de los predestinados; pero se dirige principalmente á los maridos bastante osados para entrar en las vías de un maquiavelismo digno de aquel gran rey de Francia, que intentó asegurar la felicidad á expensas de algunas cabezas feudales. Aquí la cuestion es la misma. Es siempre la amputacion ó inhabilitacion de algunos miembros, en aras del pró comun.

¿Podreis creer en serio que un célibe sometido al régimen de la yerba hanéa, de los pepinos, de las verdolagas, y de las aplicaciones de sanguijuelas á las orejas, recomendado por Sterne, podria atentar con éxito al honor de vuestra mujer?

Figuráos á un diplomático que hubiese tenido el suficiente talento para aplicar al cráneo de Napoleon una cataplasma permanente de harina de linaza, ó para administrarle todas las mañanas una lavativa con miel; ¿creeis que Napoleon, Napoleon el Grande, hubiese conquistado la Italia?

¿No fué acometido durante la campaña de Rusia de una disuria (1) con los más horribles dolores?... Hé aquí una de esas cuestiones cuya solucion ha pesado sobre el globo entero.

¿No es indudable que los refrigerantes, los chorros, los baños, producen grandes cambios en las afecciones más ó ménos agudas del cerebro?

(1) Dificultad en la orina.

En medio de los calores del mes de Julio, cuando cada uno de vuestros poros traspira y restituye lentamente á una abrasadora atmósfera las bebidas heladas que habeis apurado de un solo trago, sentís aquel foco de valor, aquel vigor intelectual, aquella energía completa que algunos meses ántes os hacía la existencia dulce y soportable.

No, no; el hierro mejor templado en la piedra más dura, levantará y desunirá siempre el monumento más sólido, á causa de la secreta influencia que ejercen las lentas é invisibles transiciones de calor y de frio que atormentan la atmósfera. Reconozcamos, pues, como principio, que si el clima influye en el hombre, éste tiene una razon más poderosa para influir á su vez en la imaginacion de sus semejantes, por el mayor ó menor vigor y poder con que ejerza su voluntad.

Allí está el principio del talento del actor, el de la poesía y el del fanatismo, porque la una es la elocuencia de las palabras, como el otro es la elocuencia de las acciones; allí, en fin, está el principio de una ciencia que hoy se halla en mantillas.

Esa *voluntad* tan poderosa del hombre sobre el hombre, esa fuerza nerviosa y flúida eminentemente móvil y trasmisible, está por sí misma sometida al estado incierto de nuestra organizacion, y en muchas ocasiones varía este frágil organismo. Aquí se tendrá nuestra observacion metafísica, y entraremos en el análisis de las circunstancias que influyen en la voluntad del hombre, y la conducen al más alto grado de fuerza ó de postracion.

No por esto creais, que nuestro objeto sea obligaros á que useis de cataplasmas en el honor de vuestras mujeres, ó á encerrarlas en un estuche ó á sellarlas como una carta; no. Nosotros no trataremos de desarrollaros el sistema magnético que os proporcionaria el triunfo de vuestra voluntad sobre el alma de vuestra mujer: no habria marido que aceptase la dicha de un amor eterno al precio de esa tirantez perpétua de fuerzas animales; pero desenvolveremos un sistema higiénico poderosísimo, por el cual podeis extinguir el fuego, cuando esté demasiado caliente la chimenea.

Existen, en efecto, entre las costumbres de las petrimetres (1) de París y sus departamentos (las petrimetres forman una clase muy distinguida entre las mujeres decentes), bastantes recursos para conseguir nuestro propósito, sin ir á buscar en el arsenal de la Terapéutica las cuatro semillas frias, el nénufar (2) y mil invenciones dignas de hechiceros. Dejaremos, pues, á Elien su yerba hanéa y á Sterne sus pepinos y su verdolaga, que anuncian intenciones antiflojísticas demasiado evidentes.

Dejad á vuestra mujer tenderse y permanecer dias enteros sobre esas muelles butacas donde se sumerge la mitad de su cuerpo, en un verdadero baño de edredon ó de pluma del Norte.

Favoreced por cuantos medios no ofendan vuestra conciencia, esa propension de las mujeres á no respirar sino el aire perfumado de una habi-

---

(1) *Petittes maitresses.*

(2) Planta herbácea acuática, notable por su belleza, y que nace y crece en las aguas estancadas. Los antiguos la atribuian accion contra los deseos amorosos.

tacion entreabierta, y donde la luz percibe con dificultad voluptuosas y diáfanas muselinas.

Obtendreis efectos maravillosos con este sistema, despues de haber alguna vez experimentado los accesos de su exaltacion; pero si sois demasiado fuertes para soportar esta tension momentánea de vuestra mujer, bien pronto vereis desaparecer su ficticio vigor. En general las mujeres desean vivir aprisa; pero pasadas las tormentas de sus sentidos, llega una calma que asegura la felicidad de un marido.

Juan Jacobo, por medio de su encantadora Julia, ¿no probará á vuestra mujer que tendrá una gracia infinita no adulterando su estómago delicado y su divina boca haciendo innobles quilos con enormes piernas de carnero? ¿Existe nada en el mundo más puro que esas interesantes legumbres, siempre frescas é inodoras, esas nacaradas frutas, ese café, ese chocolate perfumado, esas naranjas, manzanas de oro de Atlante, los dátiles de Arabia, los bizcochos de Bruselas, alimento sano y agradable que, al propio tiempo que resultados satisfactorios, da á la mujer no sé qué originalidad misteriosa? Indudablemente puede llegar á ser entre sus conocidos una pequeña celebridad por su arreglo, como por su peinado, por una bella accion ó por una sola buena palabra. Pitágoras (1) debe ser su pasion, como si Pitágoras fuese un perro de aguas ó un tití.

Nunca cometais la imprudencia de ciertos hom-

---

(1) Este célebre filósofo griego, como partidario de la metensicosis, proscribió el uso de las carnes.

bres que, para darse, por decirlo así, un barniz de almas fuertes, combaten la creencia femenina de que *se conserva buen talle comiendo poco.* Con la dieta las mujeres no engordan, esto es positivo; pero no saldreis de ello.

Alabad el arte con que las mujeres célebres por su belleza han sabido prolongarla bañándose muchas veces al dia en leche ó en aguas compuestas de sustancias propias para conservar la piel más suave, debilitando el sistema nervioso.

Recomendadla, sobre todo, en nombre de su salud, tan preciosa para vosotros, que se abstenga de lociones de agua fria; que siempre el agua caliente ó templada sea el ingrediente fundamental de toda clase de abluciones.

Broussais (1) debe ser vuestro ídolo. A la menor indisposicion de vuestra mujer, y bajo el más ligero pretexto, debeis aplicarle sanguijuelas, y no temais áun poneros vosotros mismos algunas docenas de vez en cuando, para contribuir á que domine en vuestra casa el sistema del célebre doctor. El estado de marido os obliga á creer siempre que vuestra mujer está demasiado encarnada; hasta debeis procurar que alguna vez se le suba la sangre á la cabeza, para tener el derecho de introducir en ciertos momentos una docena de sanguijuelas en casa.

Vuestra mujer beberá agua ligeramente coloreada con vino de Borgoña, agradable al paladar, pero sin virtud tónica; cualquier otro vino sería perjudicial en extremo.

---

(1) Célebre reformador de la Medicina en Francia, y defensor del método curativo de sangrías, sanguijuelas y bebidas gomosas (1772-1838).

No permitais que beba agua pura; de lo contrario, sois perdido.

« ¡Impetuoso flúido! en el momento que te apo-
» deras de las cavidades del cerebro, ceden á tu
» poder!

» La Curiosidad parece que se echa á nado, ha-
» ciendo una señal á sus compañeras para que la
» sigan y se sumerjan en medio de la corriente.

» La Imaginacion queda durmiendo en la ori-
» lla. Sigue el torrente con la vista y cambia los
» juncos en mástiles de mesana de bauprés. Apé-
» nas se ha verificado esta metamorfósis, cuando
» el Deseo, teniendo el vestido recogido hasta la
» rodilla, llega, la ve y se apodera de ella.

» ¡Oh vosotros, bebedores de agua! ¿Por el so-
» corro de esta encantadora fuente habeis dado, á
» vuestro capricho, tantas y tantas vueltas al
» mundo? ¿Ha sido ella la causa de que holleis
» con vuestros piés al impotente, lacerando su
» rostro y cambiando algunas veces hasta la
» forma y el aspecto de la naturaleza?»

Si con este sistema de inaccion unido á nuestro sistema alimenticio, no obtuviérais resultados satisfactorios, echáos en brazos de otro que vamos á desenvolver inmediatamente.

El hombre posee una cantidad dada de energía. Tal hombre ó tal mujer es á tal otro, como diez á treinta, como uno es á cinco; y hay un grado que nadie pasa. La cantidad de energía ó de voluntad que cada uno de nosotros posee, se extiende como el sonido; es débil unas veces, fuerte otras, y se modifica segun las octavas que le está permitido recorrer. Esta fuerza es única, y resuélvase en deseos, en pasiones, en trabajos de inteligencia ó

en trabajos corporales, siempre acude allí donde es llamada por el hombre. El boxador la emplea en puñetazos, el panadero en amasar el pan, el poeta en su exaltacion absorbe una enorme cantidad, el bailarin la hace pasar á sus piés; en una palabra, cada uno la distribuye á su antojo; y que yo vea esta noche al minotauro echado tranquilamente sobre mi lecho, si no sabeis lo mismo que yo dónde se gasta más. Casi todos los hombres consumen en trabajos necesarios ó en las angustias de pasiones funestas esta bella suma de energía y de voluntad que les ha regalado la naturaleza; pero nuestras mujeres decentes todas están sujetas á los caprichos y á las luchas de ese poder cuyo orígen se desconoce.

Si su energía no ha sucumbido al régimen de la dieta, lanzadla en un movimiento siempre ascendente. Hallad los medios de hacer pasar la cantidad de fuerza de que habeis sido víctima, á una ocupacion que la consuma por completo. Sin necesidad de atar á la mujer á la rueda de una máquina, hay mil medios de colocarla bajo la férula de un trabajo permanente.

Todo, en vosotros, abandonando los medios de ejecucion, que varian segun las circunstancias, os demostrará claramente que el baile es uno de los más bellos abismos en que se sepultan los amores. Esta materia ha sido perfectamente descrita por un contemporáneo; dejémosle hablar.

«Cualquier pobre víctima que admira un círculo encantado, paga bien caros sus éxitos. »¿Qué fruto podemos esperar de los esfuerzos tan »poco proporcionados á los medios con que »cuenta un sexo tan delicado? Los músculos fa-

»tigados sin discrecion, consumen sin medida.
»Los espíritus destinados á alimentar el fuego de
»las pasiones y el trabajo intelectual, se apartan
»de su camino. La ausencia de deseos, el gusto
»por descanso, la eleccion exclusiva de alimen-
»tos sustanciales, todo indica una naturaleza em-
»pobrecida y más bien ávida de reparaciones que
»de goces. Un habitual asistente á los teatros, me
»decia un dia:—«El que haya vivido entre bai-
»larinas no ha podido ménos de alimentarse de
»carnero, porque su agotamiento no puede pres-
»cindir de este alimento tan fuerte.» «Creedme,
»pues; el amor que inspira una bailarina es muy
»engañoso; cualquiera encuentra con despecho
»bajo una primavera ficticia, un sol frio y avaro,
»y unos sentidos incombustibles. Los médicos
»calabreses aconsejan el baile como remedio con-
»tra las pasiones histéricas, que son muy fre-
»cuentes en las mujeres de aquel país, y los ára-
»bes usan casi del mismo medio para las nobles
»yeguas cuyo temperamento lascivo impide la
»fecundacion. «Bestia como un bailarin» es un
»proverbio conocido en el teatro. En fin, las me-
»jores cabezas de Europa están persuadidas de
»que todo baile lleva en sí una cualidad eminen-
»temente refrigerante.

»En prueba de todo esto es necesario añadir
»otras observaciones. «La vida de los pastores da
»orígen á amores desarreglados.» Las costum-
»bres de los tejedores fueron horriblemente des-
»acreditadas en Grecia. Los italianos han consa-
»grado un proverbio á la lubricidad de los cojos.
»Los españoles, cuyas venas recibieron en tantas
»mezclas la incontinencia africana, depositan el

»secreto de sus deseos, en esta máxima que les »es familiar: *Mujer y gallina, la pierna que-* »*brada*. La profundidad de los orientales en el »arte de la voluptuosidad, se manifiesta perfecta- »mente en esa ordenanza del califa Hakin, fun- »dador de los drusos (1), que prohibió bajo pena »de muerte construir en sus Estados ningun »calzado de mujer. Parece que en todo el globo »las tempestades del corazon esperan para des- »cargar el reposo de las piernas.»

¡Qué admirable maniobra la de hacer bailar á una mujer y no alimentarla más que de sustancias blancas!

No creais que estas observaciones, tan verdaderas como ingeniosas, contrarían nuestro precedente tema; por éste, como por aquél, llegareis á conseguir de vuestra mujer esa debilidad tan deseada, prenda de reposo y de tranquilidad. Por medio de la última, dejais una puerta abierta para que el enemigo huya; por la otra, lo matais.

Ya me parece estar oyendo á gentes timoratas y de miras estrechas, levantarse contra nuestra higiene en nombre de la moral y de los sentimientos.

¿No está la mujer dotada de un alma? ¿No posee como nosotros sensaciones? ¿Con qué derecho, pues, y en menosprecio de sus dolores, de sus ideas ó de sus necesidades, se la trabaja como á un vil metal, del cual hace el obrero un apagador ó un candelero? ¿Será acaso porque esas pobres criaturas son ya débiles y desgraciadas por sí, por lo que un bárbaro se arrogará el derecho

---

(1) Pueblos de la Turquía asiática en Siria.

en atormentarlas, en exclusivo provecho de sus ideas más ó ménos justas? Y si por vuestro sistema, debilitante ó enardeciente, que alarga, ablanda y amasa las fibras, ocasionais afrentosas y crueles enfermedades, si conducís al sepulcro á una mujer querida, sí... sí, etc.

Hé aquí nuestra respuesta.

¿Habeis tenido la curiosidad de contar alguna vez cuántas y cuán diversas formas dan á su sombrero blanco Arlequin y Pierrot? Lo vuelven y lo revuelven tan bien, que sucesivamente hacen de él un trompo, un barco, un jarro, una media luna, una montera, una cesta, un pez, un látigo, un puñal, un niño, una cabeza de hombre, etc.

Imágen exacta del despotismo con que debeis manejar y remanejar á vuestra esposa.

La mujer es una propiedad que se adquiere por contrato, es un mueble, porque la posesion sirve de título; en fin, la mujer no es, propiamente hablando, sino un anexo del hombre; por lo tanto, romped, cortad, recortad: os pertenece por todos títulos. No os inquieteis por sus murmuraciones, por sus gritos, por sus dolores; la naturaleza la ha creado para nuestro uso, y para sobrellevarlo todo, hijos, disgustos, golpes y penas del hombre. No nos acuseis por eso de dureza. En todos los códigos de las naciones que se dicen civilizadas, el hombre ha escrito las leyes que dirigen el destino de las mujeres bajo este epígrafe sangriento: *Væ victis*. ¡Desgraciados de los débiles!

En fin, pensad en esta última observacion, la más preponderante quizás de todas las que hemos hecho hasta aquí; si no sois, vos, marido, quien rompe bajo el trillo de su voluntad á esta débil y

encantadora caña, habrá en cambio un yugo aún más atroz, un célibe caprichoso y déspota; sufrirá dos castigos en vez de uno.

Calculado todo, la humanidad os obligará á seguir los principios de nuestra higiene.

MEDITACION XIII.

DE LOS MEDIOS PERSONALES.

Acaso las Meditaciones precedentes hayan desenvuelto sistemas generales de conducta, más bien que presentado los medios de rechazar la fuerza con la fuerza. Estas son farmacopeas y no tópicos. Ved aquí ahora los medios personales que la naturaleza os ha puesto entre las manos para defenderos; porque la Providencia no ha olvidado á nadie: si ha dado á la sépia (pez del Adriático) ese color negro con que produce una nube que la defiende de su enemigo, estad seguros de que no habrá dejado al marido sin espada; y ya ha llegado el momento de que saqueis la vuestra.

Al casaros, habeis debido exigir á vuestra mujer que amamante á sus hijos: entónces comprometedla en las dificultades y cuidados de un embarazo y de una criacion, y rechazareis el peligro al ménos por un año ó dos. Una mujer ocupada en parir y en criar á un hijo, no tiene realmente tiempo de pensar en un amante; además, ántes y despues del parto, durante algun tiempo no se encuentra en estado de presentarse en la sociedad. En efecto, la más inmodesta de las mujeres distinguidas de quienes se trata en esta obra, ¿se

atreveria á manifestarse embarazada, y á pasear su oculto fruto, su acusador público? ¡Oh lord Byron, tú que no querias ver á las mujeres comiendo!

Seis meses despues del parto, cuando el niño está bien amamantado, la madre empieza apénas á gozar de su frescura y de su libertad.

Si vuestra mujer no ha alimentado á su primer hijo, tened suficiente carácter para no consentirlo en lo sucesivo. Leedle la *Emilia* de Juan Jacobo, enardeced su imaginacion con los deberes de las madres, y exaltad su moralidad: en una palabra, ó sois un tonto ó un hombre de talento; y en el primer caso, áun leyendo esta obra, sereis siempre un *minotauro;* en el segundo, me entendereis, aunque sólo me explique á medias.

Este primer medio no es personal, y os dará ancho campo para poner en práctica los demás.

Desde que Alcíbiades cortó las orejas y la cola á su perro por hacer un favor á Pericles (1), que tenía entre manos una especie de guerra de España y de suministros de Ouward (2), en que se ocupaban por entónces los atenienses, no ha vuelto á existir otro ministro que haya tratado de cortar las orejas á algun perro.

En fin, en medicina, cuando se declara una in-

---

(1) Gran hombre de Estado, que ejerció en Atenas durante cuarenta años un poder absoluto (491-429 ántes de J. C.). Entre los ingeniosos rasgos de la vida de Alcíbiades, sus biógrafos refieren el del texto, y cuentan que, advertido por sus amigos de cuánto lo comentaban los atenienses, dijo: «De esa manera se entretendrán hablando del perro, y no hablarán de otras cosas peores.»

(2) Asuntos ruidosos y como interminables.

flamacion en un punto capital de la organizacion, se practica una pequeña contrarevolucion en otro punto, por medio de moxas (1), escarificaciones (2), acupunturas (3).

Otro medio consiste en aplicar á vuestra mujer una moxa, ó introducirle en el espíritu alguna aguja que la punce fuertemente, y produzca reaccion en vuestro favor.

Un hombre de mucho talento habia hecho durar su Luna de Miel cuatro años próximamente: la Luna decrecia, y entónces comenzó á percibir el arco fatal. Su mujer se hallaba precisamente en el estado en que hemos presentado á toda mujer decente al fin de nuestra Primera Parte; habia tomado aficion á un hombre malo, pequeño, feo, pero, en fin, que no era su marido. En tal coyuntura, este último imaginó un corte de cola de perro, que renovó por muchos años la frágil escritura de su felicidad.

Su mujer se habia conducido con tanta delicadeza, que hubiera sido difícil al marido cerrar su puerta al amante con quien ella habia encontrado una relacion de parentesco muy lejano. El peligro era más inminente de dia en dia. Un marcado olor á minotauro se notaba alrededor. Una noche, el marido fué acometido repentinamente de un *splen* profundo, visible, horroroso.

Su mujer, entónces, le prodigaba más caricias

---

(1) Cauterio consistente en un cono de algodon ó de estopa encendido.

(2) Incisiones en la piel, con escarificador, lanceta ó bisturí.

(3) Operacion quirúrgica que consiste en la introduccion de agujas metálicas en diferentes partes del cuerpo.

que durante la Luna de Miel, y desde aquel momento, cuestiones sobre cuestiones; él, por su parte, triste silencio. Las cuestiones se repiten, se le escapan algunas reticencias, y éstas anuncian una gran desgracia.

Allí él habia aplicado una moxa japonesa que abrasaba como un auto de fe del año 1600.

La mujer empleó al principio mil estratagemas para saber si el disgusto de su marido era causado por aquel amante en embrion: primera intriga en la que desplegó mil astucias.

Su imaginacion corria... ¿del amante? no habia cuestion.

Necesitaba añte todo descubrir el secreto de su marido.

Una noche, el marido impulsado á confiar sus penas á su tierna compañera, la declara que está arruinado. Es necesario renunciar al lujo, al palco en los Bufos, á los bailes, á las fiestas, á París; acaso desterrándose al campo por uno ó dos años podrán reponerse.

Dirigiéndose á la imaginacion de su mujer, á su corazon, la ruega que se ciña á la misma suerte del hombre que tanto la ama, pero que se ha quedado sin fortuna; al decir esto se arranca algunos cabellos, y fué forzoso á su mujer exaltarse por el honor; entónces en el primer delirio de esta fiebre conyugal, la condujo á su tierra.

Una vez allí, nuevas escarificaciones, sinapismos sobre sinapismos, nuevas colas de perro cortadas: hizo construir una nave gótica en la casa de campo; la señora reformó diez veces el parque para tener agua, lagos, movimientos de terreno, etcétera; en fin, el marido, en medio de esta obra,

no olvidó la suya: lecturas curiosas, cuidados exquisitos.

Tened presente que no trató jamás de dar conocimiento á su mujer de esta estratagema; y si la fortuna volvió, fué á consecuencia de la construccion de esa nave y de las enormes sumas gastadas en hacer riberas; probó que el lago daba una caida de agua en la que se establecerian molinos.

Hé aquí una moxa conyugal bien entendida, porque este marido no se olvidó ni de hacer hijos, ni de invitar á los vecinos enojosos, bestias ó ancianos; y si pasaba el invierno en París, arrojaba á su mujer en tal torbellino de bailes y de excursiones que no tenía un minuto para dedicarlo á los amantes, frutos necesarios de una vida ociosa.

Los viajes á Italia, á Suiza, á Grecia; las repentinas enfermedades que exigen tomar las aguas, y las aguas más lejanas, son bastante buenas moxas. En fin, un hombre de talento debe saber hallar mil por uno.

Continuemos el exámen de nuestros medios personales.

Aquí os haremos observar que razonamos segun una hipótesis, sin la cual dejaríais el libro; á saber: que vuestra Luna de Miel ha durado un tiempo bastante decente, y que la señorita á quien habeis hecho vuestra mujer, era vírgen; en caso contrario, y con arreglo á las costumbres francesas, vuestra mujer no se habrá casado más que para ser inconsecuente.

Desde el momento en que principia en vuestra casa la lucha entre la virtud y la inconsecuencia, toda cuestion reside en un paralelo perpétuo é in-

voluntario que vuestra mujer establece entre vos y su amante.

Allí existe aún para vosotros un medio de defensa enteramente personal, rara vez empleado por los maridos, pero que hombres eminentes no temen ensayar. Consiste en malquistarla con el amante sin que pueda sospechar vuestro objeto. Debeis obligarla á decir con despecho miéntras se pone sus papillotes: «Vale más mi marido.»

Para conseguir este objeto, debeis, teniendo sobre el amante la ventaja inmensa de conocer el carácter de vuestra mujer, y sabiendo el mejor modo de herirla, debeis con toda la delicadeza de un diplomático, hacer cometer torpezas á este amante, obligándole á ser impertinente por sí mismo, sin que de ello se dé cuenta.

Desde luégo, segun el uso, ese amante buscará vuestra amistad ó tendreis amigos comunes; entónces, sea por estos amigos, sea por insinuaciones rectamente pérfidas, le engañais en los puntos esenciales, y con un poco de habilidad, vereis á vuestra mujer despidiendo á su amante, sin que ni uno ni otro puedan jamás adivinar la causa. Vos habeis hecho allí, en el interior de vuestra morada, una comedia en cinco actos, en la que habeis desempeñado en provecho vuestro los brillantes papeles de Fígaro ó de Almaviva; y durante algunos meses disfrutais tanto más, cuanto que vuestro amor propio, vuestra vanidad y vuestro interés, han tomado parte activa.

Yo tuve la dicha de agradar en mi juventud á un anciano emigrado que me dió estos últimos rudimentos de educacion que los jóvenes reciben ordinariamente de las mujeres. Aquel amigo, cu-

yo recuerdo me será siempre grato, me enseñó con su ejemplo á poner en práctica estas estratagemas diplomáticas que requieren tanta finura como gracia.

El conde de Nocé habia vuelto de Coblenza (1) cuando los nobles se hallaban en gran peligro en Francia. Jamás he conocido persona de más valor y bondad, de más astucia y abandono. Contaba unos sesenta años, y acababa de enlazarse á una jóven de veinticinco, obligado á este acto de locura, por caridad: acababa de arrancar á aquella pobre jóven del despotismo de una madre caprichosa.—¿Quereis ser mi viuda?,.. habia dicho á la señorita de Pontivy, aquel amable anciano; pero su alma era demasiado amante para no ligarse á su mujer más de lo que debiera hacerlo un hombre experimentado. Como durante su juventud babia sido manejado por algunas de las mujeres más espirituales de la corte de Luis XV, no desesperaba demasiado de preservar á la condesa de todo estorbo.

¡Qué hombre se ha visto jamás que ponga mejor en práctica todas las enseñanzas que trato de dar á los maridos! ¡Qué de encantos sabía derramar en la vida con sus dulces maneras y su angelical conversacion! Su mujer no supo, sino despues de su muerte, y por mí, que el conde padecia de gota. Sus labios destilaban amenidad, como sus ojos respiraban amor. Se habia retirado prudentemente al fondo de un valle, cerca de un bosque, y sólo Dios sabe los paseos que daba con su mujer!...

---

(1) Ciudad alemana, punto de reunion de la nobleza francesa emigrada durante la Revolucion.

Su feliz estrella quiso que la señorita Pontivy tuviese un excelente corazon y poseyera en alto grado esa exquisita delicadeza, ese pudor de sensitiva que embellecerian sin duda á la mujer más fea del universo.

De repente, uno de sus sobrinos, jóven militar, escapado milagrosamente de los desastres de Moscou, vino á casa de su tio, tanto para saber hasta qué punto tenía que temer primos, como con la esperanza de hacer la guerra á la tia. Sus negros cabellos, sus bigotes, el charlatanismo propio del Estado Mayor, cierta desenvoltura tan elegante como ligera y sus ardientes miradas, todo formaba un contraste particular entre tio y sobrino.

Yo llegué precisamente en el momento en que la jóven condesa presentaba el tablero del chaquete á su pariente. El proverbio dice que las mujeres no aprenden este juego más que de sus amantes, y vice versa. Durante una partida, M. de Nocé habia sorprendido aquella misma mañana, entre su mujer y el vizconde, una de esas miradas confusamente mezcladas de inocencia, de miedo y de deseo.

Por la noche nos propuso una partida de caza, que fué aceptada. Jamás le habia visto tan dispuesto y tan alegre como me pareció á la mañana siguiente, á pesar de los indicios de su gota, que le reservaba un próximo ataque. El diablo no hubiera dispuesto mejor que él lo que queria presentar. Era antiguo mosquetero gris, y habia conocido á Sofía Arnoult (1); con esto está dicho

(1) Célebre actriz francesa que se distinguió por la hermosura de su voz, la agudeza de sus chistes y la acrimonia de sus sátiras (1740-1803).

todo. La conversacion vino á ser bien pronto muy amena entre los tres; Dios me perdone.

—Jamás hubiera creido que mi tio fuese tan buen espada, me dijo el sobrino. Hicimos alto un momento, y cuando los tres estuvimos sentados sobre la yerba de uno de los más verdes claros del bosque, el conde suscitó la conversacion acerca de las mujeres, mejor que lo hubieran hecho Brantome (1) y la Aloysia.

—«Vosotros sois muy dichosos bajo este gobierno!... ¡Las mujeres tienen costumbres!... (Para apreciar la exclamacion del anciano, sería preciso haber escuchado los horrores que el capitan habia contado.)—Y replicó el conde: este es uno de los beneficios que ha producido la Revolucion. Este sistema da á las pasiones mucho más encanto y misterio. En otro tiempo las mujeres eran fáciles; ¡ah! vosotros no podeis creer cuánto talento y humor se necesitaban para despertar estos temperamentos gastados: estábamos siempre con el quién vive. Pero tambien un hombre se hacía célebre por una indecencia bien dicha, ó por una feliz insolencia. Las mujeres aman esto, y él será siempre el mejor medio de sacar partido de ellas!...»

Estas últimas palabras las pronunció con un despecho concentrado. Se detuvo un momento, é hizo girar el gatillo de su escopeta como para demostrar una emocion profunda.

—¡Ah! ¡bah! continuó, ya pasó mi tiempo. Es

---

(1) Pedro de Bourdeilles, señor de Brantome, historiador y literato francés, que escribió, entre otras cosas, *de las mujeres ilustres, y de las mujeres galantes.*

preciso tener imaginacion más jóven... y el cuerpo tambien!... ¡Ah! ¿por qué me casé? Lo que encierra más perfidia en las jóvenes educadas por madres que han vivido en esa brillante época de la galantería, es que afectan un aire de candor, una gazmoñería... Parece que la miel más dulce ofenderia sus delicados labios, y los que las conocen saben que serian capaces de tragar paladas de sal.

Se levantó, y cogiendo su escopeta, en un momento de rabia la tiró al suelo, clavando casi la culata en el húmedo césped.

—Parece que á mi cara tia le gustan los cuentecillos... me dijo en voz baja el oficial.

—O los desenlaces que no duran, añadí yo.

El sobrino estiró su corbata, se abrochó el cuello y saltó como una cierva calabresa.

Volvimos como á las dos de la tarde. El conde me convidó á comer bajo pretexto de buscar algunas medallas de que me habia hablado durante nuestra vuelta á casa. La comida fué sombría. La condesa prodigaba á su sobrino los rigores de una política fria. Al entrar en el salon, el conde dijo á su mujer:

—Haced vuestra partida... nosotros vamos á dejaros.

La jóven condesa no respondió. Miraba el fuego, y parecia no haber comprendido.

El marido avanzó algunos pasos hácia la puerta, invitándome con un movimiento de mano á seguirle. Al ruido de su marcha, su mujer volvió de repente la cabeza:

—¿Por qué nos dejais? replicó. ¿No teneis mañana suficiente tiempo para enseñar esas medallas á este caballero?

El conde se detuvo. Sin prestar atencion á la mortificacion imperceptible que habia sucedido á la gracia militar de su sobrino, M. de Nocé desplegó durante toda la noche el encanto inapreciable de su conversacion. Jamás le he visto tan brillante ni tan afectuoso. Hablamos mucho de las mujeres. Sus bromas estuvieron marcadas con el sello de la más exquisita delicadeza. Me parecia mentira ver cabellos blancos sobre su blanca cabeza, porque brillaba con esa juventud del corazon y del alma, que borra las arrugas, y funde las nieves de los inviernos.

A la mañana siguiente el sobrino partió. Aun despues de la muerte de M. Nocé, y procurando aprovechar la intimidad de aquellas reuniones familiares en que las mujeres no siempre están en guardia, jamás pude averiguar qué imprudencia cometió entónces el vizconde con su tia; debió ser muy grave, porque desde aquella época Mad. de Nocé no ha querido recibir á su sobrino, ni puede aún hoy oir pronunciar su nombre sin fruncir el entrecejo. Al principio no comprendí el objeto de la caza del conde de Nocé; pero luégo supe que habia arriesgado mucho.

Sin embargo, si llegais á conseguir, como M. de Nocé, tan gran victoria, no olvideis ante todo poner en práctica el sistema de las moxas, y no creais que se pueden repetir impunemente semejantes esfuerzos. Prodigando así vuestro talento, acabaríais por desprestigiaros á los ojos de vuestra esposa, porque exigiria cada vez más, hasta llegar un momento en que todo sería poco. El alma está sometida en sus deseos á una especie de progresion aritmética, cuyo fin y cuyo orí-

gen son igualmente desconocidos. Así como el que masca opio tiene que aumentar la dósis para obtener siempre el mismo resultado, nuestro espíritu, imperioso cuanto débil, quiere que los sentimientos, las ideas, las cosas, vayan siempre creciendo. Esta es la causa de la necesidad que hay de distribuir hábilmente el interés en cualquier obra dramática, así como de graduar los remedios en la medicina. Por eso veis que si se apela alguna vez al empleo de esos medios, debeis subordinar vuestra atrevida conducta á las circunstancias, y el éxito dependerá de los recursos que empleeis.

Por último, ¿teneis crédito y amigos poderosos? ¿desempeñais un puesto importante? Un último medio cortará el mal en sus raíces. ¿No teneis suficiente poder para separar á vuestra mujer del lado de su amante, por una promocion, un cambio de residencia ó una permuta, si sois militar? Evitad la correspondencia, y os daremos más adelante los medios de conseguirlo; porque *sublata causa tollitur effectus*, palabras latinas que se pueden traducir á capricho por *No hay efecto sin causa: no hay dinero, no hay suizos.*

Podria ocurriros el temor de que vuestra esposa escogiese fácilmente otro amante: pero despues de estos medios preliminares, tendreis siempre dispuesta una moxa, á fin de ganar tiempo, y sacar partido por algunas nuevas astucias.

Sabed combinar el sistema de moxas con las decepciones mímicas de Carlin. El inmortal Carlin de la comedia italiana, tenía toda una asamblea en suspenso y contenta durante muchas horas seguidas, con sólo aquellas palabras, varia-

das con todo el arte de la pantomima, y pronunciadas con mil inflexiones de voz diferentes.— «El rey dijo á la reina.» — «La reina dijo al rey.» Imitad á Carlin. Encontrad el medio de dejar siempre á vuestra mujer en jaque, á fin de no daros mate vos mismo. Aprended de los ministros constitucionales el arte de ofrecer. Acostumbráos á saber presentar á tiempo á un niño, el polichinela que le obliga á seguiros sin apercibirse del camino recorrido. Nosotros somos todos niños, y las mujeres siempre están dispuestas por curiosidad á perder el tiempo siguiendo un fuego fátuo. Llama brillante y demasiado pronto extinguida; ¿no está allí la imaginacion para ayudaros?

Estudiad, en fin, el feliz arte de estar y de no estar al lado de ellas, de escoger aquellos momentos en que podais tener cabida en su espíritu sin fastidiarla de vos, de vuestra superioridad, ni de su dicha, y sereis felices. Si la ignorancia en que la teneis no ha agotado su talento, os arreglareis tan bien, que áun os deseareis mútuamente por algun tiempo.

MEDITACION XIV.

LAS HABITACIONES.

Los medios y sistemas explicados hasta aquí son en parte puramente morales. Participan de la nobleza de nuestra alma, y no tienen nada de repugnantes; pero ahora vamos á tener recursos ó precauciones á lo Bartolo. Es preciso no decaer. Hay un valor marital, como un valor civil y mi-

litar, ó como un valor de guardia nacional.

¿Cuál es el primer cuidado de una niña despues de haber comprado un papagayo? ¿No es el de encerrarlo en una jaula, de la cual no ha de poder salir sin su permiso?

Esta niña os enseña vuestro deber.

Todo lo que exista en vuestra casa y en sus habitaciones será preparado con el propósito de no dejar á vuestra mujer ningun recurso, para en el caso de que hubiera decretado entregaros al *minotauro;* porque la mitad de las desgracias ocurren por las deplorables facilidades que presentan las viviendas.

Ante todo, pensad en tener de portero á un hombre solo y enteramente dedicado á vuestra persona. Este es un tesoro fácil de encontrar; porque ¿quién es el hombre que no tiene siempre en el mundo ó al marido del ama de cria, ó á algun antiguo criado que de pequeño le tenía sobre sus rodillas?

Un odio de Atreo y de Tieste (1) deberá reinar entre vuestra mujer y ese Nestor (2), guarda de vuestra puerta. Esa puerta es el alpha y la omega de una intriga. Todas las intrigas de amor, ¿no se reducen siempre á esto? entrar y salir.

Vuestra casa no os serviria de nada si no estuviese entre patio y jardin, y construida de manera que no tocase á ninguna otra.

---

(1) Hijos de Pelope y de Hipodamia y nietos de Tántalo, conocidos por el encarnizado odio que se tenian. (Tiempos heróicos.)

(2) Uno de los argonautas, y héroe distinguido en la guerra de Troya.

Suprimireis por de pronto en la sala de recepcion las menores cavidades. Un hueco en que no quepan más que seis tarros de dulce debe ser tapiado. Preparáos para la guerra, y el primer pensamiento de un general es el de interceptar los víveres al enemigo. Así, pues, todas las paredes deberán estar descubiertas, á fin de presentar á primera vista líneas fáciles que recorrer, y que permitan reconocer de un golpe el menor objeto extraño. Consultad los restos de los monumentos antiguos, y vereis que la belleza de las habitaciones griegas y romanas provenia principalmente de la pureza de las líneas, de la limpieza de las paredes, y de la rareza de los muebles. Los griegos se hubieran sonreido de compasion al ver en un salon los vacíos de nuestros armarios.

Este magnífico sistema de defensa estará en vigor, sobre todo en el cuarto de vuestra mujer. No la permitais nunca que coloque su lecho de manera que pueda pasearse á su alrededor en un dédalo de cortinas. Sed implacables en lo concerniente á las comunicaciones. Colocad su cuarto al final de la sala de recibir. No consintais salida más que para los salones, á fin de abarcar con una sola mirada las personas que entren y salgan.

El matrimonio de Fígaro os señalará el modo de colocar la habitacion de vuestra mujer á una grande altura del suelo. Todos los solteros son querubines.

Vuestra fortuna da sin duda á vuestra mujer el derecho de exigiros un gabinete-tocador, otro de baño y otro para su doncella; entónces pensad en Susana, y no cometais jamás la falta de colocar este pequeño departamento debajo del de la

señora; colocadle siempre encima, y no temais deshonrar vuestra casa por horribles rendijas en las ventanas.

Si la desgracia quiere que esa peligrosa habitacion comunique con la de vuestra mujer por una escalera secreta, consultad bien á vuestro arquitecto para que agote su ingenio en volver á esta siniestra escalera la inocencia de la primitiva, la escala del molinero; que esta escalera, os lo encarecemos, no tenga ninguna cavidad pérfida, que sus peldaños angulosos y raidos nunca presenten aquella voluptuosa curvatura en que Faublas y Justina estaban tan cómodamente esperando á que el marqués de B*** saliera. Los arquitectos construyen hoy unas escaleras preferibles á otomanas. Restableced pronto el virtuoso caracol de nuestros abuelos.

En cuanto á la chimenea del cuarto de vuestra esposa, tendreis cuidado de colocar en el cañon una reja de hierro á cinco piés de altura ó debajo de la cubierta, aunque haya que reponerla á cada limpia. Si vuestra mujer encontrase ridícula esta precaucion, alegad numerosos asesinatos cometidos por medio de las chimeneas. Casi todas las mujeres tienen miedo á los ladrones.

El lecho es uno de esos muebles decisivos cuya hechura debe ser largamente meditada. En él todo es de un interés capital. Hé aquí los resultados de una larga experiencia.

Dad á ese mueble una forma bastante original para que se le pueda siempre mirar sin desagrado en medio de las modas que se suceden con rapidez, destruyendo las creaciones precedentes del ingenio de nuestros adornistas; porque es esen-

cial que vuestra esposa no pueda cambiar á su capricho ese teatro de la dicha.

La base de ese mueble será plenamente maciza y no dejará hueco alguno entre ella y el pavimento.

Tened bien presente que la doña Julia de Byron habia ocultado á D. Juan debajo de su cabecera.

El lecho es todo el matrimonio.

No tardaremos en ocuparnos de esta admirable creacion del género humano, invencion que debemos inscribir en nuestro reconocimiento á mayor altura que los navíos, que las armas de fuego, que el eslabon de Fumade, que los coches y sus ruedas, que las máquinas de vapor de simple ó doble presion, de sifon ó de fiador, más alto aún que los toneles y las botellas. Desde luégo el lecho participa de todo esto, por poco que se reflexione; si se piensa que es nuestro segundo padre, y que la mitad más tranquila y más agitada de nuestra vida la pasamos bajo su corona protectora, nos faltarian palabras para elogiarlo. (Véase la Meditacion XVII, titulada: *Teoría del lecho*.)

Cuando la guerra, de que hablaremos en la Tercera Parte, se declare entre vosotros y vuestra esposa, siempre tendreis ingeniosos pretextos para registrar sus cómodas y sus papeleras; porque si vuestra mujer tratase de robaros una estátua, os interesa saber dónde la ha ocultado.

Un gineceo (1) construido por este sistema, os permitirá reconocer, al primer golpe de vista, si

(1) Habitacion de las mujeres en las casas de los griegos.

contiene dos libras de seda más que de ordinario.

¡Dejad colocar allí un solo armario, y sois perdidos! Acostumbrad, sobre todo, á vuestra mujer durante la Luna de Miel, á desplegar una excesiva vigilancia en el contenido de las habitaciones, que no traerá consecuencias. Si no la acostumbrais á un cuidado exquisito, si los mismos objetos no se encuentran siempre en su sitio, ella misma os introducirá tal desórden, que jamás podreis saber si hay ó no las dos libras de seda de más ó de ménos que habia.

Las cortinas de vuestra habitacion serán siempre de tela trasparente, y por la noche contraereis la costumbre de pasearos de manera que no choque á vuestra mujer veros ir hasta la ventana como por distraccion. En fin, para concluir el artículo de las ventanas, hacedlas construir en vuestra casa de tal suerte, que el alfeizar no sea nunca bastante ancho para que pueda colocarse un saco de harina.

Una vez arreglada conforme á estos principios la habitacion de vuestra esposa, abrid en vuestra casa nichos para colocar todos los santos del Paraíso, y estareis seguros. Podreis todas las noches, de acuerdo con vuestro amigo el portero, hacer el balance de la entrada con la salida; y para obtener resultados ciertos, nada os impedirá enseñarle á tener un libro de visitas por partida doble.

Si teneis jardin, tened pasion por los perros, dejando siempre bajo vuestras ventanas uno de esos incorruptibles guardianes; tendreis en respeto al minotauro, sobre todo si acostumbrais á vuestro cuadrúpedo amigo á no comer nada de

otra mano que de la de vuestro conserje, para que los célibes sin delicadeza no puedan envenenarle.

Todas estas precauciones se tomarán naturalmente y de modo que no despierten sospechas. Si ha habido hombres bastante imprudentes para no haber establecido, al casarse, su domicilio conyugal conforme á estos sabios principios, deberán lo más pronto posible vender su casa, comprando otra, ó pretestar reparaciones, y hacerla de nuevo.

Desterrareis sin piedad de vuestras habitaciones las otomanas, los confidentes, los sofás, etcétera. Desde luégo esos muebles adornan las casas de los especieros, y se los encuentra hasta en las de los peluqueros; pero son esencialmente muebles de perdicion; jamás he podido mirarlos sin horror; siempre me parece ver en ellos al diablo con sus cuernos y su pié hendido.

Despues de todo, nada tan peligroso como una silla; ¡y es una desgracia no poder encerrar á una mujer entre cuatro paredes!... ¿Cuál es el marido que al sentarse sobre una silla dislocada no ha llegado á creer que ésta ha recibido la instruccion del *Sofá* de Crebillon hijo? Pero nosotros hemos arreglado felizmente vuestras habitaciones conforme á un sistema de prevision tal, que nada puede suceder allí de fatal á ménos que vosotros mismos lo consintais por negligencia.

El defecto de que nunca debeis corregiros, será una especie de curiosidad distraida. Ella os conducirá sin cesar á revolver todas las cosas, y á poner de arriba á abajo las necesarias. A esta visita domiciliaria procedereis con originalidad y de

broma, y siempre obtendreis el perdon, excitando la alegría de vuestra mujer.

Tambien manifestareis siempre la admiracion más profunda al aspecto de cada mueble nuevamente puesto en esta habitacion tan bien arreglada. En seguida os hareis explicar la utilidad, y poned vuestro talento en tortura para averiguar si no tiene un destino oculto ó encubre pérfidas intenciones. No es esto todo. Tendreis talento bastante para conocer que vuestra linda cotorra no esté en la jaula sino miéntras ésta sea bella. Los menores accesorios respirarán, pues, elegancia y buen gusto. El conjunto ofrecerá sin cesar un cuadro sencillo, al par que gracioso. Renovareis con frecuencia las colgaduras y las muselinas. La novedad en el decorado es demasiado esencial para economizar en este artículo. Es la anegalida (1) matinal que los niños colocan cuidadosamente en la jaula de los pájaros para hacerles creer en la verdura de los prados. Una habitacion de este género es entónces la *ultima ratio* de los maridos; una mujer no tiene nada que decir cuando todo se la ha prodigado.

Los maridos condenados á habitar cuartos de alquiler, están en la más horrible de todas las situaciones.

¡Qué influencia dichosa ó desgraciada no ejerce sobre su suerte el portero de la casa! ¿Su casa no estará flanqueada á derecha é izquierda por otras dos? Es verdad que colocando de un solo lado la habitacion de la mujer, el peligro disminuirá una

---

(1) Planta primulacéa, llamada así, porque los antiguos creian que excitaba la alegría.

mitad; ¿pero no están obligados á saber de memoria y meditar la edad, el estado, la fortuna, el carácter, las costumbres de los inquilinos de la casa contigua, y hasta á conocer á los amigos y parientes?

Un marido cuerdo nunca debe habitar el piso bajo de la casa.

Todo hombre puede aplicar á su habitacion las precauciones que hemos aconsejado al propietario, en cuyo caso el inquilino tiene sobre aquél la ventaja de poder vigilar mejor, supuesto que el terreno de que dispone es más pequeño.

MEDITACION XV.

DE LA ADUANA.

—¡Oh! no señora, no...

—¿Por qué, caballero? ¿habria en eso algo tan inconveniente...

—Créame V., señora, que nosotros quisiéramos prescribir el registro, como en las barreras, á las personas que penetran en vuestras habitaciones ó que salen furtivamente, con el objeto de ver si os llevan alguna alhaja de contrabando; pero eso no sería decente, y nuestros procedimientos, señora, no tendrán nada de odiosos, y por consiguiente nada de fiscal; esté V. segura de ello.

—Caballero, la aduana conyugal es, de todos los expedientes de esta Segunda Parte, el que acaso os exige más tacto, más finura y más conocimientos adquiridos *à priori*, es decir, ántes del matrimonio. Para poder *ejercer*, un marido debe

haber hecho ántes un estudio profundo del libro de Lavater (1), y haberse penetrado de todos sus principios; haber habituado su ojo y su entendimiento á juzgar, á tomar con admirable prontitud los más ligeros indicios físicos por los que el hombre hace traicion á su pensamiento.

La Fisiognomonía de Lavater ha creado una verdadera ciencia. Tiene su lugar entre los conocimientos del saber humano. Si al principio algunas dudas, algunas pullas, acogieron la aparicion de este libro, el célebre doctor Gall (2) vino con su bella teoría del cráneo, á completar el sistema del suizo, y á dar más solidez á aquellas finas y luminosas observaciones. Las personas de talento, los diplomáticos, las mujeres, todos estos raros y fervientes discípulos de aquellos dos hombres célebres, han tenido frecuentes ocasiones de notar otras señales evidentes en que se reconoce el pensamiento humano. Los movimientos del cuerpo, la escritura, el sonido de la voz y las maneras, han dado á conocer más de una vez á la mujer que ama, al diplomático que miente, y al hábil administrador ó al soberano, obligados á demoler con una mirada el amor, la traicion ó el mérito desconocidos. El hombre de alma enérgica es como un pobre gusano de luz, que á su pesar, la deja escapar por todos sus poros: se coloca en una esfera brillante, donde cada esfuerzo ocasiona un reflejo, y dibuja sus movimientos con largas huellas de fuego.

---

(1) Juan Gaspar, célebre escritor suizo que inventó el arte de conocer las inclinaciones por la inspeccion del rostro (1741-1801).

(2) Juan José Gall, fisiólogo y filósofo aleman, fundador de la Frenología (1758-1828).

Hé aquí, pues, todos los elementos de la ciencia que debeis poseer, porque la aduana conyugal consiste únicamente en un exámen rápido, pero profundo, del estado moral y físico de todos los seres que entran y salen en vuestra casa, cuando han visto ó van á ver á vuestra mujer. Un marido se asemeja entónces á una araña, que en el centro de su imperceptible tela recibe una sacudida de la más pequeña mosca aturdida, y desde léjos escucha, juzga y ve á su presa ó á su enemigo.

Así, pues, procuráos los medios de examinar al soltero que llama á vuestra puerta, en dos situaciones bien distintas: cuando va á entrar, y cuando está dentro.

En el momento de entrar ¿cuántas cosas dice sin desplegar siquiera los labios?...

Ya con un golpecito de mano, ó introduciendo á cada instante sus dedos por entre los cabellos, baja la cabeza y realza el característico tupé;

Ya tarareando un aire italiano ó francés, alegre ó triste, con voz de tenor ó de contralto, de soprano ó de barítono;

Ya asegurándose de que el lazo de su significativa corbata está colocado con gracia;

Ya estirando la pechera bien plegada ó en desórden, de una camisa de dia ó de noche;

Ya procurando saber por un gesto interrogativo y festivo, si su cabellera negra ó rubia, rizada ó plana, está bien puesta;

Ya examinando si sus uñas están limpias y bien cortadas;

Ya con una mano blanca ó mal cuidada, provista de mejores ó peores guantes, atusando sus bigotes ó sus patillas, ó pasándolos y repasándo-

los entre las puas de un peinecito de concha;

Ya con movimientos dulces y repetidos, procurando colocar su barba en el centro exacto de su corbata;

Ya meciendo un pié sobre otro, con las manos en los bolsillos;

Ya dando tormento á sus botas y contemplándolas, como diciendo: «¡Ah, pero vé aquí un pié que en verdad no está mal torneado!...»

Ya haya llegado á pié ó en coche, borrando ó nó la ligera huella de lodo con que se manchó su calzado;

Ya quedando inmóvil é impasible como un holandés fumando;

Ya con los ojos en direccion á la puerta, se parezca á un alma saliendo del purgatorio y esperando á San Pedro y sus llaves;

Ya titubeando al tirar del cordon de la campanilla, ó cogiéndolo con negligencia, precipitada ó familiarmente, ó como un hombre seguro de lo que hace;

Ya haya llamado con timidez haciendo resonar un campanillazo perdido en el silencio de las habitaciones, como un primer toque de maitines en el invierno y en un convento de mínimos, ó despues de haber llamado con fuerza, llame todavía impacientado de no oir aún los pasos de un lacayo;

Ya haya dado á su aliento un perfume delicado tomando una pastilla de cachunde (1);

---

(1) Pastilla indiana muy usada por los príncipes y grandes señoras de aquel país para dar al aliento buen olor. Tambien se prepara y usa en París.

Ya tome con aire afectado un polvo de tabaco, sacudiendo cuidadosamente los granos que pudiesen alterar la blancura de su ropa;

Ya mire á su alrededor con aire de estimar la lámpara de la escalera, el tapiz, el pasamano, como si fuese comprador de muebles ó empresario de suministros;

Ya, en fin, ese célibe, jóven ó viejo, frio ó cálido, llegue con lentitud, con tristeza ó con alegría, etc.

Comprended que hay allí, en el paso de vuestra escalera, una admirable materia de observaciones.

Las ligeras pinceladas con que hemos tratado de bosquejar esta figura, os demuestran en ella un verdadero kaleidóscopo moral con sus millones de terminaciones. Y nosotros no hemos querido llevar á la mujer á este umbral revelador, porque nuestras anotaciones, ya considerables, se harian innumerables y ligeras como los granos de arena del mar.

En efecto, ante la puerta cerrada un hombre se cree enteramente solo, y por poco que espere, principia allí un monólogo mudo, un soliloquio indefinible, donde todo, hasta su paso, revela sus esperanzas, sus deseos, sus intenciones, sus secretos, sus cualidades, sus defectos, sus virtudes, etcétera; en fin, un hombre es en la escalera lo que una niña de quince años en un confesonario la víspera de su primera comunion.

¿Quereis la prueba?... Examinad el cambio repentino verificado en esa figura y en las maneras de ese célibe desde que entra. El maquinista de la Opera, la temperatura, las nubes ó el sol no

cambian más pronto el aspecto de un teatro, de la atmósfera y del cielo.

A la primera baldosa de vuestra antecámara, de todos los millares de ideas que ese célibe ha discurrido con tanto candor en la escalera, no le resta ni una mirada á la que se pueda poner una observacion. La añagaza social de convencion ha envuelto todo con espeso velo; pero un marido hábil ha debido ya adivinar con una sola mirada el objeto de la visita, y leer en el alma del que llega, como en un libro.

En la manera de acercarse á vuestra mujer, de hablarla, de mirarla, de saludarla y de dejarla... hay volúmenes de observaciones, unas más minuciosas que otras.

El timbre de voz, la postura, la mortificacion, una sonrisa, el silencio mismo, la tristeza, las prevenciones contra vuestra mirada, todo es indicio, y todo debe ser estudiado con una mirada, sin esfuerzo. Debeis ocultar el descubrimiento más desagradable, bajo la facilidad y el lenguaje abundante de un hombre de mundo. En la imposibilidad en que nos encontramos de enumerar los inmensos detalles del sujeto, nos remitimos completamente á la sagacidad del lector, que debe conocer la extension de esta ciencia; principia con el análisis de las miradas y concluye con la percepcion de los movimientos que el despecho imprime en un dedo del pié, oculto bajo el saten de un zapato ó bajo la piel de una bota.

¡Pero la salida!... Porque es preciso prever el caso en que os haya faltado vuestro rigoroso exámen en el dintel de la puerta, y la salida viene á ser entónces de un interés capital, tanto más,

cuanto que este nuevo estudio del célibe debe hacerse con los mismos elementos, pero en sentido inverso del primero.

Existe, sin embargo, en la salida una situacion especial: y es el momento en que el enemigo ha bajado todos los peldaños, en los que podia ser observado, y llega á la calle!... Allí el hombre de talento debe adivinar toda la visita viendo á un hombre bajo una puerta cochera. Los indicios son ménos comunes, pero ¡qué claridad! Este es el desenlace, y el hombre en aquel instante hace traicion á su gravedad por la expresion más sencilla de dicha, de pena ó de alegría.

Las revelaciones son entónces fáciles de recoger; una mirada sobre la casa ó sobre las ventanas de la habitacion; una marcha lenta ó agitada, el frotamiento de manos del tonto, ó la carrera á brincos del fátuo, ó la parada involuntaria del hombre profundamente conmovido: en fin, teneis sobre la mesa tan bien planteados los problemas cual si una academia de provincia ofreciese premiar en cien escudos un discurso respecto á la salida; las soluciones son claras y precisas. Nuestra tarea sería superior á las fuerzas humanas, si tuviéramos que enumerar las diferentes maneras con que los hombres descubren sus sensaciones; allí todo es tacto y sentimiento.

Si aplicais estos principios de observacion á los extraños, con más razon debeis someter á vuestra esposa á las mismas formalidades.

Un hombre casado debe haber hecho estudio profundo del semblante de su mujer. Este estudio es fácil, involuntario y de todos los momentos. Para él la bella fisonomía de su mujer no

debe tener misterios. Sabe cómo se retratan las sensaciones y bajo qué expresion se ocultan al fuego de la mirada.

El más ligero movimiento de los labios, la más imperceptible contraccion de la nariz, las degradaciones insensibles de la mirada, la alteracion de la voz, esas nubes indefinibles que ocultan su rostro, ó esas llamas que le iluminan; todo es lenguaje para vosotros.

Ved á esa mujer; todos la miran y ninguno puede comprender su pensamiento. Mas para vos, el iris del ojo está más ó ménos colorado, extendido ó reducido; el párpado ha vacilado; la ceja se ha movido; una arruga borrada tan rápidamente como una onda en el mar, ha fruncido su frente; su labio se ha contraido ó dilatado... ella se ha abatido ligeramente ó se ha animado... para vos la mujer ha hablado.

Si en esos momentos difíciles en que una mujer disimula en presencia de su marido, teneis el alma de la Esfinge (1) para adivinarla, comprendereis bien que los principios de la aduana vienen á convertirse en un juego de niño para esto.

Penetrando en su cuarto ó saliendo cuando vuestra mujer se cree completamente sola, tiene toda la imprudencia de una corneja, y se diria á sí misma en voz alta su secreto; tambien por el repentino cambio que sufren sus facciones en el momento de reparar en vos, contraccion que á pesar de la rapidez de su juego, no se practica

---

(1) El mónstruo mitológico, hijo de Tifon y de la Quimera que proponia enigmas á los viajeros y devoraba á quienes no podian descifrarlos.

demasiado pronto para no dejar ver la expresion que tenía el rostro en vuestra ausencia, pudiendo entónces leer en su alma como en un libro de canto llano. En fin, vuestra mujer se encontrará frecuentemente hablando consigo misma, y allí puede comprobar cualquier marido á cada instante los sentimientos de su esposa.

¿Hay hombre tan ignorante en misterios de amor, que no haya muchas veces admirado el paso ligero, menudo y coqueton de una mujer cuando se dirige á una cita? Ella se desliza á través de la multitud como una serpiente sobre la yerba. Las modas, los vestidos, las telas resplandecientes extendidas por los comerciantes, despliegan en vano para ella sus seducciones; va, va semejante á un fiel animal que busca la huella invisible de su amo, sorda á todos los saludos, ciega á todas las miradas, hasta insensible á los frotamientos inseparables de la circulacion humana en París. ¡Oh! ¡cuánto siente el valor de un minuto! Su paso, su peinado, su apostura, cometen mil indiscreciones. Pero ¡qué cuadro tan seductor para el amante, y qué página tan siniestra para el marido!... ¡Qué fisonomía la de esta mujer cuando vuelve de aquella vivienda secreta habitada sin cesar por su alma!... Su felicidad está marcada hasta en la indescriptible imperfeccion de su tocado, cuyo gracioso edificio y ondulantes trenzas no han sabido tomar bajo el peine inseguro del célibe, el tinte luciente, el aire elegante y detenido que les imprime la mano segura de su camarista. ¡Y qué adorable abandono en el andar! ¡Cómo explicar ese sentimiento que esparce tan ricos colores en su tez, que roba á

sus ojos la seguridad, y que tiende á la melancolía y al placer, al pudor y al orgullo por tantos medios!...

Estos indicios, robados á la Meditacion *de los últimos síntomas*, y que corresponden á una situacion en la que una mujer prueba á disimularlo todo, os permiten adivinar, por analogía, la grandísima cosecha de observaciones que os está reservado recoger cuando vuestra esposa llegue á su casa, y, no habiéndose aún cometido el crímen, descubra inocentemente el secreto de sus pensamientos. En cuanto á nosotros, jamás vemos una escalera sin haber deseado clavar en ella una estrella de vientos y una veleta.

Respecto á los medios que deben emplearse para establecer en la casa una especie de observatorio, relacionado en un todo con los lugares y las circunstancias, nos referimos al papel de los celosos para ejecutar las prescripciones de esta Meditacion.

MEDITACION XVI.

CARTA DOTAL.

Confieso que no conozco en París más que una casa concebida segun el sistema desenvuelto en las dos Meditaciones precedentes. Pero debo añadir tambien, que he fundado mi sistema en esta casa. Tan admirable fortaleza pertenece á un jóven magistrado de París, loco de amor y de celos.

En cuanto supo que existia un hombre exclusivamente dedicado á perfeccionar el matrimonio

en Francia, tuvo la galantería de abrirme las puertas de su casa y mostrarme el gineceo. Admiré el profundo genio que habia sabido ocultar las precauciones de unos celos casi orientales, bajo la elegancia de los muebles, la belleza de los tapices y la novedad de los cuadros. Le confesé mi convencimiento de que sería imposible que su mujer hiciese á su habitacion cómplice de traicion.

—Caballero, dije al Othello del Consejo de Estado, que no me parecia muy fuerte en la alta política conyugal; no dudo que la vizcondesa guste mucho habitar en el seno de este pequeño paraiso; debe estar muy satisfecha, sobre todo si permaneceis frecuentemente á su lado; pero no dudeis de que llegará un momento en que se canse; nos cansamos de todo, hasta de lo más sublime. ¿Qué hareis cuando vuestra esposa, no encontrando ya en estas invenciones el primitivo encanto bostece de disgusto, y quizás os haga una peticion esperando obtener el ejercicio de dos derechos indispensables á su felicidad, la libertad individual, es decir, la facultad de ir y venir á su antojo, y la libertad de imprenta, es decir, la facultad de escribir y recibir cartas sin temor á vuestra censura?

Apénas habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando el vizconde de V***, apretándome fuertemente el brazo, exclamó: ¡Hé aquí la ingratitud de las mujeres! Si existe alguna cosa más ingrata que un rey, es el pueblo, y la mujer lo es más aún que los dos. Una mujer casada obra con nosotros como los ciudadanos de una monarquía constitucional con su rey; cuida éste de asegu-

rarles una hermosa existencia en un hermoso país; un gobierno se complace pasando todas las penas del mundo con gendarmes, cámaras, una administracion y todo el aparejo de la fuerza armada, para impedir que el pueblo muera de hambre, para iluminar las ciudades con gas, á expensas de los ciudadanos, para calentar á todo el mundo con el sol del cuadrigésimo quinto grado de latitud, y para prohibir á todos los que no sean recaudadores pedir dinero; se complace en arreglar bien ó mal los caminos... y ninguna de las ventajas de tan bella *utopia* es apreciada!... ¡los ciudadanos quieren otra cosa!... No se avergüenzan de reclamar aún el derecho de pasear á su voluntad por estos caminos, el de saber en qué se emplea el dinero que entregan á los recaudadores, y, en fin, el monarca se veria obligado á ceder á cada uno una pequeña parte de su trono, si hiciese caso de las habladurías de algunos escritorzuelos, ó adoptase ciertas ideas tricolores, especie de polichinelas que ponen en juego una multitud de esos que se llaman patriotas, gentes de saco y cuerda, siempre dispuestos á vender sus conciencias por un millon, por una mujer decente, ó por una corona ducal.

—Señor vizconde, le dije interrumpiéndole, estoy con vos respecto á ese punto; pero ¿qué haríais para eludir las justas pretensiones de vuestra mujer?

—Caballero, haré... responderé... lo que hacen y responden los gobiernos que no son tan bestias, como los miembros de la oposicion querrán probarlo á sus comitentes.

Principiaré por otorgar con solemnidad una

especie de Constitucion, en virtud de la cual mi mujer será declarada enteramente libre.

Reconoceré plenamente el derecho que tiene de ir á donde bien la parezca, de escribir á quien quiera, y de recibir cartas prohibiéndome conocer su contenido.

Mi mujer tendrá todo el derecho del Parlamento inglés: la dejaré hablar cuanto se la antoje, discutir, proponer medidas fuertes y enérgicas; pero sin que pueda ponerlas en ejecucion, y despues... ¡ya veremos!

—¡Por San José! dije para mí; hé aquí un hombre que comprende tan bien como yo el matrimonio.

—Y despues vereis, caballero, le respondí para obtener más ámplias revelaciones, vereis cómo os convertís en un bello mastin, tan imbécil como otro cualquiera.

—¡Caballero! replicó él con gravedad; permitidme concluir. Hé aquí lo que los grandes políticos llaman una teoría; pero ellos saben hacerla desaparecer con la práctica, como el humo, y los ministros poseen aún mejor que todos los procuradores de Normandía el arte de sacar el *fondo* por la *forma*. M. de Metternich y M. de Pilat, hombres de profundo mérito, se preguntan desde hace largo tiempo si la Europa está en su cabal juicio, si sueña, si sabe adónde va, si ha pensado alguna vez, cosa imposible para las masas, los pueblos y las mujeres. MM. de Metternich y Pilat se han horrorizado al ver este siglo empujado por la monomanía de las constituciones, como el anterior lo era por la filosofía, y el de Lutero por la reforma de los abusos de la religion romana;

porque parece verdaderamente que las generaciones son semejantes á conspiradores, cuyas acciones marchan por distintas vías al mismo objeto, sujetándose á una misma consigna. Pero se asustan sin razon, y en esto solamente es en lo que les condeno, porque la tienen al querer disfrutar del poder, sin que unos cuantos aldeanos lleguen en dia fijo, del fondo de la Suabia, para inquietarlos. ¿Cómo unos hombres tan célebres no han adivinado la profunda moralidad que encierra la comedia constitucional, y visto que es una de las circunstancias de la alta política dejar al siglo un hueso que roer?

Yo pienso absolutamente como ellos respecto á la soberanía.

El *poder* es un sér moral, tan interesado como el hombre en procurar su conservacion. El sentimiento de la conservacion está dirigido por un principio esencial, expresado en estas tres palabras: *no perder nada*. Para no perder nada es preciso crecer ó ser infinito, porque un poder estacionario es nulo. Si retrocede no es poder; es arrastrado por otro. Conozco, como esos señores, en qué situacion tan falsa se encuentra un poder infinito que hace una concesion. Deja nacer en su existencia otro poder cuyo espíritu será el del engrandecimiento. El uno anonadará necesariamente al otro, porque todo sér tiende al mayor desarrollo posible de sus fuerzas. Un poder jamás hace concesiones que no intente reconquistar. Este combate entre los dos poderes constituye nuestros gobiernos constitucionales, cuyo juego asusta al patriarca de la diplomacia austriaca; porque comedia por comedia, la ménos peligrosa y la

más lucrativa es la que representan Inglaterra y Francia. Estas dos naciones dicen al pueblo: «Eres libre;» y estas palabras le satisfacen, y entra en el gobierno como una multitud de ceros que dan valor á la unidad. Pero si quiere moverse, principia con él la comedia de la comida de Sancho, cuando convertido de escudero en soberano de su ínsula de tierra firme, quiere comer. Pues nosotros debemos parodiar esa admirable escena en el seno de nuestras familias.

Así, mi mujer tiene concedido el derecho de salir, pero manifestándome antes dónde va, cómo va, y á qué asunto va, y cuándo ha de volver. En lugar de exigir todos estos detalles de la manera brutal que lo hacen nuestros polizontes, que se corregirán indudablemente algun dia, tengo el cuidado de revestir las formas más graciosas. En mis labios, en mis ojos, en mis facciones, se representan y aparecen sucesivamente los acentos y señales de la curiosidad y de la indiferencia, de la gravedad y de la galantería, de la contradiccion y del amor. Hay escenas conyugales llenas de talento, de finura y de gracia, que son muy agradables de representar. El dia en que arranqué de la cabeza de mi mujer la corona de azahar que la adornaba, comprendí que habíamos representado, como en el acto de la coronacion de un rey, las primeras escenas de una larga comedia.

—¡Tengo gendarmes... mi guardia real y mis abogados fiscales! ¡Yo! exclamó con entusiasmo, jamás consiento que mi señora vaya á pié sin ir acompañada de un lacayo con librea. ¿No es esto del mejor tono? Sin contar lo que halagaré con ello la vanidad de mi mujer, que dirá:—¡Tengo

criados! Pero mi principio conservador ha sido siempre hacer coincidir mis salidas con las de mi mujer, y desde hace dos años he sabido probarla que, para mí, es un placer siempre nuevo, el de llevarla del brazo.

Si no puede andar, procuro enseñarla á llevar, acompañada, un caballo vivaracho; ¡pero os juro que procuro que no lo sepa sino en el momento!...

Si por casualidad ó por efecto de un capricho bien marcado quisiese salir sin mi permiso, es decir, sola en su coche, ¿no tengo un cochero, un volante, un groom? Entónces mi mujer puede ir á donde quiera; lleva ya consigo una Santa Hermandad, y yo estoy completamente tranquilo.

Pero, mi querido señor, ¿cuántos medios no tenemos para destruir la carta dotal en la práctica, y la letra por medio de la interpretacion?

He notado que las costumbres de la alta sociedad llevan consigo una ociosidad que devora la mitad de la vida de la mujer, sin que pueda sentirse la vida.

Tengo formado por mí el proyecto de dirigir con rectitud á mi mujer hasta los cuarenta años sin que piense en el amor, lo mismo que el difunto Musson se divertia en trasladar á un vecino de la calle Saint-Denis á la de Pierrefitte, sin que sospechara haber dejado la sombra del campanario de Saint-Leu.

— ¡Cómo, le dije interrumpiéndole, habreis por casualidad adivinado esas admirables decepciones que yo me proponia describrir en una Meditacion titulada: *Arte de poner la muerte en la vida!*... ¡Ah! yo creia ser el primero que hubiese descubierto esa ciencia. Ese título conciso me ha-

bia sido sugerido por la relacion que hizo un médico jóven, de una admirable composicion inédita de Crabbe. En esta obra el poeta inglés supo personificar un sér fantástico llamado *la vida en la muerte.* Este personaje persigue á través del océano del mundo, á un esqueleto animado llamado *la muerte en la vida.* Recuerdo que pocas personas, entre los convidados del elegante traductor de la poesía inglesa, comprendieron el sentido misterioso de esta fábula, tan verdadera como fantástica. Yo sólo quizás, sumergido en un silencio de bruto, pensaba en esas generaciones enteras, que empujadas por la VIDA, pasan sin vivir. Figuras de mujeres se elevaban ante mí, por millares, todas muertas, tristes y vertiendo lágrimas de desesperacion al contemplar las horas perdidas de su ignorante juventud. En lontananza veia nacer una Meditacion burlesca, de la que ya oia carcajadas satánicas, y vais sin duda á matarla... Pero veamos; confiadme pronto los medios que habeis hallado para ayudar á una mujer á desperdiciar los rápidos momentos en que se encuentra en la flor de su belleza, en la fuerza de sus deseos... Acaso me hayais dejado algunas estratagemas, algunas astucias que describir...

El vizconde se echó á reir de esta contrariedad de autor, y me dijo con aire de satisfaccion:

— Mi mujer, como todas las jóvenes de nuestro bienaventurado siglo, ha ocupado sus dedos durante tres ó cuatro años consecutivos en agitar las teclas de un piano que yo no podia aguantar más. Ha descifrado á Beethoven, ha gorjeado las arietas de Rossini y recorrido los ejercicios de

Crammer. Verdad es que tuve buen cuidado de convencerla de su superioridad en la música. Para conseguir este objeto, he aplaudido, he escuchado sin desmayar las más enojosas sonatas del mundo, y me he decidido á darla un abono en los Bufos. De este modo he conseguido disfrutar tres noches apacibles de las siete que Dios ha creado en la semana. He estado siempre al acecho de espectáculos musicales; porque en París existen unos salones semejantes á las tabaquerías de Alemania, una especie de *Componiums* (1) perpétuos donde voy regularmente á buscar indigestiones de armonía que mi mujer llama conciertos. Pero, en cambio, la mayor parte del tiempo la tengo sepultada en sus partituras...

—¡Ay, caballero! ¿No conoceis el peligro que existe desarrollando en una mujer el gusto del canto y dejando entregada á todas las excitaciones de una vida sedentaria? No os faltaba más que darla á comer carnero, y á beber agua pura...

—¡Mi mujer no se mantiene más que de pechugas de aves, y tengo buen cuidado de que se sucedan siempre un baile á un concierto, un paseo á una representacion de los Italianos! Tambien ha tenido buen éxito el hacerla acostarse, por espacio de seis meses del año, de una á dos de la mañana. ¡Ah, señor, las consecuencias de acostarse por la mañana, son incalculables!

Desde luégo cada uno de esos placeres necesarios es concedido como un favor, y figuro hacer

---

(1) Organillos de cilindro, que por un propio mecanismo varían indefinidamente los aires que en ellos se tocan.

constantemente la voluntad de mi mujer; entónces la persuado sin pronunciar una sola palabra de que se divierte sin interrupcion, desde las seis de la tarde, hora de nuestra comida y de su tocado, hasta las once de la mañana, hora á que nos levantamos.

—¡Ah! ¡qué reconocimiento no os debe por una vida tan llena de placeres!...

—No me quedan, pues, más que tres horas peligrosas que pasar; pero ¿no tiene en ese tiempo tocatas que estudiar, aires que repetir? ¿No tengo yo paseos por el bosque de Boulogne que proponer, carruajes que probar y visitas que hacer, etc.?

No es esto todo: la limpieza minuciosa es una de las cualidades más apreciables en la mujer; y nunca deben parecerme excesivos ni ridículos los cuidados de esta clase, porque el tocador me ofrece los medios de hacerla consumir las mejores horas del dia.

— ¡Sois digno de escucharme!... exclamé. Pues bien, caballero; si quereis robarle además cuatro horas del dia, enseñadle un arte desconocido de las más esmeradas señoras modernas. Enumerad á Mad. de V*** las admirables precauciones creadas por el lujo oriental de las damas romanas. Habladla de los esclavos empleados solamente en el baño de la emperatriz Popea, los *Unctores* (1), los *Fricatores* (2), los *Alipilarili* (3), los *Dropa-*

---

(1) Los que ungian ó untaban.

(2) Los que frotaban ó restregaban.

(3) Los que en los baños cortaban el pelo de debajo de los brazos.

cistæ (1), los *Paratiltriæ* (2), los *Picatrices* (3), las *Tractatrices* (4), los enjugadores de forma de cisne, qué sé yo!... toda esa gente, en fin!... Entretenedla con esta multitud de esclavos, cuya nomenclatura ha dado Mirabeau en su *Erótica Biblion*. Por poco que trate de reemplazar todo aquel mundo, tendreis bellas horas de tranquilidad, sin contar las satisfacciones personales que os resultarán de importar en vuestra casa el sistema de esas ilustres romanas cuyos menores cabellos, artísticamente dispuestos, habian recibido rocíos de perfumes, cuya menor vena parecia haber conquistado una sangre nueva en la mirra, el lujo, los perfumes, las ondas, las flores, todo á los acordes de una música voluptuosa.

—¡Ah, caballero, replicó el marido, que se acaloraba cada vez más; ¿no tengo pretextos admirables en la salud? Esta salud tan preciosa y tan querida, me permite impedir á mi mujer que salga cuando hace mal tiempo, y con esto gano una cuarta parte del año. Y además, ¿no he sabido introducir la dulce costumbre de no salir jamás el uno ó el otro sin ir á darnos el beso de adios, diciendo: «Mi buen ángel, salgo?»

En fin, he sabido prever el porvenir, y mantener siempre á mi mujer cautiva en su habitacion, como lo está el centinela en su garita. La he inspirado un entusiasmo increible por los sagrados deberes de la maternidad.

—¿Contradiciéndola? pregunté yo.

---

(1) Los que daban el ungüento que hacía caer el pelo.
(2) Los que arrancaban los pelos inoportunos.
(3) Los que empegaban.
(4) Las que manejaban á su señora.

—¡Lo habeis adivinado!... contestó sonriendo. La sostengo que es imposible á una mujer mundana llenar sus obligaciones para con la sociedad, manejar su casa, abandonarse á todos los caprichos de la moda, á los de un marido amado, y educar á sus hijos.

Ella dice entónces que, á ejemplo de Caton, que queria ver cómo cambiaba la nodriza los pañales del gran Pompeyo, no dejará á otra los cuidados más minuciosos reclamados por las flexibles inteligencias y los cuerpos de esos pequeños seres cuya educacion principia en la cuna.

Comprendereis, caballero, que mi diplomacia conyugal de nada me serviria, si despues de haber impuesto así á mi mujer en el secreto, no usase de un maquiavelismo inocente, que consiste en comprometerla siempre á hacer lo que quiere, y en pedirla consejo en todo y por todo.

Como esa ilusion de libertad está destinada á engañar á una criatura bastante espiritual, tengo buen cuidado de sacrificarlo todo para convencer á Mad. de V***, de que es la mujer más libre que existe en París; y para lograrlo, me guardo bien de cometer esas groseras torpezas políticas que se escapan con frecuencia á nuestros ministros.

—Os veo, dije; cuando quereis escamotear uno de los derechos concedidos á vuestra mujer por la carta, os veo tomar un aire dulce y comedido, ocultar el puñal bajo flores, y clavándoselo con precaucion en el corazon, decirle con voz amistosa: —Angel mio, ¿te hace daño? A lo que ella os responderá quizás: —Al contrario.

El no pudo contener una sonrisa, y me dijo:

—¿No se admirará mi mujer en el juicio final?

—No sé, le respondí, quién se admirará más, si vos ó ella.

El celoso frunció las cejas, pero su fisonomía se tranquilizó cuando añadí:

—Agradezco, caballero, la casualidad que me ha deparado el placer de conoceros. Sin vuestra conversacion hubiera ciertamente desenvuelto peor que vos algunas ideas que nos eran comunes. Tambien os pediré permiso para dar á luz esta conversacion. Allí donde hemos visto altas concepciones políticas, otros hallarian acaso ironías más ó ménos graciosas, y pasaré por un hombre hábil á los ojos de los dos partidos...

Miéntras yo trataba de dar las gracias al vizconde (el primer buen marido que en mi entender yo habia encontrado), él me conducia tambien por las habitaciones, donde todo parecia irreprochable.

Ya iba á despedirme de él, cuando abriendo la puerta de un pequeño retrete, me lo enseñó con un aire que parecia decir:

—¿Hay aquí algun medio de cometer el más insignificante desórden que no fuese descubierto por mí, en el instante?

Respondí á esta muda pregunta con una de esas inclinaciones de cabeza que hacen los convidados á su anfitrion al probar un manjar exquisito.

—Todo mi sistema, me dijo en voz baja, me ha sido sugerido por tres palabras que mi padre oyó pronunciar á Napoleon en pleno Consejo de Estado, en la discusion del divorcio.—*El adulterio*, dijo, *es un asunto de canapé.* ¿Veis tambien? He sabido trasformar estos cómplices en espías, aña-

dió el magistrado designándome un divan forrado de casimir color de thé, cuyos cojines estaban ligeramente arrugados.—Esperad, esta señal me dice que á mi mujer la ha dolido la cabeza y ha descansado aquí...

Nos acercamos algunos pasos hácia el divan, y vimos la palabra—*Tonto*—caprichosamente trazada sobre el mueble fatal por cuatro veces.

> De aquestas cosas que un amante sacó
> Del jardin de Ciprina (1), laberinto de hadas
> Que un duque juzgó tan precioso en otro tiempo,
> Que quiso honrarle con una encomienda;
> Ilustre y noble cofradía
> Ménos llena de hombres que de dioses.

—Nadie en mi casa tiene los cabellos negros, dijo el marido palideciendo.

Me escapé; porque me sentí presa de una gana de reir que no hubiera podido contener fácilmente.

—¡Hé aquí un hombre juzgado! dije para mí. Con las barreras con que ha rodeado á su mujer, no ha hecho más que llenarla de increibles placeres.

Esta idea me entristeció. La aventura destruia por la base tres de mis más importantes Meditaciones, y la infalibilidad católica de mi libro estaba combatida en su esencia. Hubiera pagado de muy buena gana la fidelidad de la vizcondesa de V*** con la suma con que muchas personas hubiesen querido comprar una sola de sus faltas; pero yo debia guardar eternamente mi dinero.

---

(1) Vénus.

En efecto, tres dias despues encontré al magistrado en la reunion de los Italianos. En seguida que me vió, corrió á mi encuentro. Empujado por una especie de pudor, quise evitarle; pero cogiéndome por el brazo, me dijo al oido:

—¡Ah! acabo de pasar tres dias crueles!... Felizmente mi mujer es acaso más inocente que un niño bautizado ayer.

—Ya me habíais dicho que la condesa era muy espiritual, repliqué con un cruel acento de sencillez.

—¡Oh! esta noche os aseguro que escucho con placer hasta las bromas; esta mañana he tenido pruebas irrecusables de la fidelidad de mi esposa. Me levanté muy temprano para concluir un trabajo urgente... Mirando mi jardin por casualidad, ví de repente al ayuda de cámara de un general, vecino mio, saltar las tapias del jardin. La criadita de mi mujer, alargando la cabeza fuera del vestíbulo, acariciaba mi perro y protegia la retirada del galan. Tomo mi anteojo y miro al salteador... ó mejor dicho, á sus cabellos, que eran negros como el azabache... ¡Ah! jamás cara de cristiano me ha dado más placer al verla. Pero como debeis suponer, durante el dia los enverjados han sido arrancados.

Así, mi querido señor, si os casais alguna vez, tened á vuestro perro con cadena, y colocad pedazos de botella sobre todas las albardillas de vuestros muros.

—Y la condesa, le dije, ¿ha notado durante estos tres dias vuestra inquietud?

—¿Me tomais por un niño? me respondió alzando las espaldas. En mi vida he demostrado más alegría.

—¡Sois un gran hombre desconocido! exclamé; y no sois...

No me dejó concluir, porque desapareció al divisar á uno de sus amigos que parecia tener la intencion de saludar á la condesa.

¿Qué podríamos añadir que no fuese una fastidiosa paráfrasis de las enseñanzas encerradas en esta conversacion? Todo en ella es semilla ó fruto.

MEDITACION XVII.

TEORÍA DEL LECHO.

Eran como las siete de la noche. Sentados sobre sus sitiales académicos, describian un semicírculo delante de una gran chimenea, en que ardia tristemente una lumbre de carbon de piedra, símbolo eterno del objeto material de sus importantes discusiones. Al ver los rostros serios, aunque apasionados, de todos los miembros de esta asamblea, era fácil adivinar que tenian que sentenciar sobre la vida, la fortuna y la felicidad de sus semejantes. Sólo habian recibido poderes de sus conciencias, como los socios de un antiguo y misterioso tribunal; pero representaban intereses mucho más grandes que los de los reyes ó los de los pueblos, pues hablaban en nombre de las pasiones y de la felicidad de las generaciones infinitas que habian de sucederles.

El nieto del célebre Boulle estaba sentado delante de una mesa redonda, sobre la cual se hallaba el sumario instruido con rara inteligencia;

yo, mezquino secretario, ocupaba un asiento en aquel tribunal para extender por escrito el acta de la sesion.

—Señores, dijo un anciano, la primera cuestion sometida á vuestras deliberaciones se halla claramente planteada en este pasaje de una carta escrita á la princesa de Gales, Carolina de Anspach, por la viuda de *Monsieur*, hermano de Luis XIV, madre del regente:

«La reina de España tiene un medio seguro para hacer que su marido diga todo lo que quiere. El rey es devoto, creeria ser condenado si tocase á otra mujer que la suya, y este buen príncipe es de una complexion muy amorosa. La reina consigue de él por este medio todo lo que desea. Ha hecho poner ruedecitas al lecho de su marido. ¿le rehusa éste alguna cosa?... la reina aparta el lecho léjos del suyo. ¿Le otorga su demanda? Los lechos se acercan, y ella le admite en el suyo. Lo que hace la mayor felicidad del rey, quien es sumamente inclinado...»

—No diré más, señores, pues la ingenuidad virtuosa de la princesa alemana pudiera ser tachada aquí de inmoralidad.

¿Deben los maridos cuerdos adoptar el lecho con ruedecitas?... Hé aquí el problema que tenemos que resolver.

La unanimidad de los votos no dejó duda ninguna. Me mandaron escribir sobre el registro de las deliberaciones, que, si dos esposos dormian en dos lechos separados y en un mismo cuarto, los lechos no debian tener ruedecitas á escuadra.—Mas hizo observar un miembro, sin que la presente decision pueda perjudicar de ningun modo

á lo que se determine en punto á la mejor manera de dormir los esposos.

El presidente puso en mis manos un tomo elegantemente encuadernado, que contenia la edicion original publicada en 1788, de las Cartas de Madama Carlota Isabel de Baviera, viuda de *Monsieur*, hermano único de Luis XIV, y, miéntras yo trasladaba el pasaje citado, prosiguió así:

—Pero, señores, habeis debido recibir á domicilio el programa en que está planteada la segunda cuestion...

—Pido la palabra, dice el más jóven de los celosos reunidos.

El presidente se sentó despues de haber hecho una señal de consentimiento.

—Señores, dijo el jóven marido, ¿estamos bien preparados para deliberar sobre una materia tan grave como la presentada por la indiscrecion casi general de los lechos? ¿No hay que resolver aquí una cuestion más extensa que una mera dificultad de ebanistería? Por mi parte, veo en ella un problema que pertenece á la inteligencia humana. Los misterios de la concepcion, señores, están aún envueltos en unas tinieblas que la ciencia moderna no ha disipado sino imperfectamente. No sabemos hasta qué punto las circunstancias exteriores obran sobre los animales microscópicos, cuyo descubrimiento es debido á la paciencia infatigable de Hill (1), de Baker (2), de Joblot, de Eichorn, de Gleichen (3) y de Spallan-

(1) Juan Hill, naturalista inglés (1716-1775).
(2) Eduardo Baker, naturalista inglés (1774).
(3) Federico Guillermo Gleichen, naturalista sajon (1717-1783).

zani (1), particularmente de Muller (2), y, por último, de Monsieur Bory de Saint Vicent. La imperfeccion del lecho encierra una cuestion musical de la más alta importancia, y, por lo que á mí toca, declaro que acabo de escribir á Italia para procurarme informes positivos acerca del modo en que los lechos están generalmente establecidos allí... Sabremos inmediatamente si hay en ellos muchas varillas, tornillos y ruedecitas; si sus construcciones son más viciosas en aquel país que en cualquiera otra parte, y si la sequedad de las maderas, debida á la accion del sol, produce, *ab ovo*, la armonía de que todos los italianos tienen el sentimiento innato... Por todos estos motivos, pido la suspension de la deliberacion.

—¡Cómo! ¿estamos acaso aquí para tratar de los intereses de la música?... exclamó un caballero del Oeste levantándose bruscamente. Se trata de las costumbres, ante todo. Y la cuestion moral predomina á todas las demás...

—No obstante, dijo uno de los miembros más influyentes del Consejo, la opinion del preopinante no me parece digna de desprecio. En el siglo último, señores, uno de nuestros escritores más filosóficamente graciosos y más chistosamente filosóficos, *Sterne*, se quejaba del poco cuidado con que se hacian los hombres. «¡Oh, vergüenza! exclamaba; el que copia la divina fisonomía del hombre recibe coronas y aplausos, miéntras que el que presenta la pieza maestra, el

(1) Lázaro Spallanzani, naturalista italiano (1729-1799).
(2) Oton Federico Muller, naturalista dinamarqués (1730-1784).

prototipo de un trabajo mínimo, no tiene, como la virtud, más que su obra por recompensa!...» ¿No sería conveniente ocuparse de la mejora de las razas humanas ántes de ocuparse de la de los caballos? Señores, he atravesado una pequeña ciudad del Orleanés (1) en donde toda la poblacion se compone de jorobados, de gentes con semblantes ceñudos ó tristes, verdaderos hijos de la desgracia... ¡Pues bien! la observacion del primer opinante me recuerda que todos los lechos se hallaban allí en muy mal estado, y que las cámaras no presentaban á la vista de los esposos más que espectáculos horrorosos... ¡Ah, señores, ¿pueden nuestros espíritus hallarse en situacion análoga á la de nuestras ideas, cuando en vez de la música de los ángeles, que voltean acá y allá en el seno de los cielos que alcanzamos, las notas más vocingleras de la más importuna, de la más impacientante y de la más execrable melodía terrestre llegan á desentonar?... Debemos tal vez los bellos ingenios que han honrado á la humanidad á unos lechos construidos con solidez, y la poblacion turbulenta á que se debe la Revolucion francesa, quizá ha sido concebida sobre una multitud de muebles vacilantes, con piés ladeados y poco sólidos, miéntras que los orientales, cuyas razas son tan bellas, tienen un sistema del todo particular para acostarse... Voto por la suspension de la sesion.

Y el caballero se sentó.

---

(1) Provincia del centro de Francia, hoy repartida entre varios departamentos. Orleans era su capital.

Un hombre que pertenecia á la secta de los metodistas se levantó.

—¿Por qué cambiar la cuestion? Aquí no se trata de mejorar la raza, ni de perfeccionar la obra. No debemos perder de vista los intereses de los celos maritales ni los principios de una sana moral. ¿Ignorais que el ruido con que os quejais parece más temible á la esposa irresoluta para el crímen, que la voz tonante de la trompeta del juicio universal?... ¿Olvidais que todos los procesos por conversacion criminal no han sido ganados por los maridos, sino gracias á esta queja conyugal?... Os pido, señores, que consulteis los divorcios de milord Abergaveny, del vizconde de Bolinbrocke, de la reina difunta, de Elisa Draper, de madama Harris, en fin, todos los contenidos en los 20 tomos publicados por... (El secretario no oyó distintamente el nombre del editor inglés.)

La suspension de la sesion fué acordada. El miembro más jóven propuso que se hiciese una colecta, para premiar al autor de la mejor disertacion que fuese dirigida á la Sociedad, acerca de esta cuestion, considerada por Sterne como tan importante; mas á la salida de la sesion no se hallaron más que diez y ocho schilines en el sombrero del presidente.

Esta discusion de la Sociedad que se ha formado recientemente en Lóndres para el mejoramiento de las costumbres y del matrimonio, y que lord Byron ha perseguido con sus mofas, nos ha sido trasmitida por las diligencias del honorable W. Hawkins, Esq.ᵉ, primo hermano del célebre capitan Clutterbuck.

Este extracto servirá para resolver las dificul-

tades que se encuentran en la teoría del lecho, por lo que respecta á su construccion.

Pero el autor de este libro halla que la Asociacion inglesa ha dado demasiada importancia á esta cuestion prejudicial.

Existen quizá tantas buenas razones para ser *Rossinistas* como para ser *Solidistas* en materia de camas, y el autor confiesa que el decidir esta dificultad es materia superior ó inferior á él. Piensa con Lorenzo Sterne, que es vergonzoso para la civilizacion europea poseer tan pocas observaciones fisiológicas en punto á la *Calipedia*, y renuncia á dar los resultados de sus meditaciones en este particular, porque serian difíciles de formular en lenguaje de mojigatas, y poco comprendidas ó mal interpretadas. Tal desdén dejará una laguna eterna en este pasaje de su libro; pero tendrá la dulce satisfaccion de legar una cuarta obra al siglo siguiente, quien de este modo enriquece con todo lo que no hace, magnificencia negativa de que da el ejemplo á más de un imitador.

La teoría del lecho nos obligará á resolver algunas cuestiones mucho más importantes que las presentadas á nuestros vecinos por las ruedecitas y por los susurros de la conversacion criminal.

No reconocemos más que tres modos de organizar un lecho (en el sentido general dado á esta voz) entre las naciones civilizadas, y en particular para las clases privilegiadas, á las cuales va dirigido este libro.

Estos tres modos son:

1.° Los dos lechos gemelos.

2.° Dos cuartos separados.

3.° Un solo y único lecho.

Antes de entregarnos al exámen de estos tres modos de cohabitacion que necesariamente deben ejercer influencias muy diversas sobre la felicidad de las mujeres y de los maridos, debemos echar una ojeada rápida sobre la accion del lecho, y sobre el papel que representa en la economía política de la vida humana.

El principio más incontestable en esta materia es: que el lecho *ha sido inventado para dormir*.

Sería fácil probar que el uso de dormir juntos se ha establecido muy tarde entre los esposos, con relacion á la antigüedad del matrimonio.

¿Por qué silogismos ha llegado el hombre á hacer de moda una práctica tan fatal á la felicidad, á la salud, al placer, y áun al amor propio?... Indagar esto sería cosa muy curiosa.

Si supiéseis que uno de vuestros rivales ha hallado el medio de exponeros á la vista de la mujer que amais, en una situacion en que fuéseis sumamente ridículo, por ejemplo, miéntras tuviéseis la boca de medio lado como la de una máscara de teatro, ó miéntras que vuestros labios elocuentes, semejantes al pico de cobre de una fuente escasa de agua, destilasen de gota en gota un agua pura, le daríais tal vez de puñaladas. Este rival es el sueño. ¿Hay en el mundo un hombre que sepa bien de qué modo está, ni qué es lo que hace cuando duerme?...

Cadáveres vivientes, estamos entregados á un poder desconocido que se hace dueño de nosotros, á nuestro pesar, y que se manifiesta por medio de los efectos más caprichosos: unos tienen un sueño interesante, y otros un sueño estúpido.

Hay gentes que descansan con la boca abierta del modo más tonto. Otras hay que roncan de manera que hacen temblar las paredes. La mayor parte se asemejan á aquellos diablos jóvenes que Miguel Angel ha esculpido, sacando la lengua para burlarse de los que pasan. No conozco más que á una sola persona en el mundo, que duerma noblemente: y es el agamemnon que Guerin (1) ha mostrado acostado en su cama cuando Clytemnestra, impelida por Egisto, se adelanta para asesinarla. Por este motivo he deseado siempre mantenerme sobre mi almohada como se mantiene el rey de los reyes, desde el punto en que me viniere el terrible temor de ser visto, durante mi sueño, por otros ojos que los de la Providencia. Del mismo modo, desde un dia en que ví á mi vieja nodriza *soplar guisantes*, para valerme de una expresion popular, pero sagrada, añadí muy luégo en la letanía particular que recito á San Honorato, mi patron, una oracion para que me preserve de esta miserable elocuencia.

Que un hombre despierte por la mañana, mostrando un rostro entorpecido, cubierta grotescamente la cabeza con un *madrás* que cae sobre su sien izquierda á modo de gorra de cuartel, es ciertamente muy gracioso, y sería difícil reconocer en él á aquel esposo glorioso celebrado por las estrofas de Rousseau; pero, en fin, se descubre un rayo de vida por entre la tontería de este rostro medio muerto... Y si quereis, ¡oh artistas!

---

(1) Pedro Narciso Guerin, célebre pintor francés, discípulo de Regnault (1771-1839). Una de sus mejores obras es la citada por el autor.

recoger cosas admirables, viajad por la posta, y á cada lugarcito en que el correo despierte á un comisionado de aduanas, examinad aquellas cabezas departamentales... Pero aunque fuéseis cien veces más ridículo que aquellas caras burocráticas, al ménos tendríais entónces la boca cerrada, los ojos abiertos, y vuestra fisonomía una expresion cualquiera... ¿Sabeis de qué modo os hallábais una hora ántes que despertárais ó durante la primera hora de vuestro sueño, cuando, ni bien hombre, ni bien animal, estábais bajo el imperio de los sueños que llegan por la puerta de cuerno?... Este es un secreto entre vuestra mujer y Dios.

¿Los romanos adornaban la cabecera de sus camas con una cabeza de asno, acaso para tener siempre una imágen de la insensatez del sueño?... Dejaremos aclarar este punto á los miembros de la academia de inscripciones.

Ciertamente el primero que imaginó, por la inspiracion del diablo, no dejar á su mujer, áun durante el sueño, debia saber dormir con perfeccion. Ahora no olvidareis contar en el número de las ciencias que es necesario poseer ántes de casarse, el arte de dormir con elegancia. Por este motivo pondremos aquí como un apéndice al axioma XXV del Catecismo conyugal, los dos aforismos siguientes:

I.

Un marido debe tener el sueño tan ligero como el de un dogo, para nunca dejarse ver dormido.

II.

Un hombre debe acostumbrarse desde su infancia á dormir con la cabeza desnuda.

Algunos poetas querrán ver, en el pudor, en los misterios pretendidos del amor, un motivo para la reunion de los esposos en un mismo lecho; pero está reconocido que si el hombre buscó primitivamente la sombra de las cavernas, el musgo de las quebradas, el techo pedregoso de las cuevas, para proteger sus placeres, fué porque el amor le entrega sin defensa á sus enemigos. No, no es más natural poner dos cabezas sobre una misma almohada, que razonable envolverse el cuello con un harapo de muselina. Pero la civilizacion ha venido y ha encerrado un millon de hombres en cuatro leguas cuadradas; los ha distribuido en calles, en casas, en aposentos, en cámaras, en gabinetes de ocho piés cuadrados; dentro de poco procurará hacerlos entrar unos dentro de otros como los tubos de un catalejo.

De este motivo, como de otros muchos, es á saber, la economía, el miedo, los celos mal entendidos, ha venido la cohabitacion de los esposos; y esta costumbre ha dado nacimiento á la periodicidad y á la simultaneidad del levantarse y del acostarse.

Y hé aquí la cosa más caprichosa del mundo, hé aquí el sentimiento más eminentemente instable, que no tiene precio sino por sus inspiraciones quisquillosas, que no saca su atractivo sino de lo repentino de los deseos, que no agrada sino por la verdad de sus expansiones; hé aquí, en fin,

el amor, sometido á una regla monástica, y á la geometría de la oficina de las longitudes.

Si yo fuese padre aborreceria al niño que, puntual como un reloj, tuviese por tarde y por mañana una explosion de sensibilidad, y viniese á darme los buenos dias ó las buenas tardes obligadas. Así es como se ahoga todo lo que es generoso é instantáneo en los sentimientos humanos. ¡Juzgad con esto el amor á hora determinada!

Sólo al autor de todas las cosas pertenece hacer salir y ponerse el sol, tarde y mañana, en medio de una pompa siempre espléndida, siempre nueva, y nadie en este mundo, con licencia del hipérbole de Juan Bautista Rousseau, puede hacer el papel del sol.

De estas observaciones preliminares resulta, que no es natural hallarse dos bajo la corona de un lecho; que un hombre dormido es casi siempre ridículo, y que la cohabitacion constante presenta á los maridos peligros inevitables.

Vamos á ver si podemos concordar nuestras costumbres con las leyes de la naturaleza, y combinar la naturaleza y las costumbres de manera que el esposo pueda hallar un auxiliar útil y algunos medios de defensa en la caoba de su lecho.

I.

LOS DOS LECHOS GEMELOS.

Si el más brillante, más agraciado y más espiritual de los maridos quiere verse *minotaurizado* al año de casado, lo conseguirá infaliblemente

teniendo la imprudencia de reunir dos lechos bajo la cúpula voluptuosa de una misma alcoba.

El decreto es conciso, hé aquí sus motivos.

El primer marido á quien se debe la invencion de los lechos gemelos fué sin duda un partero que, temeroso de los involuntarios tumultos de su sueño, quiso preservar de sus patadas al niño de que estaba en cinta su mujer.

Mas no; fué más bien algun predestinado que desconfiaba de su melodioso catarro ó de sí mismo.

Tal vez fué un jóven que, temiendo el exceso de su ternura, se hallaba siempre, ó sobre la orilla del lecho, en peligro de caer, ó demasiado cerca de su deliciosa esposa cuyo sueño turbaba.

Pero ¿no sería acaso una *Maintenon* (1) ayudada por el confesor, ó más bien una mujer ambiciosa que queria gobernar á su marido?... ó mejor que eso, una bonita pequeña *Pompadour* (2) acometida de aquella enfermedad parisiense tan graciosamente expresada por *M. de Maurepas* (3) en el cuarteto famoso que le acarreó su larga desgracia?

En fin, ¿por qué no sería un filósofo asustado del desencanto que experimentara su mujer á la

---

(1) Marquesa de Maintenon, viuda del poeta Scarron, y despues de Luis XIV.

(2) Marquesa de Pompadour, querida de Luis XV.

(3) Conde de Maurepas, ministro de Luis XV, que fué desterrado por un epigrama que compuso contra la de Pompadour, y en que la suponia padeciendo flores blancas.

Iris, son adorados tus atractivos;
Vivas y francas son tus gracias,
Bajo tus piés nacen las flores,
Pero son flores.....

vista de un hombre dormido? Y éste se habrá envuelto siempre en su manta, sin gorro en la cabeza.

¡Autor desconocido de este método jesuítico, quien quiera que seas, en nombre del diablo, salud y fraternidad!...

Tú has ocasionado muchas desgracias. Tu obra tiene el carácter de todos los términos medios, á nadie satisface, y participa de los inconvenientes de los otros dos partidos, sin dar sus beneficios.

¿Cómo es posible que el hombre del siglo diez y nueve; cómo es posible que esta criatura soberanamente inteligente, que ha desplegado un poder sobrenatural; que ha usado los recursos de su ingenio disfrazando el mecanismo de su existencia; deificando sus necesidades para no menospreciarlas; llegando hasta pedir á unas hojas chinas, á unas habas egipcias, á unos granos de Méjico sus perfumes, sus tesoros, sus almas; logrando cincelar los cristales, tornear la plata, fundir el oro, pintar la arcilla, y solicitar, en fin, todas las artes para adornar, para agrandar su taza alimeticia... cómo es posible que este rey, despues de haberse ocultado bajo los pliegues de la muselina, cubierto de diamantes, sembrado de rubíes, sepultado bajo el lino, bajo las tramas de algodon, bajo los ricos colores de la seda, bajo los dibujos del encaje, la segunda de sus miserias, pueda venir á malograrse con todo este lujo sobre dos armaduras de cama?... ¿Para qué hacer al universo entero cómplice de nuestra existencia, de nuestras mentiras, de esta poesía? ¿Para qué hacer leyes, morales, religiones, si la invencion de un tapicero (tal vez es un tapicero quien ha

creado las alcobas y los lechos gemelos), quita á nuestro amor todas sus ilusiones, le despoja de su comitiva majestuosa, y no le deja sino lo más feo y más odioso, pues ésta es toda la historia de los dos lechos?

¡Aparentar ser sublime ó grotesco! tal es la alternativa en que nos envuelve el deseo. Correspondido, nuestro amor es sublime; pero dormid en dos lechos gemelos, y el vuestro será siempre grotesco. Los contrasentidos á que da lugar esta media separacion, pueden reducirse á dos situaciones que van á descubrirnos las causas de muchas desgracias.

A media noche, poco más ó ménos, la mujer se pone los papillotes bostezando. Ignoro si su melancolía procede de una jaqueca próxima á arrojarse sobre la derecha ó sobre la izquierda de su cerebro, ó si se halla en uno de aquellos momentos de fastidio, que todo nos lo pintan negro; pero al examinarla peinándose de noche con descuido, al verla levantar con languidez la pierna para despojarla de su liga, me parece evidente que le agradaria más ahogarse, que dejar de regenerar su descolorida vida en un sueño reparador. Se halla en aquel instante bajo no sé qué grado del polo norte, en el Spitzberg, ó en la Groenlandia. Indiferente y fria, se ha acostado como lo hubiera hecho Mad. Gauthier Sandy, esto es, pensando que el dia siguiente es dia de colada, que su marido vuelve á casa muy tarde, que los huevos nevados que ha comido no tenian bastante azúcar, que debe más de quinientos francos á su costurera; piensa, en fin, cuanto os agrade suponer que piensa una mujer fastidiada.

En esta ocasion llega su marido, mozo rollizo, quien despues de una entrevista de negocios, ha tomado ponche y se ha emancipado. Se descalza, pone sus vestidos sobre las sillas, deja sus calcetas sobre un canapé, su calzador delante de la chimenea, y al acabar de rebozarse la cabeza con un madrás encarnado cuyas puntas ni siquiera oculta, dispara á su mujer algunas frases con interjecciones, pequeñas dulzuras conyugales que componen algunas veces toda la conversacion de un matrimonio, en aquellas horas crepusculares en que la razon adormecida no brilla ya casi en nuestra máquina.

¡Te has acostado!—¡Diablo, hace frio esta noche!—¡No dices nada, ángel mio!—¡Estás ya arrollada en tu cama!... ¡Disimulada! ¡Finges dormir!

Estos discursos son interrumpidos con bostezos, y despues de infinidad de breves acontecimientos, que segun los hábitos de cada matrimonio diversifican este prefacio de la noche, mi hombre hace rechinar su cama, sumergiéndose en ella.

Pero hé aquí que llegan sobre el lienzo fantástico que hallamos como tendido delante de nosotros, al cerrar los ojos, las imágenes seductoras de algunas caras bonitas y de algunas piernas elegantes, los contornos amorosos que ha visto durante el dia. Le atormentan deseos impetuosos.... Vuelve los ojos hácia su mujer. Ve una cara encantadora encuadrada por los bordados más delicados; por más dormido que esté, el fuego de su mirada parece que abrasa los rizos de encaje que ocultan imperfectamente sus ojos; en fin, se

le dibujan unas formas celestiales con los traidores pliegues del cobertor...

—¿Natalia?...

—Estoy durmiendo, amigo mio...

¿De qué modo desembarcar en esta Laponia? Os supongo jóven, bello, lleno de espíritu, seductor. ¿Cómo atravesareis el estrecho que separa la Groenlandia de la Italia? El espacio que se halla entre el paraiso y el infierno no es más inmenso que la línea que impide á vuestros dos lechos hacer uno; pues vuestra mujer es fria, y vos estais entregado á un ardoroso deseo.

Aunque no hubiese más que la accion técnica de pasar de un lecho á otro, este movimiento pone á un marido que tiene madrás en la cabeza, en la situacion más desagradable del mundo. El peligro, el poco tiempo, la ocasion, todo, entre amantes hermosea las desgracias de estas situaciones, porque el amor tiene una capa de púrpura y de oro, y la echa hasta sobre los escombros humeantes de una ciudad tomada por asalto; miéntras que para no ver escombros sobre los tapices más risueños, bajo los pliegues más seductores de la seda, el himeneo necesita de los prestigios del amor. Aunque os bastara un segundo para entrar en las posesiones de vuestra mujer, el *Deber*, esta divinidad del matrimonio, tiene tiempo para aparecérsele con toda su fealdad.

¡Oh! en presencia de una mujer fria, cuán insensato debe parecer el hombre, cuando el deseo le hace sucesivamente colérico y tierno, insolente y rendido, mordaz como un epigrama y dulce como un madrigal; cuando representa, en fin, más ó ménos al vivo, la escena de la *Venecia salvada*, en

que el ingenio de Otway (1) nos ha representado al senador Antonio repitiendo cien veces á los piés de Aquilina:

Aquilina, Quilina, Lina, Lina, Nacki, Aqui, Nacki, sin lograr más que latigazos, cuando imagina remedar al perro.

Aun á los ojos de su mujer legítima, cuanto más apasionado está un hombre en estas circunstancias, tanto más tonto la parece. Es odioso cuando manda, y será *minotaurizado* si abusa de su poder. Acordáos ahora de algunos aforismos del Catecismo conyugal, y vereis que violais sus preceptos más sagrados. Que la mujer ceda ó nó, los dos lechos gemelos ponen en el matrimonio alguna cosa tan brusca y tan trasparente, que la mujer más casta y el marido más espiritual llegan hasta la impudicicia.

Esta escena, que se representa de mil maneras, y á la cual otros mil incidentes pueden dar orígen, tiene por contraste otra ménos graciosa, pero más terrible. Una noche que yo platicaba de estas graves materias con el difunto señor conde de Nocé, de quien ya he tenido ocasion de hablar, un grave anciano cubierto de canas, su amigo íntimo, y cuyo nombre no diré, porque vive aún, nos miró con aire bastante melancólico. Adivinamos que iba á referir alguna anécdota escandalosa de las que no era escaso, y entónces le contemplamos poco más ó ménos como el estenógrafo del *Monitor* debe mirar, cuando sube á la tribuna,

---

(1) Tomás Otway, uno de los más distinguidos poetas dramáticos ingleses (1654-1685).



á un ministro cuya improvisacion le ha sido facilitada de antemano.

El narrador era un viejo marqués emigrado, cuya fortuna, mujer é hijos, habian perecido en los desastres de la Revolucion. Habiendo sido la marquesa una de las mujeres más inconsecuentes de la pasada época, él no carecia de observaciones sobre la naturaleza femenina.

Llegada á una edad en que sólo se ven las cosas como desde el fondo de un sepulcro, hablaba de sí mismo, como si se hubiese tratado de Marco Antonio ó de Cleopatra.

Jóven amigo (hizo la honra de decirme, pues yo era quien habia cerrado la discusion), vuestras reflexiones me recuerdan una noche en que uno de mis amigos se condujo de tal manera, que perdió para siempre la estimacion de su mujer. Pues en aquel tiempo una mujer se vengaba con facilidad maravillosa, y la copa no estaba léjos de la boca. Mis esposos dormian precisamente en dos camas separadas, pero bajo el cielo de una misma alcoba. Volvian á casa de un baile muy brillante dado por el conde de Mercy, embajador del emperador. El marido habia perdido una cantidad bastante fuerte al juego, de modo que se hallaba completamente embebido en sus reflexiones. Se trataba de pagar seis mil escudos el dia siguiente, y tú te acuerdas, Nocé, que no solian hallarse cien escudos áun reuniendo las bolsas de diez mosqueteros... La mujer, como siempre sucede en casos tales, era de una jovialidad desesperante.

—Dad al señor marqués, dijo al ayuda de cámara, todo lo que necesita para su tocado.

En aquel tiempo se usaba vestirse para pasar

la noche. Estas palabras, bastante extraordinarias, no sacaron al marido de su letargo. Entónces madama, ayudada por su doncella, se puso á hacer mil coqueterías.

—¿Os he agradado esta noche?... preguntó.

—¡Me agradais siempre!... contestó el marqués continuando paseándose de un extremo á otro de la pieza.

—¡Estais muy melancólico!... Habladme, bello tenebroso... dijo colocándose delante de él con el desaliño más seductor.

No, no tendreis nunca una idea de todos los encantos de la marquesa; sería necesario haberla conocido... ¡Vaya! es una mujer que tú has conocido, Nocé... dijo él con sonrisa bastante burlona. En fin, á pesar de su sutileza y de su hermosura, todas sus malicias se malograron delante de los seis mil escudos, que no salian de la cabeza de este imbécil marido, y se acostó sola. Pero las mujeres tienen siempre buen caudal de astucias, y en el momento en que mi hombre hizo ademan de meterse en su cama, la marquesa exclamó:

—¡Oh! ¡qué frio tengo!...

—Y yo tambien, repuso él; ¿por qué los criados no calientan nuestras camas?... Voy á llamar...

El conde de Nocé no pudo detener la risa. Interrumpido el viejo marqués, se detuvo.

No adivinar los deseos de una mujer, roncar cuando ella está despierta, hallarse en Siberia cuando ella está bajo el Trópico, son los menores inconvenientes de los lechos gemelos. ¿Qué cosa no arriesgará una mujer apasionada cuando haya reconocido que su marido tiene el sueño pesado?...

Creo deber á nuestro poeta contemporáneo de

más prestigio, al pintor de la reina Carolina (1), una anécdota italiana, á la cual, cuando me la refirió como un ejemplo de la osadía femenina, su juego mágico y la coquetería de su fácil palabra prestaron encanto infinito.

Ludovico tiene su palacio en una de las extremidades de la ciudad de Milán; en la otra se halla el de la condesa Pernetti. A media noche, con peligro de su vida, Ludovico, decidido á arrostrarlo todo para contemplar durante un segundo el rostro que adora, se introdujo en el palacio de su querida como por mágia. Llegó cerca de la cámara nupcial. Elisa Pernetti, cuyo corazon correspondia tal vez al deseo de su amante, oye el ruido de sus pasos y le reconoce en el modo de andar. Ve á través de las paredes una cara inflamada de amor. Se levanta del lecho conyugal. Tan ligera como una sombra, llega al umbral de la puerta, abraza con una mirada á Ludovico, le coge la mano, le hace una seña y le introduce.

—¡Pero te matará! dijo él.

—Quizá no.

Mas todo eso no es nada. Concedamos á muchos maridos un sueño ligero. Concedámosles que no ronquen y que adivinen siempre bajo qué grado de latitud se hallarán sus mujeres... Aún más; todas las razones que hemos dado para condenar los lechos gemelos serán, si así se quiere, de poco peso. Pero una última consideracion debe hacerlos proscribir.

Respecto al marido, hemos considerado el lecho nupcial como medio de defensa. Sólo en el lecho

---

(1) Beyle.

puede saber todas las noches si el amor de su mujer crece ó mengua. Allí está el barómetro conyugal. Dormir en dos lechos gemelos, es querer ignorarlo todo. Sabreis cuando se trate de la *Guerra civil* (ved la tercera parte), de qué utilidad increible es un lecho, y cuántos secretos descubre una mujer, involuntariamente, en él.

Así que nunca os dejeis seducir por la falsa bondad de los lechos gemelos.

Es la invencion más necia, más pérfida y más peligrosa que existe en el mundo. ¡Vergüenza y anatema al que la inventó!

Pero tanto este método es pernicioso á los jóvenes esposos, cuanto saludable y conveniente para los que han llegado al vigésimo año de su matrimonio. El marido y la mujer hacen entónces con mucha más comodidad los duos que necesitan sus respectivos catarros. Algunas veces deberán los laboriosos beneficios de una noche animada por el reflejo de sus primeros amores, á un quejido ocasionado por el reumatismo, por la gota obstinada, y áun por la demanda de un polvo de tabaco; supuesto que la tos no sea inexorable.

No hemos juzgado conveniente mencionar las excepciones que alguna vez autorizan al marido para usar los lechos gemelos. Estas son calamidades que es forzoso sufrir. Sin embargo, la opinion de Bonaparte era que cuando se habia verificado el cambio *de alma y de traspiracion* (estas fueron sus palabras), nada, ni áun la enfermedad, debia separar á los esposos. Es demasiado delicada esta materia para que podamos someterla á principios.

Algunas cabezas estrechas objetarán que exis-

ten muchas familias patriarcales cuya jurisprudencia erótica es inalterable en lo de las alcobas con dos lechos, y en que se logra con ellos una felicidad trasmitida de *padres á hijos.* Pero por toda respuesta, el autor declara que conoce á muchas personas muy respetables que pasan su vida viendo jugar al billar.

Este modo de acostarse debe en adelante ser condenado por todos los buenos espíritus.

Vamos á pasar al segundo modo de organizar un tálamo nupcial.

II.

DE LAS ALCOBAS SEPARADAS.

No existen en Europa cien maridos, por cada nacion, que posean bastante bien la ciencia del matrimonio, ó de la vida si se quiere, para poder habitar un aposento separado del de sus mujeres.

¡Saber poner en práctica este sistema!... es el último grado del poder intelectual y viril.

Dos esposos que habitan aposentos separados, ó se han divorciado ó han sabido hallar la felicidad, ó se detestan ó se adoran.

No nos empeñaremos en deducir ahora los preceptos admirables de esta teoría, cuyo fin es hacer de la constancia y de la fidelidad una cosa fácil y deliciosa. Esta reserva es respeto y no falta de poder en el autor. Le basta haber proclamado que, sólo por este sistema, dos esposos pueden realizar los sueños de tantas bellas almas: será comprendido de todos los fieles.

¡Por lo que hace á los profanos!... en breve habrá hecho justicia á sus curiosas preguntas, diciéndoles que el fin de esta institucion es dar la felicidad á una sola mujer. ¿Quién de ellos querrá privar á la sociedad de todos los talentos de que se cree dotado, en provecho de quién?.. ¡de una mujer!... No obstante, hacer dichosa á su compañera es el más bello título de gloria que se puede presentar en el valle de Josafat, puesto que, segun el *Génesis*, Eva no estuvo satisfecha del paraiso terrenal. Quiso probar en él la fruta prohibida, eterno emblema del adulterio.

Pero hay una razon perentoria que nos prohibe desenvolver esta brillante teoría. Estaria fuera de propósito en esta obra. En la situacion en que hemos supuesto al matrimonio, el hombre bastante imprudente para dormir léjos de su mujer, ni siquiera mereceria compasion por la desgracia que se hubiera atraido.

Resumámonos, pues.

No todos los hombres son bastante poderosos para proponerse habitar un aposento separado del de sus mujeres, miéntras que todos pueden salir, bien ó mal, de las dificultades que nacen de ocupar un solo lecho.

Vamos á buscar solucion á las dificultades que algunos espíritus superficiales pudieran ver en este último sistema, por el que nuestra predileccion es visible.

Pero que este párrafo mudo en algun modo, abandonado por nosotros á los comentarios de más de un matrimonio, sirva de pedestal á la imponente figura de Licurgo, aquel de los legisladores antiguos á quienes los griegos debieron los

pensamientos más profundos acerca del matrimonio. ¡Ojalá que su sistema pueda ser comprendido por las generaciones futuras! Y si las costumbres modernas tienen demasiada molicie para adoptarlo por completo, que al ménos se penetren del robusto espíritu de esta admirable legislacion.

III.

DE UNA SOLA CAMA.

En una noche del mes de Diciembre, cuando el gran Federico contemplaba el cielo, y todas las estrellas despedian esa luz viva y pura que anuncia un gran frio, dijo: ¡Hé aquí un tiempo que valdrá muchos soldados á la Prusia!...

El rey expresaba así, con una sola frase, el inconveniente principal de la constante cohabitacion de los esposos. Sea lícito á Napoleon y á Federico apreciar más ó ménos á una mujer segun el número de sus hijos; pero el marido de talento no debe; segun las máximas de la Meditacion XIII, considerar la fabricacion de un niño sino como un medio de defensa, y á él toca saber si es necesario prodigarlo.

Esta observacion conduce á ciertos misterios á que la musa fisiológica debe negarse. Ha consentido de buen grado entrar en las cámaras nupciales cuando están inhabitadas; pero, vírgen y modesta, se avergüenza á la vista de los juegos del amor.

Puesto que en este pasaje del libro, la musa se prepara á llevar sus blancas manos á los ojos,

para no ver, cual jóven doncella, sino por los intersticios de sus afilados dedos, aprovecharemos este acceso de pudor, para dar una reprimenda á nuestras costumbres.

En Inglaterra, la cámara nupcial es un sitio sagrado. Sólo los dos esposos tienen el privilegio de entrar en ella, y más de una lady hace por sí misma, segun se dice, su cama. De todas las manías de Ultramar, ¿por qué precisamente sólo hemos desdeñado aquella cuya gracia y misterio debieran agradar á todas las almas tiernas del continente? Las mujeres delicadas condenan la impudicia con que se introduce en Francia, á los extraños, en el santuario del matrimonio. En cuanto á nosotros, que hemos anatematizado enérgicamente á las mujeres que pasean su preñez con énfasis, no es dudosa la opinion. Si queremos que el célibe respete al matrimonio, es necesario tambien que las gentes casadas tengan miramientos con la inflamabilidad de los solteros.

Confesemos que dormir todas las noches con la mujer puede parecer el acto de la fatuidad más insolente.

Muchos maridos preguntarán cómo el hombre que tiene la pretension de perfeccionar el matrimonio, se atreve á prescribir al esposo el régimen que sería la pérdida del amante.

Tal es, sin embargo, la decision del doctor en artes y ciencias conyugales.

Desde luégo, á no ser que se tome la resolucion de no dormir nunca en su casa, este partido es el único que le queda al marido, puesto que hemos demostrado los peligros de los dos sistemas antecedentes. Debemos probar que esta última ma-

nera de acostarse presenta más ventajas y ménos inconvenientes que las dos primeras, por lo que respecta á la crísis en que se halla un matrimonio.

Nuestras observaciones respecto á los lechos gemelos, han debido enseñar á los maridos, que se hallan en algun modo obligados á estar siempre montados al grado de calor que rija la armoniosa organizacion de sus mujeres, pues nos parece que esta perfecta igualdad de sensaciones, debe establecerse asaz naturalmente bajo la blanca égida que les cubre con su lino protector; ésta es ya una ventaja inmensa.

En efecto, nada es más fácil que examinar á todas horas el grado de amor y de expansion á que llega una mujer, cuando la misma almohada recibe las cabezas de dos esposos.

El hombre (aquí hablamos de la especie), marcha con una factura siempre hecha, que muestra claramente y sin error la suma de sensualidad de que es portador. Este *gynómetro* misterioso está trazado en el hueco de la mano. La mano es efectivamente el único de nuestros órganos que traduce más inmediatamente nuestros afectos sensuales. La *Chirología* es una quinta obra que lego á mis sucesores, porque me contentaré con sólo enseñar aquí los elementos útiles á mi objeto.

La mano es el instrumento esencial del tacto, y éste el sentido que reemplaza ménos imperfectamente á todos los demás, que nunca pueden suplirle. Habiendo ejecutado sólo la mano todo lo que el hombre ha concebido hasta hoy, ella es en algun modo la *accion* misma. La suma entera de nuestra fuerza pasa por ella, y es de notar que los

hombres de una inteligencia poderosa han tenido casi todos hermosas manos, cuya perfeccion es el carácter distintivo de un alto destino. Jesucristo hizo todos sus milagros por medio de la imposicion de manos. La mano trasuda la vida, y en todas las partes en que se pone, deja señales de un poder mágico; por ello se halla en actividad en todos los placeres del amor. Declara al médico todos los misterios de nuestro organismo. Exhala, más que ninguna otra parte del cuerpo, los flúidos nerviosos ó la sustancia desconocida que es necesario llamar *voluntad* á falta de otra palabra. El ojo puede pintar el estado de nuestra alma, pero la mano hace traicion, á un tiempo, á los secretos del cuerpo y á los del pensamiento. Adquirimos la facultad de imponer silencio á nuestros ojos, á nuestros labios, á nuestras cejas y á la frente; pero la mano no disimula, y nada en nuestras facciones pudiera serle comparado en cuanto á la riqueza de expresion. El frio y el calor que sufre, tienen cambios tan imperceptibles, que escapan á los sentidos de las gentes irreflexivas; pero el hombre sabe distinguirlos por poco que se haya dedicado á la anatomía de los sentimientos y de las cosas de la vida humana. Así, la mano tiene mil maneras de estar: seca, húmeda, ardiente, helada, dulce, ruda, untosa. Palpita, se pone untosa, se endurece, se reblandece. En fin, presenta un fenómeno inexplicable que se ha tentado llamar *la encarnacion del pensamiento*. Es la desesperacion del escultor y del pintor cuando quieren expresar el mudable dédalo de sus misteriosos lineamientos. Tender la mano á un hombre es salvarle. Sirve de prenda á todos nuestros

sentimientos. En todos tiempos las hechiceras han querido leer nuestros futuros destinos en sus líneas fantásticas. Si un hombre es acusado de carecer de tacto, la mujer le condena sin remision. Dícese en fin, la mano de la justicia, la mano de Dios.

Aprender á conocer los sentimientos por las variaciones atmosféricas de la mano que, casi siempre, una mujer abandona sin desconfianza, es un estudio ménos ingrato y más seguro que el de la fisonomía.

Al adquirir esta ciencia podeis armaros de un gran poder, y tendreis un hilo que os conduzca por el laberinto de los corazones más impenetrables. Hé aquí vuestra cohabitacion exenta de muchas faltas, y rica de muchos tesoros.

Ahora bien; ¿creeis de buena fe estar obligado á ser un Hércules, porque dormís todas las noches con vuestra mujer?... ¡Tontería!... En la situacion en que se halla, el marido diestro posee muchos más recursos, para salir de cuidados, que los que tenía Mad. de Maintenon, cuando se hallaba obligada á pagar un servicio con la narracion de una historia.

Buffon y algunos fisiologistas pretenden que nuestros órganos están mucho más fatigados por el deseo, que por los más vivos placeres. En efecto, ¿no constituye el deseo una especie de posesion intuitiva? ¿No es respecto de la accion visible, lo que los accidentes de la vida intelectual, de que gozamos durante el sueño, con respecto á los acontecimientos de nuestra vida material? Esta enérgica aprension de las cosas, ¿no necesita un movimiento interior más poderoso que el de una

accion exterior? Si nuestros gestos no son más que la manifestacion de actos cumplidos ya en nuestro pensamiento, considerad hasta qué punto unos deseos muchas veces repetidos deben consumir los flúidos vitales! Pero las pasiones, que no son otra cosa que ciertas masas de deseos, ¿no surcan con sus rayos los rostros de los ambiciosos y de los jugadores, y no gastan sus cuerpos con una rapidez maravillosa?

En tal caso, estas observaciones deben contener las semillas de un sistema misterioso protegido igualmente por Platon y por Epicuro (1). Le abandonamos á vuestras meditaciones, cubierto con el velo de las estátuas egipcias.

Mas el mayor error que pueden cometer los hombres, es creer que el amor no existe sino en aquellos momentos fugitivos que, segun la magnífica expresion de Bossuet, semejan en nuestra vida á unos clavos sembrados en una pared; parecen numerosos á la vista, pero, si se reunen, cabrán en la mano.

El amor pasa casi siempre en conversaciones. Una cosa sola es inagotable en un amante: la bondad, la gracia y la delicadeza. Sentirlo todo, adivinarlo todo y precaverlo todo; hacer reconvenciones sin afligir á la ternura; desnudar un obsequio de todo orgullo; doblar el precio de un procedimiento por medio de formas ingeniosas; emplear la lisonja en las acciones y no en las palabras; darse á entender más bien que comprender vivamente; tocar sin herir; usar de caricias en las miradas y hasta en el sonido de la voz; no

(1) Escuelas espiritualista y materialista.

embarazar nunca; divertir sin ofender al gusto; halagar siempre al corazon; hablar al alma... Hé aquí todo lo que piden las mujeres. Abandonarán los beneficios de todas las noches de Mesalina (1) para vivir con una persona que les prodigue estas caricias del alma de que son tan golosas, y que no cuestan á los hombres más que un poco cuidado.

Estos renglones encierran la mayor parte de los secretos del lecho nupcial. Hay tal vez algunos chanceros que entenderán, por esta larga definicion de la cortesía, la del amor; miéntras que no es, en resúmen, sino la recomendacion de tratar á vuestra mujer como trataríais al ministro de quien dependiese el empleo que codiciais.

Oigo á millares de voces clamar que esta obra defiende más á menudo la causa de las mujeres, que la de los maridos;

Que la mayor parte de las mujeres son indignas de estas atenciones delicadas, y que abusarian de ellas;

Que hay mujeres inclinadas á la disolucion, que no se acomodarian mucho á lo que ellas llamarian mistificaciones;

Que son todo vanidad y que sólo piensan en baratijas;

Que tienen caprichos verdaderamente inexplicables;

Que algunas veces se enfadarian de una atencion;

---

(1) Valeria Mesalina, esposa del emperador romano Claudio, y célebre por su desenfreno y crueldad.

Que son tontas, que nada comprenden, nada valen, etc.

En respuesta á todos estos clamores, sentaremos aquí una frase que, puesta entre dos renglones blancos, aparentará tal vez ser un pensamiento, para valernos de una expresion de Beaumarchais (1).

AFORISMO.

La mujer es para su marido, lo que su marido la ha hecho.

Tener un intérprete fiel que traduzca con una verdad profunda los sentimientos de la mujer, hacerla espía de sí misma, mantenerse á la altura de su temple en amor, no dejarla, poder escuchar su sueño, evitar todos los errores que pierden á tantos matrimonios, son los motivos que harán triunfar el lecho único sobre los otros dos modos de organizar la cama nupcial.

Como no existe beneficio ninguno sin carga, estais obligado á saber dormir con elegancia, á conservar cierta dignidad bajo el madrás, á ser cortés, á tener el sueño ligero, á no toser demasiado, y á imitar á los autores modernos que hacen más prólogos que libros.

---

(1) Baron de Beaumarchais, crítico y autor dramático francés, célebre en toda Europa por la pintura fiel, aunque libre, que hizo de la sociedad, y principalmente de los cortesanos de aquella época (1732-1799).

MEDITACION XVIII.

DE LAS REVOLUCIONES CONYUGALES.

Llega siempre un momento en que los pueblos y las mujeres, áun las más estúpidas, se aperciben de que se abusa de su inocencia. La política más hábil puede engañar por largo tiempo; pero los hombres serian muy dichosos si engañaran siempre: se habria ahorrado mucha sangre en los pueblos y en los matrimonios.

¡Esperemos, no obstante, que los medios de defensa consignados en las Meditaciones precedentes, bastarán á cierto número de maridos para escaparse de las patas del minotauro!

¡Oh! conceded al doctor que más de un amor, conspirado sordamente, perecerá bajo los golpes de la Higiene, ó se entibiará, gracias á la Política Marital. Sí (¡error consolador!) más de un amante será arrojado por los Medios Personales, más de un marido sabrá cubrir con un velo impenetrable los resortes de su maquiavelismo, y más de un hombre se salvará mejor que el antiguo filósofo que exclamó:—*¡Nolo coronari!*

Pero por desgracia estamos obligados á reconocer una triste verdad. El despotismo tiene su seguridad: ésta es semejante á aquella hora que precede á las tormentas, y cuyo silencio permite al viajante, recostado sobre la yerba medio seca, oir á una milla de distancia el canto de una cigarra. Una mañana, la mujer decente, y la mayor parte de las nuestras la imitarán, descubre con ojo de águila las sábias operaciones de que

su marido la ha hecho víctima. Desde luégo se enfurece por haber sido virtuosa tan largo tiempo. ¿A qué edad, en qué dia se obrará tan terrible revolucion?... Esta cuestion de cronología depende por completo del genio de cada marido, pues no todos son llamados á practicar con el mismo talento los preceptos de nuestro evangelio conyugal.

—¡Es necesario que ame muy poco, exclamará la esposa mistificada, para entregarse á semejantes cálculos!... ¡Cómo! desde el primer dia ha sospechado de mí. ¡Esto es monstruoso, la mujer no sería capaz de un arte tan cruelmente pérfido!

Hé aquí el tema. Cada marido puede adivinar las variaciones que producirá el carácter de la jóven Euménides (1) que hubiere escogido por compañera.

Alguna mujer, en tal caso, no se encoleriza. Calla y disimula. Su venganza será misteriosa. No teníais que combatir más que sus vacilaciones desde la crísis á que hemos supuesto que llegábais á la espiracion de la Luna de Miel, y ahora tendreis que luchar contra una resolucion. Ha determinado vengarse. Desde este dia, para vos su máscara es de bronce, como su corazon. La érais indiferente, y ahora vais á haceros insensiblemente insoportable. La guerra civil no principiará hasta el momento en que, á la manera de la gota de agua que hace rebosar un vaso lleno, un acontecimiento, cuya mayor ó menor gravedad es imposible determinar, os haya hecho odioso. El lapso

(1) Nombre griego de las Furias, terribles divinidades, personificacion de las maldiciones y de las execraciones.

de tiempo que debe correr entre esta hora última, término fatal de vuestra buena inteligencia, y el dia en que vuestra mujer ha descubierto vuestros ardides, es sin embargo bastante considerable para permitiros aplicar la série de medios de defensa que vamos á explicaros.

Hasta ahora sólo habeis protegido vuestro honor con los juegos de un poder enteramente oculto. En adelante los resortes de vuestras máquinas conyugales se verán claros. Donde poco há precavíais el crímen, ahora será necesario herir. Habeis principiado por negociar, y acabais por montar á caballo, sable en mano, como un gendarme de París. Hareis dar vueltas á vuestro caballo, blandireis vuestro sable, gritareis desaforadamente, y procurareis disipar el motin sin herir á nadie.

Así como el autor ha debido hallar una transicion para pasar de los medios ocultos á los patentes, lo mismo es necesario que el marido justifique la mudanza bastante rápida de su política; pues en matrimonio, como en literatura, el arte se halla enteramente en la gracia de las transiciones.

Por lo que os interesa, esto es de la más alta importancia. ¡En qué situacion espantosa os colocaríais, si vuestra mujer tuviese que quejarse de vuestra conducta en este momento, el más crítico tal vez de la vida conyugal!

Es necesario hallar un medio de justificar la tiranía secreta de vuestra primera política, un medio que prepare el espíritu de vuestra mujer á la aspereza de las providencias que vais á tomar; un medio que léjos de haceros perder su es-

timacion, os la concilie; un medio que os haga digno de perdon, que os restituya tambien un poco de aquel encanto con que la seducíais ántes de casaros.

Pero ¿á qué política ha de pedirse este último recurso?

¿Existirá?...—Sí.

Mas ¡qué maña, qué tacto, qué arte escénico debe poseer un marido para desplegar las riquezas mímicas del tesoro que vamos á abrirle! Para aparentar la pasion cuyo fuego va á renovaros, se necesita toda la profundidad de Talma (1).

Esta pasion es la de los celos.

—Mi marido es celoso. Lo era ya desde el principio de mi casamiento... Me ocultaba este sentimiento por exceso de delicadeza. ¿Luego me ama todavía?... Voy á poder gobernarle.

Estos son los descubrimientos que una mujer debe hacer sucesivamente, segun las adorables escenas de la comedia que os divertireis en representar; y sería necesario que un hombre de mundo fuese bien tonto para no lograr que la mujer crea lo que la lisonjea.

¡Con qué perfeccion de hipocresía debeis coordinar los actos de vuestra conducta, de manera que aviveis la curiosidad de vuestra mujer, la ocupeis en un estudio nuevo, y la paseeis por el laberinto de vuestros pensamientos!

Actores sublimes ¿adivinais las reticencias diplomáticas, los gestos astutos, las palabras misteriosas, las miradas de dobles llamas, que condu-

---

(1) Francisco José Talma, célebre actor francés (1763-1826).

cirán una noche á vuestra mujer á querer arrancaros el secreto de vuestra pasion?

¡Oh! reir en su cara poniendo unos ojos de tigre; no mentir y no decir la verdad; apoderarse del espíritu caprichoso de una mujer, y dejarla creer que os gobierna cuando vais á apretarla un collar de hierro!... ¡Oh! comedia sin público, representada de corazon á corazon, y en la que ambos os aplaudís de un éxito incierto!...

La mujer os enseñará que sois celoso; os demostrará que os conoce mejor que os conoceis vos mismo; os probará la inutilidad de vuestros ardides, os desafiará quizá. Triunfa con alborozo de la superioridad que cree tener; os ennobleceis á sus ojos, pues que halla vuestra conducta del todo natural. Solamente vuestra desconfianza es inútil: si quisiese haceros traicion, ¿quién os lo impediria?

Despues, una noche, la pasion os arrebatará, y hallando pretexto en una friolera, suscitareis una contienda, durante la cual vuestra cólera os sacará con violencia el secreto de los extremos á que llegareis. Tal es la promulgacion de nuestro nuevo código.

No temais que la mujer se enfade, pues necesita de vuestros celos, y áun excitará vuestros rigores. Primero, porque buscará en ellos la justificacion de su conducta; despues, porque hallará beneficios inmensos en representar en el mundo el papel de víctima: ¿no tendrá deliciosas conmiseraciones que recoger? Luégo hará de ellas una arma contra vos mismo, esperando aprovecharla para haceros caer en un lazo.

En todo esto ella ve indistintamente mil place-

res más en el porvenir de sus traiciones, y su imaginacion se sonríe á todos los obstáculos que vais á suscitarle: ¿no será necesario superarlos todos?

Las mujeres poseen mejor que nosotros el arte de analizar los dos sentimientos humanos de que se arman contra nosotros, ó de que son víctimas. Tienen el instinto del amor, porque el amor es toda su vida, y el de los celos, porque éste es poco más ó ménos el único medio de que disponen para gobernarnos. Entre ellas los celos son un sentimiento verdadero, producido por el instinto de la conservacion: ellos encierran la alternativa de vivir ó morir. Mas en el hombre, esta afeccion casi indefinible, es un contrasentido siempre que no usa de ella como de un medio.

Tener celos de la mujer de quien somos amados, establece singulares vicios de razonamiento. O somos ó no somos amados: colocados en estos dos extremos, los celos son un sentimiento inútil en el hombre. Quizá no se explican más que el miedo; los celos son tal vez el miedo en amor. Pero esto no es dudar de su mujer, es dudar de sí mismo.

Ser celoso es á la vez el colmo del egoismo, el amor propio burlado, y la irritacion de una falsa vanidad. Las mujeres mantienen con un cuidado maravilloso este sentimiento ridículo, porque le deben cachemiras, el dinero de su tocado y diamantes, y porque es para ellas el termómetro de su poder.

Si no pareciéseis cegado por los celos, vuestra mujer se mantendrá vigilante, porque sólo existe un lazo de que no desconfiará, y es el que se arme á sí misma.

Así la mujer debe ser engañada fácilmente por un marido bastante hábil para dar á la revolucion inevitable que tarde ó temprano se obra en ella, la sábia direccion que acabamos de indicar.

Entónces trasportareis á vuestra casa aquel fenómeno singular, cuya existencia nos ha demostrado la geometría en los asintotas (1). Vuestra mujer tenderá siempre á minotaurizaros, sin conseguirlo. Semejante á aquellos lazos que nunca se aprietan más fuertemente que cuando los desatan, trabajará en beneficio de vuestro poder, creyendo trabajar por su independencia.

El último grado del *representar bien* en un príncipe, es persuadir á su pueblo que combate por sí, cuando se hace matar por el trono.

Pero muchos maridos hallarán una dificultad primitiva en la ejecucion de este plan de campaña. Si el disimulo de una mujer es profundo, ¿con qué señales puede reconocerse el momento en que verá los resortes de la larga mistificacion de que ha sido víctima?

Desde luégo la Meditacion de *La Aduana* y la *Teoría del lecho* han explicado ya muchos medios de adivinar el pensamiento femenino; pero no tenemos la pretension de agotar en este libro todos los recursos del espíritu humano. Son inmensos. Hé aquí una prueba de ello. ¡El dia de las Saturnales (2), descubrian los romanos más cosas,

---

(1) Líneas que no pueden tocarse aunque se acerquen hasta el infinito.

(2) Fiestas romanas en honor á Saturno, establecidas en memoria de la libertad y de la igualdad que reinaron en la tierra, y célebres en los últimos tiempos por el desenfreno que se generalizó en ellas.

acerca de sus esclavos, en diez minutos, que las que podian saber durante el resto del año! Es necesario saber crear Saturnales en vuestra casa, é imitar á Gessler, quien despues de haber visto á Guillermo Tell derribar la manzana de encima de la cabeza de su hijo, hubo de decirse á sí mismo:

Hé aquí un hombre de quien es necesario deshacerse, pues no erraria el golpe si quisiese matarme.

Comprendereis bien que si vuestra mujer quiere beber vino del Rosellon, comer solomillos de carnero, salir á cualquier hora, y leed la Enciclopedia, vos mismo se lo debeis aconsejar con eficacia. Desde luégo entrará en desconfianza contra sus propios deseos, al veros obrar en sentido inverso al de todos vuestros sistemas antecedentes. Supondrá un interés imaginario en este trastorno de política, y, en tal caso, toda la libertad que le diéreis la inquietará de manera que la impida gozarla. Por lo que toca á las desgracias que pudieran acarrear esta mudanza, el porvenir proveerá. El primero de todos los principios en la revolucion es dirigir el mal que no se puede impedir, y atraer la centella con para-rayos, para hundirla en el pozo.

En fin, el último acto de la comedia se prepara.

El amante, que desde el dia en que el más débil de todos *los primeros síntomas* se declaró en vuestra mujer, hasta el momento en que la *revolucion conyugal* se opera, ha revoloteado, sea como figura material, sea como ente de razon. *El Amante*, llamado por ella con una seña, dice:—Aquí estoy.

MEDITACION XIX.

DEL AMANTE.

Ofrecemos á vuestra meditacion las máximas siguientes:

Sería necesario desesperar de la especie humana si no hubiesen sido conocidas hasta 1830; pero establecen de una manera tan categórica las relaciones y las diferencias que existen entre vos, vuestra mujer y un amante; deben dar tanta luz á vuestra política, y enseñaros con tanta precision las fuerzas del enemigo, que el maestro ha hecho completa abnegacion de su amor propio, y si por ventura se hallase en esto un solo pensamiento nuevo, ponedlo á cuenta del diablo que aconsejó la obra.

I.

Hablar de amor es hacer el amor.

II.

En el amante, el deseo más vulgar siempre se manifiesta como el arranque de una admiracion sincera.

III.

Tiene el amante todas las calidades y todos los defectos que el marido no tiene.

IV.

El amante no da solamente la vida á todo, hace tambien olvidar la vida; el marido á nada da la vida.

V.

Todas las monerías de sensibilidad que hace la mujer, engañan siempre al amante; y cuando el marido no puede ménos de encogerse de hombros, el amante admira.

VI.

El amante no descubre, sino por sus modales, el grado de intimidad á que ha llegado con una mujer casada.

VII.

La mujer no siempre sabe por qué ama. Es raro que un hombre no tenga interés en amar. El marido debe hallar esta secreta razon de egoismo porque será para él la palanca de Arquímedes (1).

VIII.

El marido de talento nunca supone abiertamente que su mujer tiene un amante.

---

(1) El gran matemático de Siracusa.

IX.

El amante obedece á todos los caprichos de una mujer; y como un hombre nunca es vil en los brazos de su querida, empleará para agradarle medios que muchas veces repugnan al marido.

X.

El amante enseña á la mujer todo lo que le ha ocultado el marido.

XI.

Todas las sensaciones que la mujer inspira á su amante, ella las posee, y vuelven siempre á ella más fuertes; son tan ricas por lo que han dado como por lo que han recibido. Este es un comercio en que casi todos los maridos acaban por hacer bancarota.

XII.

Un amante sólo habla á la mujer de lo que puede agradarla, miéntras que el marido, áun cuando ama, no puede dispensarse de dar consejos que siempre incluyen una especie de censura.

XIII.

El amante procede siempre de su querida á sí; lo contrario sucede á los maridos.

XIV.

El amante siempre desea parecer amable. Hay en este sentimiento un principio de exageracion que conduce á la ridiculez, y de que es necesario saber aprovecharse.

XV.

Cuando ha sido cometido un crímen, el juez de instruccion sabe (salvo en el caso de un galeote libertado que asesina á la ventura) que sólo existen cinco personas á quienes atribuir el golpe. De allí deduce sus conjeturas. Un marido debe raciocinar como el juez: no tiene tres personas de quienes sospechar en sociedad, cuando quiere descubrir al amante de su mujer.

XVI.

El amante nunca tiene culpa.

XVII.

El amante de una mujer casada llega á decirle: —Señora, necesitais reposo. Teneis que dar el ejemplo de la virtud á vuestros hijos. Habeis jurado hacer la felicidad de un marido que, á excepcion de algunos defectos (y yo tengo más que él), merece vuestra estimacion. Pues bien, es menester sacrificarme vuestra familia y vuestra

vida, porque he visto que teneis una pierna bonita. Que no se os escape ni siquiera una queja, pues el arrepentimiento es una pena que yo castigaria con una pena más severa que aquélla con que la ley amenaza á las esposas adúlteras. En premio de estos sacrificios, os doy tantos placeres como penas.—Cosa increible, el amante triunfa!... La forma que da á su discurso, hace pasarlo todo. Nunca dice más que una palabra:—Yo amo. El amante es un heraldo que proclama ó el mérito, ó la belleza, ó el talento de una mujer. ¿Qué cosa proclama el marido?...

En suma, el amor que una mujer casada inspira ó el que experimenta, es el sentimiento ménos lisonjero que hay en el mundo: en ella es una vanidad inmensa; en su amante, es egoismo. El amante de una mujer casada contrae demasiadas obligaciones para que se encuentren tres hombres por siglo que se dignen desempeñarlas; debiera consagrar toda su vida á su querida, y acaba siempre por abandonarla: uno y otra lo saben, y desde que existen las sociedades, la una ha sido tan sublime, como ingrato ha sido el otro. Una gran pasion excita algunas veces la compasion de los jueces que la condenan; pero ¿en dónde veis pasiones verdaderas y durables? ¡Qué poder no necesita un marido para luchar con buen éxito contra un hombre cuyos prestigios conducen á una mujer á someterse á semejantes desgracias!

Creemos que, por regla general, el marido que sabe emplear bien los medios de defensa que he-

mos explicado, puede gobernar á su mujer hasta la edad de veintisiete años; no sin que haya elegido un amante, pero sin que haya cometido el gran delito. Se encuentran, á la verdad, de cuando en cuando, algunos hombres que, dotados de un profundo ingenio conyugal, pueden conservar á sus mujeres para sí solos, en cuerpo y en alma, hasta treinta ó treinta y cinco años; pero estas excepciones son de aquellas que causan una especie de escándalo y de pavor. Este fenómeno no se ve casi sino en provincias, donde, siendo la vida trasparente y las casas de vidrio, el hombre está armado con un poder inmenso. Esta asistencia milagrosa dada á un marido por los hombres y las cosas, siempre se desvanece en medio de una ciudad cuya poblacion asciende á doscientas cincuenta mil almas.

En tal caso quedaria poco más ó ménos probado que la edad de treinta años es la edad crítica de la virtud. En aquel momento sería una mujer tan difícil de custodiar, que, para lograr encadenarla siempre en el paraiso conyugal, sería necesario recurrir al empleo de los últimos medios de defensa que nos quedan y que van á descubir el *Ensayo sobre la policía*, el *Arte de volver á casa*, y las *Peripecias*.

MEDITACION XX.

ENSAYO SOBRE LA POLICÍA.

La policía conyugal se compone de todos los medios que os dan las leyes, las costumbres, la

fuerza y la astucia para impedir que vuestra mujer cumpla los tres actos que constituyen en algun modo la vida del amor: cartearse, verse y hablarse.

La policía se combina más ó ménos con muchos de los medios de defensa que contienen las Meditaciones antecedentes. Sólo el instinto puede indicar en qué proporciones y en qué ocasiones deben ser empleados estos diversos elementos. El sistema entero tiene algo de elástico: el marido hábil adivinará fácilmente de qué modo es necesario plegarlo, extenderlo y estrecharlo. Con ayuda de la policía, el hombre puede gobernar á su mujer hasta los cuarenta años, pura de toda culpa.

Dividiremos este tratado de policía en cinco párrafos:

I. *De las ratoneras.*
II. *De la correspondencia.*
III. *De los espías.*
IV. *Del índice.*
V. *Del presupuesto.*

I.

DE LAS RATONERAS.

A pesar de la gravedad de la crísis á que puede llegar un marido, no suponemos que el amante haya adquirido completamente *derecho de vecindad* en la ciudad conyugal. Frecuentemente muchos maridos sospechan que sus mujeres tienen un amante; pero no saben, entre los cinco ó seis

escogidos de quienes hemos hablado, sobre quién lanzar sus sospechas. Esta incertidumbre proviene ciertamente de una indisposicion moral, á cuyo socorro el profesor debe acudir.

Fouché tenía en París tres ó cuatro casas, donde concurrian las personas más distinguidas. Las amas de estas casas estaban á su servicio, y para ello gastaba el Estado sumas bastante fuertes. A estas sociedades de que nadie se recelaba, en aquel tiempo, las llamaba sus *ratoneras*. En ellas se hicieron varios arrestos, al salir de un baile, en que la compañía más brillante de París habia sido cómplice del filipense (1).

El arte de presentar algunos fragmentos de nuez tostada, para ver á vuestra mujer meter su su blanca mano en el lazo, se halla muy circunscrito, porque una mujer está ciertamente muy sobre sí: no obstante, contamos al ménos tres especies de ratoneras: *la irresistible, la engañosa* y *la de fiador*.

De la irresistible.

Suponemos dos maridos, A y B, que quieren averiguar los amantes de sus mujeres. Pondremos al marido A, en el centro de una mesa cargada con las más bellas pirámides de frutas, de cristales, de dulces, de licores, y al marido B, en el punto de aquel círculo brillante que os agrade

(1) Fouché, uno de los hombres más odiosos y de más talento que produjo la Revolucion francesa, fué ministro de la policía despues del 18 de brumario en 1804 y en los Cien Dias. Habia sido de la Congregacion del Oratorio.

suponer. El vino de Champaña ha circulado; todas las lenguas están en movimiento.

MARIDO A. *(Mondando una castaña.)*

Pues bien, yo admiro á los literatos, pero de léjos; porque me son insoportables. Tienen una conversacion despótica. No sé lo que me choca más: si sus defectos ó sus prendas; porque parece en verdad que la superioridad del talento no sirve más que para poner en relieve sus defectos y sus prendas. En una palabra... *(come su castaña)* son quintas esencias, si así lo quereis, pero de las que es necesario usar con sobriedad.

MUJER B. *(Que estaba atenta.)*

¡Pero señor A, os mostrais muy difícil! *(Se sonrie maliciosamente.)* Me parece que los necios tienen tantos defectos como las gentes de talento, con la diferencia de que aquéllos no saben hacérselos perdonar.

MARIDO A. *(Ofendido.)*

Convenid, al ménos, señora, en que no son muy amables con vos...

MUJER B. *(Con viveza.)*

¿Quién os lo ha dicho?

MARIDO A. *(Sonriéndose.)*

¿No os abruman á todas horas con su superio-

ridad? Es la vanidad tan poderosa en sus almas, que entre vos y ellos debe haber doble empleo...

LA DUEÑA DE LA CASA. *(Aparte á la mujer A.)*

Tú te lo has merecido, querida mia...
(La mujer A se encoge de hombros.)

MARIDO A. *(Prosiguiendo.)*

Por el hábito que tienen de combinar ideas, descubriéndoles el mecanismo de los sentimientos, el amor es para ellos puramente físico, y se sabe que no brillan...

MUJER B. *(Mordiéndose los labios é interrumpiendo.)*

Me parece, caballero, que nosotras solas somos los jueces de este proceso. ¡Pero concibo que los hombres de mundo no querrán á los literatos!... ¡Vaya! os es más fácil criticarlos que asemejaros á ellos.

MARIDO A. *(Con desdén.)*

¡Oh! señora, los hombres de mundo pueden atacar á los autores contemporáneos, sin ser tachados de envidia. Hay hombre de mundo que si escribiese...

MUJER B. *(Con calor.)*

Por vuestra desgracia, caballero, algunos de

vuestros amigos de la Cámara han escrito novelas... ¿Habeis podido leerlas?... Mas á la verdad, en el dia, es necesario hacer indagaciones históricas para la menor concepcion, es necesario...

MARIDO B. *(No contestando ya á su vecina y aparte.)*

¡Oh! ¡oh! ¡será acaso M. de L. (el autor de los *Sueños de una jóven)*, á quien mi mujer ame!... Es cosa extraña; yo creia que era el Dr. M... Veamos... *(En alta voz.)* ¿Sabeis, querida mia, que teneis razon en lo que decís? *(Risas.)* En verdad, yo más quisiera tener siempre en mi salon artistas y literatos *(Aparte:* cuando recibimos), que gentes de otros oficios. Los artistas, al ménos, hablan de cosas que están poco más ó ménos al alcance de todos; porque ¿cuál es la persona que cree no tener gusto? Pero los jueces, los abogados, los médicos sobre todo... ¡Ah! confieso que oyéndoles hablar siempre de procesos y enfermedades, los dos géneros de achaques humanos que...

MUJER B. *(Dejando su conversacion con la vecina para contestar á su marido.)*

¡Oh! los médicos son insoportables.

MUJER A. *(La vecina del marido B hablando al mismo tiempo.)*

¿Pero qué decís con eso, vecino mio?... Os equivocais de una manera extraña. En el dia nadie

quiere aparentar lo que es: los médicos, puesto que citais á los médicos, se esfuerzan en no hablar del arte que profesan. Hablan de política, de modas, de teatros, narran, hacen libros aún mejor que los otros, y hay mucha diferencia entre un médico de hoy dia y los de Molière... (1)

MARIDO A. *(Aparte.)*

¡Cómo! ¡Mi mujer amará al doctor M...! Hé aquí una cosa particular. *(En voz alta.)* Esto es posible, querida mia, pero yo no daria mi perro á cuidar á los médicos que escriben.

MUJER A. *(Interrumpiendo á su marido.)*

Esto es injusto, conozco gentes que tienen cinco ó seis empleos, y en quienes el gobierno parece tener bastante confianza; por otra parte es gracioso, señor A, que seais vos el que digais eso, vos que haceis muchísimo caso del doctor M...

MARIDO A. *(Aparte.)*

Ya no hay duda.

La engañosa.

UN MARIDO. *(Entrando en su casa.)*

Querida mia, estamos convidados por mada-

(1) El autor cómico francés más notable. Entre sus mejores comedias figura *El enfermo de aprension*, cuya representacion le ocasionó la muerte (1622-1673).

ma de*** al concierto que ha de dar el martes próximo. Me habia propuesto ir, para hablar al jóven primo del ministro, que habia de cantar allí; pero se ha ido á Frouville á casa de su tia. ¿Qué pretendes hacer?

LA MUJER.

¡Los conciertos me enfadan mortalmente!... Es necesario estarse clavada sobre una silla horas enteras sin decir nada... Bien sabes, por otra parte, que comemos aquel dia en casa de mi madre, y que no podemos dejar de visitarla el dia de su santo.

EL MARIDO. *(Con descuido.)*

¡Ah! es verdad.
(Tres dias despues.)

EL MARIDO. *(Al acostarse.)*

¿No sabes, ángel mio? Mañana te dejaré en casa de tu madre, porque el conde ha vuelto de Frouville y se hallará en casa de madama de***

LA MUJER. *(Con viveza.)*

Pero ¿por qué has de ir tú solo? ¡Ved un poco!...

La ratonera de fiador.

LA MUJER.

¿Por qué motivo, pues, os vais tan temprano esta noche?...

EL MARIDO. *(Misteriosamente.)*

¡Ah! Es para un negocio tanto más doloroso, cuanto que no veo en verdad cómo he de componerlo!...

LA MUJER.

¿De qué se trata?—Cárlos... eres un mónstruo si no me dices lo que vas á hacer.

EL MARIDO.

Querida mia, aquel atolondrado de Próspero Magnan tiene un desafío con M. de Fontanges por una moza de la ópera... ¿Qué tienes?

LA MUJER.

Nada... Hace mucho calor aquí. Luégo no sé de dónde puede venir esto... pero durante todo el dia... me han subido ardores á la cara...

EL MARIDO. *(Aparte.)*

¡Ella ama á M. de Fontanges!... *(En alta voz.)*

¡Celestina! *(Grita más recio.)* ¡Celestina, venid pronto, la señora está mala!...

Comprendereis que un marido de talento hallará mil maneras de armar las tres especies de ratoneras.

II.

DE LA CORRESPONDENCIA.

Escribir una carta y hacerla echar en el correo; recibir la respuesta, leerla y quemarla. Tal es la correspondencia reducida á su más sencilla expresion.

No obstante, examinad los inmensos recursos que nuestras costumbres y el amor han puesto á disposicion de las mujeres, para sustraer estos materiales á la penetracion marital.

La caja inexorable que presenta una boca abierta á todos los que llegan, recibe su pasto de todas manos.

Existe la invencion fatal de las *estafetas permanentes*. Un amante halla cien personas caritativas en el mundo, masculinas ó femeninas, que á calidad de reintegro, colocarán la esquelita en la mano amorosa é inteligente de su bella querida.

La correspondencia es un Proteo (1). Hay tintas simpáticas, y un jóven célibe nos ha confiado haber escrito una carta sobre la márgen en blanco

(1) Dios marino, pastor de las focas, y dotado de virtud profética, que para librarse de los que le interrogaban, variaba incesantemente de formas.

de un libro nuevo, que, pedido al librero por el marido, llegó á las manos de su querida, avisada la víspera de esta astucia adorable.

La mujer enamorada, que tema los celos del marido, escribirá y leerá billetes amorosos en el tiempo consagrado á aquellas misteriosas ocupaciones durante las cuales el marido más tiránico está obligado á dejarla en libertad.

En fin, todos los amantes tienen el arte de una telegrafía particular, cuyas caprichosas señales son muy difíciles de comprender. En el baile, una flor puesta de cierto modo al peinado; en el teatro, un pañuelo desplegado sobre la delantera del palco; comezon en la nariz; el color particular de una cinta; el sombrero puesto ó quitado; llevar un vestido y no otro; la romanza cantada en el concierto, ó notas particulares tocadas al piano; la mirada sobre punto convenido, todo, hasta el abrir la persiana cuando el organillo pasa bajo vuestras ventanas, y se va; el anuncio de un caballo que se vende, inserto en el *Diario*, y *vos mismo*, todo será correspondencia.

En efecto; ¿cuántas veces la mujer habrá suplicado maliciosamente á su marido, que le haga tal recado, que vaya á tal almacen ó á tal casa, porque tiene avisado al amante de que vuestra presencia en tal sitio es un sí ó un nó?

En este pasaje, el profesor confiesa con vergüenza que no conoce medio de impedir la correspondencia de dos amantes. Pero el maquiavelismo marital nace más fuerte de esta imposibilidad, que nació jamás de ningun otro medio coercitivo.

Debe ser sagrada la convencion en que los es-

posos se juran respetar el sello de sus respectivas cartas. Es muy hábil el marido que consagró este principio al entrar en matrimonio, y sabe conformarse con él á conciencia.

Dejando á la mujer la más ilimitada libertad de escribir y recibir cartas, os proporcionais el medio de conocer el momento en que se carteará con su amante.

Pero suponiendo que vuestra mujer se recele de vos, y que cubra con las sombras más impenetrables los resortes que empleare para ocultaros su correspondencia, este es el lugar de desplegar aquel poder intelectual de que os hemos armado en la Meditacion de *La Aduana*. El hombre que no ve el momento en que su mujer ha escrito al amante, ó cuando ella ha recibido su respuesta, es un marido incompleto.

El estudio profundo que debeis hacer de los movimientos, de las acciones, de los gestos, de las miradas de vuestra mujer, será tal vez penoso y trabajoso, pero durará poco, pues sólo se trata de descubrir en qué ocasiones ella y su amante se cartean, y de qué modo lo hacen.

No podemos creer que un marido, aún de mediana inteligencia, no sepa adivinar esta trama femenina, cuando sospecha que se urde.

Juzgad ahora, por esta sola aventura, de los muchos medios de policía y de represion que os presenta la correspondencia.

Un jóven abogado, á quien una pasion frenética reveló algunos de los principios consagrados en esta importante parte de nuestra obra, estaba casado con una jóven de quien era débilmente amado (lo que consideró como una muy grande

felicidad), y al cabo de un solo año de matrimonio, reparó que su querida Ana (que así se llamaba), amaba al primer dependiente de un agente de cambios.

Adolfo Bodson era un jóven de unos veinticinco años, de bella figura, que gustaba divertirse como todos los solteros presentes y futuros. Era económico, íntegro, tenía un corazon excelente, montaba bien á caballo, hablaba con finura, llevaba hermosos cabellos negros, muy rizados, y vestia con elegancia. En fin, hubiera dado honra y provecho á una duquesa. El abogado era feo, pequeño, rechoncho, cuadrado, canijo y marido. Ana, bella y esbelta, tenía ojos hendidos á modo de almendra, tez blanca y delicadas facciones. Era toda amor, y la pasion animaba sus miradas con una expresion mágica. Pertenecia á una familia pobre, y el señor Lebrun tenía doce mil libras de renta; todo está explicado.

Viene Lebrun una noche á su casa, con aire visiblemente abatido. Pasa á su gabinete para trabajar; pero vuelve muy luégo al cuarto de su mujer, tiritando; tiene calentura y no tarda en meterse en cama. Gime, deplora á sus clientes, y en particular á una pobre viuda, cuya fortuna habia de salvar al siguiente dia, por medio de una transaccion. La cita estaba dada con los agentes de negocios, pero se sentia incapaz para acudir á ella. Despues de haber dormido durante un cuarto de hora, se despierta, y con voz débil, ruega á su mujer que escriba á uno de sus íntimos amigos para que le reemplace en la conferencia del siguiente dia. Dicta una larga carta y sigue con los ojos el espacio que sus frases ocupan en el papel.

Cuando fué necesario principiar la carilla de la segunda hoja, el abogado pintaba á su compañero el gozo que su cliente tendria si la transaccion era firmada, y la fatal carilla comenzaba con estas palabras:

Mi buen amigo: id al punto á casa de madama de Vernon, pues sereis esperado allá con mucha impaciencia. Vive en la calle del Sendero, núm. 7. Perdonadme si os digo tan poco, pero cuento con vuestra admirable cordura, para adivinar lo que no puedo explicar.

Soy todo vuestro.

—Dadme la carta, dijo el abogado, para que vea yo si hay faltas, ántes de firmarla.

La desgraciada, cuya prudencia estaba entorpecida por la naturaleza de esta epístola, erizada con los términos más bárbaros del estilo judicial, entrega la carta.

Así que Lebrun posee el mentiroso escrito, se queja, se retuerce, y reclama no sé qué servicio de su mujer.

Ella se ausenta dos minutos, durante los cuales el abogado salta de la cama, pliega un papel en forma de carta, y oculta la misiva escrita por su mujer. Cuando vuelve Ana, el hábil marido cierra el papel blanco, lo hace dirigir por ella, á aquel de sus amigos á quien la carta ocultada parecia destinada, y la pobre criatura entrega al criado el cándido mensaje.

Lebrun parece aquietarse insensiblemente, se duerme ó lo aparenta; y al dia siguiente, por la mañana, afecta tener aún algunos vagos dolores.

Dos dias despues, quita la primera hoja de la carta, muda la *o* en *a* en las voces *todo vuestro*, dobla con misterio el papel inocentemente falaz, lo cierra, sale de la cámara conyugal, llama á la criadita, y le dice:

—La señora os ruega que lleveis esto á casa de M. Adolfo Bodson, corred...

Ve marchar á la doncella, al punto pretesta un negocio, y se va á la calle del Sendero, á las señas indicadas.

Espera tranquilamente á su rival, en casa del amigo que está á favor de su designio. El amante, ébrio de felicidad, acude, pregunta por madama de Vernon; es introducido, y se halla cara á cara con el señor Lebrun, quien le muestra un rostro pálido, pero frio; unos ojos tranquilos, pero implacables.

—Señor, dice con voz turbada al jóven dependiente, cuyo corazon palpitó de terror; amais á mi mujer, y procurais agradarla: no puedo llevarlo á mal, puesto que en vuestro lugar y á vuestra edad, hubiera hecho otro tanto. Pero Ana está desesperada, habeis turbado su felicidad, el infierno se halla en su corazon. Por eso me lo ha confiado todo. Una reyerta fácilmente aplacada la impelió á escribiros la esquela amorosa que habeis recibido, y me ha enviado aquí en su lugar. No os diré, señor, que persistiendo en vuestros proyectos de seduccion, haríais la desgracia de la que amais; que la privaríais de mi estimacion, y otro dia de la vuestra; que sellaríais vuestro crímen hasta en el porvenir, preparando quizá pesares á mis hijos; no os hablo de la amargura que derramaríais en toda mi vida:—por desgracia esto se

mira como puras frioleras... pero os declaro, caballero, que la menor diligencia de vuestra parte sería la señal de un crímen; pues no me fiaria de un desafío para atravesaros el corazon!...

En este momento, los ojos del abogado destilaron la muerte.

—¡Ah! caballero, añadió con voz más dulce, sois jóven, teneis el corazon generoso, haced un sacrificio á la felicidad del porvenir de la que amais... Abandonadla, no volvais jamás á verla. Y si necesitais absolutamente á álguien de la familia, tengo una tia jóven que nadie ha podido fijar; es hechicera, llena de ingenio y rica: emprended su conversion, y dejad en reposo á una mujer virtuosa.

Esta mezcla de chanza y de terror, la inmovilidad de sus miradas, y el profundo sonido de la voz del marido, obraron una increible impresion en el amante.

Estuvo dos minutos como aturdido, semejante á aquellas personas, demasiado apasionadas, á quienes la violencia de un choque priva de toda su presencia de espíritu.

Si Ana tuvo amante (pura hipótesis), no fué ciertamente Adolfo Bodson.

Este hecho puede haceros comprender que la correspondencia es un puñal de dos filos, que aprovecha tanto á la defensa del marido, como á la *inconsecuencia* de la mujer. Favorecereis, pues, la correspondencia por la misma razon porque el señor prefecto de policía hace alumbrar cuidadosamente los faroles de París.

III.

DE LOS ESPÍAS.

Humillarse hasta el punto de mendigar revelaciones de los criados, ponerse bajo de ellos pagándoles una confidencia, no es un crímen; quizá es una cobardía, pero tambien es una tontería, porque nada os garantiza la probidad de un criado que hace traicion á su ama; y nunca sabreis si se interesa por vos ó por vuestra mujer. Este punto está juzgado sin remision.

La naturaleza, tierna y buena madre, ha colocado cerca de la madre de familia los espías más seguros y finos, más verídicos y discretos que hay en el mundo; son mudos y hablan; todo lo ven y aparentan no ver nada.

Cierto dia, uno de mis amigos me encuentra en el boulevar, me convida á comer, y vamos á su casa.

La comida estaba ya servida, y la señora de la casa repartia á sus dos hijas platos de humeante sopa.—Hé aquí uno de mis *primeros síntomas*, me dijo.

Nos sentamos, y la primera palabra del marido, que no era malicioso, y que sólo hablaba por no saber qué hacer, fué preguntarle:

—¿Ha venido hoy álguien?

—¡Ni un gato siquiera! le contestó su mujer sin mirarle.

Nunca olvidaré la prontitud con que las dos hijas alzaron los ojos sobre su madre. La mayor particularmente, de ocho años de edad, tuvo al-

guna cosa particular en la mirada. Hubo á un tiempo revelaciones y misterio, curiosidad y silencio, admiracion y confianza. Si hubo algo comparable á la velocidad con que esta llama cándida se escapó de aquellos ojos, fué la prudencia con que ambas hicieron desaparecer los graciosos pliegues de sus blancos párpados.

Dulces y hechiceras criaturas que, desde la edad de nueve años hasta la núbil sois muchas veces el tormento de una madre, cuando no es presumida, ¿es por privilegio ó es por instinto, por lo que vuestros tiernos oidos oyen el sonido más débil de una voz de hombre, por entre las paredes y las puertas, por lo que vuestros ojos lo ven todo, vuestro jóven espíritu se ejercita en adivinar hasta la significacion de una palabra dicha al aire, y hasta lo que puede haber en el menor gesto de vuestras madres?

Hay una verdadera gratitud y no sé qué de instintivo en la predileccion de los padres por sus hijas, y de las madres por sus hijos.

Pero el arte de establecer espías, en algun modo materiales, es una niñería; nada es más fácil que hallar otro pertiguero como aquel que imaginó poner cáscaras de huevo en su cama, y que no consiguió otro pésame de parte de su compadre atónito, que estas palabras:

—¡Tú no las hubieras quebrado tan bien!

El mariscal de Sajonia no dió mucho mayor consuelo á la Popeliniere, cuando descubrieron juntos aquella famosa chimenea giratoria, inventada por el duque de Richelieu.

—¡Hé aquí la media luna más bella que he visto!... dijo el vencedor de Fontenoi.

Confiemos en que vuestro espionaje no os enseñará nada tan pesado! Estas desgracias son frutos de la guerra civil, y no nos hallamos en ella.

IV.

EL ÍNDICE.

El Papa sólo pone libros en el Indice; pero vos imprimireis sellos de reprobacion en los hombres y en las cosas.

Prohibid á la señora bañarse en otra parte que en su casa.

Prohibidla recibir en casa al que sospechais que es su amante, y á todas las personas que pudieran interesarse en su amor.

Prohibidla pasearse sin vos.

Pero las estravagancias á que dan ocasion, en cada familia, la diversidad de genios, los innumerables incidentes de las pasiones, y las costumbres de los esposos, imprimen tales mudanzas en este *libro negro*, multiplican ó borran sus renglones con tal rapidez, que un amigo del autor llama á ese Indice: *Historia de las variaciones de la iglesia conyugal.*

Sólo dos cosas pueden ser sometidas á principios fijos: el campo y el paseo.

Jamás debe el marido llevar ni dejar ir á su mujer al campo. Tened una hacienda, habitad en ella, no recibais en esta hacienda sino señoras ó ancianos, no dejeis nunca en ella á vuestra mujer sola. Pero conducirla, ni siquiera durante me-

dio dia á casa de otro... esto es ser más imprudente que un avestruz.

Vigilar á la mujer en el campo es ya la obra más difícil de cumplir. ¿Podreis hallaros á un tiempo en todos los jarales, trepar sobre todos los árboles, seguir la huella de un amante sobre la yerba hollada por la noche, pero que el rocío de la mañana endereza y hace renacer á los rayos del sol? ¿Tendreis un ojo en cada brecha de los muros del parque? ¡Oh! ¡el campo y la primavera!... son los dos brazos derechos del celibato.

Cuando la mujer llega á la crísis en que la suponemos, el marido debe quedarse en la ciudad hasta el momento de la guerra, ó sacrificarse á todos los placeres del cruel oficio de espía.

Por lo que hace al paseo, ¿quiere la señora ir á las funciones, á los teatros, al bosque de Boloña, salir para comprar telas, para ver modas? La señora irá, saldrá, verá, en la honrosa compañía de su dueño y señor.

Si para procurar sorprenderos el consentimiento tácito á alguna salida meditada, aprovechase el momento en que una ocupacion que no pudiérais abandonar, reclamase todo vuestro tiempo; si para lograrlo hiciese alarde de todos los prestigios y de todas las seducciones de las escenas de lisonja afectada, en que sobresalen las mujeres, y cuyos fecundos ardides puede adivinar la imaginacion, el profesor os aconseja que os dejeis seducir, que vendais caro el permiso solicitado, y particularmente que convenzais á esta criatura, cuya alma es alternativamente tan inconstante como el agua y tan firme como el acero, de que os es im-

posible, por la importancia del trabajo, dejar vuestro gabinete.

Pero así que vuestra mujer haya puesto el pié en la calle, si sale á pié, no le deis el tiempo de andar siquiera cincuenta pasos; poneos sobre sus huellas, y seguidla sin que pueda repararlo.

Quizá existen algunos Werther cuyas almas tiernas y delicadas se indignarán de esta inquisicion. Tal conducta no es más culpable que la del propietario que se levanta de noche y mira por la ventana para vigilar los albérchigos de su huerto. Conseguireis, tal vez, por este medio, ántes de cometerse el delito, informes exactos de aquellos aposentos que tantos enamorados alquilan en la ciudad bajo nombres supuestos. Si por una casualidad (de que Dios os preserve), vuestra mujer entrase en casa sospechosa, informáos de si tiene muchas salidas.

Si vuestra mujer monta en un coche de alquiler... ¿qué teneis que temer? Un prefecto de policía á quien los maridos debieran haber decretado una corona de oro mate, ¿no ha plantado en cada puesto de estos coches una pequeña barraca ó asiento, y en él, con el registro en la mano, un guardian incorruptible de la moral pública? ¿No se sabe á dónde van y de dónde vienen esas góndolas parisienses?

Uno de los principios vitales de vuestra policía será acompañar algunas veces á vuestra mujer á casa de los abastecedores de vuestra casa, si tiene costumbre de visitarles. Examinareis cuidadosamente si existe alguna familiaridad entre ella y su tendera, su modista, su costurera, etc. Aplicareis en tal caso las reglas de la Aduana

conyugal, y deducires vuestras conclusiones.

Si durante vuestra ausencia la mujer hubiere salido sin vuestra licencia, y pretendiere haber ido á tal parte ó á tal almacen, id allá el dia siguiente, y procurad saber si ha dicho verdad.

Pero la pasion os dictará, mejor aún que esta Meditacion, los recursos de la tiranía conyugal, y dejaremos aquí estas enseñanzas fastidiosas.

V.

DEL PRESUPUESTO.

Al bosquejar el retrato del marido legal (ved la Meditacion *De los predestinados)*, le encargamos cuidadosamente que ocultase á su mujer la suma verdadera á que ascienden sus rentas.

Al tiempo que nos apoyamos sobre esta base para establecer nuestro sistema de hacienda, esperamos contribuir á destruir la opinion extendida con bastante generalidad, de que no es menester dar el manejo del dinero á la mujer. Este principio es uno de los errores populares que ocasionan más engaños en el matrimonio.

Pero tratemos la cuestion de corazon, ántes de la de dinero.

Decretar una pequeña lista civil para vuestra mujer y para las necesidades indispensables de la casa, y entregársela como una contribucion, por duodécimas partes iguales y de mes en mes, manifiesta cierta mezquindad, pequeñez ó cicatería, que no puede convenir sino á almas viles y recelosas. Obrando de este modo, os preparais muchísimas pesadumbres.

Convengamos en que, durante los primeros años de vuestra *meliflua* union, algunos lances más ó ménos graciosos, algunas chanzas de buen gusto, algunos bolsillos elegantes, algunas caricias, habrán acompañado y adornado al dón mensual; mas llegará un momento en que la ligereza de vuestra mujer ó una disipacion imprevista, la obligue á implorar un empréstito en la Cámara. Supongo que otorgareis siempre el bill de indemnidad, sin venderlo muy caro, con discursos, contra lo que hacen nuestros infieles diputados. Pagan, pero refunfuñan; pagareis y hareis cumplimientos: ¡así sea!

Pero en la crísis en que estamos, nunca bastan las previsiones del presupuesto anual. Hay aumento de pañoletas, de sombreros, de vestidos; hay un gasto inapreciable exigido por los congresos, por los correos diplomáticos, por las vías y medios del amor, miéntras que los ingresos son siempre los mismos. La educacion más odiosa y más espantosa que pueda darse á la mujer, principia entónces en la familia. Sólo conozco algunas almas nobles y generosas que estiman la pureza de corazon, la sinceridad del alma, á un precio más alto que los millones, y que perdonarian mil veces una pasion más bien que una mentira, pues su delicadeza instintiva ha adivinado el principio de aquella peste del alma, último grado de la corrupcion humana.

Entónces, en efecto, las más deliciosas escenas de amor se verifican en una familia. Entónces se doblega la mujer, y, semejante á la más brillante de todas las cuerdas de un arpa, arrojada á la lumbre, da vueltas alrededor de vos, os abraza,

os aprieta; se presta á todos vuestros deseos; jamás habrán sido más tiernos sus discursos, los prodiga ó más bien los vende; llega á hacerse inferior á una bailarina, pues se prostituye á su marido. En sus besos más dulces, hay dinero; en sus palabras, hay dinero. En este oficio sus entrañas se hacen de plomo para vos. El usurero más político, más pérfido, no mide mejor con una mirada el futuro valor metálico de un hijo de familia á quien hace firmar un vale, que aprecia vuestra mujer uno de vuestros deseos, saltando de rama en rama como una ardilla que se escapa, para aumentar la suma de dinero con la suma de apetito. Y no creais escapar á sus seducciones; la naturaleza ha dado tesoros de coquetería á una mujer, y la sociedad los ha centuplicado con sus modas, sus vestidos, sus bordados y sus pañoletas.

—Si me caso, decia uno de los generales más respetables de nuestros antiguos ejércitos, no pondré un sueldo en el canastillo...

—¿Y qué pondríais en él, general?... le dijo una joven.

—La llave de la gaveta.

Hizo la señorita una pequeña mueca de aprobacion. Meneó dulcemente su pequeña cabeza, con un movimiento semejante al de la aguja tocada al imán, y la levantó ligeramente como para decir: —De buena gana me casaria con el general.

Pero como cuestion de dinero, ¿qué interés quereis que tome una mujer en una máquina en que está pagada como un tenedor de libros?

Examinad el otro sistema.

Al abandonar á vuestra mujer, á pretexto de absoluta confianza, las dos terceras partes de vuestra fortuna, y hacerla la dueña de dirigir la administracion conyugal, conseguís una estimacion que nada puede destruir; que la confianza y la nobleza hallan ecos poderosos en el corazon de la mujer. Se creerá gravada con una responsabilidad que levantará frecuentemente una barrera ante sus disipaciones, tanto más fuerte, cuanto que ella misma se la habrá creado en su corazon. Os habeis colocado de pronto á tan alto grado en su estimacion, que despues bien podeis estar seguro de que vuestra mujer quizá nunca se envilecerá.

Al buscar en este caso medios de defensa, considerad qué admirables recursos os presenta este plan rentístico.

Tendreis, en vuestra familia, una señal exacta de la moralidad de vuestra mujer, como la de la Bolsa da la medida del grado de confianza conseguido por el gobierno.

En efecto, durante los primeros años de vuestro matrimonio, vuestra mujer se jactará de daros lujo y satisfaccion por vuestro dinero.

Establecerá una mesa servida con opulencia, renovará el ajuar, los coches; tendrá siempre en la gaveta y consagrada á su caro esposo una cantidad siempre dispuesta. Pues bien, en las circunstancias actuales, estará la gaveta muy á menudo vacía, y el marido gastará con exceso. Las economías prescritas por la Cámara, nunca recaen sino sobre los dependientes pagados á mil y doscientos francos; así, sereis vos el dependiente de mil y doscientos francos en vuestra familia. Os

burlareis de ello, porque habreis acumulado, capitalizado y administrado la tercera parte de vuestra fortuna durante largo tiempo, semejante á Luis XV que se habia formado aparte un pequeño tesoro *para en caso de desgracia*, segun decia.

Por tanto, si vuestra mujer habla de economía, sus discursos equivaldrán á las variaciones de las cotizaciones de la Bolsa. Podreis adivinar todos los progresos del amante por las fluctaciones del bolsillo, y lo habreis conciliado todo: *E sempre bene.*

Si vuestra mujer, no apreciando este exceso de confianza, disipase algun dia una gran parte de fortuna, sería difícil, de seguro, que su prodigalidad llegase á la tercera parte de los réditos conservados por vos en el curso de diez años; pero la Meditacion sobre las *Peripecias* os enseñará despues, que hay en la misma crísis ocasionada por las locuras de vuestra mujer, recursos inmensos para matar al *minotauro.*

En fin, el secreto del tesoro amontonado por vuestra diligencia, no debe ser conocido hasta vuestro fallecimiento, y si necesitáseis tomar algo de él, para auxiliar á vuestra mujer, direis siempre que habeis tenido fortuna al juego, ó que habeis pedido prestado á un amigo.

Estos son los principios verdaderos respecto al presupuesto conyugal.

La policía conyugal tiene su martirologio. No citaremos más que un solo hecho, porque éste podrá hacernos comprender la necesidad en que están los maridos que toman providencias tan acerbas, de velar sobre sí mismos, tanto como sobre sus mujeres.

Un viejo avaro que vivia en T., ciudad de placer, si hubo jamás alguna, se habia casado con una mujer jóven y bonita; estaba tan prendado y tan celoso de ella, que el amor triunfó de la usura, pues dejó el comercio para poder custodiar mejor á su mujer, no haciendo de este modo más que mudar de avaricia.

Confieso que debo la mayor parte de las observaciones que se hallan en este ensayo, imperfecto aún sin duda, á la persona que pudo en otro tiempo estudiar este admirable fenómeno conyugal.

Bastará un solo rasgo para pintarle. Cuando iba al campo, nunca se acostaba sin haber raspado secretamente las calles de su parque de un modo misterioso, y tenía un rastrillo particular para la arena de que su casa estaba rodeada.

Habia hecho un estudio especial dê las huellas dejadas por los piés de las diferentes personas de su casa; por la mañana iba á reconocer las señales.

—Todos son aquí árboles altos, decia á la persona de quien he hablado, mostrándole su parque, pues nada se ve en el soto.

Amaba su mujer á uno de los jóvenes más bellos de la ciudad. Duraba esta pasion hacía nueve años, brillante y fecunda en placeres, en el corazon de ambos amantes.

Se habian adivinado con una sola mirada, en medio de un baile; y bailando, sus dedos trémulos les habian revelado, por entre la piel perfumada de sus guantes, toda la extension de su amor.

Desde aquel dia ambos habian hallado inmensos recursos en las frioleras desdeñadas por los amantes dichosos. Un dia el jóven llevó á su único confidente, con aire misterioso, á un retrete en que, sobre una mesa y bajo unos globos de vidrio, conservaba con mayor cuidado que lo hubiera hecho con las pedrerías más bellas del mundo, algunas flores caidas del peinado de su querida, gracias al calor del baile, y algunas hojitas arrancadas á unos árboles que ella habia tocado en su parque. Habia allí hasta la estrecha huella marcada en tierra arcillosa, por el pié de esta mujer.

—Yo oia, me dijo más tarde este confidente, las fuertes y sordas palpitaciones de su corazon, en medio del silencio que conservábamos delante de las riquezas de este museo de amor.

Levanté los ojos al techo como para confiar al cielo un sentimiento que no osaba expresar.—¡Pobre humanidad!... dije para mí!...

—¿Madama de... me ha dicho que una noche, en el baile, os habian hallado casi desmayado en la sala de juego? le pregunté.

—Lo creo, dijo velando el fuego de su mirada; ¡le habia besado el brazo!...—Pero, añadió, apretándome la mano y lanzándome una de aquellas miradas que parecen oprimir el corazon, su marido tiene en este momento la gota muy cerca del estómago...

Algun tiempo despues volvió á la vida el viejo avaro, y pareció haber hecho un nuevo pacto con ella; pero en medio de su convalecencia, se acostó una mañana, y murió de repente. Síntomas de veneno se manifestaron con tanta violencia en el

cadáver, que la justicia tomó informes, y los dos amantes fueron encarcelados.

Entónces se verificó ante el tribunal de los Assises la escena más patética que enterneció jamás el corazon de un jurado. En el sumario los dos amantes habian confesado el crímen sin rodeos, y, por un mismo pensamiento cada uno, se habian culpado sólo de él, para salvar, ella á su amante, él á su querida. Se hallaron dos delincuentes en donde la justicia no buscaba más que uno. En la defensa no hicieron más que desmentirse mútuamente con todo el furor de la pasion del amor...

Estaban reunidos por la primera vez, pero sobre el banco de los reos, y separados por un gendarme. Fueron condenados por unanimidad por los jurados que lloraban.

Nadie, entre los que tuvieron el bárbaro valor de verlos conducir al cadalso, puede hablar de ellos sin estremecerse. La religion les habia arrancado el arrepentimiento del crímen, pero no la abjuracion de su amor.

El cadalso fué su lecho nupcial, y juntos se acostaron allí, en la larga noche de la muerte.

MEDITACION XXI.

EL ARTE DE VOLVER Á CASA.

Incapaz de dominar los arrebatos ardientes de su inquietud, comete más de un marido la falta de llegar á casa, y entrar en el cuarto de la mujer, para triunfar de su debilidad, como aquellos

toros de España, que, animados por la banderilla de fuego, con sus furiosas astas abren el vientre de caballos y de espadas, de picadores, de capeadores y consortes:

¡Oh! volver á casa con aire tímido y dulce, como Mascarilla, que teme una paliza y se pone alegre como una gaita cuando encuentra á su amo de buen humor!... Esto es propio de un hombre prudente...

—¡Sí, querida mia, sé que en mi ausencia podias libremente obrar mal!... ¡Otra en vuestro lugar, quizá hubiera echado la casa por la ventana, y vos no habeis roto más que un vidrio! Dios os bendiga por vuestra clemencia. Conducíos siempre de este modo y podeis contar con mi agradecimiento.

Estas son las ideas que deben expresar vuestro modo de obrar y vuestra fisonomía; pero aparte os decís:—¡Tal vez ha venido!...

Tener siempre el rostro amable en casa, es una de las leyes conyugales que no sufren excepcion.

Pero el arte de no salir de su casa sino para volver cuando la policía os ha revelado una conspiracion, pero saber volver cuando es necesario! ¡Ah! es imposible trazar la fórmula de estas reglas. Aquí todo es tino y finura. Los acontecimientos de la vida son siempre más fecundos que la imaginacion humana. Por eso nos contentaremos con enriquecer este libro con una historia digna de estar inscrita en los archivos de la abadía de Théleme. Esta historia tendrá el inmenso mérito de descubriros un nuevo medio de defensa, indicado ligeramente por uno de los aforismos del

profesor, y de poner en accion la moral de esta Meditacion, único modo de instruiros.

M. de B***, oficial de Estado Mayor, agregado momentáneamente en calidad de secretario á las órdenes de Luis Bonaparte, rey de Holanda (1), se hallaba en el palacio de Saint Leu, cerca de París, en donde la reina Hortensia (2) tenía su corte, y á donde todas las señoras de su servicio la habian acompañado.

Era el jóven oficial bastante galante y rubio, tenía aire afectado, parecia muy satisfecho de sí mismo, y demasiado infatuado del ascendiente militar; por lo demás medianamente espiritual y muy cumplimentero. ¿Con qué motivo sus galanteos se habian hecho insoportables á todas las damas de la reina?... esto es lo que no dice la historia. ¿Habia cometido tal vez la falta de ofrecer á todas un mismo homenaje? Precisamente. Pero esto era una astucia. Adoraba por el momento á una de entre ellas, la señora condesa de***. No osaba la condesa defender á su amante, porque hubiera de este modo confesado su secreto, y, por un capricho fácil de explicar, los epigramas más crueles salian de sus bellos labios, miéntras que su corazon conservaba la graciosa imágen del bello militar.

Existe una clase de mujeres de traje elegante y de pié bien calzado, cerca de las cuales todo lo logran los hombres algo presumidos. Estas son las mujeres zalameras, delicadas y deseadas. Era

(1) Hermano del primer cónsul. Abdicó en 1810.

(2) Hija de Josefina, mujer de Napoleon y del vizconde Alejandro de Beauharnis. En 1802 casó con Luis Bonaparte (1783-1837).

la condesa, salvo los arrumacos, que en ella tenian un carácter particular de inocencia y de verdad, una de aquellas personas. Pertenecia á la familia de los N... en la cual los buenos modales se conservan por tradicion.

Su marido era el conde de... hijo de la vieja duquesa de L... y que habia inclinado su cabeza ante el ídolo del dia. Como Napoleon le habia nombrado recientemente conde, se lisonjeaba de conseguir una embajada, pero, entre tanto, se contentaba con el empleo de gentil-hombre de cámara, y si dejaba á su mujer cerca de la reina Hortensia, era sin duda por cálculo de ambicion.

—Hijo mio, le dijo su madre una mañana, vuestra mujer es enamorada por herencia. Ama á M. de B***

—Os chanceais, madre mia, ayer me pidió cien napoleones prestados.

—Si no haceis más caso de vuestra mujer que de vuestro dinero, no hablemos más de ello, dijo con sequedad la anciana señora.

Observó el futuro embajador á los dos amantes. Su mujer y el oficial estaban jugando al billar con la reina: y entónces el conde consiguió una de aquellas pruebas tan leves en apariencia, como irrecusables á los ojos de un estadista.

—¡Están más adelantados de lo que ellos mismos piensan!... dijo el conde á su madre.

Y comunicó al alma tan sábia como astuta de la duquesa la profunda pesadumbre de que estaba poseido por este amargo descubrimiento. Amaba á la condesa, y esta señora, sin tener precisamente lo que se llama principios, estaba casada

demasiado recientemente para no hacer ya caso de sus deberes.

La duquesa se encargó de sondear el corazon de su nuera, pues juzgó que habia aún recursos en aquella alma jóven y delicada; y prometió á su hijo perder sin recurso á M. de B***

Una noche, cuando las partidas estaban ya terminadas, y todas las señoras empezaban una de esas conversaciones familiares en que se organizan las murmuraciones, y cuando la condesa servía cerca de la reina, Mad. de L... aprovechó la ocasion para participar á la asamblea femenina el gran secreto del amor de M. de B*** por su nuera. Todas quedaron admiradas. Recogidos los votos por la duquesa, se acordó por unanimidad que la que lograse arrojar del palacio al oficial, haría un servicio señalado á la reina Hortensia, que estaba aburrida de él, y á todas sus damas, que le aborrecian, y no sin motivo. La anciana señora reclamó la asistencia de las bellas conspiradoras, y cada cual prometió su cooperacion en cuanto pudiera intentarse.

En el espacio de cuarenta y ocho horas, la astuta suegra se hizo confidente de su nuera y del amante. Tres dias despues hizo esperar al jóven oficial, el favor de una conversacion secreta, al terminar un almuerzo. Fué acordado que M. de B*** saldria por la mañana temprano para París, y que volveria secretamente. La reina habia anunciado su intencion de ir con toda su servidumbre á seguir, en aquel dia, una caza de jabalí, y la condesa debia fingir una indisposicion. Como el conde habia sido enviado á París por el rey Luis, inspiraba pocas inquietudes.

Para concebir toda la perfidia del plan de la duquesa, es necesario explicar sucintamente la disposicion del reducido aposento que la condesa ocupaba en el palacio. Estaba situado en el primer piso, encima de los pequeños aposentos de la reina, y al fin de un largo corredor. Se entraba inmediatamente en un dormitorio, á derecha y á izquierda del cual se hallaban dos gabinetes. Era el de la derecha un tocador, y el de la izquierda habia sido convertido recientemente por la condesa en retrete. Ya se sabe qué cosa es un gabinete de campaña: aquél no tenía más que cuatro paredes. Estaba adornado con una colgadura de color pardo, y no tenía otros muebles que un pequeño sofá y una alfombra; porque su ajuar estaba para acabarse en breve. La duquesa habia concebido su perfidia en relacion con estas circunstancias, que, aunque poco importantes en apariencia, le sirvieron admirablemente.

A cosa de las once, fué dispuesto un almuerzo en el cuarto. El oficial, volviendo de París, hacía volar á su caballo. Llega en fin, confia el noble animal á su criado, trepa por las paredes del parque, vuela al palacio, y llega al cuarto sin haber sido visto siquiera por un jardinero.

Los oficiales de Estado Mayor llevaban entónces pantalones muy apretados, y un pequeño schakó angosto y largo, traje tan favorable para lucir en un dia de revista, como incómodo en una cita. La anciana señora habia calculado toda la inoportunidad del uniforme.

El almuerzo fué sumamente alegre. La condesa y su madre no bebian vino, pero el oficial, que conocia el proverbio, bebió muy alegremente tanto

champaña como era necesario para incitar su amor y su espíritu.

Concluido el almuerzo, el oficial miró á la suegra, que, continuando el papel de cómplice, dijo:

—¡Oigo un coche, segun creo!... Y se sale del cuarto.

Vuelve á entrar al cabo de tres minutos.

—¡Es el conde!... exclama empujando á los dos amantes en el retrete.

—¡Tranquilizáos!... les dijo.

—Tomad vuestro schakó, añadió reprendiendo con un gesto al imprudente jóven.

Corrió rápidamente la mesa hácia el tocador, y por su diligencia se halló el desórden del cuarto enteramente reparado en el momento de presentarse su hijo.

—¿Está enferma mi mujer?... preguntó el conde.

—No, amigo mio, respondió la madre. Su dolor se disipó pronto, está en la caza, segun creo...

Despues le hizo una seña con la cabeza como para decirle:—Allí están.

—Pero, ¿estais loca, repuso el conde en voz baja, para encerrarlos de este modo?...

—Nada teneis que temer, repuso la duquesa; he puesto en su vino...

—¿Qué?

—El más eficaz de todos los purgantes.

El rey de Holanda entró. Venía á preguntar al conde el resultado de la comision que le habia confiado. Procuró la duquesa, por medio de algunas de esas frases misteriosas que tan bien saben pronunciar las mujeres, obligar á S. M. á llevarse al conde á su habitacion.

Así que se hallaron los dos amantes en el retrete, la condesa, aturdida al reconocer la voz de su marido, dijo en voz baja al oficial seductor:

—¡Ay, caballero! ved á qué me he expuesto por vos...

—Pero querida María, mi amor os recompensará de todos vuestros sacrificios, y os seré fiel hasta la muerte. *(Aparte y entre sí mismo:* ¡Qué dolor!...)

—¡Ay! exclamó la condesa, que se retorció las manos al oir andar á su marido cerca de la puerta del retrete; no hay amor que pueda pagar terrores semejantes... Caballero, no os llegueis á mí...

—¡Oh, querida mia, caro tesoro mio! dijo él arrodillándose con respeto; ¡seré para tí lo que quieras que sea!... Manda y me alejaré. Si vuelves á llamarme, vendré. Seré el más sumiso, como quiero ser... (¡S... D... tengo cólico!) el más constante de los amantes... ¡Oh, bella María! (¡Ay! estoy perdido. Esto es morirse...)

Entónces el oficial se fué hácia la ventana para abrirla y precipitarse dando de cabeza en el jardin; pero vió á la reina Hortensia y á sus damas. Se volvió luégo hácia la condesa llevando la mano á la parte más manifiesta de su uniforme; y en su desesperacion, exclamó con voz ahogada:

—Perdonad, señora, pero me es imposible sufrir esto por más tiempo.

—Caballero, ¿estais loco?... exclamó la condesa, reparando en que no era sólo el amor lo que agitaba aquel rostro desfigurado.

Llorando de rabia el oficial, se dobló con viveza sobre el schakó que habia arrojado en un rincon.

—Muy bien, condesa... decia la reina Hortensia entrando en el dormitorio de que acababan de salir el rey y el conde: ¿cómo os hallais? ¿Pero dónde está?

—¡Señora! exclamó la condesa precipitándose hácia la puerta del retrete: ¡no entreis! ¡por amor de Dios!... ¡no entreis!...

Calló la condesa, porque vió á todas sus compañeras en el cuarto. Miró á la reina Hortensia, que tenía tanta indulgencia como curiosidad, hizo una seña y toda su comitiva se retiró.

Aquel mismo dia, el oficial partió para el ejército, llegó á los puestos avanzados, buscó la muerte y la halló. Era un valiente, pero no era un filósofo.

Se pretende que uno de nuestros pintores más célebres, habiendo concebido por la mujer de uno de sus amigos un amor que fué correspondido, tuvo que sufrir todos los horrores de una cita semejante, que el marido habia dispuesto por venganza; pero si lo que se dice es verdad, hubo entónces una doble vergüenza; y más cuerdo que M. de B***, los amantes, acometidos por la misma enfermedad, no se dieron la muerte ni uno ni otro.

El modo con que debe conducirse un marido al volver á casa, depende tambien de muchas circunstancias. Hé aquí un ejemplo de esta verdad:

Tenía lord Catesby una fuerza prodigiosa. Aconteció un dia, que al volver de la caza de zorras, caza á que habia prometido ir, sin duda por artificio, se dirigió hácia un seto de su bosque, en donde decia ver un caballo muy hermoso. Como tenía pasion por los caballos, se adelantó para admirarle más de cerca, y vió á lady Catesby, á

cuyo socorro era tiempo de acudir, por poco celoso que fuese de su honor. Se lanzó sobre un caballero cuya conversacion criminal interrumpió cogiéndole por la cintura; despues le arrojó por encima del seto á la orilla de un camino.

—Acordaos, caballero, que para pedir aquí alguna cosa, será necesario, en adelante, dirigiros á mí; le dijo sin cólera.

—Pues bien, milord, ¿tendríais la bondad de arrojarme tambien mi caballo?...

Pero el flemático lord ya habia cogido el brazo de su mujer, y le decia con gravedad:

—Os desapruebo mucho, querida mia, por no haberme advertido que yo debia amaros por dos. En adelante todos los dias pares os amaré por ese caballero, y los otros dias por mí mismo.

Es considerada en Inglaterra esta aventura como una de las vueltas á casa más graciosas que se conocen. Es verdad que esto era reunir con una felicidad rara la elocuencia del gesto con la de la palabra.

Pero el arte de volver á casa, cuyos principios no son más que deducciones nuevas del sistema de urbanidad y de disimulo, recomendado por nuestras Meditaciones antecedentes, es al mismo tiempo la constante preparacion de las *Peripecias* conyugales de que vamos á ocuparnos.

MEDITACION XXII.

DE LAS PERIPECIAS.

Es la palabra *Peripecia* un término de literatura que significa *golpe teatral*.

Conducir una peripecia en el drama que representais, es un medio de defensa tan fácil de emprender como de incierto resultado. Al aconsejaros emplearlo, no os disimularemos sus peligros.

Puede compararse la peripecia conyugal con aquellas calenturas recias que matan á un sujeto bien constituido, ó restablecen su vida para siempre. Así, cuando sale bien la peripecia, pone por años enteros á una mujer en las sábias regiones de la virtud.

Por lo demás, este es el último medio de todos los que la ciencia ha permitido descubrir hasta ahora.

La San Bartolomé, las Vísperas Sicilianas, la muerte de Lucrecia, los dos desembarcos de Napoleon en Frejus, son peripecias políticas. No os es lícito hacer otras tan vastas; pero guardadas todas proporciones, vuestros golpes de teatro conyugales no serán ménos poderosos.

Mas como el arte de crear situaciones y de mudar, por medio de acaecimientos naturales, la faz de una escena, constituye el ingenio; como la conversion á la virtud de una mujer cuyo pié deja ya algunas huellas sobre la arena suave y dorada de las sendas del vicio, es la más difícil de todas las peripecias; y como el ingenio no se aprende, ni se demuestra, el licenciado en Derecho Conyugal está obligado á confesar aquí su falta de poder para reducir á principios fijos una ciencia tan fugitiva como la ocasion, tan indefinible como el instinto.

Para valernos de una expresion que d'Alembert y Voltaire no han podido naturalizar, á pesar de

su energía, una peripecia conyugal se *subodora*. Así será nuestro único recurso delinear imperfectamente algunas situaciones conyugales análogas, imitando á aquel filósofo de la antigüedad que, queriendo en vano explicarse el movimiento, se ponia á andar para procurar entender sus incomprensibles leyes.

El marido, segun los principios consignados en la Meditacion sobre la *Policía*, habrá prohibido expresamente á su mujer que reciba las visitas de aquel soltero de quien sospecha que es su amante. Ella ha prometido no verlo jamás. Estas son todas las pequeñas escenas interiores que abandonamos á las imaginaciones matrimoniales. El marido las dibujará mucho mejor que nosotros, haciendo retroceder su pensamiento hácia aquellos dias en que ciertos deseos deliciosos ocasionaron confidencias sinceras, en que los resortes de su política hicieron jugar algunas máquinas hábilmente trabajadas.

Supongamos, para dar más interés á esta escena normal, que seais vos, marido que me leeis, cuya policía, cuidadosamente organizada, descubre que vuestra mujer, aprovechando las horas consagradas á una comida ministerial á que tal vez os ha hecho convidar, ha de recibir al señor A. Z.

En tal caso existen todas las condiciones requeridas para realizar una de las peripecias más bellas que pueden hallarse.

Volveis bastante temprano para que coincida vuestra llegada con la del señor A. Z., pues no os aconsejaríamos que arriesgáseis un tiempo demasiado largo. Pero ¿de qué modo entrais en vues-

tra casa?... no ya segun los principios de la Meditacion antecedente, sino como un atolondrado que ha olvidado su bolsillo ó su memorial para el ministro, su pañuelo ó su petaca.

En tal caso, sorprendereis juntos á los dos amantes, ó avisada vuestra mujer por su criada, habrá escondido al soltero.

Apoderémonos de estas dos situaciones únicas en su especie.

Observaremos aquí que todos los maridos deben hallarse en estado de producir el terror en su familia, y preparar muy de antemano Dos de Setiembre matrimoniales.

Así, un marido, desde el momento en que su mujer ha permitido ver algunos *Primeros síntomas*, no dejará de dar, de cuando en cuando, su opinion personal acerca de la conducta que el esposo ha de seguir en las grandes crísis conyugales.

—Yo, direis, no titubearia en matar á un hombre que sorprendiese arrodillado delante de mi mujer.

En una discusion que habreis suscitado ireis hasta defender:—la ley debiera haber dado á un marido como á los antiguos romanos, derecho de vida y muerte sobre sus hijos, para que pudiese matar á los adulterinos.

Estas opiniones feroces que á nada os obligan, imprimirán en vuestra mujer un terror saludable.

Y áun las expresaríais riendo y diciéndole:

—¡Oh, Dios mio! sí, querido amor mio, yo te mataria con muchísima gracia. ¿Te agradaria ser matada por mí?

Nunca puede una mujer dispensarse de temer que algun dia sea muy séria esta chanza; pues todavía hay amor en esos crímenes involuntarios; además, sabiendo las mujeres, mejor que nadie, decir la verdad riendo, sospechan algunas veces que sus maridos emplean esta astucia femenina.

En tal caso, cuando un esposo sorprende á su mujer con el amante, áun en medio de una conversacion inocente, su cabeza, vírgen aún, debe producir el efecto mitológico de la célebre Gorgona (1).

Para conseguir una peripecia favorable en esta coyuntura, es necesario, segun el genio de vuestra mujer, ó fingir una escena patética al modo de Diderot, ó hacerla irónica como Ciceron, ó arrojarse sobre unas pistolas cargadas con pólvora, y dispararlas tambien si pensais que sea necesario un grande estrépito.

El marido mañoso ha logrado resultados bastante buenos de una escena de *sensibleria* moderada. Entra, ve al amante y le echa fuera con una mirada. Habiendo salido el soltero, él se arrodilla delante de su mujer, declama un trozo de versos, en que entre otras frases, se hallaba ésta:

—¡Cómo es esto, Agustina mia! yo no he sabido amarte!... El llora, llora ella, y esta peripecia lacrimosa fué del todo completa.

Explicaremos, cuando se trate del segundo

---

(1) Nombre comun á las tres hermanas Medusa, Euriale y Sthenio, que entre todas tenian un diente y un ojo que usaban alternativamente. Con sus miradas mataban y áun petrificaban á los hombres.

modo, cómo puede presentarse la peripecia, los motivos que obligan á un marido á preparar esta escena segun el grado más ó ménos elevado de la fuerza femenina.

Prosigamos.

Si vuestra fortuna quiere que el amante esté escondido, será mucho más bella la peripecia.

Por poco que haya sido dispuesto el aposento segun los principios consagrados por la Meditacion XIV, reconocereis fácilmente el sitio en que el soltero está agachado, aunque se hubiese hecho un ovillo, como el don Juan de lord Byron, bajo la almohada de un sofá. Si, por casualidad, se halla en desórden vuestro aposento, debeis tener de él un conocimiento bastante perfecto para saber que no hay dos sitios en que pueda colocarse un hombre.

En fin, si por alguna inspiracion diabólica, se hubiese hecho tan pequeño y colocado en un sitio no imaginable (pues todo puede temerse de un soltero), ó vuestra mujer no podrá contenerse sin mirar á aquel escondrijo misterioso, ó aparentará echar los ojos al lado enteramente opuesto, y en tal caso nada es más fácil al marido, que armar una pequeña ratonera á su mujer.

En tal caso, descubierto el escondrijo, vais directamente hácia el amante. ¡Le encontrais!...

Allí, procurais ser arrogante. Mantened siempre vuestra cabeza en perfil, levantándola con aire de superioridad. Esta actitud añadirá mucho al efecto que vais á producir.

La más esencial de vuestras obligaciones consiste, en aquel momento, en aniquilar al soltero con una frase muy notable, que habreis tenido

todo el tiempo de improvisar. Despues de haberle aterrado, le indicareis sosegadamente que puede irse. Sereis muy cortés, pero tan cortante como el hacha del verdugo, y más impasible que la ley. Este menosprecio glacial acarreará tal vez una peripecia en el espíritu de vuestra mujer. No haya gritos, ni gestos, ni arrebatos. Los hombres de las altas esferas sociales, ha dicho un jóven autor inglés, nunca se asemejan á aquellas gentecillas que no pueden perder un tenedor sin alborotar todo el barrio.

Ido el soltero, os hallais á solas con vuestra mujer, y en esta situacion, debeis reconquistarla para siempre.

En efecto, os colocais delante de ella, tomando uno de aquellos ademanes cuya tranquilidad afectada hace traicion á vuestras profundas emociones; despues escogereis entre las ideas siguientes, que os presentamos en forma de amplificacion retórica, las que puedan convenir á vuestros principios.

—Señora, no os hablaré ni de vuestros juramentos ni de mi amor, pues teneis demasiado espíritu y yo demasiada altanería para que os mortifique con las quejas ordinarias que todos los maridos tienen el derecho de hacer en semejante ocasion. Su menor defecto, en tal caso, es tener demasiada razon. Tampoco alimentaré, si es posible, cólera ni resentimiento. No soy yo el agraviado, pues tengo demasiado valor para que me atemorice aquella comun opinion que hiere casi siempre muy justamente con la ridiculez y con la reprobacion á un marido cuya mujer se conduce mal. Me examino y no veo por qué motivo he

podido merecer, como la mayor parte de ellos, ser vendido.

Os amo aún. Nunca he faltado, no á mis deberes, pues nada penoso he hallado en adoraros, pero ni tampoco á las dulces obligaciones que nos impone un sentimiento verdadero. Teneis toda mi confianza, y administrais mi fortuna. Nada os he rehusado. En fin, esta es la primera vez en que os muestro el semblante, no diré severo, desaprobador.

Dejemos esto, no obstante, pues no debo hacer mi apología en el momento en que me probais tan enérgicamente que me falta por necesidad alguna cosa, y que no estoy destinado por la naturaleza á cumplir la difícil obra de vuestra felicidad.

Ahora bien, os preguntaré cual un amigo que habla á su amigo, ¿cómo es posible que hayais expuesto á un tiempo la vida de tres personas?... la de la madre de mis hijos, que siempre será sagrada para mí; la del jefe de la familia, y en fin, la de aquel... que amais... (se arrojará quizá á vuestros piés, no será menester sufrirla en ellos, porque es indigna de mantenerse allí) porque... no me amais ya, Elisa. Pues bien, cuitada hija mia (no la llamareis *cuitada hija mia*, sino en caso de que el delito no esté cometido), ¿para qué engañarse?... ¿Por qué no me lo decíais?... Si se apaga el amor entre dos esposos, ¿no queda la amistad, la confianza?... ¿No somos dos compañeros asociados para hacer un mismo viaje? ¿Está determinado que durante el camino nunca tendrá el uno que alargar la mano al otro para levantarle ó para impedirle que caiga?...

Pero tal vez digo demasiado, y toco en lo vivo á vuestra altivez... ¡Elisa!... ¡Elisa!...

—¿Qué diablos quereis que responda una mujer?... Hay necesariamente peripecia.

Entre cien mujeres, existe al ménos una buena media docena de criaturas débiles, que, en esta gran conmocion, tal vez vuelven para siempre á sus maridos.

Son gatos escaldados que en adelante huyen del agua fria.

Es, sin embargo, esta escena un alexifármaco (1) verdadero, cuyas dósis es necesario saber temperar.

Para ciertas mujeres que tienen las fibras blandas, cuyas almas son suaves y tímidas, bastará mostrar el escondrijo en donde yace el amante diciendo:

—¡El señor A. Z. está allí!... (y os encogeis de hombros). ¿Cómo os atreveis á jugar á un juego que puede dar la muerte á dos personas honradas? Yo me voy, hacedle escapar, y que esto no vuelva á suceder.

Pero hay mujeres cuyo corazon demasiado dilatado se relaja en estas terribles peripecias. Otras en quienes la sangre se convierte en agua, y que caen en enfermedades graves. Algunas son capaces de volverse locas. Tampoco faltan ejemplares de haber visto algunas que se envenenaban ó que morian de muerte repentina, y no creemos que querais la muerte del pecador.

Sin embargo, María Estuardo, la reina más bo-

---

(1) Antídoto ó contraveneno.

nita, más galante de todas las reinas de Inglaterra, la graciosa, la desventurada María Estuardo, despues de haber visto dar la muerte á Rizzio, casi en sus brazos, no por esto amó ménos al conde de Bothwel; pero era una reina, ¡y las reinas!... ¡Vaya!...

Supondremos, pues, que la mujer cuyo retrato hemos dibujado en nuestra Meditacion primera, es una pequeña María Estuardo, y no tardaremos en descorrer el telon para el quinto acto de este gran drama llamado el *Matrimonio*.

Puede la peripecia conyugal manifestarse en todas partes, y mil incidentes indefinibles la darán nacimiento. Unas veces será un pañuelo, como en el moro de Venecia, ó un par de chinelas, como en don Juan; otras será una equivocacion de vuestra mujer, que exclamará: ¡Querido Alfonso! en vez de — ¡Querido Luis! En fin, muchas veces el marido, viendo que su mujer está cargada de deudas, irá á verse con el principal acreedor, y le conducirá casualmente á su casa, una mañana, para disponer en ella una peripecia.

—Señor José, sois platero, y la pasion que teneis por vender vuestras alhajas sólo iguala á la de ser pagado de ellas. La señora condesa de... os debe treinta mil francos. Si quereis cobrarlos mañana (es necesario siempre ir á ver al industrial á últimos del mes), id á su casa al medio dia. Estará su marido en el cuarto; no hagais caso de ninguna de las señas que hiciese para que guardeis silencio. Hablad con osadía.—Yo pagaré.

En fin, la peripecia es en la ciencia del matrimonio lo que son los guarismos en aritmética.

Todos los principios de alta filosofía conyugal que animan los medios de defensa indicados en esta Segunda Parte de nuestro libro, están sacados de la naturaleza de los sentimientos humanos. Los hemos hallado esparcidos en el gran libro del mundo. En efecto, así como las personas de talento aplican por instinto las leyes del gusto, cuyos principios á veces podrian deducir difícilmente, así hemos visto gran número de personas apasionadas que emplean con una rara facilidad las doctrinas que acabamos de manifestar. Pero en ninguna de ellas habia un plan determinado. El sentimiento de su situacion no les revelaba más que fragmentos incompletos de un vasto sistema, semejantes en esto á los sabios del siglo XVI, cuyos microscopios no estaban aún bastante perfeccionados para permitirles reparar todos los entes cuya existencia les hacía presentir un genio paciente.

Confiamos en que las observaciones presentadas ya en este libro, y las que han de sucederles, serán de tal naturaleza, que destruyan la opinion que hace considerar, por los hombres frívolos, el matrimonio como un bocado sin hueso. Segun nuestro dictámen, un marido que se fastidia es un hereje, y aún más que todo eso, es un hombre que se halla necesariamente fuera de la vida conyugal, y que no la concibe. Bajo tal aspecto, estas Meditaciones descubrirán quizá á muchos ignorantes los misterios de un mundo, delante del cual estaban con los ojos abiertos sin verle.

Confiemos tambien en que estos principios. sábiamente aplicados, obrarán muchas conversiones, y que entre las hojas casi blancas que se-

paran de la GUERRA CIVIL esta segunda parte, habrá muchas lágrimas y muchos arrepentimientos.

Sí; sobre las cuatrocientas mil mujeres decentes que hemos elegido tan cuidadosamente en el seno de todas las naciones europeas, creemos de buena fe que no habrá más que cierto número de ellas, trescientas mil, verbi-gracia, que sean bastante perversas, bastante hechiceras, bastante adorables, bastante belicosas para levantar la bandera de la GUERRA CIVIL.

—¡Al arma, pues, al arma!...

PARTE TERCERA.

De la guerra civil.

Bellas como los serafines de Klopstock,
Terribles como los diablos de Milton.

DIDEROT.

MEDITACION XXIII.

DE LOS MANIFIESTOS.

Los preceptos preliminares cuya ciencia puede armar aquí el marido, son en corto número. Se trata, en efecto, mucho ménos de saber si acaso será vencido, que de examinar si puede resistir.

Colocaremos aquí, sin embargo, algunos faroles para alumbrar esta palestra en que el marido va á hallarse en breve á solas con la Religion y la Ley, contra su mujer, patrocinada por la Astucia y la Sociedad entera.

AFORISMOS.

I.

Todo puede esperarse y de suponerse en una mujer enamorada.

II.

Las acciones de una mujer que quiere engañar á su marido, casi siempre serán estudiadas, pero nunca serán razonadas.

III.

El mayor número de mujeres procede, como la pulga, á saltos y con brincos irregulares. Escapan por la altura ó por la profundidad de sus primeras ideas, y las interrupciones de sus planes las favorecen. Pero no se ejercitan sino en un espacio que al marido es fácil circunscribir; y si tiene serenidad de ánimo, puede apagar esta pólvora animada.

IV.

Nunca debe un marido permitirse una sola palabra hostil contra su mujer, en presencia de otro.

V.

En el momento en que la mujer se determina

á hacer traicion á la fe conyugal, cuenta con su marido ó para todo ó para nada. De allí pueden sacarse las consecuencias.

VI.

La vida de la mujer se halla en la cabeza, en el corazon ó en la pasion. A la edad en que la mujer ha juzgado la vida, su marido debe saber si la causa primera de la infidelidad que medita procede de la vanidad, del sentimiento ó del temperamento. El temperamento es una enfermedad por curar; el sentimiento ofrece al marido grandes probabilidades de éxito, pero la vanidad es incurable. La mujer cuya vida está en la cabeza, es un azote espantoso. Reunirá los defectos de la mujer apasionada y de la mujer amante, sin tener las excusas de éstas. Carece de compasion, de amor, de virtud y de sexo.

VII.

La mujer que tenga la vida en la cabeza, procurará inspirar la indiferencia á su marido; la mujer que vive del corazon, odio; la mujer apasionada, disgusto.

VIII.

El marido nada arriesga haciendo creer en su fidelidad, y conservando un aire de paciencia ó el silencio. El silencio, sobre todo, inquieta prodigiosamente á las mujeres.

IX.

El marido que parece instruido de la pasion de su mujer, es un necio; pero aparentar ignorarlo todo, es propio de un hombre de entendimiento, y casi no hay otro partido, si no es éste, que tomar. Por eso se dice que en Francia todos tienen talento.

X.

El gran escollo es la ridiculez.—¡Al ménos amémonos en público! debe ser el axioma de los casados. Es perder demasiado perder ambos el honor, la estimacion, la consideracion, el respeto y todo lo que os agrade llamar á este no sé qué social.

Estos axiomas son relativos solamente á la lucha. La catástrofe tendrá los suyos.

Hemos llamado á esta crísis *Guerra civil*, por dos motivos: ninguna guerra fué jamás más intestina y al mismo tiempo más política. Pero ¿de qué modo y en dónde se manifestará esta guerra fatal?

—¡Ah! ¿creeis que vuestra mujer tendrá regimientos y tocará la trompeta? tendrá tal vez un oficial, hélo aquí todo. Y este débil cuerpo de ejército bastará para destruir la paz de vuestra familia.

—¡Vos me impedís ver á los que me agradan! es un exordio que ha servido de manifiesto á la

mayor parte de los matrimonios. Esta frase, con todas las ideas que acarrea, es la fórmula más frecuentemente empleada por las mujeres vanas y artificiosas.

El manifiesto más general es el que se proclama en el lecho conyugal, teatro principal de la guerra. Será esta cuestion tratada particularmente en la Meditacion titulada: *Del pudor en sus relaciones con el matrimonio.*

Algunas mujeres linfáticas afectarán tener esplin, y se harán las muertas, para conseguir los beneficios de un divorcio secreto.

Pero casi todas deben su independencia á un plan cuyo efecto es infalible sobre la mayor parte de los maridos, y cuyas perfidias vamos á divulgar.

Uno de los mayores errores humanos consiste en la creencia de que nuestro honor y nuestra reputacion se establecen por nuestras acciones, ó que resultan de la aprobacion que da la conciencia á nuestra conducta. El hombre que vive en sociedad, ha nacido esclavo de la opinion pública. Ahora bien, un hombre particular tiene en Francia mucha ménos accion sobre el mundo, que su mujer. Y ésta sola puede ponerle en ridículo. Las mujeres poseen maravillosamente el talento de colorar con motivos especiosos las recriminaciones que se permiten hacer. Nunca defienden más que sus yerros, y éste es un arte en el que sobresalen, sabiendo oponer autoridades á los razonamientos, aserciones á las pruebas, y alcanzar muchas veces algunas pequeñas victorias. Se adivinan y se comprenden admirablemente cuando una de ellas presenta á la otra un arma que le

está prohibido aguzar. Así es cómo pierden á un marido algunas veces sin quererlo. Aplican la pajuela, y, largo tiempo despues, están asustadas del incendio.

Todas las mujeres en general se ligan contra el marido acusado de tiranía, pues existe entre ellas un lazo secreto, como entre todos los sacerdotes de una misma religion. Se aborrecen, pero se protegen. Nunca podríais ganar más que á una sola; y en cuanto á vuestra mujer, esta seduccion sería un triunfo.

En tal caso estais expuesto á ser desterrado del imperio femenino. Hallais sonrisas de ironía en todos los labios, encontrais epigramas en todas las respuestas. Aquellas espirituales criaturas fraguan puñales, cuyo mango se divierten en esculpir, ántes de heriros con ellos graciosamente.

El arte pérfido de las reticencias, las malicias del silencio, la maldad de las suposiciones, la falsa ingenuidad de una pregunta, todo lo emplean contra vos. El hombre que pretende mantener á su mujer bajo el yugo, es un ejemplo demasiado peligroso, para que ellas no lo destruyan. ¿No sería su conducta la sátira de todos los maridos? Así, os atacan con chanzas amargas, con argumentos serios ó con las usadas máximas del galanteo. Un enjambre de solteros ayuda todas sus tentativas, y os hallais asaltado, perseguido, como un hombre estravagante, como un tirano, como un mal dormidor, como un hombre caprichoso, como un hombre de quien es necesario recelar.

Vuestra mujer os defiende á la manera del oso de la fábula de Lafontaine; os arrojará ladrillos á la cabeza para ahuyentar las moscas que se sienten

en ella. Os refiere, por la noche, todas las conversaciones que ha oido acerca de vos, y os pedirá cuenta de las acciones que no habreis realizado, de los discursos que no habreis pronunciado. Os habrá justificado de delitos pretendidos; se habrá jactado de tener una libertad que no tiene, para disculparos de la razon que teneis para no dejarla libre. La carraca inmensa que agita vuestra mujer, os perseguirá en todas partes con su ruido importuno. Vuestra querida amiga os aturdirá, os atormentará, y se divertirá en no haceros sentir más que las espinas del matrimonio. Os acogerá con aire muy risueño en público, y será muy intratable en casa. Estará de mal humor cuando esteis alegre, y os importunará con su alegría cuando esteis triste. Formarán vuestros dos rostros una antítesis perpétua.

Pocos hombres tienen bastante fuerza para resistirse á esta primera comedia, siempre hábilmente representada, y que se asemeja al *Hourra* que gritan los cosacos marchando al combate. Entónces hay maridos que se enfadan, y que se atribuyen faltas. Otros abandonan á sus mujeres. En fin, algunas inteligencias superiores no saben siquiera manejar la varita encantada que desvaneceria esta fantasmagoría femenina.

Las dos terceras partes de las mujeres saben conquistar su independencia por este único manejo, que no es, en algun modo, más que la revista de sus tropas. En tal caso la guerra termina en breve.

Pero el hombre poderoso, que tiene valor para conservar su serenidad en medio de este primer asalto, puede divertirse mucho, descubriendo á su

mujer, por medio de chanzas espirituales, los secretos sentimientos que la hacen obrar; siguiéndola paso á paso en el laberinto en que se mete; diciéndole á cada palabra que se engaña á sí misma; no dejando nunca el tono de la chanza, y no encolerizándose.

Sin embargo, la guerra está declarada, y si el marido no está alucinado por este primer fuego artificial, su mujer tiene, para asegurar el triunfo, otros muchos recursos que las Meditaciones siguientes van á manifestar.

MEDITACION XXIV.

PRINCIPIOS DE ESTRATEGIA.

El archiduque Cárlos (1) publicó un bellísimo tratado sobre el arte militar, titulado: *Principios de estrategia aplicados á las campañas de* 1796. Estos principios nos parecen semejarse un poco á las poéticas hechas para los poemas publicados. Hoy somos mucho más fuertes, pues inventamos reglas para las obras, y obras para las reglas. Pero ¿de qué han servido los antiguos principios del arte militar ante el impetuoso genio de Napoleon? Si hoy reducís á sistemas las instrucciones dadas por aquel gran capitan, cuya táctica nueva ha arruinado á la antigua, ¿qué garantía teneis del porvenir, para creer que no producirá otro Napoleon? Los libros sobre el arte militar tienen,

(1) Feld-mariscal austriaco, que hizo la guerra á Napoleon, y fué el único que comprendió su táctica.

salvo algunas excepciones, la suerte de las obras antiguas de Química y de Física. Todo se muda sobre el terreno ó por períodos seculares.

Esta es en pocas palabras la historia de nuestra obra.

Miéntras que hemos trabajado con una mujer desidiosa y adormecida, nada más fácil que tejer las redes en que la hemos encerrado; pero desde el momento en que despierta y se resiste, todo se mezcla y se complica. Si un marido quisiese ponerse de acuerdo con los principios del sistema antecedente, para enredar á su mujer en las redes agujereadas que ha armado la segunda parte, sería semejante á Wurmser, á Mack y á Beaulien (1), que hacian campamentos y marchas, miéntras que Napoleon se echaba con presteza sobre ellos, y se servía, para perderlos, de sus propias combinaciones.

De este modo obrará vuestra mujer.

¿Cómo ha de saberse la verdad, cuando os la oculteis uno á otro bajo la misma mentira, y cuando os presenteis la misma ratonera? ¿Para quién será la victoria, cuando ambos os hayais dejado coger las manos en el mismo lazo?

—Caro tesoro mio, tengo que salir, es necesario que vaya á casa de madama tal, he mandado poner los caballos. ¿Quereis venir conmigo? Vaya, sed amable, acompañad á vuestra mujer.

Os decís entre vos mismo:—¡Qué chasqueada se hallaria si yo aceptase! No me ruega tanto, sino para que rehuse. Entónces respondeis:

---

(1) Dagoberto Segismundo Wurmser, el baron Cárlos Mack de Leibarich y Juan Pablo, baron de Beaulien, generales austriacos que hicieron la guerra á Napoleon.

—Tengo precisamente que hacer en casa de fulano de tal, pues está encargado de un informe que puede comprometer nuestros intereses en tal empresa, y es absolutamente necesario que hable con él. Debo ir despues al Ministerio de Hacienda; de este modo, se compone muy bien la cosa.

—Pues bien, ángel mio, ve á vestirte miéntras que Celina acaba mi tocado; pero no me hagas esperar.

—Querida mia, héme aquí pronto... decís, llegando al cabo de algunos minutos, con botas puestas, afeitado y vestido.

Pero todo ha mudado. Ha llegado de repente una carta, la señora está indispuesta, el vestido va mal, llega la costurera; si no es la costurera, es vuestro hijo ó vuestra madre. De cien maridos existen noventa y nueve que se van contentos, y y creen á sus mujeres bien custodiadas, cuando son ellas las que los echan fuera.

La mujer legítima de quien su marido no puede escapar, que no es atormentada por ninguna inquietud pecuniaria, y que, para emplear el lujo de inteligencia con que trabaja, contempla dia y noche los cuadros mudables de sus dias, ha descubierto luégo la falta que ha cometido cayendo en una ratonera, ó dejándose sorprender por una peripecia. En tal caso procurará volver todas aquellas armas contra vos mismo.

Existe en la sociedad un hombre cuyo aspecto repugna sobremanera á vuestra mujer. No puede sufrir su tono, sus modales, ni su carácter. De él todo la hiere, la sofoca, la es odioso; no hay que hablarla de él. Parece que toma de su cuenta el contradeciros, pues resulta que es un hombre de

quien haceis mucho caso, cuyo genio amais porque os lisonjea; y ella pretende vuestra estimacion, que es un mero efecto de vanidad. Si dais un baile, una velada, un concierto, casi siempre teneis una discusion á causa de él, y la señora os riñe porque la obligais á recibir personas que no la convienen.

—Al ménos, señor mio, no tendré que acusarme de no haberos avisado. Ese hombre os causará algun disgusto. Fiaos un poco en las mujeres cuando se trata de juzgar á un hombre. Y permitidme que os diga que *ese baron* de quien os enamorais, es un personaje muy peligroso, y que haceis muy mal en traerle á casa. Pero hé aquí como sois, me obligais á ver una cara que no puedo sufrir, y si os pidiese que convidáseis al *señor don Fulano de Tal*, no consentiríais, porque creeis que tengo gusto en verle. Confieso que habla bien, que es obsequioso, amable; pero vos valeis aún más que él.

Estos rudimentos informes de táctica femenina consolidada con gestos falaces, con miradas de increible finura, con las inflexiones pérfidas de la voz, y áun con los lazos de un silencio malicioso, son en algun modo el espíritu de su conducta.

En tal caso, pocos maridos hay que no conciban la idea de construir una pequeña ratonera; hacen dueños de sus casas al *señor don Fulano de Tal* y al fantástico *baron* que representa el personaje aborrecido por sus mujeres, esperando descubrir un amante en la persona del soltero amado en apariencia.

¡Oh! cuántas veces he encontrado en el mundo jóvenes verdaderos pisaverdes en amor, comple-

tamente engañados por la amistad mentirosa que les manifestaban unas mujeres obligadas á hacer una diversion, y á poner una *moxa* á sus maridos, como sus maridos en otro tiempo les habian aplicado otra!... Estos pobres inocentes pasaban su tiempo en desempeñar minuciosamente encargos, en ir á alquilar palcos, en pasearse á caballo acompañando en el bosque de Boloña la berlina de sus supuestas amantes. Se les atribuian públicamente aquellas mujeres cuya mano no besaban siquiera. El amor propio les impedia desmentir este rumor amistoso, y, semejantes á aquellos jóvenes sacerdotes que dicen misas gratis, gozaban de una pasion de revista, verdaderos supernumerarios en amor.

En estas circunstancias, el marido pregunta algunas veces al portero cuando vuelve á casa:

—¿Ha venido álguien?

—El señor *baron* ha pasado para verle á las dos: como sólo estaba la señora, no ha subido; pero el *señor don Fulano de Tal* está en su cuarto.

Llegais y veis á un jóven soltero, rozagante, perfumado, con su corbata bien puesta, perfecto dandy.

Tiene miramientos con vos, vuestra mujer escucha á hurtadillas el ruido de sus pasos, y baila siempre con él. Si la prohibís que le vea, da gritos penetrantes, y sólo despues de muchos años (ved la Meditacion de los *Ultimos síntomas)*, reparais en la inocencia del *señor don Fulano de Tal*, y en la culpabilidad del *baron*.

Hemos observado, como uno de los manejos más hábiles, el de una jóven, arrastrada por una pasion irresistible, que habia mostrado todo su

odio al que no amaba, y que prodigaba á su amante las imperceptibles señales de su amor.

En el momento en que se persuadió su marido de que amaba al *sigisbeo*, y que detestaba al *patito*, se puso ella misma con el *patito* en una situacion cuyo riesgo habia calculado de antemano, y que hizo creer al marido y al soltero detestado, que su aversion y su amor eran igualmente aparentes. Despues que puso á su marido en esta incertidumbre, dejó caer en sus manos una carta apasionada. Entónces, una noche, en medio de la peripecia admirable que habia *preparado lentamente*, se arrojó á los piés de su esposo, los regó con lágrimas, y supo cumplir en su provecho el golpe de teatro.

—Os honro y os estimo bastante, exclamó, para tener otro confidente que vos mismo. ¡Yo amo! ¿es este un sentimiento que pueda vencer fácilmente? Pero lo que puedo hacer es confesároslo, y suplicaros que me protejais contra mí misma, que me salveis de mí. Sed mi dueño, y sed severo para mí, sacadme de aquí, alejad al que ha ocasionado todo el mal. Consoladme, yo le olvidaré; así lo deseo. No quiero haceros traicion. Os pido humildemente perdon de la perfidia que el amor me ha sugerido. Sí; os confesaré que el sentimiento que aparentaba tener por mi primo, era un lazo tendido á vuestra perspicacia. Le quiero como amigo, pero con amor... ¡Oh, perdonadme!... no puedo amar más que á... (aquí muchos sollozos). ¡Oh! partamos, salgamos de París.

Ella lloraba, estaban sus cabellos esparcidos, su tocado en desaliño, era media noche, y el marido perdonó.

El primo pareció sin peligro en adelante, y el minotauro devoró una víctima más.

¿Qué preceptos pueden darse para combatir á semejantes adversarios? Hállase en sus cabezas toda la diplomacia del Congreso de Viena. Son tan fuertes cuando ellas se entregan, como cuando se escapan. ¿Qué hombre es bastante flexible para seguirlas en este dédalo?

Defender á cada instante lo falso, para saber lo verdadero, y lo verdadero, para descubrir lo falso, mudar de improviso la batería, y elevar vuestro cañon al momento de disparar; trepar con el enemigo sobre una montaña, para volver á bajar cinco minutos despues á la llanura; acompañarle en sus rodeos tan rápidos, tan embrollados como los de un ave fria en los aires; obedecer cuando es necesario, y oponer con tiempo una resistencia de inercia; poseer el arte de recorrer, como un jóven artista corre de una sola tirada, desde la última nota de su piano á la más alta, toda la escala de las suposiciones, y adivinar con precision la intencion secreta que mueve á una mujer; temer sus caricias, y buscar en ellas más bien pensamientos que placeres; todo esto es juego de niños para un hombre de entendimiento y para aquellas imaginaciones lúcidas y observadoras que tienen el dón de obrar pensando; pero existe un número inmenso de maridos, atemorizados á la sola idea de poner en práctica estos principios, cuando se trata de su mujer.

Unos os dirán que son incapaces de tener de este modo perpétuamente tirante su espíritu, y de desconcertar todos sus hábitos. Entónces la mujer triunfa. Reconoce que tiene sobre su marido una

superioridad de espíritu ó de energía, aunque esta superioridad no sea más que momentánea, y de allí nace en ella un sentimiento de menosprecio para el jefe de la familia.

Si hay tantos hombres que no son dueños en sus casas, no es por falta de buena voluntad, sino por falta de talento.

Por lo que toca á los que aceptan los pasajeros trabajos de este terrible duelo, necesitan, á la verdad, de una gran fuerza moral.

En efecto, cuando se necesita emplear todos los recursos de esta estrategia secreta, muchas veces es inútil armar lazos á aquellas criaturas satánicas. Una vez que han llegado las mujeres á cierta voluntad de disimulo, sus rostros se hacen tan impenetrables como la nada. Hé aquí un ejemplo conocido por mí.

Una mujer muy bonita, muy jóven y muy presumida de París, aún no se habia levantado, y tenía á la cabecera de su cama á uno de sus más caros *amigos*. Llega una carta de otro de sus amigos más fogosos, á quien habia dejado el derecho de hablar como amo. La esquela estaba escrita con lápiz, y concebida en estos términos:

Estoy informado de que M. C... se halla en vuestra casa en este momento; le espero para levantarle la tapa de los sesos.

La señora D... prosigue tranquilamente la conversacion con M. C... Le ruega que le dé un atrilito de cordoban encarnado; y él lo trae.

—¡Muchas gracias, querido!... le dijo ella, seguid hablando, os escucho.

C... habla y ella le responde, al mismo tiempo que escribia la esquela siguiente:

Puesto que estais celoso de C... podeis levantaros ambos la tapa de los sesos á vuestra comodidad; podreis morir, pero entregar el espíritu!... lo dudo mucho.

—Mi buen amigo, le dijo ella; hacedme el favor de encender esa bujía. Muy bien, sois adorable. Tened ahora la bondad de dejarme levantar, y entregad esa carta á M. d'H. que la espera á mi puerta.

Todo esto fué dicho con una serenidad de ánimo inimitable. Ni el sonido de voz, ni sus inflexiones, ni las facciones del rostro, nada se inmutó. Esta atrevida concepcion fué coronada con un éxito completo. M. d'H... al recibir la respuesta de manos de M. C... sintió calmarse su cólera, y sólo fué atormentado por una cosa: por no poder disimular su gana de reir.

Pero cuantas más teas se arrojan en la caverna inmensa que procuramos alumbrar, tanto más profunda se hallará. Es un abismo sin fondo. Creemos cumplir nuestra obra de un modo más agradable y más instructivo, mostrando los principios de estrategia puestos en accion, cuando la mujer ha llegado á un alto grado de perfeccion viciosa. Un ejemplo hace concebir más máximas, revela más recursos, que todas las teorías posibles.

Un dia, al fin de un convite dado á algunos amigos íntimos por el príncipe Lebrun, los convidados, acalorados por el champaña, hablaban sobre el capítulo inagotable de las astucias femeninas. Reciente la aventura ocurrida á la señora condesa R. D. S. J. D. A. con motivo de un collar, habia sido el principio de esta conversacion.

Un artista estimable, un sabio amado por el emperador, mantenia vigorosamente la opinion poco viril de que sería imposible al hombre resistir con buen éxito á los ardides tramados por la mujer.

—He experimentado, por fortuna, decia él, que nada hay sagrado para ellas.

Las señoras comenzaron á desaprobar esta expresion.

—Pues yo puedo citar un hecho...

—¡Eso es una excepcion!

—¡Escuchemos la historia!... dijo una señora jóven.

—¡Oh! ¡referídnosla! exclamaron todos los convidados.

El prudente anciano echó una mirada alrededor suyo, y despues de haber atendido á la edad de las señoras, se sonrió diciendo:—Puesto que todos hemos experimentado la vida, consiento en referiros la aventura.

Callaron todos, y el narrador principió poco más ó ménos en estos términos:

Amaba perdidamente á la condesa de... tenía veinte años y era ingénuo; ella me engañó, me enfadé, y me dejó; como yo era ingénuo, sentí haberla perdido; como yo tenía veinte años, ella me perdonó; y como yo tenía veinte años, como era ingénuo, siempre engañado, y además despedido, me creia el amante más amado, por tanto, el más dichoso de los hombres.

La condesa era amiga de la señora de T... que parecia tener algunos proyectos sobre mí, pero sin que su dignidad se hubiese comprometido jamás; porque era escrupulosa y sumamente de-

cente. Un dia, esperando yo á la condesa en su palco, me oigo llamar del inmediato. Era la señora de T...

—¡Cómo! me dijo, ¡habeis acudido ya! ¿Es eso fidelidad ó desocupacion? ¡Vaya, venid!

Su voz y sus modales tenian viveza, pero yo estaba léjos de esperar un lance de novela.

—¿Abrigais algun proyecto para esta noche? me dijo. No tengais ninguno. Si os saco del fastidio de vuestra soledad, es necesario rendírseme. —Vaya, no me pregunteis y obedeced.—Llamad á mis criados:

Me incliné, ínstame para que baje, y obedezco.

—Id á casa del señor, dijo al lacayo. Avisad que no volverá hasta mañana.

Despues le hace una seña, él se acerca, la señora le habla al oido, y parte.

Principia la ópera. Quiero aventurar algunas palabras, me hace callar, no me escucha ó aparenta no escucharme. Concluido el primer acto, vuelve el lacayo con una esquela, y advierte que todo está dispuesto. Entónces ella se sonríe, me pide la mano, me lleva, me hace entrar en su coche, y me encuentro en una carretera sin haber podido saber cuál sería mi destino.

A cada pregunta que yo arriesgaba, me daba una gran carcajada por respuesta. Si yo no hubiese sabido que era una mujer muy apasionada, que tenía hacía mucho tiempo inclinacion por el marqués de V..., y que no podia ignorar que yo lo sabía, me habria creido en su gracia; pero ella conocia el estado de mi corazon y la condesa de... era su amiga íntima. Renuncié á toda idea presuntuosa, y esperé.

En la primera posta, volvimos á partir despues de haber sido servidos con la rapidez de un relámpago. Esto comenzaba á ser serio. Pregunté con insistencia hasta dónde me llevaria aquella chanza.

—¿Adónde? dijo ella riendo, á la mansion más bella del mundo; pero adivinadlo. Yo apuesto á que no lo adivinais. Echad vuestra lengua á los perros, porque nunca adivinaríais. Vamos á casa de mi marido.—¿Le conoceis?

—De ningun modo.

—¡Ah, mejor que mejor! Lo temia. Van á reconciliarnos. Seis meses hace que se trata de esto, y un mes que nos escribimos. Pienso que es bastante cortés de mi parte ir á verle.

—Convengo en ello: pero, yo, ¿qué haré allí? ¿En qué puedo servir para una reconciliacion?

—¡Ah! yo me encargo de eso. Sois jóven, amable, sin melindres, me convenís, y me librareis del tédio de una conversacion á solas.

—Pero, escoger el dia ó la noche de una reconciliacion, para entrar en conocimiento, me parece extravagante: el embarazo de la primera entrevista, la figura que haremos los tres, nada veo yo en esto que sea muy alegre.

—¡Os he tomado para divertirme!... dijo ella con un tono bastante imperioso. Así, que no me prediqueis.

La ví tan determinada, que tomé mi partido. Eché á reir de mi papel y nos pusimos muy alegres.

Habíamos mudado de caballos otra vez. La antorcha misteriosa de la noche alumbraba un cielo sumamente puro, y esparcia una media luz deliciosa.

Nos acercábamos al sitio en que habia de verificarse la conversacion particular. Ella me hacía admirar, de cuando en cuando, la belleza del paisaje, la calma de la noche, el silencio penetrante de la naturaleza. Para admirar juntos, como es debido, nos inclinábamos á la misma puertecilla y nuestros rostros se rozaban. En un choque imprevisto, ella me apretó la mano; y, por una casualidad que me pareció muy extraordinaria, pues la piedra en que tropezó nuestro coche no era muy gruesa, recibí á la señora de T... en mis brazos. No sé lo que queríamos ver; lo cierto es que los objetos, á pesar de la claridad de la luna, empezaban á turbarse á mi vista, cuando se desprendió prontamente de mí, y se volvió á echar en el fondo del coche.

—¿Es acaso vuestro proyecto, me dijo despues de haber estado profundamente pensativa, convencerme de la imprudencia del paso que he dado?

¡Considerad cuál sería mi embarazo!...

—¡Proyectos con vos! respondí; ¡qué engaño! Los veríais venir de demasiado léjos; pero una sorpresa, una casualidad, eso se perdona.

—Habeis contado con eso, segun me parece.

Estábamos en esto, sin reparar que entrábamos en el patio del palacio. Todo se veia alumbrado y todo anunciaba placer, á excepcion del rostro del dueño que, á mi aspecto, tuvo gran trabajo para expresar alegría. Llegó hasta la puertecilla mostrando una ternura equívoca exigida por la necesidad de una reconciliacion. Supe más tarde que esta convencion habia sido exigida imperiosamente por razones de familia.

Me presenta, y él me saluda ligeramente. Da la mano á su mujer, y sigo á los dos esposos, pensando en mi papel pasado, presente y futuro. Recorrí algunos aposentos adornados con extraordinario gusto. El dueño habia enriquecido todo con el lujo más esmerado para reanimar con imágenes deleitosas un temperamento casi muerto.

No sabiendo qué decir, me salvé por medio de la admiracion. La diosa del templo, hábil en hacer los honores de él, recibió mis cumplimientos.

—Aquí no veis nada, me dijo ella, es menester que os conduzca al aposento del dueño.

—Señora, cinco años há que lo hice derribar.

—¡Ah! ¡ah! dijo ella.

Durante la cena, le ocurrió á ella presentar al dueño ternera de rio, y él le responde:

—Señora, no tomo más que leche tres años há.

—¡Ah! ¡ah! dijo ella otra vez.

—Imagínense tres personas tan admiradas como nosotros de hallarse juntas. Mirábame el marido con aire arrogante, y yo le correspondia con audacia. La señora de T..., souriéndome, estaba hechicera. La señora de T... me aceptaba como un mal necesario. La señora de T... lo pagaba maravillosamente. Así, en mi vida he hecho una cena más extravagante que aquélla...

Concluida la cena, me imaginé ciertamente que nos acostaríamos temprano; pero no imaginaba bien sino por M. de T...

Al entrar en el salon:—Os agradezco, señora, dijo él, la precaucion que habeis tenido de traer al señor. Habeis juzgado con acierto que era yo un recurso muy malo para la velada, y habeis obrado con cordura, puesto que me retiro.

Despues, volviéndose hácia mí, añadió con acento profundamente irónico:—El señor tendrá á bien perdonarme, y me disculpará con la señora. Entónces se fué.

¿Reflexiones?... hice en un minuto por un año entero.

Habiendo quedado solos, nos miramos de un modo tan particular la señora de T... y yo, que, para distraernos, me propuso dar una vuelta por el terrado.

—Solamente miéntras que los criados acaban de cenar, me dijo.

La noche estaba hermosísima. Dejaba apénas vislumbrar los objetos, y parecia no encubrirlos sino para dejar tomar un vuelo más levantado á la imaginacion. Colocados los jardines en la pendiente de una montaña, descendian en terraplen hasta la orilla del Sena, y se veian de una ojeada las vueltas y revueltas multiplicadas de este rio, cubiertas con islitas verdes y pintorescas. Estos accidentes producian mil cuadros que enriquecian aquellos sitios, hechiceros ya por sí mismos, con mil extraños tesoros.

Nos paseamos sobre el más largo de los terrados. Estaba cubierto de frondosos árboles. Nos habíamos serenado del efecto producido por la burla conyugal, y andando me hizo algunas confidencias... Las confidencias se atraen unas á otras, y yo le hacía otras á mi vez, que se hacian cada vez más íntimas y más interesantes. La señora de T... me habia dado desde luégo el brazo; despues, aquel brazo se habia entrelazado, no sé cómo, miéntras que el mio la levantaba casi é impedia que sus piés tocasen el suelo. La actitud

era agradable, pero penosa á lo largo; hacía mucho tiempo que paseábamos, y aún teníamos muchas cosas que decirnos. Un banco de césped se presentó, y nos sentamos en él sin mudar de actitud.

En esta situacion empezamos á hacer el elogio de la confianza, de su encanto, de sus dulzuras...

—¡Ah! me dijo: ¿quién puede gozar de esta confianza mejor y con ménos miedo que nosotros?... Sé demasiado todo el apego que teneis al lazo que os conozco, para temer nada á vuestro lado.

Quizá queria que la contradijese; pero no lo hice.

Nos persuadimos mútuamente de que no podíamos ser más que dos amigos inatacables.

—Temia, sin embargo, le dije, que la sorpresa de esta tarde, en el coche, hubiese atemorizado vuestro espíritu.

—¡Oh! ¡no me asusto con tanta facilidad!...

—Yo sí, temo que os haya dejado alguna sombra...

—¿Qué es necesario hacer para tranquilizaros?

—Que me otorgueis ahora el beso que la casualidad...

—Consiento en ello; si no vuestro amor propio os haría creer que os temo...

Conseguí el beso...

Sucede lo mismo con los besos que con las confidencias. El primero fué seguido de otro, despues de otro.

Se apretaban; cortaban la conversacion, ó la reemplazaban. Apénas dejaban á los suspiros la libertad de escaparse... Sobrevino el silencio... Se le oia, pues el silencio se oye. Nos levantamos sin



decir una palabra, y de nuevo comenzamos á andar.

—Es menester volver á casa, dijo, porque el aire del rio es glacial y de nada vale para nosotros...

—Lo creo poco peligroso para nosotros, respondí...

—¡Puede ser! No importa, volvamos.

—En tal caso, ¿es por miramientos á mí? Quereis, sin duda, defenderme de las peligrosas impresiones de semejante paseo... de las consecuencias que puede tener... para mí... solo...

—¡Sois modesto!... dijo ella riendo, y me atribuís escrúpulos singulares.

—¿Pensais en ello? Pero, puesto que lo entendeis así, volvamos á casa; lo exijo.

(Palabras imprudentes que es necesario disimular á dos personas que se esfuerzan en decir todo lo contrario de lo que piensan.)

Me obligó, pues, á tomar de nuevo el camino del palacio.

Yo no sé, ó no sabía, al ménos entónces, si este partido era una violencia que ella se hacía, si era una resolucion bien determinada, ó si tenía la misma pesadumbre que yo de ver terminada de este modo una escena tan bien empezada; pero por mútuo instinto, la ligereza de nuestros pasos disminuia, y caminábamos tristemente, descontentos uno de otro y de nosotros mismos.

No sabíamos ni á quién, ni qué acusar. No teníamos, ni uno ni otro, derecho de exigir nada, ni de pedir nada. No teníamos siquiera el recurso de una reconvencion. ¡Cuánto nos hubiera aliviado una contienda! Pero ¿de qué modo empe-

zarla?... Nos acercábamos, sin embargo, ocupados en silencio en sustraernos á la obligacion que con tan poca maña nos habíamos impuesto.

Tocábamos á la puerta, cuando madama de T... me dijo:

—¡No estoy contenta de vos!... ¡Despues de la confianza que os he mostrado, no otorgarme ninguna!... No me habeis dicho una palabra de la condesa. ¡Es, no obstante, tan dulce hablar de lo que se ama!... ¡Os hubiera escuchado con tanto interés!... Esto era lo ménos que podíais hacer despues de haberos privado de ella...

—¿No tengo la misma queja que haceros?... dije interrumpiéndola. Y si en vez de hacerme confidente de esta reconciliacion singular, en la que represento papel tan extravagante, me hubiéseis hablado del marqués...

—¡Alto ahí!... dijo ella. Por poco que conozcais á las mujeres, sabeis que es necesario esperar sus confidencias... Volvamos á vos. ¿Sois muy dichoso con mi amiga?... ¡Ah! me temo lo contrario...

—¿Por qué, señora, creer con el público lo que éste se divierte en divulgar?

—No useis de fingimiento... La condesa es ménos misteriosa que vos. Las mujeres de su temple son pródigas de los secretos del amor y de sus adoradores, sobre todo cuando una gracia discreta, como la vuestra, puede ocultar el triunfo. Estoy muy ajena de acusarla de presuncion; pero una gazmoña no tiene ménos vanidad que una mujer presumida... Vaya, habladme con franqueza, ¿no teneis que quejaros de ella?...

—Pero, señora, el aire es verdaderamente de-

masiado glacial para estar aquí; ¿queríais entrar en casa?... dije sonriéndome.

—¿Lo encontrais?... Cosa singular. Está caliente.

Habia vuelto á tomar mi brazo, y principiamos de nuevo á andar sin que yo reparase en el camino que tomábamos. Lo que acaba de decirme del amante que yo le conocia, lo que me decia de mi querida, este viaje, la escena del coche, la del banco de césped, la hora, la luz vaga, todo me turbaba. Me hallaba arrebatado á un tiempo por el amor propio, por los deseos, y serenado por la reflexion, ó demasiado conmovido, tal vez para darme cuenta de lo que experimentaba. Miéntras que estaba entregado á sentimientos tan confusos, me hablaba sin cesar de la condesa, y mi silencio confirmaba lo que se le antojaba decirme. Pero algunas expresiones me hicieron volver en mí.

—¡Qué astuta es! decia ella. ¡Qué gracejo tiene! Una perfidia, en su boca, parece una agudeza; una infidelidad se parece á un esfuerzo de razon; un sacrificio, á la decencia; nunca se abandona y siempre es amable; rara vez es tierna, y jamás veráz; galante por carácter, gazmoña por sistema, viva, prudente, diestra, atolondrada; es un Proteo por lo que hace á las formas; es una gracia en cuanto á los modales; atrae, y luégo se escapa. ¡Cuántos papeles la he visto representar! Entre nosotros, ¡cuántos tontos engañados la rodean! ¡Cómo se ha burlado del baron! ¡Cuántos chascos ha pegado al marqués! Cuando os acogió, fué para distraer á estos dos rivales; estaban á punto de dar un escándalo, pues habia tenido de-

masiados miramientos con ellos, y ellos bastante tiempo de observarla. Pero os dió un espectáculo. les ocupó con vos, les obligó á nuevas investigaciones, os desesperó, se compadeció de vos, y os consoló... ¡Ah! ¡cuán dichosa es una mujer mañosa cuando en este juego lo afecta todo y nada pone! — Pero, por otra parte, ¿es esta la felicidad?...

Esta última frase, acompañada con un significativo suspiro, fué la obra maestra. Sentí caer un velo de mis ojos sin ver el que me ponian en ellos. Mi querida me pareció la más falsa de las mujeres, y creí poseer el sér sensible. Entónces suspiré, sin saber adónde iria á parar aquel suspiro.

Ella aparentó estar sentida de haberme afligido, y de haberse dejado alucinar por una pintura que podia ser sospechosa, siendo hecha por una mujer. Yo respondí no sé cómo; pues sin concebir nada de cuanto oia, tomamos muy dulcemente el camino real del sentimiento; y lo tomábamos de tan léjos, que era imposible vislumbrar el término del viaje. Por fortuna tomábamos tambien el camino de un pabellon que ella me mostró al extremo del terraplen, pabellon testigo de los momentos más dulces.

Me hizo una descripcion minuciosa del ajuar. ¡Lástima que no tuviésemos su llave! Pero hablando, nos acercamos al pabellon, y lo hallamos abierto. Le faltaba la claridad del dia, pero la oscuridad tiene tambien sus encantos. Nos estremecimos al entrar en él... Era un santuario, ¿debia ser el del amor? Fuimos á sentarnos en un canapé, y estuvimos un rato sentados, escu-

chando el lenguaje de nuestros corazones. Los últimos rayos de la luna se llevaron muchos escrúpulos. La mano que me rechazaba sentia latir mi corazon; queria huir y volvia á caerse más enternecida.

Platicamos en el silencio por medio del lenguaje del pensamiento. Nada es más encantador que estas conversaciones mudas. La señora de T... se refugiaba en mis brazos, ocultaba su cabeza en mi pecho, suspiraba y se calmaba con mis caricias; se afligia, se consolaba, y pedia al amor todo lo que amor acababa de arrebatarle.

El rio rompia el silencio de la noche con un dulce murmullo que parecia concordar con las palpitaciones de nuestros corazones. Era la oscuridad demasiado grande para que dejase distinguir los objetos; pero por medio de los cendales trasparentes de una bella noche de verano, me pareció adorable la reina de aquellos hermosos sitios.

—¡Ay! me dijo ella con voz celestial, salgamos de esta morada peligrosa... Se halla uno en ella sin fuerzas para resistir.

Me llevó y nos alejamos con pesar.

—¡Ah! ¡qué dichosa es!... exclamó la señora de T.

—¿Quién, pues? pregunté.

—¿Habria yo hablado acaso?... dijo ella con terror.

Llegados al banco de césped, nos paramos involuntariamente.

—¡Qué inmenso espacio, me dijo, entre este sitio y el pabellon!

—Pues bien, le dije, ¿ha de serme siempre fatal este banco? es un pesar, es...

No sé por qué mágia sucedió esto; pero la conversacion cambió y se hizo ménos séria. Osamos chancearnos sobre los placeres del amor, para separarlos de la moral, para reducirlos á su expresion más sencilla, y para probar que sus favores no eran más que placer; que no habia otras obligaciones (hablando filosóficamente), que las que se contraian con el público, dejándole penetrar nuestros secretos, y cometiendo con él indiscreciones.

—¡Qué dulce noche, dijo, hemos hallado por casualidad!... Pues bien, yo supongo que si algunos motivos nos obligasen á separarnos mañana, nuesta felicidad, ignorada de toda la naturaleza, no nos dejaria, por ejemplo, ningun lazo que desatar... algunos disgustos quizá, de los que un recuerdo agradable será su indemnizacion; y despues, en efecto, satisfaccion sin todas las lentitudes, bullicios y tiranía de los procedimientos.

Somos de tal modo *máquinas* (y me avergüenzo de ello) que en vez de los escrúpulos que me atormentában ántes de esta escena, me hallaba próximo á aceptar la osadía de estos principios, y me sentia ya en una disposicion muy parecida al amor de la libertad.

—¡Qué bella noche, me decia, qué hermosos sitios! ¡Acaban de adquirir nuevos hechizos!— ¡Oh! nunca olvidemos este pabellon... El palacic oculta, me dijo sonriéndose, un sitio más encantador aún; pero no es posible mostraros nada: sois como un uiño que quiere tocarlo todo, y que rompe todo lo que toca.

Movido por un sentimiento de curiosidad, prometi ser muy moderado.

Mudó de conversacion.

—Esta noche, me dijo, sería sin tacha para mí, si no estuviese enfadada conmigo por lo que os he dicho de la condesa. No es que yo quiera quejarme de vos. La novedad incita. Me habeis hallado amable, y creo con gusto en vuestra buena fe. Pero el imperio del hábito es largo de destruir, y no poseo este secreto.—Hablando de otra cosa, ¿cómo hallais á mi marido?

—¡Ah! bastante desapacible; para mí no puede ser otra cosa.

—¡Oh! es verdad, el régimen no es amable; no os ha visto con ánimo sereno. Nuestra amistad le será sospechosa.

—¡Oh! lo es en efecto.

—Confesad que tiene razon. Así que no prolongueis este viaje, pues de lo contrario, se enfadaría. Luégo que llegue gente, que sin duda vendrá, me dijo sonriéndose, partid. Por otra parte, teneis contemplaciones que guardar... ¡Y despues acordaos del semblante del dueño, cuando nos dejó ayer!...

Hallábame tentado á explicar esta aventura como un lazo, y cuando vió la impresion que sus palabras producian en mí, añadió:

—¡Oh! él estaba más alegre cuando hacía componer el gabinete de que os hablaba; esto era ántes de mi casamiento. Este retrete está contíguo á mi aposento. ¡Ah! es un testigo de los recursos artificiales de que M. de T... necesitaba para fortalecer su sentimiento.

—¡Qué placer, le dije, vivamente excitado por la curiosidad que ella hacía nacer, vengar en él vuestros atractivos ofendidos, y restituirles los robos que se les han hecho!

Lo halló de buen gusto, pero dijo:

—¿No me prometísteis que seríais moderado?

Cubro con un velo las locuras que todas las edades perdonan á la juventud, en gracia de tantos deseos burlados, y de tantos recuerdos.

Por la mañana, levantando apénas sus ojos humedecidos, la señora de T... más bella que nunca, me dijo:

—Pues bien, ¿amareis algun dia á la condesa tanto como á mí?

Iba yo á contestar, cuando se presentó una confidente diciendo:—Salid, salid. Es ya muy dia, son las once, y se oye ruido en el palacio.

Todo se desvaneció como un sueño. Me hallé errante por los corredores ántes de haber recobrado mis sentidos. ¿Cómo podia recobrar un aposento que no conocia? Toda equivocacion era una indiscrecion. Determiné un paseo matinal.

La frescura y el aire puro calmaron poco á poco mi imaginacion, y arrojaron de ella lo maravilloso. En vez de una naturaleza encantada no ví ya más que una naturaleza sencilla. Sentia que la verdad volvia á mi alma, que mis pensamientos nacian sin turbacion, y se sucedian con órden; respiraba en fin. Lo primero que hice fué preguntarme lo que yo era para aquella á quien dejaba... Sabeis que ella amaba perdidamente dos años hacía, al marqués de V...

¿Habrá roto su amistad? ¿Me ha tomado para sucederle ó solamente para castigarle?... ¡qué noche?... ¡qué aventura! ¡pero qué deliciosa mujer!

Miéntras que yo vacilaba en la vaguedad de estos pensamientos, oí ruido cerca de mí. Alcé

los ojos, me los froté, no podia creer... era... ¿adivinais? ¡era el marqués!

—No me esperabas quizá tan temprano, ¿no es verdad?... me dijo... ¡Pues bien! ¿cómo se ha pasado?

—¿Sabías que yo estaba aquí?... le pregunté aturdido.

—¡Ah, sí! ¡Me avisaron de ello en el instante de la partida! ¿Has representado bien tu papel? ¿El marido ha hallado tu venida muy ridícula? ¿Te ha tomado tirria? ¿Se horroriza del amante de su mujer? ¿Cuándo te despiden?... ¡Oh! vaya, yo he provisto á todo, te traigo un buen carruaje, y está á tus órdenes. Es el desquite, amigo mio. Cuenta conmigo, pues deben agradecerse semejantes servicios...

Estas últimas palabras me dieron á conocer la clave del misterio, y comprendí mi papel.

—Pero ¿por qué venir tan pronto? le dije; hubiera sido más prudente esperar aún dos dias.

—Todo está previsto; la casualidad me trae aquí. Se cree que vuelvo de una vecina casa de campo. Pero la señora de T... ¿No te ha dado á conocer toda la confidencia? No apruebo esta falta de confianza... Despues de lo que hacias por nosotros!...

—Caro amigo mio, tenía sus motivos. Tal vez no hubiera yo representado tan bien mi papel.

—¿Ha sido todo bien chusco? ¡Cuéntame los pormenores, cuenta, pues!...

—¡Ah! espera un poco. No sabía yo que esto era una comedia, y aunque la señora de T... me haya encargado un papel...

—¿No tenías un bello papel en la pieza?

—Vaya, tranquilízate, no hay malos papeles para los buenos actores.

—Lo entiendo, tú has salido airoso.

—A las mil maravillas.

—Y la señora de T...

—Es adorable.

—¿Concibes que alguno haya podido fijar á esa mujer?... dijo parándose para mirarme con aire triunfante. ¡Oh! ¡cuánto trabajo me ha costado!... Pero he llevado su genio al punto que es tal vez la mujer de París con cuya fidelidad se cuenta mejor.

—Has acertado...

—¡Oh! ese talento me pertenece. Toda su inconstancia no era más que insustancialidad, desórden de imaginacion. Era necesario apoderarse de aquella alma. Pero tampoco puedes formarte idea de su afecto por mí. ¡En efecto, es hechicera!...

—Convengo en ello.

—Pues bien, entre nosotros sea dicho, no le conozco más que un defecto. La naturaleza, al darle todo, le ha rehusado aquella llama divina que pone el colmo á todos sus beneficios: hace nacer todo, sentir todo, y nada experimenta. Es un mármol.

—Menester es creerte, pues no puedo juzgarlo. Pero ¿sabes que conoces á esa mujer como si fueses su marido?... Puede uno equivocarse. Si yo no hubiese cenado ayer con el verdadero... te creeria...

—A propósito, ¿ha sido bueno?

—¡Oh! me ha recibido como á un perro...

—Lo comprendo. Entremos, vamos al cuarto de la señora de T... ya ha de estar levantada.

—Pero decorosamente, será necesario empezar por el marido, le dije.

—Tienes razon. Pero vamos á tu cuarto, quiero ponerme unos polvos. Dime, pues, ¿te ha tenido en efecto por un amante?

—Vas á juzgarlo por el recibimiento; pero vamos al instante á su aposento.

Queria yo evitar conducirle á un cuarto que desconocia, y la casualidad nos llevó á él. La puerta que habia quedado abierta, dejó ver á mi ayuda de cámara, durmiendo en un sillon. Una bujía estaba apagándose cerca de él. Presentó atolondradamente una bata al marqués. Yo estaba en brasas, y el marqués tan dispuesto á engañarse, que no vió en mi criado más que un soñador que le daba ocasion de reir.

Pasamos al cuarto de M. de T... Fácil es pensar la acogida que me hizo y las instancias, los cumplimientos dirigidos al marqués, á quien detuvo á toda fuerza. Quiso presentarle á la señora, con la esperanza de que ella le determinaria á quedarse. Por lo que á mí toca, no se atrevia á hacerme la misma proposicion. Sabía que mi salud era delicada, que el país era húmedo, tercianario, y yo tenía un aire tan abatido, que era cosa clara que el palacio me sería funesto. El marqués me ofreció su silla de posta, y la acepté. Hallábase el marido en el colmo de la alegría, y todos estábamos contentos. Pero yo no queria privarme del placer de ver otra vez á la señora de T... Mi impaciencia hizo maravillas. Nada concebia mi amigo respecto al sueño de su querida.

—¿No es esto admirable? me dijo siguiendo á M. de T...; aunque le hubiesen apuntado sus

respuestas, ¿las hubiera hallado mejores? Es un hombre de bien. No siento verle reconciliado con su mujer; harán una buena casa, y convendrás en que no es posible escoger otra mejor que ella para recibir las visitas.

—¡Sí á fe mia! dije.

—Por más chistosa que sea la aventura... me dijo con aire misterioso, ¡chiton! Sabré convencer á la señora de T... de que su secreto se halla en buenas manos.

—Cree, amigo mio, que cuenta conmigo más que contigo, tal vez; porque, ¿vés?... su sueño no se halla turbado por esto.

—¡Oh! convengo en que no hay otro como tú para adormecer á una mujer.

—Y á un marido y, en caso necesario, á un amante, querido mio.

En fin, M. de T... consiguió la entrada en el aposento de la señora.

Todos nos hallábamos en él preparados.

—Temia, me dijo la señora de T..., que hubiéseis partido ántes de despertarme, y os agradezco que hayais comprendido el pesar que esto me hubiera dado.

—Señora, dije con un sonido de voz cuya emocion comprendió; recibid mi despedida. Nos examinó á mí y al marqués con semblante inquieto; pero la resolucion y el aire malicioso de su amante la tranquilizaron. Rió de ello á la capa conmigo, tanto como era necesario para consolarme, sin degradarse á mis ojos.

—Ha representado bien su papel, le dijo el marqués con voz baja señalándome, y mi reconocimiento...

—No hablemos de eso, le dijo la señora de T... creed que sé todo lo que debo al señor.

En fin, M. de T... se burló de mí y me despidió. Mi amigo le engañó y se burló de mí. Yo me burlaba de ambos, admirando á la señora de T... que se burlaba de todos nosotros sin perder nada de su dignidad. Comprendí, despues de haber gozado de esta escena un momento, que el de mi marcha habia llegado. Me retiré, pues; pero la señora de T... me siguió, aparentando tener un encargo que darme.

—¡Adios, caballero, me dijo: os debo un placer muy grande; pero os he pagado con un hermoso sueño! añadió, mirándome con una delicadeza increible.

—Sí, señora, adios,—y para siempre.

—Habeis cogido una flor solitaria nacida aparte, y que ningun hombre...

Se detuvo, explicó su pensamiento con un suspiro, pero contuvo el vuelo de esta viva impresion: y sonriéndose con malicia:

—La condesa os ama, dijo. Si la he robado algunas espansiones, os restituyo á ella ménos ignorante. Adios, no me hagais perder la amistad de mi amiga.

Me apretó la mano, y me dejó.»

Más de una vez, privadas las señoras de sus abanicos, se avergonzaron de las declaraciones demasiado sinceras hechas por el amable anciano, cuya expresion de prestigio consiguió el perdon de ciertos pormenores de sus amores efímeros, pormenores que hemos suprimido como demasiado eróticos para la época actual.

No obstante, es de creer que cada señora le dió

el parabien en particular, porque algun tiempo despues, les ofreció á todas, así como á los convidados masculinos, un ejemplar de su relacion impresa en veinticinco ejemplares por Pedro Didot. Del ejemplar número 24 el autor ha tomado los datos de esta narracion, que tiene el mérito de presentar á un tiempo altas instrucciones á los maridos, y á los solteros, el retrato de las costumbres del último pasado siglo.

MEDITACION XXV.

DE LOS ALIADOS.

De todas las desgracias con que la guerra civil puede afligir á un país, la mayor es el llamamiento que uno de los dos partidos se ve al fin obligado á hacer al extranjero.

Por desgracia es forzoso confesar que todas las mujeres cometen esta inmensa falta, porque su amante no es más que el primero de sus soldados, y no comprendo que haga parte de la familia, si no es un primo.

Esta Meditacion es la destinada á examinar el auxilio que cada uno de los diferentes poderes que influyen en la vida humana puede dar á vuestra mujer, ó, más bien, las astucias de que se valdrá contra vos.

Dos personas unidas por el matrimonio están sometidas á la accion de la religion y de la sociedad; á la de la vida privada; y, por su salud, á la de la medicina. Dividiremos, pues, esta Meditacion importante en seis párrafos.

I.

DE LAS RELIGIONES Y DE LA CONFESION CONSIDERADAS EN SUS RELACIONES CON EL MATRIMONIO.

La Bruyère ha dicho muy graciosamente:—La devocion y la galantería están demasiado contra el marido: una mujer debe optar.

El autor piensa que La Bruyère (1) se ha equivocado. En efecto, ...

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

---

(1) Juan de la Bruyère, uno de los mejores literatos y moralistas franceses del siglo XVII, académico, profesor de historia del duque de Borgoña bajo la direccion de Bossuet (1644-1696).

II.

DE LA SUEGRA.

Hasta la edad de treinta años, el rostro de una mujer es un libro escrito en lengua extranjera, y que aún puede traducirse á pesar de las dificultades de todos sus idiotismos; pero, pasados los cuarenta años, la mujer se hace un embolismo indescifrable, y no hay allí más que una mujer vieja capaz de descubrir á una vieja mujer.

Algunos diplomáticos han intentado muchas veces la empresa diabólica de ganar á viudas ricas que se oponian á sus designios; pero si lo han logrado, siempre ha sido haciendo sacrificios enormes, pues son gentes muy usadas, y no pensamos que podais emplear su receta para con vuestra suegra.

Así que ésta será el primer edecan de vuestra mujer, pues si la madre no fuese partidaria de su hija, sería una de aquellas monstruosidades muy raras por desgracia de los maridos.

Cuando un hombre es bastante feliz para tener una suegra bien conservada, le es fácil mantenerla estrechada durante algun tiempo, por poco que conozca á un jóven soltero animoso. Pero generalmente los maridos que tienen ingenio conyugal, saben oponer su madre á la de su mujer, y en tal caso se neutralizan una y otra con bastante naturalidad.

Tener á la suegra en provincias cuando se vive en París, y vice versa, es una de aquellas gangas que rara vez se encuentran.

¿Y poner la discordia entre la madre y su hija?... es posible; pero para realizar tal empresa, se necesita tener el corazon metálico de Richelieu, que supo enemistar á un hijo con su madre. Sin embargo, los celos del marido todo lo hacen lícito, y dudo que aquel que prohibia á su mujer rogar á los santos, y que queria que no se dirigiese sino á las santas, la permitiese ver á su madre.

Muchos yernos han tomado un partido violento que todo lo concilia, y que consiste en vivir mal con sus suegras. Sería esta enemistad conforme á política hábil, si no tuviese, por desgracia, el resultado infalible de apretar algun dia los lazos que unen á la hija con la madre.

Tales son, poco más ó ménos, los medios que teneis para combatir la influencia maternal en vuestra familia. En cuanto á los servicios que vuestra mujer puede reclamar de su madre, son inmensos, y no serán los ménos poderosos sus socorros negativos. Pero aquí todo escapa á la ciencia, porque todo es secreto. Los alivios dados por una madre á su hija son tan variables por su naturaleza, dependen de tal modo de las circunstancias, que sería locura querer dar una nomenclatura de ellos. Escribid solamente entre los preceptos más saludables de este evangelio conyugal, las máximas siguientes:

El marido nunca dejará que su mujer vaya sola á casa de su madre.

El marido debe estudiar las razones que unen á su suegra, en lazos de amistad, con los solteros de ménos de cuarenta años que hacen habitualmente su sociedad; pues si su hija ama rara vez

al amante de su madre, la madre tiene siempre alguna flaqueza con el amante de su hija.

III.

DE LAS AMIGAS DE COLEGIO Y DE LAS AMIGAS ÍNTIMAS.

Luisa de L... hija de un oficial muerto en Wagram, habia sido objeto de la especial proteccion de Napoleon. Salió de Ecouen para casarse con un comisario ordenador muy rico, el señor baron V...

Contaba Luisa diez y ocho años, y el baron cuarenta. Tenía un rostro muy ordinario, y no podia ser citada por la blancura de su tez; pero tenía tambien un talle hechicero, bellos ojos, pié pequeño, linda mano, el sentimiento del gusto y mucho talento. El baron, gastado por las fatigas de la guerra, y aún más por los excesos de una juventud fogosa, tenía uno de aquellos rostros en que la república, el directorio, el consulado y el imperio parecian haber dejado sus ideas.

Se enamoró tanto de su mujer, que solicitó y consiguió del emperador un empleo en París para poder velar su tesoro. Fué celoso como el conde de Almaviva, más por vanidad que por amor. Como la jóven huérfana se habia casado con su marido por necesidad, lisonjeábase de que tendria algun imperio sobre un hombre de mucha más edad que ella. Esperaba de él miramientos y obsequios; pero su delicadeza fué mortificada desde los primeros dias de matrimonio por los hábitos y las ideas de un hombre cuyas costumbres conser-

vaban aún la licencia republicana. Este era un predestinado.

No sé con precision cuánto tiempo el baron hizo durar su Luna de Miel, ni cuándo se declaró la guerra en su familia; pero creo que fué en 1816, y en un baile muy brillante dado por Mr. D..., asentista general, donde el comisario ordenador, nombrado intendente militar, admiró á la hermosa señora B..., mujer de un banquero, y la miró con mucho más interés que el que un hombre casado debiera permitirse.

A cosa de las dos de la mañana, ocurrió que el banquero, cansado de esperar, se marchó dejando á su mujer en el baile.

— Vamos á acompañarte á tu casa, dijo la baronesa á la señora B...—¡Señor V..., ofreced vuestra mano á Emilia!...

Y hé aquí al intendente sentado en su coche, cerca de una mujer que, durante toda la noche, habia recibido y desdeñado mil obsequios, y de quien habia esperado, aunque en vano, una sola mirada. Ella estaba brillante de juventud y de belleza, dejando ver las espaldas más blancas y los contornos más hechiceros. Su rostro, conmovido aún por los placeres de la noche, parecia rivalizar en brillantez con el raso de su vestido, sus ojos con el fuego de los diamantes, y su tez con la blancura dulce de algunas plumas que, agregadas á sus cabellos, hacian resaltar el ébano de las trenzas y las espirales de los caprichosos rizos de su peinado. Su voz penetrante movia las fibras más insensibles del corazon. En fin, despertaba tan poderosamente al amor, que San Francisco de Asís hubiera sucumbido tal vez.

El baron miró á su mujer, que, cansada, dormia en uno de los rincones del cupé. Comparó, involuntariamente, el tocado de Luisa con el de Emilia. En estas ocasiones, la presencia de nuestra mujer excita singularmente los deseos implacables de un amor prohibido. Así que las miradas del baron, puestas alternativamente sobre su mujer y sobre su amiga, eran fáciles de interpretar, y la señora B... las interpretó.

—¡Esa pobre Luisa está cansada! dijo ella. La sociedad no la conviene, tiene inclinaciones sencillas. En Ecouen siempre estaba leyendo.

—Y vos ¿qué hacíais allí?

¡Yo!... señor, no pensaba más que en representar comedias. ¡Esta era mi pasion!...

—¿Y por qué veis tan raras veces á la señora de V...? Tenemos una casa de campo en Saint-Prix, donde juntos hubiéramos podido representar comedias en un pequeño teatro que he construido allí.

—Si no he visto á la señora de V... ¿quién tiene la culpa?... respondió ella. Sois tan celoso que no la dejais libre, ni para ir á casa de sus amigas, ni para recibirlas.

—¡Yo celoso!... exclamó M. de V... ¡Despues de cuatro años de matrimonio y despues de haber tenido tres hijos!...

—¡Chiton!... dijo Emilia dando un golpe con el abanico en los dedos del baron, Luisa no duerme!...

El coche se paró, y el intendente presentó la mano á la bella amiga de su mujer para ayudarla á bajar.

—Espero, dijo la señora B... que no impedireis

á Luisa que venga al baile que daré en esta semana.

El baron se inclinó respetuosamente.

Aquel baile fué el triunfo de la señora de B... y la pérdida del marido de Luisa, pues se enamoró perdidamente de Emilia, á quien hubiera sacrificado cien mujeres legítimas.

Algunos meses despues de esta velada, en la que el baron concibió la esperanza de lograr su intento con la amiga de su mujer, estaba una mañana en casa de la señora de B... cuando la doncella vino á anunciar á la baronesa de V...

—¡Ay! exclamó Emilia, si Luisa os viese á estas horas en mi casa, sería capaz de comprometerme. Entrad en ese gabinete, y no hagais el menor ruido.

Cogido el marido como en una ratonera, se ocultó en el gabinete.

—Buenos dias, mi buena amiga... se dijeron las dos mujeres abrazándose.

—¿Por qué vienes tan de mañana?... preguntó Emilia.

—¡Oh! querida mia, ¿no lo adivinas?... vengo para tener una explicacion contigo.

—¡Vaya! ¿un duelo?

—Precisamente, querida mia. ¡Yo no me parezco á tí! Amo á mi marido, y tengo celos. Tú eres bella, hechicera, tienes el derecho de ser presumida, puedes muy bien burlarte de B... á quien tu virtud parece importar muy poco; pero como no carecerás de amantes, te ruego que me dejes á mi marido... Está siempre en tu casa, y no vendria ciertamente si tú no le atrajeses...

—¡Hola, tienes una pañoleta muy bonita!

—¿Te lo parece así? es mi doncella quien me la ha hecho.

—Pues bien, enviaré á Anastasia para que tome una leccion de Flora.

—Así, querida mia, cuento con tu amistad para no darme pesadumbres domésticas.

—Pero, pobre muchacha, no sé cómo has llegado á imaginarte que yo pueda amar á tu marido... Es grueso y colorado como un diputado del centro. Es pequeño y feo. ¡Ah! á la verdad es generoso; pero hé aquí todo lo que tiene á su favor, y esta es una cualidad que pudiera agradar cuando más á una cantante. Así comprenderás, querida mia, que aunque yo quisiese tomar un amante, como se antoja suponer, no escogeria á un anciano, como lo es tu baron. Si le he dado alguna esperanza, si le he acogido, era ciertamente para divertirme y para desembarazarte de él, pues he creido que tenias alguna inclinacion por el jóven de Rostanges...

—¡Yo!... exclamó Luisa. ¡Que Dios me libre de ello, querida mia!... Es el fátuo más insoportable del mundo. No, te aseguro que amo á mi marido!... Por más que rias, es así. Sé muy bien que me hago ridícula, pero júzgame!... El ha hecho mi fortuna, no es avaro, y me sirve de todo, puesto que la desgracia ha querido que yo quedase huérfana... Y así, aunque no le amase, debo desear conservar su estimacion. ¿Acaso tengo familia para refugiarme algun dia en ella?...

—Vaya, ángel mio, no hablemos más de esto, dijo Emila interrumpiendo á su amiga, pues es enfadosa como la muerte.

Despues de algunas palabras que nada significaban, la baronesa marchó.

—Pues bien, señor mio, dijo la señora B... al abrir la puerta del gabinete en que el baron estaba tiritando de frio, porque esta escena pasaba en invierno. ¡Pues bien!... ¿no os avergonzais de no adorar á una mujer tan interesante? Caballero, nunca me hableis de amor. Pudiérais durante algun tiempo idolatrarme, como decís; pero nunca me amaríais tanto como amais á Luisa. Conozco que nunca contrapesaré en vuestro corazon el interés que inspiran una mujer virtuosa, los hijos y la familia... Algun dia me hallaria abandonada á toda la severidad de vuestras reflexiones. Diríais de mí con frialdad: —¡Hé gozado de esa mujer!... Frase que oigo pronunciar por los hombres con la indiferencia más injuriosa. Veis, señor, que raciocino con frialdad, y que no os amo, porque vos mismo no podeis amarme...

—¡Ah! ¿qué es necesario, pues, para convenceros de mi amor?... exclamó el baron contemplando á aquella mujer. Nunca le habia parecido tan encantadora como en el momento en que su graciosa voz le prodigaba palabras cuyo rigor parecia desmentido por el gracejo de sus gestos, por sus movimientos de cabeza, y por su actitud presumida.

—¡Oh! cuando yo vea á Luisa tener un amante, repuso ella, cuando sepa que no le he robado nada, y que nada tendrá que echar de ménos perdiendo vuestra aficion, cuando esté yo bien segura de que ya no la amais, adquiriendo una prueba indudable de vuestra indiferencia por ella... ¡Oh, en tal caso podré escucharos!—Estas

palabras deben pareceros odiosas, continuó ella con un sonido de voz profundo. Lo son en efecto; pero no creais que yo las pronuncio. Soy el matemático riguroso que saca las consecuencias de una primera proposicion. ¿Sois casado, é imaginais amar... Sería yo loca en dar alguna esperanza á un hombre que no puede ser enteramente mio?

—¡Demonio!... dijo el marido. Sí, sois un demonio y no una mujer!...

—¡Y vos sois verdaderamente gracioso!... dijo la jóven cogiendo el cordon de la campanilla.

—¡Oh! no, Emilia.., repuso con voz más sosegada el amante cuadragenario... No llameis, deteneos, perdonadme!... ¡os lo sacrificaré todo!...

—¡Yo nada os prometo!... dijo ella con viveza y riendo.

—¡Dios mio! ¡cuánto me haceis sufrir!... exclamó él.

—¡Ah! ¿no habeis causado en vuestra vida más que una desgracia? preguntó ella. Acordaos de todas las lágrimas que han corrido por vos y para vos!... ¡Oh! vuestra pasion no me inspira la menor compasion. Si quereis que no me burle, hacedme partícipe de ella.

—Adios, señora. Hay clemencia en vuestros rigores. Aprecio la leccion que me dais. Sí, tengo errores que espiar...

—Pues bien, id á arrepentiros de esos errores, dijo ella con una sonrisa burlona, haciendo la felicidad de Luisa: cumplireis así la más áspera de todas las penitencias!...

Se separaron. Pero era el amor del baron demasiado violento para que los rigores de la señora

B... no alcanzasen el fin que ésta se habia propuesto, la desunion de los dos esposos.

Al cabo de algunos meses, el baron de V... y su mujer vivian en el mismo palacio, pero separados. Las gentes se compadecieron generalmente de la baronesa que, en el mundo, hacía siempre justicia á su marido, y cuya resignacion pareció admirable. La mujer más austera de la sociedad nada halló que decir contra la amistad de Luisa y el jóven de Rostanges, y todo fué atribuido á las locuras de M. de V...

Cuando éste habia hecho á la señora de B... todos los sacrificios que puede hacer un hombre, su pérfida amante partió para las aguas del Monte de Oro, para Suiza y para Italia con pretexto de restablecer su salud.

El intendente murió de una hepatitis, entre los cuidados más afectuosos de su esposa; y, segun el pesar que manifestó de haberla abandonado, pareció no haber sospechado nunca la participacion de su mujer en el plan de que era víctima.

Esta anécdota que hemos escogido entre otras mil, es el ejemplar de los servicios que pueden hacerse dos mujeres.

Desde estas palabras:—Hazme el gusto de llevar contigo á mi marido... hasta la concepcion del drama cuyo desenlace ha sido la inflamacion de hígado, todas las perfidias femeninas se asemejan. Se encuentran ciertamente incidentes que varian más ó ménos el *specimen* que hemos presentado, pero la marcha es siempre poco más ó ménos la misma. Por eso el marido debe desconfiar de todas las amigas de su mujer. Las astucias perspicaces de estas criaturas mentirosas, yerran rara vez el

golpe, porque son ayudadas por dos enemigos de que el hombre va siempre acompañado: el amor propio y el deseo.

IV.

DE LOS ALIADOS DEL AMANTE.

El hombre solícito en avisar á otro que un vale de mil francos se le cae de la cartera, ó que el pañuelo se le sale de la faltriquera, considera como una ruindad advertirle que alguno le roba su mujer. Hay algo de extravagante en esta inconsecuencia moral, pero puede explicarse. Como la ley ha vedado la indagacion de los delitos matrimoniales, los ciudadanos tienen mucho ménos que ella el derecho de hacer la policía conyugal, al paso que, cuando se entrega un vale de mil francos al que lo perdió, se cumple una especie de obligacion procedente del principio que dice: Obra con otro como quieras que él obre contigo.

Mas ¿con qué razonamiento se justificará, y de qué modo calificaremos el socorro que un soltero nunca implora en vano, y que siempre recibe de otro soltero para engañar á un marido? El hombre incapaz de ayudar á los gendarmes para buscar á un asesino, ningun escrúpulo tiene en llevar al marido al teatro, al concierto, ó á casas sospechosas, para facilitar al camarada á quien podrá matar al dia siguiente en desafío, alguna cita que tendrá por resultado introducir una criatura adulterina en la familia, privando á dos hermanos de una porcion de su fortuna, y dán-

doles un coheredero que no hubieran tenido tal vez, ó acarrear la desgracia de tres personas. Confesamos que la equidad es una virtud bien rara, y que el hombre que más cree tenerla es frecuentemente el que ménos la posee. Odios han dividido á algunas familias, y fratricidio se ha cometido, que nunca se verificáran si el amigo se hubiese negado á lo que el mundo reputa por una travesura.

Es imposible que el hombre no tenga alguna manía, y todos gustamos de la caza ó de la pesca, del juego ó de la música, del dinero ó de las comidas, etc. Ahora bien; vuestra pasion predilecta será siempre cómplico del lazo que os armará el amante. Su invisible mano dirigirá á vuestros amigos ó á los suyos, consientan ó nó en tomar papel en la pequeña escena que inventa para conduciros fuera de su casa ó para dejaros entregarle vuestra mujer. Pasará un amante meses enteros, si es necesario, en meditar la construccion de la *ratonera*.

He visto sucumbir al hombre más astuto de la tierra. Era un antiguo procurador de Normandía. Habitaba la pequeña ciudad de B..., en donde el regimiento de cazadores del Cantal se hallaba de guarnicion. Un elegante oficial amaba á la mujer del pleitista, y el regimiento iba á partir sin que los dos amantes hubiesen podido gozar de la menor privanza. Este era el cuarto militar de que triunfaba el procurador.

Al salir de comer, una noche, á cosa de las seis, fué el marido á pasearse por el terraplen de su jardin, desde el que se descubria el campo. Los oficiales llegaron en este momento para despe-

dirse de él. De repente brilla en el horizonte la llama siniestra de un incendio.

—¡Oh, Dios mio! ¡la Dandinière arde!... exclamó el mayor, viejo soldado sin malicia que habia comido en casa.

Todo el mundo saltó á caballo. La jóven se sonrió al verse sola, porque el enamorado, escondido en un matorral, le habia dicho:

—¡Es un fuego de paja!...

Las posiciones del marido fueron observadas con tanta mayor habilidad, cuanto que un excelente caballo esperaba al capitan; y con una escrupulosidad bastante rara en la caballería, el amante supo sacrificar algunos momentos de felicidad, para reunirse á la cabalgata, y volver en compañía del marido.

El matrimonio es un duelo verdadero, en que para triunfar del adversario es menester un cuidado de todos los momentos; pues si teneis la desgracia de volver la cabeza, la espada del célibe os atravesará de parte á parte.

V.

DE LA DONCELLA.

La doncella más bonita que he visto, es la de la señora V... y, que hace áun hoy en París gran papel entre las mujeres de moda, y que tiene reputacion de vivir muy bien con su marido. La señorita Celestina es una persona de tan numerosas perfecciones, que para retratarla sería necesario traducir los treinta célebres versos inscritos, se-

gun se dice, en el serrallo del Gran Señor, y que encierran, cada uno, la descripcion exacta de una de las treinta bellezas de la mujer.

—¡Hay mucha vanidad en conservar cerca de vos á criatura tan cumplida!... decia otra señora á la de la casa.

—¡Ay! querida mia, ¡tal vez algun dia llegueis á tenerme envidia por mi Celestina!...

—Debe tener cualidades muy raras. ¿Tal vez os viste bien?

—¡Oh! muy mal.

—¿Cose bien?

—Nunca coge una aguja.

—¿Es fiel?

—Son de aquellas fidelidades que cuestan más caras que la falta de probidad más astuta.

Me admirais, querida mia.

—¿Es vuestra hermana de leche?

—De ningun modo. En fin, para nada es buena, pero es en casa la persona más útil para mí. Si permanece diez años conmigo, la he prometido veinte mil francos. ¡Oh! será dinero bien ganado, y no lo echaré de ménos!... dijo la mujer agitando la cabeza con un movimiento muy significativo.

La jóven interlocutora de la señora V... y, acabó por comprenderla.

Cuando la mujer no tiene una amiga bastante íntima para ayudarla á deshacerse del amor marital, es la criadita un último recurso que rara vez deja de producir el efecto que se desea.

¡Oh! ¡despues de diez años de matrimonio hallar bajo el techo propio, y ver en él á todas horas á una doncella de diez y seis á diez y ocho

años, fresca, vestida con esmero, cuyos ojos bajos os temen, cuya mirada tímida os tienta, y para quien no tiene secretos el lecho conyugal, á un tiempo vírgen y sábia! ¿Cómo es posible que el hombre se quede frio como San Antonio, delante de tan poderoso encanto, y tenga valor para permanecer fiel á los buenos principios, representados por una mujer desdeñosa, de severo rostro, de modales bastante ásperos, y que se niega la mayor parte del tiempo á su amor? ¿Cuál es el marido bastante estóico para resistir á tantos fuegos, á tantos hielos?... Allí donde apercibís una nueva cosecha de placeres, la jóven inocente ve rentas, y vuestra mujer su libertad. Este es un pequeño pacto de familia que se firma amistosamente.

En tales casos vuestra mujer obra con el matrimonio, como los jóvenes elegantes con la patria. Si les cae la suerte, compran un hombre para llevar el mosquete, morir en su sitio y lugar, y evitarles todos los disgustos del servicio militar.

En esta especie de transacciones de la vida conyugal no hay mujer que ignore cómo ha de lograr que su marido cometa culpas. He reparado que por un supremo grado de delicadeza, la mayor parte de las mujeres no ponen á su criadita en el secreto del papel que está encargada de representar. Confian en la naturaleza, y conservan una autoridad preciosa sobre el amante y sobre la querida.

Estas secretas perfidias femeninas explican gran parte de los caprichos conyugales que se encuentran en sociedad; pero he oido á algunas

mujeres discutir con mucha profundidad sobre los peligros que presenta este terrible medio de ataque, y es preciso, para permitirse usar de él, conocer bien á su marido y á la criatura á quien se le entrega. Más de una mujer ha sido víctima de sus propios cálculos.

Por lo mismo, cuanto más fogoso y apasionado se haya mostrado el marido, tanto ménos se atreverá su mujer á emplear este expediente. No obstante, el marido cogido en este lazo, nada tendrá que objetar á su severa mitad, cuando reparando en la falta cometida por su criadita, la envie á su tierra con una criatura y un dote.

VI.

DEL MÉDICO.

El médico es uno de los más poderosos auxiliares de la mujer decente, cuando ésta quiere llegar al divorcio amistosamente con su marido. Los servicios que el médico hace á la mujer, casi siempre, sin saberlo, son de una importancia tan grande, que no hay una sola casa en Francia, cuyo médico no haya sido elegido por la señora.

Así es que todos los médicos conocen la influencia de las mujeres en su reputacion; por esto encontramos pocos que no procuren instintivamente agradarlas. Cuando un hombre de talento ha llegado á la celebridad, ya no se presta á las maliciosas conspiraciones que las mujeres quieren tramar; pero participa de ellas sin saberlo.

Supongo que el marido, instruido por las aven-

turas de su juventud, se proponga imponer un médico á su mujer, desde los primeros dias de su matrimonio. Miéntras que el adversario femenino no conciba el partido que debe sacar de este aliado, se someterá silenciosamente; pero más tarde, si todas sus deducciones se malogran acerca del hombre escogido por su marido, aprovechará el momento favorable para hacer esta confidencia singular:

—¡No me gusta cómo el doctor me palpa!

Y hé aquí al doctor despedido.

Así es que una mujer elige á su médico, ó seduce al que se le impone, ó le hace despedir.

Pero es muy rara esta lucha, porque la mayor parte de los jóvenes que se casan, no conocen más que médicos lampiños, y no quieren darlos á sus mujeres; casi siempre el esculapio de una familia es elegido por el poder femenino.

Entónces, en una bella mañana, al salir el doctor de la cámara de la señora que está en cama hace unos quince dias, influido por ella dice:

—No veo que el estado de la señora presente sérias perturbaciones, pero esta somnolencia constante, este disgusto general, esta tendencia primitiva á una afeccion dorsal, exigen grandes cuidados. Su linfa se condensa. Será necesario mudarla de aires, enviarla á las aguas de Bareges ó de Plombières.

Dejais ir á vuestra mujer á Plombières; pero va, porque el capitan Cárlos... está de guarnicion en los Vosges. Vuelve muy restablecida, y las aguas de Plombières han obrado en ella maravillas. Os ha escrito todos los dias, os ha prodigado de léjos todas las caricias posibles. El principio

de consuncion dorsal se ha desvanecido por completo.

Existe un folletito, inspirado sin duda por el odio (publicado en Holanda), que encierra pormenores muy curiosos acerca de la manera con que madama de Maintenon se entendia con Fagon (1) para gobernar á Luis XIV. Ahora bien, una mañana vuestro doctor os amenazará, como Fagon amenazaba á su amo, con una apoplegía fulminante, si no os poneis en cura. Esta bufonada bastante chistosa, obra sin duda de algun cortesano, y que tiene por título: *La señorita de Saint-Tron*, ha sido adivinada por el autor moderno que hizo el proverbio titulado: *El jóven médico*. Pero su deliciosa escena es muy superior á aquélla cuyo título citó á los bibliófilos, y confesaré con placer que la obra de nuestro gracioso contemporáneo nos ha impedido, por la gloria del siglo XVII, publicar los fragmentos del viejo folleto.

Muchas veces, engañado el doctor por los sabios manejos de una mujer jóven y delicada, vendrá á deciros cara á cara:

—Caballero, yo no quiero atemorizar á la señora respecto á su situacion, pero os recomiendo, si apreciais su salud, que la dejeis en perfecto sosiego. La irritacion parece dirigirse en este momento hácia el pecho, y la dominaremos, pero necesita descanso, mucho descanso; la menor agitacion pudiera trasladar la enfermedad á otro sitio. En estos momentos una preñez la mataria.

---

(1) Botánico y químico francés, director del Jardin Botánico de París, y médico de Luis XIV.

—Sin embargo, doctor...

—¡Ah! ¡Ah! ¡sé muy bien!

Rie y se va.

Semejante á la varita de Moisés, la receta doctoral hace y deshace las generaciones. Un médico os vuelve al lecho conyugal, cuando es necesario, con los mismos motivos que le han servido para arrojaros de él. Cura á vuestra mujer de enfermedades que no tiene, para curarla de las que tiene, y nada aprendereis de ello; porque la jerigonza científica de los médicos puede compararse á las obleas con que envuelven sus píldoras.

Una mujer decente está en su cuarto con el médico, lo mismo que un ministro seguro de su mayoría. Se hace recetar, á su antojo, el reposo ó la distraccion, el campo ó la ciudad, las aguas, el caballo ó el coche, segun su gusto y segun sus intereses. Os despide ú os admite en casa como quiere. Ya aparentará una enfermedad para lograr cuarto separado del vuestro. Ya se rodeará de todo el aparato de enferma, tendrá vieja enfermera, sin fin de redomas y de potes, y desde el centro de estos baluartes os desafiará con aires lánguidos, ú os hablará tan cruelmente de los cordiales y de las pociones calmantes que ha tomado, de las toses violentas que ha sufrido, de sus emplastos y de sus cataplasmas, que hará sucumbir vuestro amor á golpe de enfermedades, si es que estos dolores aparentes no le han servido de lazos para destruir la singular abstraccion que llamamos *vuestro honor*.

Así sabrá crearse puntos de resistencia, de todos los puntos de contacto que tengais con el mundo, con la sociedad ó con la vida. De este

modo todo se armará contra vos, y en medio de tantos enemigos quedareis solo.

Pero supongamos que, por un privilegio inaudito, tengais la felicidad de poseer una mujer poco devota, huérfana y sin amigas íntimas; que vuestra perspicacia os haga adivinar todas las trampas en que su amante intente haceros caer; que ameis aún con bastante ánimo á vuestra bella enemiga para resistir á todas las criaditas de la tierra, y que tengais, en fin, por médico, á uno de esos hombres tan célebres que carecen de tiempo para escuchar las dulces palabras de las mujeres; ó que si vuestro esculapio es el fiel servidor de la señora, pedís una consulta en que intervenga un hombre incorruptible cuantas veces el doctor favorito quiera recetar algo que os cause inquietud; pues bien, vuestra situacion no será mucho más brillante. Si no sucumbís á la invasion de los aliados, pensad en que, hasta ahora, vuestro adversario no ha dado aún, por decirlo así, ningun golpe decisivo. Si resistís más tiempo, vuestra mujer, despues de haber atado á vuestro rededor, hilo por hilo, y como la araña, una trama invisible, usará de las armas que le ha dado la naturaleza, que la civilizacion ha perfeccionado, y de que va á tratar la siguiente Meditacion.

MEDITACION XXVI.

DE LAS DIFERENTES ARMAS.

Todo lo que puede servir para herir, es un arma; y, á este título, los sentimientos son tal vez

las armas más crueles que puede el hombre emplear para herir á su semejante.

El ingenio tan lucido y tan vasto al mismo tiempo de Schiller (1), parece haberle revelado todos los fenómenos de la accion viva y cortante obrada por algunas ideas sobre las organizaciones humanas. Un pensamiento puede matar al hombre. Tal es la moral de las escenas desgarradoras en que el poeta muestra en los *Bandidos* á un jóven, haciendo, con ayuda de algunas ideas, entalladuras tan profundas en el corazon de un anciano, que acaba por arrancarle la vida.

Quizá no está lejana la época en que la ciencia pueda ver el mecanismo ingenioso de nuestros pensamientos, penetrar la trasmision de nuestros sentimientos, y probar cómo la organizacion intelectual es, en algun modo, un hombre interior que no se proyecta con ménos violencia que el hombre exterior; y, que la lucha que puede establecerse entre dos de estos poderes invisibles á nuestros débiles ojos, no es ménos mortal que los combates á cuyas contingencias entregamos nuestros cuerpos.

Pero estas consideraciones pertenecen á otros libros, y el fin de esta metafísica es tan sólo daros á conocer que las altas clases sociales raciocinan demasiado bien, para acometerse de otro modo que con armas intelectuales.

Así como se encuentran almas tiernas y delicadas en cuerpos de una aspereza mineral, así

---

(1) Juan Federico Schiller, célebre poeta; autor dramático é historiador, amigo de Goethe y protegido del duque de Weimar (1759-1805).

tambien existen almas de bronce envueltas en cuerpos flexibles y caprichosos, cuya elegancia atrae la amistad, cuya gracia solicita caricias; pero si acariciais al hombre exterior con la mano, el *homo duplex*, para valernos de una expresion de Buffon, no tarda en moverse, y sus angulosos contornos os lastiman.

Esta descripcion de un género particular de entes, que deseamos no encontreis caminando por este mundo, os presenta una imágen de lo que vuestra mujer será para vos. Cada uno de los sentimientos más dulces que ha puesto la naturaleza en nuestro corazon se convertirá en un puñal. Traspasado de puñaladas, sucumbireis por necesidad, pues vuestro amor destilará por cada herida.

Este es el último combate; pero tambien, para ella, es la victoria.

Para conformarnos con la distincion que hemos creido conveniente establecer entre las tres clases de temperamentos que son en algun modo los ejemplares de todas las constituciones femeninas, dividiremos esta Meditacion en tres párrafos, que tratarán:

I. *De la Jaqueca.*
II. *De los Ataques de nervios.*
III. *Del Pudor relativamente al matrimonio.*

I.

DE LA JAQUECA.

Las mujeres son constantemente juguetes ó víctimas de su excesiva sensibilidad, y hemos de-

mostrado que, en la mayor parte, esta delicadeza de alma debia casi siempre, sin que lo sepamos, recibir los más rudos golpes del matrimonio. (Ved las Meditaciones tituladas: *De los predestinados* y *De la luna de miel.)* La mayor parte de los medios de defensa empleados instintivamente por los maridos ¿no son tambien lazos armados á la vivacidad de las afecciones femeninas?

Así es que llega un momento en que, durante la guerra civil, la mujer traza con un solo pensamiento la historia de su vida moral, y se irrita del abuso prodigioso que habeis hecho de su sensibilidad. En tal caso, es muy raro que las mujeres, por un sentimiento de venganza innato que nunca se explican, ó por instinto de dominacion, no descubran un medio de gobierno en el arte de poner en juego en el hombre esta propiedad de su máquina.

Proceden con admirable tino para indagar qué cuerdas vibran más en el corazon de sus maridos; y, luégo que han hallado el secreto, se apoderan codiciosamente de este principio. Despues, como el niño á quien se ha dado un juguete mecánico cuyo resorte llega á descubrir, lo usará, golpeando incesantemente, sin preocuparse por las fuerzas del instrumento, con tal de que haga su efecto. Si os matan, os llorarán con la mayor gracia del mundo, como al más virtuoso, al más excelente, y al más sensible de los hombres.

De este modo, vuestra mujer se armará desde luégo de aquel sentimiento generoso que nos inclina á respetar á las personas que padecen. El hombre más dispuesto á regañar á su mujer llena de vida y de salud, se halla sin energía en pre-

sencia de su mujer enfermiza y débil. Si la vuestra no ha alcanzado el fin de sus designios secretos, con los diversos sistemas de ataque de que hemos procurado dar idea, se apoderará pronto de este arma omnipotente.

En virtud de este principio de nueva estrategia vereis á la jóven doncella, fuerte en vida y en belleza, con que os habeis casado, trasformarse en una mujer pálida y achacosa.

La afeccion cuyos recursos mejor conocen las mujeres, es la jaqueca. Esta enfermedad es la más fácil de fingir, pues no tiene ningun síntoma aparente. Basta, para tenerla, decir: tengo jaqueca.

Aunque la mujer no la tuviese, nadie puede desmentir á su cráneo, cuyos impenetrables huesos engañan al tacto y á la observacion. Por esto es la jaqueca, á nuestro parecer, la reina de las enfermedades, el arma más suave y más terrible empleada por las mujeres contra sus maridos.

Existen personas violentas y sin delicadeza, que, instruidas de las astucias femeninas por los cortejos del dichoso tiempo de su celibato, se lisonjean de no ser cogidas en este lazo vulgar. Todos sus esfuerzos, todos sus razonamientos, todo sucumbe ante la magia de estas palabras:

—¡Tengo jaqueca!

Si se queja un marido, si arriesga una reconvencion ó una observacion, si procura oponerse al poder de este *il buondo cani* del matrimonio, es hombre perdido.

¡Imaginaos á una mujer, deleitosamente recostada sobre el sofá, la cabeza dulcemente inclinada sobre la almohada, una mano colgando, el

libro á sus piés, y la taza de tila en un pequeño velador!... Colocad á un robusto marido delante. Ha dado cinco ó seis vueltas por el cuarto; y, cada vez que ha girado sobre sus talones empezando de nuevo este paseo, la enfermita ha dejado escapar un movimiento de cejas para indicar en vano que el ruido más ligero la fatiga. Al fin, él reune todo su valor, y protesta contra la astucia con esta frase atrevida:

—Pero ¿tienes, en efecto, la jaqueca?...

A estas palabras, la mujer alza un poco su lánguida cabeza, endereza el brazo que vuelve á caer flojamente sobre el sofá, eleva al techo sus amortiguados ojos, levanta todo lo que puede levantar, y despues arrojándoos una mirada lánguida, dice con una voz sumamente debilitada:

—¡Ay! ¿qué he de tener?... ¡Oh! ¡no se sufre tanto para morir!... ¿Y estos son todos los consuelos que me dais? ¡Ay! bien se ve, señores, que la naturaleza nos ha encargado de echar criaturas al mundo. ¡Qué egoistas é injustos sois! ¡Nos cogeis en toda la belleza de la juventud, frescas, de color rosado, de talle delgado!... ¡Esto está muy bien! ¡Pero cuando vuestros placeres han arruinado los dones floridos que tenemos de la naturaleza, no nos perdonais haberlos perdido por vosotros!... Esto es justo. No nos dejais ni las virtudes, ni los sufrimientos de nuestra condicion. ¡Habeis necesitado hijos! y nosotras hemos pasado las noches cuidándolos; los partos han arruinado nuestra salud, legándonos el gérmen de las afecciones más graves... (¡Ay qué dolores!...) Pocas mujeres hay que no sufran jaqueca; pero la vuestra debe estar exenta de ella... Y áun os burlais de sus do-

lores; pues no sois generoso... ¡Por amor de Dios, no andeis!... No temia esto de vos. Parad el reló de sobremesa, el movimiento de la péndola me zumba en la cabeza. Muchas gracias. ¡Oh! ¡qué desgraciada soy!... ¿No teneis en vuestra faltriquera alguna esencia? ¡Ay! ¡por compasion, permitidme que sufra á mi incomodidad, y salid, pues este olor me rompe el cráneo!

—¿Qué podeis responder?... ¿No hay en vos una voz interior que os clama:

—Pero ¿si ella sufre?...

Por esto casi todos los maridos dejan el campo de batalla muy tranquilamente; y sus mujeres los miran de reojo irse de puntillas, y cerrar sin ruido la puerta de su cuarto, sagrada en adelante. Hé aquí la jaqueca, real ó falsa, introducida en vuestra casa.

Entónces la jaqueca principia á hacer su papel en el seno de la familia, y éste es un tema sobre el que la mujer sabe hacer variaciones admirables. Lo despliega en todos tonos. Con solo la jaqueca, puede la mujer desesperar á su marido. La jaqueca ataca á la señora cuando ésta quiere, en donde quiere, tanto como quiere. Las hay de cinco dias, de diez minutos, periódicas é intermitentes.

Algunas veces hallais á vuestra mujer en cama, sufriendo, agobiada, y con las persianas del cuarto cerradas. Su jaqueca ha impuesto silencio á todo, desde las regiones de la garita del portero, que partia leña, hasta el desvan, de donde el mozo de cuadra arrojaba al patio algunos haces de paja. ¡Entónces, creyendo en esta jaqueca, salís de casa; pero cuando volveis, sabeis que la señora

se ha ido! Luégo vuelve á entrar fresca y lozana.

—¡Ha venido el doctor... me ha aconsejado el ejercicio, y me he hallado muy bien con él!...

Otro dia quereis entrar en el cuarto de la señora...

—¡Oh, señor! os responde la doncella con todas las señales de la admiracion más profunda: la señora tiene jaqueca, y nunca la he visto tan abatida. Hemos enviado á llamar al señor doctor.

—¡Qué dichoso eres, decia el mariscal Augereau (1) al general R..., en tener una mujer bonita!

—¡Tener!... repuso el otro. Si tengo á mi mujer diez dias al año, es todo lo más. Estas C... de mujeres siempre tienen la jaqueca, ó yo no sé qué.

La jaqueca reemplaza en Francia, las sandalias que en España deja el confesor á la puerta del gabinete de su penitente (2).

Si presintiendo vuestra mujer intenciones hostiles de vuestra parte, quiere hacerse tan inviolable como la Carta constitucional, comienza una nueva sinfonía de jaqueca. Se pone en la cama con todos los trabajos del mundo. Da pequeños y lastimeros ayes que destrozan el alma. Hace con gracia multitud de gestos tan hábilmente ejecutados que se la pudiera creer deshuesada. ¿Quién será el hombre tan poco escrupuloso que se atreva á hablar de deseos, que en él anuncian la salud más perfecta, á una mujer dolorida? La

---

(1) General francés protegido por la victoria, pero malogrado por la política (1757-1816).

(2) Es increible el crédito que esta ficcion ha tomado en Francia. Atribúyese á un oficial francés que quiso vengarse de una española que le habia rehusado sus favores.

política exige imperiosamente su silencio. En tal caso la mujer sabe que con su omnipotente jaqueca puede fijar, á su voluntad, en lo alto del lecho nupcial, aquel cartel tardío que hace volver precipitadamente á casa á los aficionados atraidos por un anuncio de la Comedia francesa, cuando llegan á leer:

Se suspende la funcion por indisposicion repentina de la señorita Mars.

¡Oh, jaqueca! ¡Protectora de los amores, impuesto conyugal, broquel sobre el que espiran todos los deseos maritales! ¡Oh, jaqueca poderosa! ¿Es posible que los amantes no te hayan celebrado aún, divinizado, personificado? ¡Oh, jaqueca prestigiosa! ¡Oh, jaqueca engañosa! ¡Bendito sea el cerebro que primero te concibió! ¡Vergüenza para el médico que hallase un preservativo contra tí! Sí, tú eres el único mal de que no se quejan las mujeres, sin duda por agradecimiento á los bienes que les dispensas; ¡oh, jaqueca engañosa! ¡Oh, prestigiosa jaqueca!

II.

DE LOS ATAQUES DE NERVIOS.

Existe un poder superior al de la jaqueca, y debemos confesar para gloria de la Francia y de la edad moderna, que este poder es una de las conquistas más recientes del femenino espíritu. Como sucede con los descubrimientos más útiles á las artes y á las ciencias, no se sabe á qué ingenio es debido. Es cierto tan sólo, que fué in-

ventado hácia mediados del siglo pasado, cuando el vapor comenzó á ser aplicado en Francia. Así, miéntras que Jaime Watt (1) aplicaba á unos problemas de mecánica la fuerza del vapor, una francesa, desconocida por desgracia, tenía la gloria de dotar á su sexo del poder de vaporizar sus flúidos.

En breve los efectos prodigiosos conseguidos por el vapor indicaron la vía de los nervios, y así es cómo, de fibra en fibra, nació la Nervología. Esta ciencia asombrosa ha conducido ya á los Philips y á otros fisiologistas hábiles al descubrimiento del flúido nervioso y de su circulacion. Nos hallaron tal vez en vísperas de reconocer sus órganos, y los secretos de su nacimiento y de su evaporacion. Así, gracias á algunas monadas, estaremos en el caso de penetrar algun dia los misterios del poder desconocido que hemos llamado ya más de una vez, en este libro, *la voluntad.*

Pero no usurpemos nada al terreno de la filosofía médica. Consideremos los nervios y los vapores tan sólo en sus relaciones con el matrimonio.

Los ataques nerviosos (denominacion patológica bajo la cual se encierran todas las afecciones del sistema nervioso), son de dos especies por lo que respecta al uso que las mujeres casadas hacen de ellos; pues nuestra fisiología tiene el desdén más soberbio por las clasificaciones médicas. Y así no reconocemos más que:

---

(1) Ingeniero mecánico escocés, célebre especialmente por sus descubrimientos en las aplicaciones del vapor (1736-1819).

1.° Los ataques clásicos.
2.° Los ataques románticos.

Las afecciones clásicas tienen algo de belicoso y animado. Son violentas en sus expansiones, como las Pitonisas (1), arrebatadas como las Menadas (2), agitadas como las Bacantes (3); esto es pura antigüedad.

Las afecciones románticas son dulces y lastimosas como las baladas cantadas entre las nieblas de la Escocia. Son pálidas como unas tiernas doncellas llevadas al féretro por el baile ó por el amor. Son eminentemente elegiacas, son toda la melancolía del Norte.

Aquella mujer con cabellos negros, con ojos penetrantes, con tez vigorosa, con labios secos, con mano poderosa, será ardiente y convulsiva, y representará el genio de los ataques clásicos; miéntras que una jóven rubia, con piel blanca, será el de los ataques románticos. A una pertenecerá el imperio de los nervios, á otra el de los vapores.

Frecuentemente el marido, al entrar en casa, halla á su mujer llorando.

—¿Qué tienes, querido ángel mio?

—Yo, no tengo nada.

—¿Por qué lloras?

—Lloro sin saber por qué. ¡Estoy entristecida!... He visto figuras en las nubes, y estas figuras nunca me aparecen más que á la víspera de al-

(1) Sacerdotisas de Apolo en Delfos, que pronunciaban oráculos sentadas en el trípode.

(2) Bacantes mitológicas que en la celebracion de las orgías se dejaban arrebatar de furiosos trasportes.

(3) Mujeres impúdicas.

guna desgracia... Me figuro que voy á morir...

Entónces os habla en voz baja de su difunto padre, de su difunto tio, de su difunto abuelo, de su difunto primo. Invoca á todas aquellas lamentables sombras, experimenta todas sus enfermedades, es atacada de todos sus males, siente latir su corazon con demasiada violencia ó hincharse su bazo...

Os decís para vos:—¡Sé muy bien de dónde viene eso!

Procurais consolarla; pero hé aquí á una mujer que se abre como un cofre, que se queja del pecho, que vuelve á llorar, que os suplica que la dejeis en su melancolía y en sus recuerdos. Os habla de su última voluntad, de sus funerales; se entierra, extiende sobre su túmulo el penacho verde de un sauce lloron... Y donde queríais recitar un festivo epitalamio, hallais un epitafio completamente negro.

Hay mujeres de buena fe que arrancan de este modo á sus sensibes maridos cachemires y diamantes, que paguen sus deudas ó el precio de un palco en la Opera; pero casi siempre los vapores son empleados como armas decisivas en la guerra civil.

Al oir hablar de su consuncion dorsal y de su pecho atacado, va una mujer á buscar distracciones. La veis vestirse con flojedad y con todos los síntomas del esplin. No sale sino porque una amiga íntima, su madre ó su hermana, vienen á arrancarla de aquel sofá que la devora, y sobre el que pasa su vida componiendo elegías. Va á pasar quince dias en el campo, porque el doctor lo manda. En resúmen, va á donde quiere y hace lo que se le antoja.

¿Se encontrará nunca un marido bastante brutal para oponerse á semejantes deseos, para impedir á su mujer que busque la curacion de tan crueles dolores, pues se ha declarado por largas discusiones que los nervios causan sufrimientos atroces?

Pero donde los vapores hacen particularmente su juego es en la cama. Allí cuando la mujer no tiene la jaqueca, tiene sus vapores; cuando no tiene ni vapores ni jaqueca, se halla bajo la proteccion del ceñidor de Vénus.

Entre las mujeres que os dan la batalla de los vapores, existen algunas más rubias, más delicadas, más sensibles que las otras, y que tienen el dón de las lágrimas. Saben llorar admirablemente. Lloran cuando quieren, como quieren y tanto como quieren. Organizan un sistema ofensivo que consiste en una resignacion sublime, y alcanzan victorias, tanto más brillantes, cuanto que quedan con buena salud.

Si el marido, enteramente irritado, llega á promulgar leyes, le miran con aire sumiso, bajan la cabeza y callan. Esta pantomima repugna siempre al marido. A esta especie de lágrimas conyugales, prefiere el hombre oir á su mujer hablar y defenderse, porque en tal caso él se exalta y se enfada; pero tales mujeres, ¡jamás!... Su silencio os inquieta y llevais una especie de remordimiento como el del homicida, que no hallando resistencia en su víctima, experimenta doble temor. Hubiera querido asesinar defendiéndose.

Si volveis, al acercaros, vuestra mujer enjuga sus lágrimas, y oculta su pañuelo de modo que os deja ver que ha llorado. Os enterneceis, y la su-

plicais que hable. Vuestra sensibilidad vivamente conmovida os hace olvidarlo todo. Entónces, solloza hablando, y habla sollozando, con una elocuencia de molino: porque os aturde con sus lágrimas y con sus ideas confusas y sacudidas; es una taravilla, es un torrente.

Las francesas, y las parisienses en particular, poseen maravillosamente el secreto de estas escenas, á las que la naturaleza de sus órganos y de su sexo, su tocado y su habladuría, dan hechizos increibles. ¡Cuántas veces una sonrisa maliciosa ha reemplazado las lágrimas en el caprichoso rostro de aquellas adorables comediantas, cuando ven á sus maridos solícitos en cortar la seda, lazo débil de sus cotillas, ó en asegurar más el peine que reunia las trenzas de sus cabellos, prontos siempre á desarrollar millares de dorados rizos!

Pero ¡á qué punto estas astucias de la edad moderna ceden al ingenio antiguo, á los poderosos ataques de nervios, á la Pirrica conyugal!...

¡Oh! ¡cuántas promesas hay para un amante en la vivacidad de estos movimientos convulsivos, en el fuego de estas miradas, en la fuerza de estos miembros, graciosos hasta en sus excesos! Entónces la mujer se arroja como un viento impetuoso, se precipita como las llamas de un incendio, se doblega como una ola que se escurre sobre guijarros blancos, sucumbe por demasiado amor, ve el porvenir, profetiza, ve sobre todo el presente, aturde á su marido y le imprime una especie de terror.

Basta muchas veces al hombre haber visto una sola vez á su mujer remover á tres ó cuatro hom-

bres vigorosos como si fuesen plumas, para jamás intentar seducirla. Será como el niño, que despues de haber visto saltar el fiador de una espantosa máquina, tiene un respeto increible por el más pequeño resorte. Llega despues la facultad de Medicina, armada con sus observaciones y con sus terrores. He conocido á un marido, hombre dulce y pacífico, cuyos ojos estaban fijados constantemente en los de su mujer, exactamente como si hubiese sido puesto en la jaula de un leon, y se le hubiese dicho que, no irritándolo, salvaria su vida.

Los ataques nerviosos son muy penosos, y cada dia se hacen más raros; ha prevalecido el romanticismo.

Se han encontrado maridos flemáticos, de aquellos hombres que aman largo tiempo porque hacen durar sus sentimientos, y cuyo ingenio ha triunfado de la jaqueca y de los ataques nerviosos; pero estos hombres sublimes son raros. Discípulos fieles del bienaventurado Santo Tomás, que quiso poner el dedo en la llaga de Jesucristo, están dotados de una incredulidad de ateista. Imperturbables en medio de las perfidias de la jaqueca y de los lazos de todos los ataques nerviosos, reconcentran su atencion en la escena que se les representa, examinan á la actriz, buscan uno de los resortes que la mueven, y cuando han descubierto el mecanismo de esta tramoya, se divierten en imprimir un ligero movimiento á algun contrapeso, y se aseguran de este modo y muy fácilmente de la realidad de estas enfermedades ó del artificio de estas mojigangas conyugales.

Pero si por una atencion, superior tal vez á las fuerzas humanas, el marido escapa á todos estos artificios que un amor indomable sugiere á las mujeres, será necesariamente vencido por el uso de otra arma terrible, la última que empleará la mujer, porque ella destruirá siempre con repugnancia su imperio sobre el marido; pero ésta es un arma envenenada, tan poderosa como la cuchilla fatal de los verdugos. Esta reflexion nos conduce al último párrafo de esta Meditacion.

III.

DEL PUDOR RELATIVAMENTE AL MATRIMONIO.

Antes de ocuparnos del pudor, será necesario tal vez saber si existe. ¿No es en la mujer más que una ficcion bien entendida? ¿No es más que el sentimiento de la libre disposicion del cuerpo, como pudiera creerse al pensar que la mitad de las mujeres de la tierra van casi desnudas? ¿No es más que una quimera social como defendia Diderot, objetando que este sentimiento cedia ante la enfermedad y ante la miseria?

Es posible hacer justicia á todas estas preguntas.

Un autor ingenioso ha pretendido recientemente que los hombres tienen mucho más pudor que las mujeres. Se ha fundado en muchas observaciones quirúrgicas; pero para que sus conclusiones mereciesen nuestra atencion, sería necesario que, durante cierto tiempo, los hombres fuesen curados por cirujanas.

La opinion de Diderot es todavía de ménos peso.

Negar la existencia del pudor porque desaparece en las crísis en que perecen casi todos los sentimientos humanos, es tanto como negar que la vida ha existido, porque llega la muerte.

Otorguemos tanto pudor á un sexo como á otro, é indaguemos en qué consiste.

Rousseau le hace proceder de las coqueterías necesarias que todas las hembras emplean por el macho. Esta opinion nos parece otro error.

Los escritores del siglo XVIII han hecho servicios inmensos á la sociedad; pero su filosofía, fundada en el sensualismo, no penetró la epidérmis humana. No consideraron más que el mundo exterior; y bajo este aspecto solamente, han retardado por algun tiempo el desarrollo moral del hombre y los progresos de una ciencia que sacará siempre sus primeros elementos del Evangelio, mejor comprendido en adelante por los discípulos fervorosos del Hijo del hombre.

El estudio de los misterios del pensamiento, el descubrimiento de los órganos del *Alma* humana, la geometría de sus fuerzas, los fenómenos de su poder, la apreciacion de la facultad que nos parece poseer de moverse independientemente del cuerpo, de trasportarse adonde quiere, y de ver sin la ayuda de los órganos corporales, en fin, las leyes de su dinámica y las de su influencia física, constituirán la parte gloriosa con que el siglo siguiente enriquecerá los tesoros de las ciencias humanas. Y no estamos ocupados, tal vez en este momento, más que en extraer los enormes pedruzcos con que un genio poderoso sabrá más tarde construir el edificio.

Así el error de Rousseau ha sido el error de su siglo. Ha explicado el pudor por las relaciones de los seres entre sí, en vez de explicarlo por las relaciones morales del sér consigo mismo. El pudor no es más capaz que la conciencia de ser analizado; y será tal vez comprenderlo instintivamente, llamarlo la conciencia del cuerpo; pues la una dirige hácia el bien nuestros sentimientos y los menores actos de nuestro pensamiento; así como la otra preside á los movimientos exteriores.

Las acciones que chocan contra nuestros intereses, y desobedecen las leyes de la conciencia, nos hieren con más fuerza que las demás, y repetidas, crean el odio. Lo mismo acontece con los actos opuestos al pudor, por lo que respecta al amor, que no es más que la expresion de toda nuestra sensibilidad. Si el extremo pudor es una de las condiciones de la vitalidad del matrimonio, como hemos procurado probarlo (*Catecismo conyugal*, Meditacion IV), es evidente que la impudicia lo disolverá.

Pero este principio, que pide largas deducciones al fisiologista, es aplicado por la mujer, casi siempre, maquinalmente; pues la sociedad, que lo ha exagerado todo en provecho del hombre exterior, desarrolla, desde la infancia, en las mujeres, aquel sentimiento alrededor del cual se agrupan casi todos los demás. Así es que desde el momento en que este inmenso velo, que se desarma al menor gesto de la brutalidad natural, llega á caer, la mujer desaparece. Alma, corazon, espíritu, amor, gracia, todo se demuele. En la situacion en que brilla el candor virginal de una

doncella de Otaiti (1), la europea se hace horrorosa. Allí está la última arma que la esposa emplea para libertarse del sentimiento que su marido tiene aún por ella. Es fuerte con su fealdad; y, esta mujer, que consideraria como la mayor desgracia dejar ver á su amante el más ligero misterio de su tocado, se regocijará de mostrarse á su marido en la situacion más desventajosa que pueda imaginarse.

Con los rigores de este sistema procurará arrojaros del lecho conyugal. Madama Sandy no obraba con malicia cuando advertia al padre de Tristram que diese cuerda al reloj de sobremesa, miéntras que vuestra mujer experimentará placer en interrumpiros con las preguntas más positivas. En donde poco há se hallaban el movimiento y la vida, están el reposo y la muerte. Una escena de amor viene á ser una transaccion largo tiempo debatida y casi testimoniada por escribano. Pero bien hemos probado en otra parte, que no nos negamos á aprovechar lo cómico de ciertas crísis conyugales, para que nos sea lícito desdeñar aquí los chistosos recursos que la musa de los Verville y de los Martial halló en la perfidia de los manejos femeninos, en la audacia injuriosa de sus discursos, en el cinismo de algunas situaciones. Sería demasiado triste reir, y demasiado jocoso entristecerse. Cuando llega una mujer á semejantes extremos, hay mundos entre ella y su marido. Sin embargo, existen ciertas mujeres á quienes el cielo ha dado el dón de agradar en todo,

(1) La mayor parte de las islas de la Sociedad en el Océano Equinoccial.

que saben, segun se dice, poner cierta gracia espiritual y cómica en estos debates, y que tienen *un pico tan bien afilado*, segun la expresion de Sully, que consiguen el perdon de sus caprichos y de sus mofas, y que nunca se enajenan el corazon de sus maridos.

¿Cuál es el alma bastante robusta, el hombre enamorado con bastante fuerza, para persistir en su pasion, despues de diez años de matrimonio, en presencia de una mujer que ya no le ama, que se hace con intencion áspera, mordaz, enferma, caprichosa, y que abjurará sus votos de elegancia y de limpieza, en gracia de no ver á su marido apostatar; delante de una mujer que especulará, en fin, con el horror causado por la indecencia?

Ahora hemos llegado al último círculo infernal de la Divina Comedia del Matrimonio; nos hallamos en el fondo del infierno.

Existe no sé qué cosa terrible en la situacion á que llega la mujer casada, cuando un amor ilegítimo le hace olvidar sus deberes de madre y de esposa. Así como lo ha expresado muy bien Diderot, la infidelidad es en ella como la incredulidad en un sacerdote, el último término de las prevaricaciones humanas. Es en ella mayor crímen social, porque contiene todos los demás. En efecto, profana su amor si continúa perteneciendo á su marido, ó rompe todos los lazos de familia abandonándose enteramente á su amante. Debe elegir: porque la única excusa posible estará en el exceso de su amor.

Vive, pues, entre dos crímenes. Hará la desgracia de su amante, si es sincera en su

pasion, ó la de su marido, si aún es amada de él.

A este espantoso dilema de la vida se agregan todos los caprichos de la conducta de las mujeres: allí se halla el principio de sus mentiras y de sus perfidias, allí está el secreto de todos sus misterios: hay con que hacer estremecer. Por esto, como cálculo de existencia solamente, la mujer que acepta las desgracias de la virtud y que desdeña las felicidades del crímen, tiene, sin duda, cien veces razon. Sin embargo, casi todas contrapesan los dolores del porvenir y siglos de angustias, por el éxtasis de una media hora. Si el sentimiento conservador de la criatura, el temor de la muerte no las detiene, ¿qué se puede esperar de las leyes que las envian por dos años á las *Madelonnettes?* (1) ¡Oh, infamia sublime! Si se llega á pensar que el objeto de estos sacrificios es uno de nuestros hermanos, un hidalgo á quien no confiaríamos nuestra fortuna, si la tuviéramos, un hombre, en fin, que abotona su redingote como todos nosotros, hay motivo para echar una carcajada que partiendo del Luxemburgo, pasase sobre todo París y fuese á asustar á un asno que estuviese paciendo en Montmartre.

Parecerá tal vez muy extraordinario que relativamente al matrimonio, tantas materias hayan sido tratadas superficialmente por nosotros; pero el matrimonio no es tan sólo toda la vida humana, es dos vidas humanas. Y así como la adicion de un guarismo en el juego de la lotería centuplica las contingencias, así una vida unida á

(1) Cárcel de París destinada á las mujeres de mala vida.

otra vida, multiplica en una progresion espantosa las suertes, ya tan variadas, de la vida humana.

MEDITACION XXVII.

DE LOS ÚLTIMOS SÍNTOMAS.

El autor de este libro ha encontrado en el mundo tantas gentes poseidas de una especie de fanatismo por el conocimiento del tiempo verdadero y del tiempo medio, por los relojes con segundos, y por la exactitud de su existencia, que ha juzgado necesaria esta Meditacion para la tranquilidad de un gran número de maridos, y no la omitirá. Hubiera sido cosa cruel dejar á los hombres que tienen la pasion de la hora, sin brújula para apreciar las últimas variaciones del zodiaco matrimonial y el momento preciso en que el signo del minotauro aparece sobre el horizonte.

El *conocimiento del tiempo conyugal* exigiria tal vez un libro entero por el gran número de observaciones finas y delicadas que exige. El maestro confiesa que su juventud no le ha permitido recoger sino muy pocos síntomas, pero siente justo orgullo al llegar al término de su difícil empresa, advirtiendo que deja á sus sucesores una nueva materia de pesquisas; y en asunto al parecer tan usado, no solamente no estaba todo dicho, sino que quedarán aún muchos puntos por aclarar.

Da, pues, ahora, sin órden y sin enlace, los elementos informes que ha podido reunir hasta el

dia, esperando tener el tiempo de coordinarlos más tarde, y de reducirlos á un sistema completo.

Por si alguno se anticipase en esta empresa eminentemente nacional, indicará aquí, sin que por ello sea tachado de vanidad, la division natural de estos síntomas. Son necesariamente de dos especies: los unicornios y los bicornios. El minotauro unicornio es el ménos dañino; los dos culpables se contentan con el amor platónico, ó al ménos no deja su pasion vestigios visibles á la posteridad; miéntras que el minotauro bicornio es la desgracia con todos sus frutos.

Hemos señalado con un asterisco los síntomas que nos han parecido de este último género.

OBSERVACIONES MINOTÁURICAS.

I.

Cuando despues de haber estado separada de su marido, la mujer le hace arrumacos demasiado fuertes para inducirle al amor, obra en virtud de este axioma del derecho marítimo: *La bandera cubre el género.*

II.

Se halla una mujer en un baile, se llega á ella una de sus amigas, y le dice:

—Vuestro marido tiene mucho talento.

—¿Lo creeis así?...

III.

En el proceso del divorcio de milord Aberhaveny, declaró el ayuda de cámara que:

—La señora vizcondesa tenía tanta repugnancia por todo lo que pertenecia á milord, que él la habia visto frecuentemente quemando hasta unas baratijas de papel que milord habia tocado en el cuarto de su mujer.

IV.

Si una mujer desidiosa se vuelve activa, si una mujer que se horroriza del estudio, aprende una lengua extranjera; en fin, toda mudanza completa obrada en su carácter, es uno de los síntomas más decisivos.

V.

La mujer que es muy dichosa por el corazon, no se presenta en sociedad.

VI.

La mujer que tiene un amante se hace muy indulgente.

VII.

Un marido da cien escudos mensuales á su mujer para el tocado; y, todo bien ajustado, ella

gasta al ménos quinientos francos sin contraer un sueldo de deudas; el marido es robado de noche, á mano armada, pero sin fractura.

VIII.

Dormian dos esposos en la misma cama, y la señora estaba siempre enferma; duermen separados, y ella ya no tiene jaquecas, y su salud se va poniendo más brillante que nunca: ¡síntoma espantoso!

IX.

La mujer que no cuidaba de ningun modo de sí misma, pasa repentinamente á un extremado esmero en su tocado.—Hay algo de minotauro en esto.

X.

—¡Ay! querida mia, no conozco mayor suplicio que el de no ser comprendida.

—Sí, querida mia, ¡pero cuándo lo somos!...

—¡Oh! eso no acontece casi nunca.

—Convengo en que eso es muy raro. Es una gran felicidad; pero no existen dos personas en el mundo que sepan comprenderos.

XI.

El dia en que una mujer tiene miramientos con su marido...—todo está dicho.

XII.

Le pregunto:

—¿De dónde venís, Juana?

—Vengo de casa de vuestro compadre, de buscar la vajilla vuestra que dejásteis.

—¡Oh! ¿es cierto? ¡Todo es aún mio! dije.

Al año siguiente reitero la misma pregunta en la misma ocasion.

—Vengo de buscar nuestra vajilla.

—¡Ah, ah! ¡Tenemos aún parte en ella! dije.

Pero despues, si le pregunto, me dirá muy de otro modo:

—Quereis saberlo todo como los grandes, y no teneis tres camisas. Vengo de buscar mi vajilla, de casa de mi compadre, donde he cenado.

—Hé aquí un punto averiguado.

XIII.

Desconfiad de una mujer que habla de su virtud.

XIV.

Se dijo á la duquesa de Chaulnes, cuyo estado inspiraba grandes inquietudes:

—El señor duque de Chaulnes quisiera entrar á veros.

—¿Está ahí?

—Sí.

—Que espere... entrará con los Sacramentos.

Esta idea minotáurica ha sido recopilada por Champfort, pero debia hallarse aquí como ejemplo.

XV.

Hay mujeres que procuran persuadir á sus maridos de que tienen deberes que cumplir con ciertas personas:

—Os aseguro que debeis hacer una visita á don Fulano...—No podemos dispensarnos de convidar á comer al señor D. Zutano...

XVI.

—¡Vamos, hijo mio, tente derecho; procura tomar buenos modales! ¡En fin, mira á D. Fulano!... ¡mira cómo anda!... ¡examina cómo se viste!...

XVII.

Cuando la mujer no pronuncia el nombre de un hombre más que dos veces al dia, tal vez hay incertidumbre acerca de la naturaleza del sentimiento que tiene por él; ¡pero tres!... ¡Oh, oh!

XVIII.

Cuando la mujer acompaña á un hombre que no es ni abogado ni ministro, hasta la puerta del cuarto, es muy imprudente.

XIX.

Es un terrible dia aquel en que el marido no puede explicarse el motivo de una accion de su mujer.

XX.

La mujer que se deja sorprender merece su suerte.

¿Cuál debe ser la conducta del marido al reparar en un último síntoma que no le deja duda de la infidelidad de su mujer?

Esta pregunta es fácil de contestar. No existen más que dos partidos que tomar: el de la resignacion ó el de la venganza; pero ningun término hay entre estos dos extremos.

Si se prefiere la venganza, ésta debe ser completa. El esposo que no se separa para siempre de su mujer, es un verdadero necio.

Si el marido y la mujer se juzgan dignos de estar aún ligados como amigos, hay algo de odioso en hacer sentir á la mujer la ventaja que se puede tener sobre ella.

Hé aquí algunas anécdotas de las cuales muchas son inéditas, y que señalan bastante bien, á mi parecer, las varias reglas de conducta que debe seguir un marido en semejante caso.

El señor de Roquemont dormia una vez al mes en el cuarto de su mujer, y se iba diciendo:

—¡Héme aquí limpio de polvo y paja, suceda lo que sucediere!

Hay en esto, á un tiempo, depravacion y no sé qué pensamiento bastante alto de política conyugal.

Un estadista, al ver llegar el amante de su mujer, salia de su gabinete, entraba en el cuarto de la señora, y les decia:

—¡Al ménos no riñais!...

Esto tiene ingenuidad.

Se preguntaba á M. de Boufflers lo que haría si, despues de una ausencia muy larga, hallase á su mujer en cinta.

—Haría llevar mi bata y mis chinelas á su cuarto.

En esto hay grandeza de alma.

—Señora, que os maltrate ese hombre cuando estais sola, es culpa vuestra; pero no sufriré que se porte mal con vos en mi presencia, pues me ofende.

En esto hay nobleza.

Lo sublime del caso es el birrete puesto al pié del lecho, por el magistrado, durante el sueño de los dos culpables.

Hay algunas venganzas muy bellas.

Mirabeau pintó admirablemente en uno de aquellos libros que compuso para ganar la vida, la resignacion melancólica de aquella italiana, sentenciada por su marido, á perecer con él en Marennes (1).

---

(1) Ciudad francesa en el departamento del Charente y á tres leguas de Rocheford, rodeada de aguazales insalubres.

ÚLTIMOS AXIOMAS.

I.

No es vengarse sorprender á la mujer con su amante y matarlos abrazados; es el mayor servicio que se les puede hacer.

II.

Nunca el marido será mejor vengado que por el amante de su mujer.

MEDITACION XXVIII.

DE LAS COMPENSACIONES.

La catástrofe conyugal de que son necesaria víctima cierto número de maridos, acarrea siempre una peripecia. En tal caso todo se calma alrededor de vos. Vuestra resignacion, si os resignais, tiene el poder de despertar remordimientos poderosos en el alma de vuestra mujer y de su amante; porque su felicidad misma les instruye de toda la extension del daño que os ocasionan. Os hallais el tercero, sin sospecharlo, en todos sus placeres. El principio de beneficencia y de bondad que yace en el fondo del corazon humano, no es ahogado tan fácilmente como se cree; así las dos almas que os atormentan, son precisamente las que mayor bien os desean.

En estas suaves y familiares conversaciones, que sirven de lazo á los placeres, y que son en algun modo las caricias de nuestros pensamientos, vuestra mujer dice frecuentemente á vuestro sustituto:

—¡Pues bien, te aseguro, Augusto, que quisiera mucho ver á M. A-Z, dichoso; pues en realidad, es bueno: si no fuese mi marido, y no más que mi hermano, haría muchas cosas para agradarle! Me ama, y—su amistad me incomoda.

—¡Sí, es un hombre de bien!...

Entónces os haceis objeto del respeto de este soltero que quisiera daros todas las indemnizaciones posibles por el agravio que os hace; pero está detenido por aquella altanería desdeñosa cuya expresion se mezcla en todas vuestras palabras, y que se imprime en todos vuestros gestos.

Efectivamente, en los primeros momentos de llegar el minotauro, un hombre se parece al actor embarazado sobre un teatro en que no tiene costumbre de mostrarse. Es muy difícil que sepa conllevar su tontería y su dignidad; pero sin embargo, los caractéres generosos áun no son tan raros que sea imposible hallar uno para nuestro marido modelo.

Entónces, insensiblemente os hallais cautivado por la gracia de los procedimientos con que vuestra mujer os trata. Toma con vos un tono de amistad que ya no abandonará. La dulzura de vuestro hogar es una de las primeras compensaciones que hacen al marido el minotauro ménos odioso. Pero, como es natural al hombre acostumbrarse á las condiciones más duras, á pesar de este sentimiento de nobleza que nada puede alte-

rar, sois llevado por una fascinacion cuyo poder os rodea sin cesar, á no negaros á todas las dulzuras de vuestra situacion.

Supongamos que la desgracia conyugal haya caido sobre un goloso. Pide naturalmente consuelos á su gusto. Refugiado su placer en otras sensibles cualidades de su persona, toma otros hábitos. Os acostumbrais á otras sensaciones. Volviendo entónces un dia del ministerio, despues de haber permanecido largo tiempo delante de la rica y deliciosa biblioteca de Chevet, vacilando entre desembolsar cien francos y los goces prometidos por un pastel de hígado gordo de Estrasburgo, quedais atónito al encontrar el pastel insolentemente puesto en el aparador de vuestro comedor. ¿Sucede esto por virtud de un espejismo (1) gastronómico?... Entónces, y en esta incertidumbre, andais hácia *él* (un pastel es una criatura animada) con paso firme, pareceis relinchar oliendo las trufas cuyo perfume atraviesa sus doradas sávias cubiertas; os inclinais por dos veces; todos los flecos nerviosos de vuestro paladar se animan, saboreais los placeres de una funcion verdadera; y, en este éxtasis, perseguido por un remordimiento, llegais al cuarto de vuestra mujer.

—En verdad, querida amiga mia, no tenemos tal fortuna que nos permita comprar pasteles...

—¡Pero nada nos cuestan!

—¡Oh! ¡oh!

---

(1) Efecto óptico observado en el mar y en las llanuras de Egipto, que hace parecer encima del horizonte lo que está debajo: prestigio que hace ver en medio de los arenales de Egipto jardines y aguas imaginarias.

—Si es el hermano del señor Aquiles quien lo ha enviado...

Veis al señor Aquiles en un rincon. El célibe os saluda, parece dichoso al veros aceptar el pastel. Mirais á vuestra mujer que se pone colorada; pasais la mano sobre vuestros bigotes acariciando muchas veces vuestra barba; y como no dais gracias, los dos amantes adivinan que aceptais la compensacion.

El ministerio ha cambiado de repente. El marido, Consejero de Estado, tiembla de ser declarado cesante, cuando la víspera esperaba una Direccion general. Todos los ministros son enemigos suyos, y se hace constitucional.

Previendo su desgracia, ha ido á Auteuil á consolarse con un amigo antiguo, que le ha hablado de Horacio y de Tíbulo. Al volver á casa ve la mesa puesta como para recibir á los hombres más influyentes de la situacion.

—En verdad, señora condesa, dice él con mal humor, y entrando en el cuarto, donde ella está acabando su tocado; hoy no reconozco vuestro acostumbrado tino... Buscais mala ocasion para dar comidas... Veinte personas van á saber...

—¡Van á saber que sois Director general!... exclama ella, mostrándole un real despacho...

Se queda atónito. Coge la carta, la vuelve, la revuelve, la abre, se sienta, vuelve á plegarla.

—Sabía muy bien, dice él, que bajo todos los ministerios posibles se haría justicia...

—Sí, querido mio! Pero M. de Villeplaine ha salido por vuestro fiador, respondiendo de vuestra persona á su Eminencia el cardenal de... de quien es...

—¿M. de Villeplaine?...

Hay en esto una compensacion tan opulenta que el marido añade con una sonrisa de Director general:

—Cáspita, querida mia; ¿pero este es asunto vuestro?

—¡Ah! no me tengais ningun agradecimiento!... Adolfo lo ha hecho por instinto y por vos!...

Cierta noche, un pobre marido, detenido en casa por una continuada lluvia ó cansado tal vez de ir á pasar sus veladas en el juego, en el café ó en las reuniones, hastiado y enfadado de todo, se ve obligado despues de la comida á seguir á su mujer al cuarto conyugal. Se sepulta en un canapé y espera sultanescamente su café. Parece decirse:—En resumidas cuentas, es mi mujer!...

La sirena dispone por sí misma la bebida predilecta, pone un cuidado particular en destilarla, la echa azúcar, la prueba, se la presenta; y, sonriéndose, arriesga, odalisca sumisa, una chanza, para desarrugar la frente de su amo y señor.

Hasta entónces él habia creido que su mujer era tonta; pero al oir una agudeza, finamente dicha, levanta la cabeza de aquel modo peculiar á los perros que rastrean una liebre.

—¿En dónde diablos ha tomado esto?... ¡Pero es una casualidad! se dice para sí.

Y de lo más elevado de su grandeza, replica con una observacion picante.

La señora responde á ella, la conversacion se hace tan viva como interesante, y este marido, hombre bastante superior, está completamente admirado al hallar el espíritu de su mujer ador-

nado con los más variados conocimientos. Las palabras propias le vienen con una facilidad maravillosa, su tino y su delicadeza producen especies de una graciosa novedad. No es ya la misma mujer.

Repara ella el efecto que produce sobre su marido; y tanto para vengarse de sus desdenes, como para hacerle admirar al amante de quien tiene, por decirlo así, los tesoros de su espíritu, se anima y deslumbra. El marido, más capaz que otro alguno de apreciar una compensacion que debe tener alguna influencia sobre su porvenir, piensa en que las pasiones de las mujeres son tal vez una especie de cultura necesaria.

Pero, ¿cómo revelar la compensacion que, entre todas, lisonjea más al marido?

Desde el momento en que aparecen los últimos síntomas, hasta la época de la paz conyugal, de que no tardaremos en ocuparnos, se pasan, poco más ó ménos, unos diez años. Así, durante este espacio de tiempo y ántes de que los dos esposos firmen el tratado que, por una reconciliacion sincera entre el pueblo femenino y su dueño legítimo, consagra una pequeña restauracion matrimonial, ántes, en fin, de cerrar, segun la expresion de Luis XVIII, el abismo de las revoluciones, es raro que una mujer decente no haya tenido más que un amante. Tiene la anarquía fases inevitables. La dominacion fogosa de los tribunos, es reemplazada por la del sable ó la de la pluma, pues no se encuentran muchos amantes cuya constancia sea decenal. Luego probando nuestros cálculos que una mujer decente no ha pagado, sino muy estrictamente, sus contribuciones fisio-

lógicas ó diabólicas, no haciendo más que tres dichosos, está en el órden de las probabilidades que habrá puesto el pié en más de una region amorosa. Algunas veces, durante un interregno demasiado largo del amor, puede acontecer que, sea por capricho, sea por tentacion, sea por el atractivo de la novedad, una mujer emprenda seducir á su marido. Figuráos á la hechicera señora de T., la heroina de nuestra Meditacion sobre la *Estrategia*, principiando por decir con un aire fino:

—¡Pero nunca os he visto tan amable!...

De lisonja en lisonja, tienta, pica la curiosidad, se chancea, fecundiza en vos el deseo más ligero, se apodera de él, y os hace orgulloso de vos mismo.

Llega en tal caso para el marido la noche de las indemnizaciones. La mujer confunde entónces la imaginacion de su marido. Semejante á los viajeros cosmopolitas, refiere las maravillas de los países que ha recorrido. Interpola sus discursos con palabras pertenecientes á varios lenguajes. Las imágenes apasionadas del Oriente, el original movimiento de las frases españolas, todo se choca, todo se aprieta. Desarrolla todos los tesoros de su librito de memorias con todos los misterios de la coquetería; es hechicera, nunca la habíais conocido!

Con aquel arte particular que tienen las mujeres de atribuirse todo lo que se les enseña, ha sabido mezclar las diferencias, para crearse unas maneras que sólo á ella pertenecen. No habíais recibido más que una mujer lerda é ingénua de manos de Himeneo; el Celibato generoso os res-

tituye una decena de ellas. Entónces el marido, alegre y enajenado, ve su cama invadida por la tropa juguetona de aquellas cortesanas provocativas de que hemos hablado en la Meditacion sobre los *Primeros síntomas*. Estas diosas vienen á agruparse, á reir y á juguetear bajo las elegantes muselinas del lecho nupcial.

La Fenicia os arroja coronas y se mece blandamente, la Calcidisosa os sorprende con los prestigios de sus blancos y delicados piés, la Unelmana llega y os descubre, hablando el dialecto de la bella Jonia, tesoros de felicidad desconocidos, en el estudio profundo que os obliga á hacer de una sola sensacion.

Desconsolado de haber desdeñado tantos hechizos, y fatigado muchas veces de haber encontrado tanta perfidia entre las sacerdotisas de Vénus, como entre las mujeres decentes, el marido aviva algunas veces, por galantería, el momento de la reconciliacion, hácia la cual inclinan siempre las gentes decentes; y este retoño de felicidad es cogido con más placer, tal vez, que la primera mies. El minotauro os habia robado oro, y os restituye diamantes. En efecto, éste es tal vez el momento de publicar un hecho de la más alta importancia. Puede uno tener mujer sin poseerla.

Así tambien la mayor parte de los maridos, no habíais quizá recibido aún nada de la vuestra, y para hacer vuestra union perfecta, ha sido necesaria tal vez la poderosa intervencion del celibato. ¿Cómo ha de llamarse este milagro, el único que se obra sobre un paciente en su ausencia?...

¡Ay, hermanos mios, no hemos hecho nosotros la naturaleza!...

¡Pero por cuántas otras compensaciones no ménos ricas, sabe el alma noble y generosa de un jóven soltero merecer su perdon! Me acuerdo de haber sido testigo de una de las reparaciones más magníficas que un amante puede ofrecer al marido que minotauriza.

En una cálida noche del verano de 1817, ví llegar, á uno de los salones de Tortoni, uno de aquellos doscientos jóvenes que con tanta confianza llamamos amigos nuestros. Estaba en todo el esplendor de su modestia. Una mujer adorable vestida con perfecto gusto, y que acababa de entrar en uno de aquellos frescos retretes consagrados por la moda, habia bajado de una elegante berlina que se paró en el bulevar, ocupando aristocráticamente el terreno de los paseantes. Mi jóven soltero apareció dando el brazo á su soberana, miéntras que el marido les seguia cogiendo de la mano á dos niños bonitos como unos amores. Los dos amantes, más ligeros que el padre de familia, habian llegado ántes que él al gabinete indicado por un criado. Al atravesar la sala de entrada, el marido tropezó con no sé qué dandy, que se formalizó de que le hubiesen empujado; y de allí surgió una riña, que vino á hacerse séria en el instante, por el desabrimiento de las respectivas réplicas.

En el momento en que el dandy iba á permitirse un acto indigno de todo hombre que se respeta, el soltero habia intervenido y detenido el brazo del dandy; le habia sorprendido, confundido, aterrado, estaba soberbio. Cumplió el acto que meditaba el agresor, diciéndole:

—¡Caballero!...

Este:—¡Caballero!... es uno de los discursos más bellos que jamás he oido. Parecia que el jóven soltero se expresaba de este modo:

—Este padre de familia me pertenece. Puesto que me he apoderado de su honor, á mí me toca defenderle. Conozco mi deber, soy su sustituto y me batiré por él.

¡La mujer era sublime! Pálida, perdida, habia cogido el brazo de su marido que hablaba sin cesar; y sin decir una palabra, le arrastró al coche, con sus hijos. Era ésta una de aquellas mujeres del gran mundo que saben conciliar la violencia de sus sentimientos con el buen tono.

—¡Oh! señor Adolfo, exclamó la jóven al ver á su amigo volver con aire alegre á la berlina.

—Esto no es nada, señora, es uno de mis amigos, y nos hemos abrazado...

No obstante, al dia siguiente por la mañana, el animoso soltero recibió una estocada que puso su vida en peligro, y le retuvo seis meses en cama. Fué objeto de los cuidados más afectuosos de parte de los dos esposos. ¡Cuántas compensaciones!...

Así que algunos años despues de este acontecimiento, un anciano tio del marido, cuyas opiniones no concordaban con las del jóven amigo de la familia, y que conservaba un pequeño resto de rencor contra él, con motivo de una discusion política, emprendió echarle de la casa. Llegó el nciano hasta decir á su sobrino que era necesario elegir entre su herencia y la expulsion de aquel impertinente soltero. Entónces el respetable comerciante, pues era un corredor de cambios, dijo á su tio.

—¡Ah! ¡no sois vos, tio mio, quien me obligará

á faltar al reconocimiento! ¡Si yo se lo dijese, este jóven se dejaria matar por vos!... Ha salvado mi crédito, atravesaria el fuego por mí, me deshace de mi mujer, me atrae clientes, me ha procurado casi todas las negociaciones del empréstito Villele... le debo la vida; es el padre de mis hijos... ¡esto no se olvida!...

Todas estas compensaciones pueden pasar por completas; pero por desgracia, hay compensaciones de todos géneros. Las hay negativas, engañosas, y en fin, las hay falaces y negativas á un tiempo.

Conozco á un anciano marido poseido por el demonio del juego. Casi todas las noches viene el amante de su mujer y juega con él. ¡El soltero le dispensa con liberalidad los goces que dan las incertidumbres y la suerte del juego! Y sabe perder regularmente un centenar de francos al mes; pero la señora se los da... La compensacion es engañosa.

Sois par de Francia y nunca habeis tenido más que hijas. ¡Pare vuestra mujer un muchacho! La compensacion es negativa.

El hijo que salva vuestro nombre del olvido se parece á su madre... La señora duquesa os persuade de que el niño es vuestro. La compensacion negativa se hace falaz.

Si llegan tantos maridos muy suavemente á la paz conyugal, y llevan con tanta gracia las insignias imaginarias del poder patrimonial, su filosofía es sin duda sostenida por el *confortabilismo* de ciertas compensaciones que los ociosos no saben adivinar. Pasan algunos años y dos esposos llegan á la última situacion de la existencia artificial á que se han condenado al casarse.

MEDITACION XXIX.

DE LA PAZ CONYUGAL.

Mi espíritu ha acompañado tan fraternalmente al Matrimonio en todas las fases de su vida fantástica, que me parece haber envejecido con la familia que he tomado tan jóven al principio de esta obra.

Despues de haber experimentado en el pensamiento el ímpetu de las primeras pasiones humanas; despues de haber delineado, á pesar de la imperfeccion del dibujo, los principales acontecimientos de la vida conyugal; despues de haber discutido contra tantas mujeres que no me pertėnecian; despues de haberme gastado combatiendo tantos caractéres evocados de la nada; despues de haber asistido á tantas batallas, experimento un cansancio intelectual que se ostenta como un crespon sobre las cosas de la vida. Me parece que tengo un catarro, que llevo anteojos verdes, que mis manos tiemblan, y que voy á pasar la segunda mitad de mi existencia y de mi libro excusando las locuras de la primera.

Me veo rodeado de niños grandes que no he hecho, y sentado cerca de una mujer con quien no me he casado. Creo sentir arrugas acumuladas sobre mi frente. Me hallo delante de un hogar que chisporrea como en despecho mio, y habito una cámara antigua... Experimento una impresion de pavor al poner la mano en mi corazon; porque me pregunto:

—¿Está marchitado?

Semejante á un procurador viejo, ningun sentimiento me engaña, y no admito un hecho sino cuando se me atestigua, como dice un verso de lord Byron, por dos buenos falsos testigos. Ningun rostro me engaña.

Me hallo afligido y triste. Conozco que el mundo no tiene ya ilusiones para mí. Mis más santas amistades han sido vendidas. Cambio con mi mujer una mirada de inmensa profundidad, y la más sencilla de nuestras palabras es un puñal que atraviesa nuestra vida de parte á parte. Estoy en una tranquilidad horrorosa.

¡Esta es la paz de la vejez! El anciano posee en sí y de antemano el cementerio que en breve le poseerá á él. Se acostumbra al frio. Muere el hombre, como nos dicen los filósofos, pieza por pieza; y áun engaña casi siempre á la muerte: pues lo que ésta viene á coger con su descarnada mano, ¿es siempre verdaderamente la vida?

¡Oh! ¡morir jóven y palpitante!... ¡Destino digno de envidia! ¿No es esto, como lo ha dicho un poeta gracioso: «Llevar consigo todas sus ilusiones, enterrarse, como un rey de Oriente, con sus pedrerías y sus tesoros, con toda la fortuna humana?»

¡Cuántas gracias debemos dar al espíritu dulce y benéfico que respira en todas las cosas de este mundo! En efecto, el cuidado que tiene la naturaleza de despojarnos pieza por pieza de nuestras vestiduras, de desnudarnos el alma, debilitándonos por grados el oido, la vista y el tacto, amortiguando la circulacion de nuestra sangre, y coagulando nuestros humores, para hacernos tan poco sensibles á la invasion de la muerte como lo

fuimos á la de la vida, este cuidado maternal que tiene de nuestra frágil cubierta, lo muestra tambien por los sentimientos y por esta doble existencia que el amor conyugal crea.

Nos envia primero la confianza, que, alargando la mano y abriendo su corazon, nos dice: ¡Mira! soy tuya para siempre.

La tibieza la sigue con paso lánguido, volviendo su rubia cabeza para bostezar como una viuda jóven escuchando al ministro dispuesto á firmar el despacho de su haber.

La indiferencia llega, se extiende sobre un sofá, no pensando más que en bajar la ropa que en otro tiempo el deseo levantaba tan casta y vivamente. Fija sus ojos sin pudor y sin inmodestia sobre el lecho nupcial; y si desea alguna cosa, son frutas verdes para despertar las papillas entorpecidas que tapizan su estragado paladar.

En fin, la experiencia filosófica de la vida se presenta con frente recelosa y desdeñosa, mostrando con el dedo las resultas y no las causas, la victoria tranquila y no el combate fogoso. Computa los atrasos de los arrendatarios, y calcula el dote de una niña. Lo materializa todo. Con un golpe de su varita se hace la vida compacta y sin resorte; todo en otro tiempo era flúido, ahora todo se ha petrificado.

Ya no existe el placer para nuestros corazones. Es analizado y se reputa como una sensacion, como una crísis pasajera, pues lo que el alma quiere en el dia es un estado, y sólo la felicidad es permanente. Se halla en la tranquilidad más absoluta, en la regularidad de las comidas, del sueño y del juego de los órganos embotados.

—¡Esto es horroroso!... dije, ¡soy jóven, lleno de vida!... Perezcan todos los libros del mundo ántes que mis ilusiones.

Dejé mi laboratorio y me precipité en París. Al ver pasar las caras más hechiceras, reparé bien en que no era viejo; y la primera mujer, jóven, bella y bien vestida que me apareció, hizo desvanecer, con el fuego de sus miradas, el encanto de que yo era voluntaria víctima.

Apénas habia andado algunos pasos en el jardin de las Tullerías, sitio al que me habia dirigido, cuando reparé en el modelo de la situacion matrimonial á que ha llegado este libro. Hubiera querido caracterizar, idealizar ó personificar al matrimonio tal como lo concibo, y fuera imposible á la misma Santísima Trinidad crear un símbolo tan completo de él.

Figuraos una mujer de unos cincuenta años, vestida con un redingote de merino pardo-rojo, que tenía en su mano izquierda el cordon verde atado al collar de un perrito inglés muy bonito, y daba el brazo derecho á un hombre con calzon y medias de seda negras, que tenía sobre la cabeza un sombrero cuyas alas se levantaban caprichosamente, y bajo los dos lados del cual se escapaban los copetes nevados de dos alas de pichon. Una pequeña cola del grueso poco más ó ménos del cañon de una pluma, jugueteaba sobre una nuca amarillenta bastante gorda, que el collarin rebajado de un vestido raido dejaba al descubierto.

Los consortes andaban con paso de embajador, y el marido, septuagenario cuando ménos, se detenia con complacencia cuantas veces el perrito hacía una gracia.

Me apresuré para adelantarme á la imágen viviente de mi Meditacion, y quedé sumamente sorprendido cuando reconocí al marqués de T..., al amigo del conde de Nocé, que, mucho tiempo hacía, me debia el fin de la interrumpida historia, que he referido en la *Teoría del lecho*. (Ved la Meditacion XVII.)

— Tengo el honor, me dijo, de presentaros á la señora marquesa de T...

Saludé profundamente á una señora de rostro pálido y arrugado. Tenía la frente adornada con falsos cabellos cuyos rizos chatos y colocados en forma circular, léjos de producir alguna ilusion, añadian un desencanto más á todas las arrugas que la surcaban.

Tenía un poco de arrebol y se parecia bastante á una vieja actriz de provincia.

—¡No veo, señor, lo que podreis decir contra un matrimonio como el nuestro! me dijo el anciano.

—Las leyes romanas lo prohiben, respondí riendo.

La marquesa me echó una mirada que revelaba tanta inquietud como desaprobacion, y parecia decir:

—¿Habré llegado á mi edad para no ser más que una concubina?...

Fuimos á sentarnos en un banco, en el sombrío bosque plantado en el ángulo del alto terraplen que domina la plaza de Luis XVI, del lado del Guarda-muebles.

El otoño deshojaba ya los árboles, y dispersaba delante de nosotros las hojas amarillas de su copa; pero el sol derramaba un dulce calor.

—Ahora bien, ¿está acabada la obra?... me dijo el anciano con aquel acento untuoso peculiar de los hombres de la aristocracia antigua. Acompañó estas palabras con una sonrisa sardónica á modo de comentario.

—Poco más ó ménos, señor, respondí. He llegado á la situacion filosófica en que me parece que os hallais, pero os confieso que...

—¿Buscábais ideas?... añadió él, acabando una frase que yo no sabía ya de qué modo terminar.

—Pues bien, dijo prosiguiendo; podeis confiar en que llegando al invierno de su vida, un hombre... (un hombre que piensa, entendámonos), acaba por disputar al amor la loca existencia que le ha dado nuestras ilusiones!...

—¡Cómo, negaríais el amor, al siguiente dia de un matrimonio!

—En primer lugar, dijo, el dia siguiente, esto sería un motivo; pero mi matrimonio es una especulacion, repuso inclinándose á mi oido. He comprado los cuidados, las atenciones, los servicios de que necesito, y estoy seguro de conseguir todos los miramientos que mi edad reclama; he dado toda mi fortuna á mi sobrino en el testamento; y no debiendo ser rica mi mujer, sino durante mi vida, ya entendeis que...

Eché al anciano una ojeada tan penetrante, que me apretó la mano, y me dijo:

—Pareceis tener buen corazon, pues de nada es menester jurar... Pues bien, creed que le he proporcionado una dulce sorpresa en mi testamento, añadió alegremente.

—Llegad, pues, José... exclamó la marquesa yendo al encuentro de un criado que llevaba un

redingote de seda acolchado; ¡acaso vuestro amo ha tenido ya frio!

El anciano marqués se puso el redingote, lo cruzó, y cogiéndome del brazo, me llevó sobre la parte del terraplen en que abundaban los rayos del sol.

—En vuestra obra, me dijo, tal vez habreis hablado del amor como jóven. Pues bien; si quereis cumplir con los deberes que os impone la palabra ec... elec...

—Ecléctico... le dije sonriéndome; pues nunca habia podido acostumbrarse á este nombre filosófico.

—Conozco bien ese término, repuso él. Si quereis, pues, obedecer á vuestro voto de *electismo*, es necesario que expreseis respecto al amor algunas ideas varoniles que voy á comunicaros, y cuyo mérito no os disputaré, si es que hay mérito en ello; quiero legaros algo de mi hacienda, y esto será todo lo que tendreis de ella.

—No hay fortuna pecuniaria que valga lo que una fortuna de ideas, cuando son buenas, bien entendido. Así que os escucho con reconocimiento.

—No existe el amor, repuso el anciano mirándome. No es siquiera un sentimiento; es una necesidad desgraciada que se halla entre las necesidades del cuerpo y las del alma. Pero adoptando por un momento vuestros juveniles pensamientos, procuremos raciocinar acerca de esta enfermedad social.

Creo que no podeis concebir el amor, sino como una necesidad ó como un sentimiento.

Hice una seña afirmativa.

—Considerado como una necesidad, dijo el an-

ciano, el amor se hace sentir la última de todas las demás, y cesa la primera.

Somos enamorados á la edad de veinte años (pasadme las diferencias), y cesamos de serlo á los cincuenta.

Durante estos veinte años, ¡cuántas veces se haría sentir la necesidad si no fuésemos provocados por las costumbres incendiarias de nuestras ciudades, y por el hábito que tenemos de vivir en presencia, no de una mujer, sino de las mujeres!

¿Qué debemos á la conservacion del linaje? Tantos niños, tal vez, como tetillas tenemos, para que si uno muere, otro viva. Si estos dos niños fuesen siempre conseguidos, ¿á dónde irian las naciones? Treinta millones de individuos son una poblacion considerable para la Francia, puesto que el suelo no basta para preservar á más de diez millones de personas de la miseria y del hambre. Pensad que la China se ve obligada á arrojar sus niños al agua, segun relacion de los viajeros. Ahora, pues, hacer dos niños: hé aquí todo el matrimonio. Los placeres supérfluos son, no sólo libertinaje, sino una pérdida inmensa para el hombre, como os lo demostraré ahora mismo. Comparad con esta pobreza de accion y de duracion la exigencia cotidiana y perpétua de las demás condiciones de nuestra existencia! La naturaleza nos avisa á todas horas de nuestras necesidades reales; y, por el contrario, se niega absolutamente á los excesos que nuestra imaginacion solicita del amor algunas veces.

Es, pues, ésta la última de nuestras necesidades, y la única cuyo olvido no causa ninguna

perturbacion en la economía del cuerpo. El amor es un lujo social como los encajes y los diamantes.

Ahora, examinándolo como sentimiento, podemos hallar en él dos distinciones, el placer y la pasion. Analizad el placer. Las afecciones humanas estriban sobre dos principios: la atraccion y la aversion. La atraccion es aquel sentimiento general de las cosas que lisonjean nuestro instinto de conservacion; la aversion es el ejercicio de este mismo instinto, cuando nos advierte que una cosa puede perjudicarlo. Todo lo que agita poderosamente nuestro organismo, nos da una conciencia más íntima de nuestra existencia: hé aquí el placer. Se constituye con el deseo, con la dificultad y con el goce de tener no importa qué. Es el placer un elemento único, y nuestras pasiones no son más que modificaciones suyas más ó ménos vivas; por eso, casi siempre el hábito de un placer excluye los demás. Luego el amor es el ménos vivo de nuestros placeres y el ménos duradero. ¿En dónde colocais el placer del amor?

¿Será en la posesion de un cuerpo hermoso?... Con dinero podeis adquirir en una noche muchas odaliscas admirables; pero al cabo de un mes habreis extragado quizá para siempre el sentimiento en vos mismo. ¿Por ventura será esto de otro modo?... ¿Amareis á una mujer porque viste bien, porque es hermosa y rica; porque tiene coche ó porque tiene crédito?... No llameis á esto amor, porque es vanidad, avaricia y egoismo. ¿La amais porque es espiritual?... Tal vez obedeceis entónces á un sentimiento literario.

—Pero, le dije, el amor no revela sus placeres

sino á los que confunden sus pensamientos, sus almas y sus vidas...

—¡Oh!... ¡oh!... ¡oh!... exclamó el anciano con tono chocarrero; halladme siete hombres por nacion que hayan sacrificado á una mujer, ¡no sus vidas!... pues eso no es gran cosa; el arancel de la vida humana, no ha subido más arriba de veinte mil francos bajo Napoleon, y hay en Francia en este momento doscientos y cincuenta mil valientes que dan la suya por una cinta encarnada de dos pulgadas; pero siete hombres que hayan sacrificado á una mujer diez millones, sobre los cuales hayan dormido solitariamente durante una sola noche...

Dubois y Pmeja son todavía ménos raros que el amor de la señorita Dupuis y de Bolinbroke. En tal caso, estos sentimientos proceden de una causa desconocida.

¡Pero me habeis conducido así á considerar el amor como una pasion! Pues bien, es la última de todas, la más despreciable. Todo lo promete y nada cumple. Viene, lo mismo que el amor, necesidad, la última, y perece la primera. ¡Ah! ¡habladme de la venganza, del odio, de la avaricia, del juego, de la ambicion, del fanatismo!... Estas pasiones tienen alguna cosa viril, estos sentimientos no son perecederos, y hacen diariamente los sacrificios que no hace el amor sino por humorada.

—Pero ahora, continuó, abjurad del amor. Desde luégo, ya no hay bullicio, cuidados, inquietudes; no hay ya aquellas pequeñas pasiones que malgastan las fuerzas humanas. Vive un hombre dichoso y tranquilo. Hablando socialmente, es un

poder infinitamente mayor y más intenso. Este divorcio obrado con aquel no se qué llamado amor, es la razon primitiva del poder de todos los hombres que obran sobre las masas humanas; pero esto no es nada aún.

¡Oh! ¡si conociéseis de qué fuerza mágica está dotado el hombre, cuáles son los tesoros de su potencia intelectual, y qué longevidad de cuerpo halla en sí mismo cuando, desprendiéndose de toda clase de humanas pasiones, emplea toda su energía en provecho de su alma! ¡Si pudiéseis gozar durante dos minutos de las riquezas que Dios dispensa á los hombres sabios que no consideran el amor sino como una necesidad pasajera, á la que basta obedecer á los veinte años durante seis meses; á los hombres, que desdeñando los abundantes y sustanciosos *beefteakes* (1) de la Normandía, se alimentan con las raíces que ha dispensado liberalmente, y se acuestan sobre hojas secas, como los solitarios de la Tebaida!...

¡Oh! ¡no conservaríais por tres segundos el despojo de los quince merinos que os cubren, arrojaríais vuestro junco, é iríais á vivir á los cielos!... hallaríais en ellos el amor que buscais en el cieno terrestre, oiríais en ellos conciertos mucho más melodiosos que los de M. Rossini, voces más puras que las de la Malibran... (2) Pero hablo de ello como un ciego y por haberlo oido decir; si no hubiese ido á Alemania hácia el año de 1791,

---

(1) Voz inglesa que significa lomo de vaca asada.

(2) María García Malibran, célebre cantante española, hija del tenor Manuel García. Nació en Sevilla en 1809, estuvo casada sucesivamente con un banquero llamado Malibran y con el violinista Beriot, y murió en Manchester en 1836.

nada de todo esto supiera... Sí, el hombre tiene una vocacion por lo infinito. Tiene en sí un instinto que le llama hácia Dios. Dios es todo, lo da todo, hace olvidarlo todo, y el pensamiento es el hilo que nos ha dado para comunicar con él!...

Se detiene de repente, los ojos fijos en el cielo.

—¡Este pobre mentecato ha perdido la cabeza! dije para mí.

—Señor, le dije, sería llevar muy léjos el respeto por la filosofia ecléctica consignar vuestras ideas en mi obra, porque la destruiria. En ella todo estriba sobre el amor platónico ó sensual. Dios me libre de acabar mi libro con semejantes blasfemias sociales. Procuraré más bien volver, por medio de alguna sutileza pantragruélica, á mi rebaño de solteros y de mujeres decentes, discurriendo algun modo de hallar utilidad social y razonable á sus pasiones y á sus locuras. ¡Oh! ¡oh! si la paz conyugal nos conduce á razonamientos tan desencantadores y tan tristes, conozco muchos maridos que preferirian la guerra.

—¡Ah, jóven! exclamó el viejo marqués; entónces no tendré que acusarme por no haber indicado el camino á un viajante extraviado.

—¡Adios, viejo esqueleto!... me dije; ¡adios, matrimonio ambulante! ¡adios, armazon de fuego de artificio! ¡adios máquina! Aunque yo te haya dado tal vez algunas ideas de personas que he amado, algunos viejos retratos de familia, volved á la tienda del mercader de retablos, id á reuniros con la señora de T... y con todas las demás: que os hagais muestras de cerveza... poco me importa.

MEDITACION XXX.

CONCLUSION.

Un hombre solitario y que creia tener el dón de segunda vista, habiendo dicho al pueblo de Israel que le siguiese á lo alto de una montaña, para oir allí la revelacion de algunos misterios, se vió acompañado por una tropa que ocupaba sobre el camino bastante espacio para que su amor propio fuese lisonjeado, á pesar de que era profeta.

Pero como su montaña se hallaba á no se qué distancia, aconteció que en la primera parada, un cortesano se acordó de que debia entregar un par de babuchas á un duque y par; pensó una mujer que la papilla de sus hijos estaba á la lumbre; un publicano recordó que tenía metálico que negociar, y se marcharon.

Un poco más léjos unos amantes quedaron bajo unos olivos, olvidando los discursos del profeta, pues pensaron que la tierra prometida se hallaba en donde ellos se detenian; y la palabra divina en donde ellos platicaban juntos.

Unos obesos, cargados de vientre á la manera de Sancho Panza, y hacía un cuarto de hora que se enjugaban la frente con sus pañuelos de seda, empezaron á tener sed, y se quedaron cerca de una fuente cristalina.

Algunos viejos militares se quejaron de los callos que les irritaban los nervios, y hablaron de Austerlitz con motivo de botas demasiado angostas.

En la segunda parada, algunas gentes de mundo se dijeron al oido:

—¡Este profeta es un loco!...

—¿Le habeis escuchado?

—Yo he venido por curiosidad.

—Y yo, porque he visto que otros le seguian (este era un petrimetre).

—Es un charlatan.

El profeta seguia andando.

Pero cuando llegó á la altura desde donde se descubria un horizonte inmenso, se volvió, y no vió cerca de sí más que á un pobre israelita, á quien hubiera podido decir como el príncipe de Ligne (1) al infeliz tamborcillo patiestebado que halló en la plaza en que se creia esperado por la guarnicion: —¡Pues bien! señores lectores, parece que no sois más que uno...

¡Hombre de Dios, que me has seguido hasta aquí!... espero que una pequeña recapitulacion no te espantará, y he viajado con la conviccion de que tú te decias como yo:—¿A dónde diablos vamos?...

—Pues bien, este es el lugar de preguntaros, respetable lector mio, cuál es vuestra opinion acerca de la renovacion del monopolio de los tabacos, lo que pensais de los impuestos exorbitantes establecidos sobre los vinos, sobre el uso de armas, sobre los juegos, sobre la lotería, y sobre los naipes, el aguardiente, los jabones, los algodones, y las sederías, etc.

---

(1) Cárlos José, general de los Países-Bajos al servicio del Austria, célebre por su valor y sus talentos militares. Sirvió durante la guerra de los siete años; obtuvo el favor de María Teresa y de José II, y sirvió á Catalina II de Rusia contra los turcos (1735-1814).

—Pienso que entrando todos estos impuestos por una tercera parte en los ingresos del presupuesto, estaríamos muy embarazados si...

—De modo, mi excelente marido-modelo, que si nadie se emborrachase, ni jugase, ni tomase tabaco, ni cazase; en fin, si no tuviésemos en Francia ni vicios, ni pasiones, ni enfermedades, el Estado se hallaria á dos dedos de una bancarota; pues parece que nuestras rentas están hipotecadas á la corrupcion pública, así como nuestro comercio no vive más que por el lujo. Si queremos considerarlo un poco más de cerca, todos los impuestos tienen por base una enfermedad moral. En efecto, el ingreso más importante de los Estados ¿no procede de las escrituras de seguros que cada cual se apresura á constituir contra las mutaciones de su buena fe, lo mismo que las fortunas de las gentes de justicia traen su orígen de los pleitos que se intentan á esta fe jurada? Y para proseguir este exámen filosófico, veria yo á los gendarmes sin caballos y sin calzon de ante, si todo el mundo se mantuviese tranquilo, y si no hubiese tontos, ni perezosos. ¡Exhortad, pues, á la virtud!... Ahora bien, pienso que hay más relaciones de lo que se cree entre mis mujeres decentes y el presupuesto; y me encargo de demostrároslo si quereis dejarme acabar mi libro como ha principiado, por un pequeño ensayo de estadística.

¿Me concedereis que el amante debe ponerse más á menudo camisas blancas que se las pone un marido ó un soltero desocupado? Esto me parece fuera de duda. La diferencia que existe entre el marido y el amante se ve al aspecto sólo del

traje. El uno se viste sin artificio, y su barba se pone larga muchas veces, y el otro nunca se muestra sino armado de todas armas. Ha dicho Sterne, muy graciosamente, que el libro de su lavandera era el mejor memorial histórico que conocia sobre su Tristam Shandy; y que, por el número de sus camisas, se podian adivinar los pasajes del libro que más trabajo le habia costado hacer. Ahora bien, en los amantes, el registro del lavadero es el historiador más fiel y más imparcial que tienen de sus amores. En efecto, una pasion consume cantidad prodigiosa de esclavinas, de corbatas, de ropas exigidas por la coquetería; porque se atribuye un prestigio inmenso á la limpieza de las medias, al brillo de una pañoleta, á los pliegues artísticos de una camisa de hombre, á la gracia de su corbata y de su cuello. Esto explica el pasaje en donde he dicho de la mujer decente (Meditacion II), que pasa su vida en almidonar sus ropas.

He tomado informes de una señora para saber en cuánto se podia valuar la contribucion impuesta por el amor, y me acuerdo de que despues de haberla fijado en cien francos anuales para una mujer, me dijo con una especie de ingenuidad:

— Esto es segun el carácter de los hombres, pues hay unos que chafan más que otros.

Sin embargo, despues de una discusion muy profunda, en la que yo apostaba por los solteros y la señora por su sexo, se convino en que, hechas las debidas compensaciones, y perteneciendo dos amantes á las esferas sociales de que se ha ocupado esta obra, deben gastar ambos por este ar-

tículo ciento cincuenta francos anuales más que en tiempo de paz.

Por medio de este tratado amistoso largamente discutido, liquidamos tambien una diferencia colectiva de cuatrocientos francos entre el pié de guerra y el pié de paz, relativamente á todas las partes del traje.

Este artículo fué hallado muy mezquino por todas las potencias masculinas y femeninas que consultamos.

Los indicios que nos fueron suministrados por algunas personas para ilustrarnos sobre estas delicadas materias, nos sugirieron la idea de reunir en una comida algunos hombres sabios, para guiarnos por opiniones científicas en tan importantes indagaciones.

Se verificó la reunion. Con el vaso en la mano, y despues de brillantes improvisaciones, recibieron una especie de sancion legislativa los capítulos siguientes del presupuesto del amor.

La suma de cien francos fué aprobada para mandaderos y coches.

La de cincuenta escudos pareció muy razonable por los pastelitos que se comen paseándose, los ramilletes de violetas y las partidas de espectáculos.

Una suma de doscientos francos fué reconocida como necesaria para el gasto extraordinario de las comidas de fonda.

Luégo que el gasto era admitido, era preciso cubrirlo con un ingreso. En esta discusion fué cuando un lancero (pues el rey no habia suprimido aún su casa encarnada en la época en que fué meditada esta transaccion), casi ébrio por el

champaña, fué llamado al órden por haberse atrevido á comparar á los amantes con los aparatos destilatorios.

Pero un capítulo que dió lugar á las discusiones más violentas, que quedó suspendido durante muchas semanas, y que necesitó un informe, fué el de los regalos. En la última sesion, la delicada señora de D... votó la primera, y en un discurso lleno de gracia y que probaba la nobleza de sus sentimientos, procuró demostrar que casi siempre los dones del amor ningun valor intrínseco tenian.

El autor respondió que no habia amantes que no se retratasen.

Objetó una señora que el retrato no era más que un capital, y que siempre se cuidaba de pedirlos otra vez para darles nuevo curso.

Pero de repente, un hidalgo provenzal se levantó para pronunciar una filípica contra las mujeres.

Habló del hambre increible de que estaban poseidos la mayor parte de los amantes por los forros, las piezas de raso, las estofas, las joyas y los muebles.

Una señora le interrumpió preguntándole si la señora de O..., su amiga íntima, no le habia pagado ya por dos veces sus deudas.

—Os engañais, repuso el provenzal, fué su marido.

—Invito al orador á moderarse, dijo el presidente, y le condeno á festejar á toda la reunion por haberse servido de la palabra *marido*.

El provenzal fué completamente impugnado por una señora que procuró probar que las mu-

jeres tienen mucha más generosidad en amor que los hombres; que los amantes cuestan muy caros, y que una mujer decente sería muy dichosa si saliera de cuidados con ellos por dos mil francos anuales tan solo.

Iba la discusion á degenerar en personalidades, cuando se pidió la votacion. Fueron adoptadas las conclusiones de la comision. Determinaban, en sustancia, que la suma de los regalos anuales se valuara entre amantes á quinientos francos, pero que en este guarismo comprendieran igualmente:

1.° El dinero de las partidas de campo.

2.° Los gastos farmacéuticos ocasionados por los resfriados que se cogian por la noche, paseándose por las alamedas demasiado húmedas de los bosques, ó al salir del teatro, y que constituian verdaderos regalos.

3.° Los portes de cartas y los gastos de cancillería.

4.° Los viajes y cualesquiera otros gastos generales cuyos pormenores hubiesen escapado, sin atender á las locuras que pudieran hacer algunos disipadores, en atencion á que en virtud de las pesquisas de la comision, estaba demostrado que la mayor parte de las profusiones aprovechaban á las mozas de ópera y no á las mujeres legítimas.

El resultado de esta estadística pecuniaria del amor fué que, computado todo, costaba una pasion cerca de mil y quinientos francos anuales, necesarios y soportados por los amantes de un modo desigual muchas veces, pero que no se gastarian sin tales relaciones. Hubo además una especie de

unanimidad en la asamblea para confirmar que este guarismo era el *minimum* del coste anual de una pasion.

Así es, querido señor mio, que como hemos probado, por los cálculos de nuestra estadística conyugal (Meditaciones I, II y III), de un modo irrevocable, que existe en Francia una masa flotante de un millon y quinientas mil pasiones ilegítimas al ménos, se sigue de ello:

Que las conversaciones criminales de la tercera parte de la poblacion francesa, contribuyen con una suma de casi tres millares de cuentos al vasto movimiento circulante del dinero, verdadera sangre social cuyo corazon es el presupuesto;

Que la mujer decente no sólo da la vida á los hijos de la patria, sino tambien á sus caudales;

Que nuestras fábricas no deben su prosperidad sino á este movimiento *sistolar* (1);

Que la mujer decente es un sér esencialmente de presupuesto y de consumo;

Que la menor baja en el amor público acarrearia desgracias incalculables para el real Erario y para los que tienen papel de la Deuda pública;

Que un marido tiene á lo ménos la tercera parte de su renta hipotecada á la inconsecuencia de su mujer, etc.

Sé muy bien que ya abrís la boca para hablarme de costumbres, de política, de bien y de mal... pero, querido minotaurizado mio, ¿no es

(1) Movimiento de contraccion del corazon y de las artérias para dar impulso á la sangre y determinar su progresion. Es el movimiento opuesto al *diastolar*.

la felicidad el fin que deben proponerse todas las sociedades?... ¿No es este axioma el que hace que los pobres reyes se tomen tanto trabajo por sus pueblos? Pues bien, la mujer decente no tiene á la verdad, como ellos, tronos, gendarmes y tribunales, no tiene más que una cama que ofrecer; pero si nuestras cuatrocientas mil mujeres hacen dichosos, por medio de esta ingeniosa máquina, á un millon de solteros, y además de esto á sus cuatrocientos mil maridos, ¿no llegan misteriosamente y sin ostentacion, al fin que un gobierno tiene por mira, es decir, á dar la felicidad á la masa?

—Sí, pero las pesadumbres, las criaturas, las desgracias...

—¡Ah! permitidme que dé á luz la palabra consoladora con que uno de los más espirituales de nuestros caricaturistas termina una de sus cargas.

—¡El hombre no es perfecto!

Basta que nuestras instituciones no tengan más inconvenientes que ventajas, para que sean excelentes; pues el género humano no está colocado, hablando socialmente, entre el bien y el mal, sino entre lo malo y lo peor.

Ahora bien, si la obra que hemos cumplido ahora, ha tenido por fin disminuir la peor de las instituciones matrimoniales, descubriendo los errores y las equivocaciones á que dan lugar nuestras costumbres y nuestras preocupaciones, será ciertamente uno de los títulos más bellos que pueda presentar un hombre para ser colocado entre los *bienhechores de la humanidad.*

¿No ha sido el objeto del autor, armando á los maridos, dar más recato á las mujeres, por consiguiente más violencia á las pasiones, más dinero

al real Erario y más vida al comercio y á la agricultura?

Gracias á esta última Meditacion, puede lisonjearse de haber obedecido completamente al voto de eclecticismo que ha formado al emprender esta obra, y confia haber relatado, como un fiscal de S. M., todos los documentos del proceso, pero sin dar sus conclusiones.

En efecto, ¿qué os importa hallar aquí un axioma?

¿Quereis que sea este libro el desarrollo de la última opinion que ha tenido Tronchet (1), quien, próximo al fin de sus dias, pensaba que el legislador habia considerado en el matrimonio, mucho ménos á los esposos que á los hijos?

Consiento en ello.

¿Deseais más bien que este libro sirva de prueba á la conclusion de aquel capuchino, que predicando en presencia de Ana de Austria, y viendo á la reina y á las damas, muy enojadas de sus argumentos demasiado victoriosos acerca de su fragilidad, les dijo al bajar de la cátedra de la verdad:

—¿Sois todas mujeres honradas, y nosotros desgraciadamente, hijos de Samaritana?

Sea así tambien.

Os he permitido sacar la consecuencia que os agrade; pues pienso que es muy difícil no reunir dos ideas opuestas sobre esta materia que no tengan alguna exactitud. Pero el libro no ha sido hecho por ó contra el matrimonio, y no os debia

---

(1) Célebre jurisconsulto francés, de los Estados Generales, consejero de Luis XVI en su proceso, senador del Imperio y presidente del Tribunal Supremo (1726-1806).

sino la descripcion más exacta de él. Si el exámen de la máquina puede conducirnos á perfeccionar el rodaje; si limpiando una pieza oxidada, hemos dado resorte á este mecanismo, conceded un salario al obrero. Si ha tenido el autor la impertinencia de decir verdades demasiado duras, si ha generalizado demasiado frecuentemente hechos particulares, si ha descuidado demasiado los argumentos vulgares de que se usa para incensar á las mujeres desde tiempo inmemorial, ¡oh, que sea crucificado! pero no le atribuyais intenciones hostiles á la instruccion, en sí misma, pues sólo tacha á las mujeres y á los hombres. Sabe que desde que el matrimonio no ha derribado al matrimonio, éste es inexpugnable; y en fin, si existen tantas quejas contra esta institucion, es tal vez porque el hombre sólo tiene memoria de sus males, y acusa á su mujer como acusa á la vida, porque el matrimonio es la vida en la vida.

No obstante, las personas que tienen el hábito de formar opinion leyendo un periódico, murmurarán tal vez de un libro que llevase demasiado léjos la manía del eclecticismo; en tal caso, si necesitan absolutamente algo que se parezca á una conclusion, no es imposible hallarla. Y puesto que algunas palabras de Napoleon sirvieron de principio á este libro ¿por qué no acabarlo como principió?

En pleno Consejo de Estado pronunció el primer Cónsul esta frase fulminante que hace al mismo tiempo el elogio y la sátira del matrimonio, y que es el resúmen de este libro:

—Si el hombre no envejeciese, yo no le quisiera dar mujer.

APÉNDICE.

—Y, ¿os casareis? preguntó la señora de A... á quien el autor acababa de leer su manuscrito.

(Era ésta una de las señoras á cuya sagacidad el autor ha tributado ya homenaje en la introduccion de su libro.)

—Ciertamente, señora, respondió. Encontrar á una mujer bastante atrevida para que quiera casarse conmigo, será en adelante la más querida de mis esperanzas.

—¿Es resignacion ó fatuidad?

—Este es mi secreto.

—Pues bien, señor doctor de artes y ciencias conyugales, permitidme que os refiera un pequeño apólogo oriental que he leido en otro tiempo y en no sé qué coleccion que se nos presentaba todos los años á manera de almanaque.

Al principio del Imperio, pusieron las señoras á la moda un juego que consistia en no aceptar nada de la persona con quien se convenia jugar, sin pronunciar la palabra *Jadesté*. Duraba una partida, como pensareis, semanas enteras, y era el colmo de la gracia sorprenderse uno á otro

recibiendo una friolera sin pronunciar la palabra sacramental.

—¿Ni áun un beso?

—¡Oh! ¡he ganado veinte veces el *Jadesté*! dijo ella riendo.

Fué, creo, en este momento y con ocasion de este juego, cuyo orígen es árabe ó chino cuando mi apólogo consiguió los honores de la impresion.

—Pero, si os lo refiero, dijo interrumpiéndose para pasar por sus narices el índice de su mano derecha, con un ademan hechicero de coquetería, prometedme colocarlo en el fin de vuestra obra.

—¿No será esto dotarla con un tesoro?... Os tengo ya tantas obligaciones, que me habeis puesto en la imposibilidad de desempeñarme; por tanto, acepto la condicion.

Se sonrió maliciosamente, y repuso en estos términos:

—Un filósofo habia compuesto una gran coleccion de todos los chascos que nuestro sexo puede pegar; y para precaverse de nosotras, la llevaba contínuamente consigo. Cierto dia viajando, se halló cerca de un campamento de árabes. Una jóven, sentada á la sombra de una palmera, se levantó de repente viendo al viajante acercarse, y le invitó con tanto agasajo á descansar bajo su tienda, que no pudo negarse á aceptar. El marido de esta señora estaba á la sazon ausente. Apénas el filósofo se habia puesto sobre una blanca alfombra, cuando su graciosa huéspeda le presentó dátiles frescos y una alcarraza llena de leche, y él tuvo que reparar la rara perfeccion de las manos

que le ofrecieron la bebida y las frutas. Pero para distraerse de las sensaciones que le hacian experimentar los hechizos de la jóven árabe cuyos lazos principiaba á temer, el sabio tomó su libro y se puso á leerlo.

La seductora criatura, picada de este desdén, le dijo con la voz más melodiosa:

—Es menester que ese libro sea muy interesante, puesto que os parece la única cosa digna de fijar vuestra atencion. ¿Es una indiscrecion preguntaros el nombre de la ciencia de que trata?

Respondió el filósofo manteniendo sus ojos bajos:

—La materia de este libro no es de la competencia de las señoras.

Esta negativa del filósofo excitó más y más la curiosidad de la jóven árabe.

Adelantó el pié más bonito que nunca dejó su fugitiva impresion sobre la movediza arena del desierto. El filósofo tuvo distracciones, y sus ojos demasiado tentados, no tardaron en pasearse desde aquellos piés cuyas promesas eran tan fecundas en placeres, hasta el talle más hechicero aún; despues confundió en breve el ardor de su admiracion con el fuego que brillaba en los ardientes y negros ojos de la jóven asiática.

Entónces volvió á preguntar ella con una voz tan dulce, cuál era aquel libro, que el filósofo encantado respondió:

—Soy autor de esta obra. Pero el fondo no es mio. Encierra todos los ardides que han inventado las mujeres.

—¡Cómo!... ¿todos absolutamente? dijo la hija del desierto.

—¡Sí, todos! Y sólo estudiando constantemente á las mujeres, he llegado á no temerlas ya.

—¡Ah! dijo la árabe, bajando las largas pestañas de sus blancos párpados; despues, despidiendo de repente la más viva de sus miradas al pretendido sabio, le hizo olvidar en breve su libro y los chascos que encerraba. Hé aquí á mi filósofo convertido en el más apasionado de todos los hombres.

Creyendo reparar en las maneras de aquella mujer una ligera tinta de afectacion, el extranjero se atrevió á arriesgar una declaracion. ¿Cómo hubiera resistido? el cielo era azul, la arena relumbraba á lo léjos como una hojuela de oro, el viento del desierto traia el amor, y la mujer del árabe parecia reflejar todos los fuegos de que estaba rodeada; así sus ojos penetrantes se humedecieron; y con una señal de cabeza que parecia imprimir un movimiento de ondulacion á aquella atmósfera luminosa, consintió en escuchar las palabras de amor pronunciadas por el extranjero.

El sabio se infatuaba ya con las esperanzas más lisonjeras, cuando la mujer, oyendo á lo léjos el galope de un caballo que parecia tener alas, exclamó:

—¡Somos perdidos! mi marido va á sorprendernos. Es celoso como un tigre y más despiadado aún... En nombre del profeta, y si amais la vida, ocultaos en ese baul.

Atemorizado el autor, no viendo otro partido que tomar para salir de este mal paso, entró en el cofre, se acurrucó en él, y cerrándolo la mujer, tomó su llave.

Salió al encuentro de su esposo, y despues de algunas caricias que le pusieron de buen humor:

—Es menester, dijo ella, que os refiera una aventura muy singular.

—¡Escucho, gacela mia!... respondió el árabe, que se sentó sobre una alfombra cruzando las rodillas segun la costumbre de los orientales.

—Ha venido hoy una especie de filósofo, dijo ella. Pretende haber reunido en un libro todas las artimañas de que es capaz mi sexo; y este falso sabio me ha hablado de amor.

—¡Pues bien!... exclamó el árabe.

—¡Le he escuchado!... repuso ella con serenidad. Es jóven, activo, y... ¡habeis llegado muy á tiempo para socorrer mi virtud vacilante!...

A estas palabras saltó el árabe como un leoncillo, y sacó su puñal rugiendo.

El filósofo, que del fondo de su cofre lo oia todo, daba á Arimanes (1) su libro, las mujeres y todos los hombres de la Arabia Petrea.

—¡Fatmé!... exclamó el marido; si quieres vivir, responde... ¿En dónde está el traidor?...

Espantada de la tormenta que se habia divertido en excitar, se arrojó Fatmé á los piés de su esposo, y temblando bajo el puñal amenazador, señaló el cofre con una mirada tan pronta como tímida.

Volvió á levantarse avergonzada; y cogiendo la llave que tenía en su cintura, la presentó al celoso; pero cuando éste se disponia á abrir el cofre,

---

(1) Principio del mal entre los antiguos persas. Como Oromaces, principio del bien, era hijo de Zervano ó el Tiempo. La lucha entre los dos hermanos habia de durar 12.000 años, y concluir con el triunfo de Orimaces.

la maliciosa árabe dió una gran carcajada. Detúvose Faroun atónito, y miró á su mujer con una especie de inquietud.

—¡En fin, tendré mi bella cadena de oro!... exclamó ella brincando de alegría. Dádmela, habeis perdido el Jadesté. Tened otra vez más memoria.

Confundido el marido, dejó caer la llave, y presentó la prestigiosa cadena de oro, de rodillas, ofreciendo á su querida Fatmé llevarle todas las joyas de las caravanas que pasasen durante el año, si renunciaba á emplear astucias tan crueles para ganar el Jadesté. Despues, como era árabe y no gustaba perder una cadena de oro, aunque debiese pertenecer á su mujer, volvió á montar su caballo, y partió, yendo á refunfuñar en el desierto á su comodidad; pues amaba demasiado á Fatmé para manifestarle ningun resentimiento.

Entónces la jóven, sacando al filósofo más muerto que vivo del cofre en que yacía, le dijo con gravedad:

—Señor doctor, no olvideis este chasco en vuestra coleccion.

FIN DE LA OBRA.

ERRATA.

Lo siguiente debe servir para precaveros contra las faltas que hayais cometido leyendo esta obra.

Página 370.

Para comprender bien el sentido de esta página, el lector honrado debe volver á leer muchas veces sus principales pasajes; pues el autor ha puesto en ellos todo su pensamiento.

En casi todos los pasajes del libro en que la materia puede parecer séria, y en todos aquellos en que parece burlesca, para comprender el espíritu de la obra, haced equívocos (1).

---

(1) En nuestra antigua y admirable literatura, hacer equívocos era hacer antiestrofas, y hacer antiestrofas era hacer equívocos; de modo, que se hacian equívocos antiestrofando, y se antiestrofaba haciendo equivocos. Esta definicion es una especie de antiestrofa. El equívoco se consigue trastornando los términos de la proposicion, ó más á menudo cambiando las letras iniciales de dos palabras. Rabelais, Verville y Tabourot, están atestados de antiestrofas. La más célebre de las de Rabelais es esta: *Femme folle à la messe*, etc. Mas si Rabelais, Verville ó Tabourot hubieran vivido en el siglo XIX, de ningun modo habrian omitido esto: *Allez, pères de la foi, allez fères de la poi.*

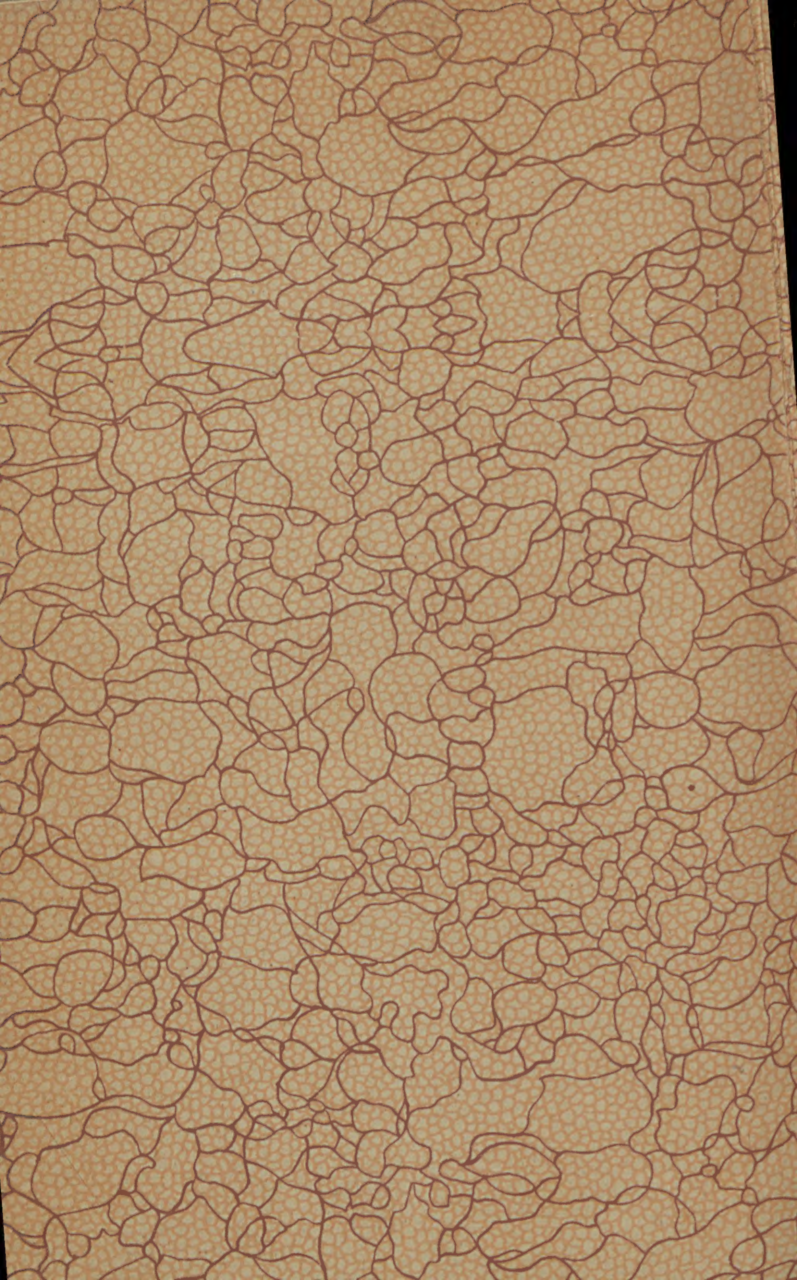
Si habeis redoblado la atencion al leer las líneas puestas entre espacios, á título de axiomas ó aforismos, habreis acusado de vanidad al autor, no pensando en que jamás tuvo la pretension de darlos por mejores que otros. El objeto de estos espacios fué dar más profundidad y vitalidad al libro, porque siendo en cierto modo su sueño, como que despertaba de él. Y en seguida el autor por este medio llegó más pronto á las deliciosas palabras: *Fin de la obra.*

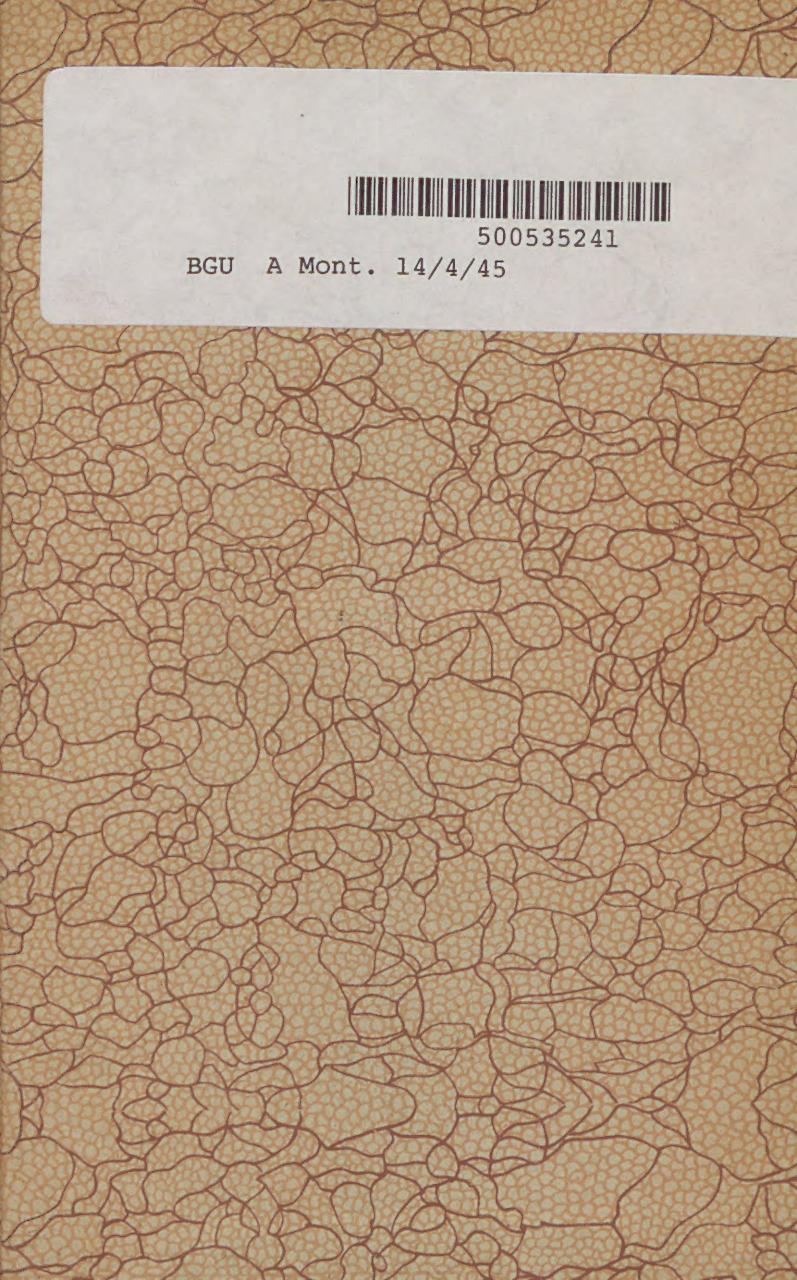
Obligado á ser él mismo su Mathanasio, se ve precisado á hacer reparar á los que se hayan permitido abrir un libro que no era para ellos, que cuando nada han comprendido era culpa suya, y cuando han acusado de cinismo era vicio de su naturaleza. Así, para dar un ejemplo de ello, más de un hombre moral y más de una mujer cortejada por soltero, habrán hallado muy malo que, en la descripcion de la *Mujer decente* (Meditacion II, *Estadística conyugal)*, haya dicho el autor: No obstante... hay cargas que sabe llevar y remover con una facilidad milagrosa. Eran estas palabras el prodromo del párrafo de los Ataques de nervios. Adios, Jacobo Buenhombre, tú has tenido de esto desde *pater* hasta *vitulos*... ¡ah! ¡ah!

ÍNDICE.

PARTE TERCERA.

De la guerra civil.






BALZAC
FISIOLOGIA
DEL
MATRIMONIO
Mar 14
4 / 45